

# CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

## REVISTA

Vol. VII — Enero-Diciembre de 1954 — N° 15

### EN ESTE NUMERO:

*El Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía.*

*Don Pedro Moncayo*, por S. José M. Leoro.

*Comentarios sobre la Constitución Política*, por Alfredo Pérez Guerrero.

*Cita con la poesía*, por César Andrade y Cordero.

*Algo sobre música*, por Segundo Luis Moreno.

*De un "Diario sin fechas"*, por Fernando Chaves.

*Veneno para niños*, por Jorge Enrique Adoum.

*No bastan los átomos*, por Demetrio Aguilera Malta.

*Poesías*, por Antonio C. Toledo.

"Comuneros",  
dibujo de Carlos Rodríguez





**PRECIO: S/. 5. -**



Hemeroteca (Año 1964 Núm. 14)  
PP 0-0001

**IMPRESO EN EL ECUADOR. --- Quito**  
**Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana.---2536**

# CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

REVISTA

TOMO VII

Enero - Diciembre de 1954

No. 15

---

Director - Fundador  
*Benjamín Carrión*

## *DIRECTORIO*

*Benjamín Carrión*  
*Julio Endara*  
*Alfredo Pérez Guerrero*  
*Luis Bossano*  
*Humberto García Ortiz*  
*Eduardo Riofrío Villagómez*  
*Pío Jaramillo Alvarado*  
*Jaime Chaves Granja*  
*Emilio Uzcátegui*  
*Francisco Alexander*  
*Alfredo Pareja Diezcanseco*  
*José Enrique Guerrero*  
*Isaac J. Barrera*  
*Carlos Manuel Larrea*  
*Jorge Casares*  
*Jorge Escudero*  
*Julio Aráuz*  
*Alberto Semanate*  
*Rafael Alvarado*

Editor:  
*Jorge Enrique Adoum*

QUITO, AV. 6 DE DICIEMBRE No. 332, APARTADO 67

EL INSTITUTO ECUATORIANO DE  
ANTROPOLOGIA Y GEOGRAFIA  
(I. E. A. G.)

## FUNDACION Y PRIMERAS ACTIVIDADES

Su fundación y su existencia jurídica, datan de Setiembre de 1950, fecha en la que se logró establecer las Oficinas Centrales, con el aporte económico y ayuda moral de los Socios. Posteriormente, por gestiones realizadas ante el Ministerio de Economía se consiguió locales para el funcionamiento, en el tercer piso del citado Ministerio.

De inmediato con máximo entusiasmo y empeño se llevó a la práctica los siguientes trabajos y actividades preliminares:

### 1).—Organización de un Curso de Capacitación para investigadores de campo

Los aspirantes debían ser egresados de estudios secundarios, por lo menos. De 22 inscritos, el Instituto seleccionó a diez aspirantes, los que fueron perfectamente capacitados en un semestre de estudios. El curso fué dirigido por una Antropóloga Americana, especialmente contratada para esta finalidad, en colaboración con elemento profesional nacional y extranjero. De este personal, 5 investigadores pasaron a órdenes del Instituto, prestando servicio en múltiples investigaciones; los otros cinco a solicitud de la Unión Panamericana

(Departamento de Comunidades) pasaron a trabajar en la Junta de Reconstrucción del Tungurahua.

2).—En el afán de cooperación con otras Instituciones, y a petición del Departamento Médico del Seguro Social, bajo supervigilancia y con planificación especial, la Institución se comprometió a realizar investigaciones de determinado tipo (Socio-económico-Estadísticas) en comunidades representativas. Estudios básicos para la planificación del "SEGURO DEL CAMPESINADO". El Departamento Médico suministró los fondos necesarios y el Instituto desplegó sus esfuerzos y el concurso de sus hombres para llevar adelante la tarea.

La División de Antropología preparó meditados planes, los que fueron llevados a la práctica con sumo cuidado.

Terminados que fueron dentro del plazo estipulado se presentaron a completa satisfacción del Departamento Médico las siguientes investigaciones:

a).—Una comunidad de campesinos mestizos, propietarios de tierras en la Provincia del Carchi. Para esto se seleccionó el pueblo de "LA PAZ";

b).—Una comunidad de agricultores negros, peones de hacienda en el valle del Chota. Se seleccionó el caserío "PUSIR" perteneciente a la Hacienda San Vicente de la Asistencia Pública;

c).—Una comunidad de indios propietarios de tierras, agricultores y tejedores, en estrecho contacto con los blancos. La designación recayó en el pueblo de San Juan de Ilumán en la Provincia del Imbabura;

d).—Una comunidad de indios propietarios de tierras, agricultores y "YANAPEROS" de poco contacto con los blancos. Esta vez se estudió la parcialidad de GULZAQUI, en la Provincia de Imbabura;

e).—Dos tipos de haciendas, una moderna y otra antigua en lo referente a los métodos de trabajo agrícola. Fueron

designadas respectivamente, las haciendas de GATAZO GRANDE y GUZUTUZ en la Provincia del Chimborazo;

f).—Una comunidad de pescadores en la Costa. Los trabajos tuvieron lugar en el pueblo de JARAMIJO, en la Provincia de Manabí;

g).—Una comunidad de trabajadores de Caña de Azúcar en la Costa. Para ello se señaló el pueblo de "CHOBO" en la provincia del Guayas;

h).—Una comunidad de trabajadores de paja toquilla en la Costa. El grupo laboró en el pueblo de MANGLARALTO en la Provincia del Guayas;

i).—Una comunidad de trabajadores de arroz y de cerámica. Para este estudio se estableció como centro el pueblo de SAMBORONDON en la Provincia del Guayas;

Además de las citadas investigaciones el I.E.A.G., prestó su colaboración gratuita al Banco Nacional de Fomento, en el estudio integral de la Comunidad de CHUNAZANA, en la Provincia del Azuay, y,

Al finalizar el tercer año de labores se hizo el estudio más completo de la área de los Indios COLORADOS; habiéndose de inmediato proyectado la creación de una "ZONA DE RESERVACION INDIGENA".

Pero estas actividades no solamente se habían circunscrito a las investigaciones de campo, aún más con entereza sin límites se venía prestando colaboración a las siguientes Instituciones Nacionales y Extranjeras. Esta ayuda se encuentra puntualizada en los siguientes organismos internacionales. Naciones Unidas, Programa del Progreso Local o PROYECTO JONES, no llevado a la práctica aunque convenientemente planificado. El Instituto por encargo del señor Presidente Plaza estableció en Otavalo el Primer Centro Textil experimental, el que fuera posteriormente administrado por el mismo PUNTO IV.

A las Universidades de CHAPELL HILL y TEXAS en estudios sobre DEMOCRACIA.

Así se terminó el primer año de labores. Tiempo en el que, por las investigaciones de Campo se llegó a tener un conocimiento integral de los problemas agrarios que aquejaban al país. La Institución tenía aún mucho que hacer, estaba sobre el plano de teorías y hacía falta entrar de lleno a las realizaciones.

### TRABAJOS PREVIOS PARA CONSEGUIR LA REHABILITACION DEL CAMPESINADO

Al año de estas actividades previas, cumplidos los compromisos contraídos con el Departamento Médico de la Caja del Seguro, asumió la Dirección del Instituto el Dr. César Cisneros Cisneros.

Se requería la dirección de espíritu fuerte, emprendedor y así el Instituto tomó nuevos rumbos.

Las experiencias recopiladas en los estudios de campo, dió lugar para que se elaborara concienzudamente "EL PLAN INTEGRAL DE REHABILITACION CAMPESINA". En él se había considerado el problema del campesinado en conjunto, en su complejidad, ya que en el mismo se engloban todas las cuestiones sociales y económicas que la afectan.

Una mirada a la distribución de la población ecuatoriana, a su composición e integración constituiría una visión de lo expresado. El campesinado del Ecuador formado especialmente de grupos "indígena", "montuvio" y "negro" en profunda heterogeneidad cultural, con diferente asimilación racial, de niveles económicos diversos, entremezcalada con grupos marginales de ancestro histórico diverso, con dialectos de raíces numerosas, integra el contenido de la población rural en el país. Frente a este movimiento de caracteres, los com-

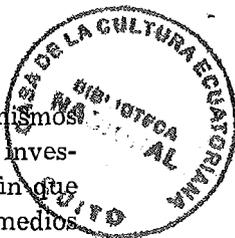
plejos fenómenos sociales, el desconocimiento de los mismos y las experiencias adquiridas en el campo durante las investigaciones se estructuró el PLAN antes mencionado, sin que hasta ahora se haya puesto en práctica por falta de medios económicos. De todas maneras el Plan está listo y esperamos hacerlo efectivo en cuanto los ecuatorianos vean la enorme y urgente necesidad de salvar al hombre del campo. Este Plan fué acogido favorablemente por la Misión del Altiplano Andino y a base de él se elaboró el Programa de Ayuda indígena al Ecuador.

Casi simultáneamente al Plan de Rehabilitación nació, como complemento "EL PLAN DE AYUDA A LAS FAMILIAS ALFARERAS", plan que se trabajó en asocio de un técnico de las NN. UU., y se presentó al Ministerio de Economía.

En vista de los múltiples problemas, el Director del Instituto planificó convenientemente una serie de actividades, las mismas que vamos a ir analizando una por una, a fin de que se tenga un conocimiento cabal del esfuerzo desplegado por el personal que compone las distintas dependencias del Instituto.

## LA ANTROPOLOGIA FISICA

El estudio biotipológico de unidades, constituye una fuente científica para la Historia y la Sociología, con las reducidas investigaciones se hizo estudios en algunas áreas rurales. Esperamos en el futuro seguir intensificando este importante capítulo científico.





## LA LINGUISTICA

Se ha iniciado con éxito el estudio concienzudo sobre algunas lenguas y algunos dialectos aborígenes en el país (Quichua, Colorado y Jíbaro). Ya a la hora presente se está trabajando intensamente en la distribución de áreas lingüísticas de las tres regiones geográficas del Ecuador; habiéndolo iniciado con el Quichua, posteriormente con el Colorado, el Cayapa y el Jíbaro, idiomas de los que contamos con vocabularios abundantísimos. Elaboración de Cartillas Ideo-fonéticas (Bilingüis) de Castellano y Quichua para enseñanza de niños indios, reposan en los archivos de investigación del I.E.A.G.

## SECCION DE ARTE Y FOLKLORE

Constituye otro campo de grandes perspectivas, desgraciadamente olvidado en el país. El arte, la música, la danza, el folklore son altos valores éticos y espirituales en la cultura de los pueblos. Su historia está materializada en los dibujos, en la conformación de los colores, en la armonía de los estilos, en la danza y en la música estrictamente aborígenes. Esta Sección estudia y grafica todas estas expresiones. Recoge y clasifica los dibujos y estilos. Con tal finalidad se realizó estudios detenidos de dibujos, colores, danzas folklóricas y musicología en Otavalo, Ilumán, La Compañía, Camuendo, Saquisilí, Pujilí, Guano, Tapi, Licán, Punín, Tisaleo, etc. Así mismo deseando ayudar a los estudiosos y turistas que visitan el país, la correspondiente Sección ha elaborado en muchos años de trabajo "EL CALENDARIO FOLKLORICO DE FESTIVIDADES INDIGENAS DE LA SIERRA ECUATORIANA", recuento histórico de enorme trascendencia para los futuros estudios etnológicos.

## SECCION DE HISTORIA, DOCUMENTOS Y ARCHIVO

Se ha dicho que la Historia del Ecuador está por conocerse todavía, y es una verdad indiscutible. Dos poderosas fuerzas han determinado la destrucción paulatina de ese patrimonio de la Historia. Los incendios y terremotos, en primer término y luego la codicia incontenible de los hombres que por satisfacer los apetitos del dinero han sujeto al saco más despiadado los archivos del país, vendiéndolos a otros países extranjeros documentos que ahora lamentamos no tenerlos. Estos motivos nos han obligado a preocuparnos seriamente en tratar de salvar en parte lo que escapó de los incendios, terremotos y codicia de los hombres. Así se inició la recopilación de copias de los documentos históricos e incunables en los archivos notariales y de Protocolo, así como en Tenencias Políticas y Casas Parroquiales. Trabajo efectuado en el deseo de obtener un archivo de copias de documentos de toda la República, adscrito a nuestras oficinas, servicio que ha facilitado el estudio del pasado histórico nacional al alcance popular. Esto indudablemente ha facilitado al I.E.A.G. el estudio completo de la Toponimia y la Antroponimia del Reino de Quito antes de la conquista española, trabajo auxiliar de insospechado valor que con el lingüístico de supervivencia ha hecho posible la reconstrucción de áreas indígenas precolombinas del Ecuador Interandino.

## DIVISION DE GEOGRAFIA

Esta división cuenta con la Sección de dibujo y cartografía, poderosísimos auxiliares de la Antropología y sus correspondientes Secciones. Se han terminado las siguientes cartas geográficas:

1).—Elaboración de un Mapa Base de la República de aplicación general, a escala 1:500.000, constituido de cuatro hojas, — Proyección Mercator;

2).—Mapa de DIVISION POLITICO TERRITORIAL DE LA REPUBLICA, Escala: 1:1'000.000;

3).—CARTODIAGRAMA DE DENSIDADES DE POBLACION. Escala: 1:1'000.000;

4).—MAPA ARQUEOLOGICO Y ETNOLOGICO. Escala: 1:1'500.000;

5).—CARTAS PROVINCIALES a diferentes escalas, que podrían servir para elaborar atlas escolares, cartas agrícolas, mapas climatéricos, agropecuarios, etc.;

6).—MAPA DEL ECUADOR PROYECCION DE AREA IGUAL. Escala: 1:1'000.000. Con esta Proyección se tendía a unir todas las repúblicas de América y fué elaborado para el Congreso Internacional de Geografía a reunirse en Washington.

Además, de estos trabajos bases, se han hecho otros relacionados con provincias y parroquias rurales, cartodiagramas de densidad de población de la Provincia del Carchi, las parroquias de Ilumán, Jaramijó, Chobo, Pusir, etc. Pese a los esfuerzos desplegados para conseguir la publicación de los mismos, hasta ahora conservamos inéditos en la Mapoteca.

La Sección Cartografía ha prestado su inapreciable contingente a la Arqueología, de este modo se han hecho los levantamientos correspondientes de las excavaciones, planos de localización, reconstrucción de edificios prehistóricos, dibujos de artefactos. Por ejemplo se hizo con todos sus detalles el levantamiento de la población prehistórica de la Tolita, de la Laguna de la Ciudad y otras muchas cosas que sería largo enumerar.

Se proyecta en el futuro hacer efectivo un ATLAS ARQUEOLOGICO, MAPAS ARGUEOLOGICOS PROVINCIALES, los mismos que vendrían a ayudar eficazmente a

los estudios de arqueología y etnología a realizarse por el Instituto.

Un Cartodiagrama de Distribución de Población Indígena, que conjuntamente con el DICCIONARIO GEODEMOGRAFICO --Trabajo realizado por el Director-- vendría a completar el conocimiento de los nombres geográficos aborígenes que todavía se conservan a lo largo de la sierra ecuatoriana.

## SECCION DE ARTE E INDUSTRIA

Son dos las actividades del campesinado en el Ecuador, siendo también dos las fuentes básicas de sus ingresos. Del robustecimiento de una u otra o de ambas, depende el nivel económico familiar del campesino ecuatoriano. Estas fuentes son: La Agricultura y la PEQUEÑA INDUSTRIA.

Así pues, entre las finalidades básicas, se incluyó en el Programa de actividades, la tecnificación de la Pequeña Industria Campesina. Para ello se efectuaron observaciones especiales enfocadas en conformidad a cada actividad.

El Plan que hacemos referencia, titulado "Tecnificación de la Pequeña Industria", persigue demostrar a los industriales campesinos, que empleando nuevas técnicas, e introduciendo mejoras en sus máquinas y sistemas, se podría producir artículos en mayor cantidad y notablemente mejorados en calidad. Entendemos que el mejoramiento técnico no podría dar resultados positivos si no tomamos en cuenta el factor cultural, patrimonio que ha hecho posible la existencia de la personalidad del pueblo indio. Por ello antes que a la tecnificación hemos encaminado nuestras actividades al descubrimiento sistemático de los valores culturales del pueblo, alma mater de nuestra nacionalidad indo-hispánica.

En esta forma se instaló en las Oficinas Centrales de

Quito el llamado "Centro de Tecnificación de la Industria Campesina", constituido en centro directriz de artes manuales populares.

Por falta de medios económicos no se pudo instalar las demás dependencias, que habrían abierto las puertas de la esperanza a miles de familias dedicadas a estas actividades en el Ecuador. Sin embargo, en la actualidad cuenta el Instituto, en sus Oficinas Centrales con el taller de tejidos de lana, con tres maestros tejedores, los mismos que vienen trabajando desde hace un año y medio en la confección de tapetes, servilletas, cubrecamas. Para ello se han mejorado los telares con nuevas técnicas y bajo la supervigilancia del Jefe de Sección, utilizando materiales nacionales, dibujos y colores debidamente estilizados, ya sea tomando de los actuales dibujos indígenas o de aquellos que se toman de los objetos arqueológicos, se ha venido trabajando intensamente en la renovación de los tejidos, sin perder esa hermosa tradición de los motivos indios. Se han hecho patrones de las siguientes áreas indígenas: Ilumán, Cacha, Colta, Cayapa, Colorados, Yumbos, Salásaca, Chunazana, etc., en lo referente a motivos de supervivencia actual. Motivos arqueológicos Punaes, Manabitas, Huancavilcas, Esmeraldeños, Puruhayes, Pastos e Imbabureños.

A su vez perfeccionados los maestros tejedores se ha iniciado la enseñanza de nuevas técnicas a jóvenes salacasas, los mismos que ya fueron a sus parcialidades a poner en práctica los conocimientos adquiridos en nuestro centro textil. Esperamos en el futuro, con la ayuda de los Municipios, aumentar el número de becados a todas las parcialidades indígenas del país.

Con el contingente de tejedores de Guano tenemos instalada una nueva dependencia en la que se tejen alfombras técnicamente perfeccionadas tanto en el nudo, como en los

dibujos que se utilizan para la integración artística del trabajo.

Esta Sección está cumpliendo así a cabalidad la misión que se impusiera en su fundación. Esto es salvar el arte indígena en su más pura sencillez y enseñar nuevos métodos de vida a todas las familias campesinas que viven de esta industria.

## SECCION MUSEOS

El Ecuador es un país desprovisto de Museos. El Museo tiene una decisiva importancia en la educación. La instrucción se vuelve objetiva, más fácil. En síntesis, constituyen laboratorios vivientes. Por otra parte, son atracción para los turistas y guardan en imagen viviente, pasadas culturas nacionales. En vista de esta necesidad urgente y de vital importancia para el desarrollo científico de los pueblos, el Instituto Ecuatoriano de Antropología, se dió a la dura tarea de organizar los siguientes Museos:

### MUSEO DE ANTROPOLOGIA Y ETNOLOGIA

Son esenciales estos dos Museos para la enseñanza objetiva del pasado y el presente aborígen en escuelas, colegios y al pueblo en general. Para el primero, mientras el grupo de investigadores recorría por diferentes lugares de la República se los encomendó la recolección ordenada de algunos objetos de la cultura material indígena en vías de desaparecer. En breve tiempo se logró adquirir una colección casi íntegra de vestidos ceremoniales, objetos de uso doméstico, armas, adornos, etc., distribuidos en esta forma:

a).—**Colorados**

De este grupo de las selvas occidentales constán: redes de pescar, taparrabos de hombre y de mujer, bototos, cha-las, etc.

b).—**Jíbaros**

De estos indios orientales recolectamos, cobijas de corteza de árbol, tendemas, lanzas, chaquíras, llicas, canastas zá-paras, Tayo-ucunchis, tambores de fiesta, collares de dientes de tigre, guayuza, etc.

c).—**Aucas**

De estos indios se tiene objetos de cultura material. Una olla muy primitiva, indudablemente la única pieza que existe en Museo.

De los indios de la Sierra hemos conseguido fajas, ponchos (Capisayos, Cushmas), cerámica de todo tipo, adornos, etc. Parte del rico patrimonio cultural de todas las regiones del Ecuador hemos salvado, esperando en el futuro completar este Museo con nuevos objetos que vendrían a llenar las necesidades de los estudios antropológicos ya realizados.

El Museo de Etnología, gracias a la feliz iniciativa del Director, cuenta con los siguientes grupos escultóricos:

a).—Una familia de indios de Calderón (Pichincha);

b).—Un tejedor de Ilumán (Imbabura);

c).—Una familia negra del Chota (Carchi);

d).—Una pareja de bordadores Salasacas (Tungurahua);

e).—Banda típica de los Salasacas (Tungurahua);

f).—Un vaquero indio de los páramos del Chimborazo (Chimborazo);

g).—Una joven pareja de indios Natabuelas (Imbabura);

h).—Una pareja de indios Colorados (Pichincha);

i).—Un cazador jíbaro (Santiago Zamora).

Para la realización de estos trabajos previamente se tomaron las medidas antropométricas correspondientes a cada uno de los grupos, muestras de piel y los perfiles se hicieron de acuerdo a las fotografías tomadas para el objeto, cuando no fué posible tener modelos vivos.

El Museo se incrementará en el futuro con trabajos de esculturas correspondientes a todos los tipos étnicos del Ecuador, incluyendo en ellos los grupos marginales y de cultura mestiza.

## MUSEO DE ARQUEOLOGIA

Es clamoroso el saqueo que por parte de gentes inescrupulosas se efectúa en los cementerios arqueológicos nacionales. El gran contrabando de los mismos, sobre todo por negociantes internacionales, obligó al Instituto de Antropología a crear el Museo de Arqueología, el mismo que, paulatinamente, a base de excavaciones y exploraciones previas, ha ido incrementando con un centenar de objetos.

Exploraciones continuas y excavaciones científicas realizadas en el presente año, obstaculizaron en parte, la fuga de piezas arqueológicas a otros países. Contamos por lo pronto con las siguientes colecciones:

a).—Provincia de Esmeraldas. — Más de ochocientas piezas, obtenidas en excavaciones en la Isla de La Tolita, Mate, Rocafuerte, Montalvo, La Tola, etc.;

b).—Excavaciones y recolecciones en la Provincia de Manabí. — Montecristi, Picaenza, y el Cerro de Hojas;

c).—Excavaciones en la Provincia del Chimborazo, sector San Andrés;

d).—Excavaciones y recolecciones en la Provincia de Bolívar, sector Pacay;

e).—Excavaciones en la Provincia del Carchi, sector Pucará.

Indudablemente estas exploraciones y excavaciones han dado resultados bastante halagadores al Instituto. Se tienen listos los informes y estudios correspondientes para la publicación.

En los pocos meses que lleva de iniciado el Museo y los trabajos respectivos, se cuenta con importantísimos descubrimientos:

1).—Descubrimiento de un cementerio arqueológico en el VERGEL, parroquia LA TOLA, en la Provincia de Esmeraldas;

2).—Descubrimiento arqueológico de un cementerio en la hacienda PACAY, Provincia de Bolívar;

3).—Descubrimiento de un cementerio arqueológico y un basural prehistórico en la hacienda San Pablo, Provincia del Chimborazo; y

4).—Reconstrucción y estudios previos del TEMPLO DEL SOL de los Puruhayes de Guano en la Provincia del Chimborazo.

El Instituto Ecuatoriano de Antropología se ha convertido en el guardián celoso del Patrimonio Artístico Nacional y estima la existencia del Museo para conocimiento de las culturas aborígenes que se desarrollaron antes de la conquista española en nuestros territorios.

## PUBLICACIONES

Para dejar constancia de los trabajos efectuados y para conocimiento científico se han publicado las siguientes obras:

- 1).—LA PAZ, informe número uno, de las investigaciones Socio-económicas;
- 2).—PACCHA DUCHICELA MADRE DE ATAHUALPA, estudio histórico por el Sr. Alfredo Costales Samaniego;
- 3).—EL MANUSCRITO DE LA SRA. BEATE R. SALZ, referente a la bibliografía indigenista ecuatoriana;

Al Departamento de Investigaciones Económicas de la Universidad Central, se entregó uara la publicación los originales de los siguientes estudios:

- 4).—Indios BLANCOS Y MESTIZOS DE LA PROVINCIA DE IMBABURA, y
- 5).—ALGUNOS FACTORES ECONOMICOS Y GEOGRAFICOS QUE AFECTAN A LOS CAMPESINOS DEL NORESTE DE LA PROVINCIA DEL PICHINCHA, por Basile y Paredes.

Gracias a las gestiones realizadas ante el Instituto Nacional de Previsión, se consiguió que el Departamento de Información, Reclamaciones e Investigación Social, publicara los diez informes restantes de los estudios Socio-económicos.

Esta es una síntesis de la labor desplegada en tres años de existencia por el Instituto Ecuatoriano de Antropología. El país, sus Instituciones, sus hombres, juzgarán si ha sido fructífera o negâtiva nuestra obra. Entre tanto, nosotros continuaremos "Salvando todavía lo que se puede salvar de los indios ecuatorianos", según el consejo de Rivet, el gran maestro de la teoría del hombre.



S. JOSE M. LEORO

# DON PEDRO MONCAYO



## EVOCACION SOLARIEGA

Las Cordilleras de los Andes, en el norte del Ecuador, se unen en el Nudo de Cajas y se bifurcan luego hacia el sur de Colombia como esparciendo, aquí y allá, a trechos en aquel solemne anfiteatro, valles y hondonadas que se dijeran una sonrisa en medio a la adustez de las cresterías desiguales.

Ibarra, la capital de la comarca, se extiende, sonriente y núbil, en uno de esos valles. “Ciérranlo las serranías que de loma en loma suben, de un lado, a las parameras que van a oriente a perderse en lo inexplorado y de otro a la Cordillera que empina en vano sus cimas por ver el mar muy distante. Solitario al canto de la llanada, el Imbabura mira, ceñudo y triste, al antiguo rival, el Cotacachi, que se yergue, fiero de sus desastres y de recibir cada tarde en su lecho de nieve inflamada de resplandores, al sol poniente”. (1) “Hacia el sur —añadiremos en frase de un selecto escritor iba-

---

(1) Lo dice don Gonzalo Zaldumbide, que ha vivido y se ha saturado de la belleza cautivante de estos panoramas, en “Egloga Trágica”.

rreño— una sucesión de arboledas y caseríos que se van levantando, flanqueadas por el Imbabura, hasta perderse en las extensas dehesas que suben hasta el abra; hacia el norte, una gradación de altozanos, lomas parduscas y áridos cerros que se destacan sobre el fondo de las lejanas montañas del Carchi". (1).

En esta ciudad, entonces villa, nació Dn. Pedro Moncayo y Esparza, uno de los más puros y fervientes batalladores por la libertad y la justicia, uno de los fundadores del liberalismo, cuya constancia heroica y cuyo infortunio lo han vuelto célebre en los anales patrios. Celebridad que arranca, tamizada y quintaesenciada, de los más ricos jugos de la fe y de la pertinacia en el esfuerzo ciudadano. Pocos hombres como él, ejemplar de escritor y de combatiente, íntegro, gallardo, señorial, en quien han de encontrarse, sumadas y armonizadas, las excelencias del idealista y las virilidades del hombre en su acepción más alta y trascendente. Y este conubio raro y feliz habrá de imprimir carácter permanente a su obra y a su vida errabunda. Tipo de andante caballero, una especie de Quijote en cuya mirada se dilata la visión del infortunio general, despertándole el noble ensueño de manumitirlo y consolarlo.

El, Dn. Pedro, iniciará en la República el desfile de aquella teoría de rebeldes auténticos que sufrieron persecuciones porque pusieron en sus almas, en sus vidas, en su obra, todo el ardor de un temperamento exaltado y acerrado.

Y él, Moncayo, dará por estos prestigios lustre a la ciudad nativa, exaltándola por sobre la nombradía de su feracidad, de sus encantos apacibles, de su belleza deleitosa, de la honradez y dignidad de sus habitantes.

---

(1) José I. Burbano, en "La poesía en Ibarra".

Pero esta villa carecía de elementos de dinamismo, de vitalidad anímica. La vida se remansaba monótona. El clima cálido, en veces tropical, la sumía en sopor, en uno como letargo embarazoso. La villa "comulga con la campiña que se le entra por todos lados". Las calles soleadas, rectas, anchas, no tanto como las de la ciudad actual, divididas por acequias vetustas, ostentan casas generalmente bajas, gachonas, como adormecidas de cansancio. El tráfico escaso deja una impresión de soledad. La movilización al tardo paso de las caballerizas, por caminos fragosos, dificulta las relaciones del comercio y de la administración. Sus habitantes en número variable por alternativas cuya razón no es conocida, disfrutaban en esta Arcadía de una paz virgiliana, eglógica. Divididos en clases, mantenían unas, atributos y prerrogativas, y otras, servidumbre pesarosa que prendía la centella del odio en sus entrañas. En pocas manos permanecía la propiedad territorial. Y el señorito noble, con nobleza acusada, el señorito rico, solía imprimir en sus ojos y diversiones la nota pueril de su lustroso abolengo castellano, de sus discutibles títulos nobiliarios. La esclavitud erigida en Institución, hacía del negro, presente para los más bajos y los más fuertes menesteres del hogar y de la hacienda, una piltrafa humana. Alguna vez su rebeldía su oposición trascendió a lo social, removiendo ese ambiente tranquilo. El indio es también el ciervo obligado en las casas e instituciones, indolente al esfuerzo del amo y al oprobio de su humillación. Apenas si en las notas gemebundas del yaraví diluye su dolor arisco. El cruzamiento se verifica, con caracteres de más permeabilidad, con la raza negra. La feria es un espectáculo pintoresco. Acuden a ella los moradores de pueblos y caseríos circunvecinos y los indios sumisos, perdido su esplendor antiguo, con sus artefactos que gozan fama dilatada. Pocos los festivos en la villa. Herencia de España, las corridas de to-

ros se realizan, de vez en vez, con cierta pomposa coloración localista, en conmemoración del natalicio, del matrimonio, etc., de su Majestad, el lejano Rey de la Península, o simplemente por alguna ocurrencia de Presidentes o Corregidores. La riña de gallos es su otra diversión favorita. Y se acostumbra también el vigorizante juego de la pelota, en plazas y lugares destinados para el caso. Por lo demás, en los corrillos, la murmuración a flor de labios, el decir ingenioso, la ya desembozada ironía contra los atropellos y abusos de las clases dominantes. Entre éstas, el clero absorbe y avasalla todo con imperio singular: la Iglesia, el hogar, la asociación civil y las almas, arraigadas fuerte, secularmente, a esa dominación. Las fiestas religiosas revisten, en consecuencia, un gran carácter de solemnidad. Nada hay que se les parezca en su boato externo, en su litúrgica y severa imponencia. Aunque es cierto que el sentimiento religioso interno, puro y suave, limpio de los excesos de ese culto idolátrico, está muy distante y acaso divorciado de la comunidad. Las artes y las ciencias, subordinadas a la Iglesia, convergen hacia ella con tendencia irremisible. Los conventos, entre los cuales sobresale el de la Compañía de Jesús, de fachada admirable, ostenta un arte plateresco, que alguna vez es candoroso. El oro, la plata y la pedrería afluyen, en donativos disputados, a revestir los ornamentos y las imágenes. Alguna de éstas son adquiridas y traídas, con cuidado nimio, desde lejanas tierras. La enseñanza está asimismo recluída en los Conventos. Los hombres más representativos, generalmente pertenecientes a las órdenes religiosas, guardan quizás en cuartillas o volúmenes inéditos sus elucubraciones o sus versos de corte académico, tal vez tocados de la decadencia gongórica, en que vierten su sentimentalidad reprimida. La importación de libros modernos está vedada por prohibición expresa del Gobierno colo-

nial. No hay una sola librería ni imprenta. Publicarás el primer periódico de la ciudad, allá por el año de 1886 y eso, editado en Quito! Esta vida de encierro, de renunciación, juntamente con ciertas "circunstancias climatéricas y meteorológicas" comunica e imprime al carácter de sus moradores "una especie de malestar indefinible que causa la tendencia al aislamiento y la concentración, a la reflexión minuciosa, al pensar caviloso y al fantasear interminable". Bien que, por lo demás, también eran distintivos de su carácter aquellos que ya se anotó por algún escritor: un amor inquebrantable al trabajo y a la libertad individual y cierta dignidad ingénita que raya en altivez. En contados espíritus empieza a apuntar, burbujeante, cierto desasosiego por la forma en que vienen siendo gobernados. Y lejana, vaga aún, imprecisamente, intuyen más que saben, con instintivo afán de liberación, una forma más humana y racional.

## NACIMIENTO Y JUVENTUD

En este ambiente nació el doctor Pedro Moncayo y Esparza el 29 de junio de 1807. (1) Sus padres fueron doña María Esparza y Páez, bella y de linajuda familia ibarreña, y don José Moncayo, de procedencia colombiana, comerciante activo, emprendedor y valeroso. Don Pedro fue hijo

---

(1) En el número 143 del semanario "El Ferrocarril del Norte" encontramos la siguiente nota, titulada "El nacimiento de un ibarreño ilustre", que dice así: Dudosa y muy discutida ha sido hasta hoy la fecha de nacimiento del Sr. Dr. Pedro Moncayo. Algunos biógrafos creen que el Dr. Moncayo nació en 1804; otros, al contrario, indican el año 1807, sin precisar la fecha. En nuestro afán de inquirir con exactitud acerca del año y fecha de nacimiento de este filántropo ibarreño, hemos acudido a registrar

ilegítimo, y acaso por el afán de encubrir una falta en una sociedad pacata, fanatizada y exigente, hicieronle aparecer como un expósito a quien recogía la conmiseración de doña Josefa Páez de Trastramara, madre de doña María y, por tanto, abuela del recién nacido. Exterioridades vanas a que conducían el medio incomprensivo y los vicios de educación clasista. Sin embargo de su origen hidalgo, la familia Esparza hallábase a la sazón en graves apuros económicos, por lo cual la crianza y la educación del chico se hallarían sujetas a mil contingencias y vicisitudes amargas. La escuela del dolor —que es purificación— iba a aleccionarlo desde niño, nutriéndole de firmeza y vigor.

Ninguna memoria queda de la niñez de Moncayo. Quizás el rapazuelo acendrabá en su prematuro ratriamiento y en su avidez de estudioso la energía y el valor para las luchas en que había de empeñarse luego. Se lo vería, en frecuente evasiva, alejarse del enjambre de sus compañeros, con una especie de anticipada multiplicidad de observación.

---

el Archivo de la Iglesia Parroquial de esta ciudad, proporcionado bondadosamente por el Cura Canónico doctor Mariano Noboa. Después de mucho trabajo y paciencia encontramos la respectiva partida bautismal, en la que consta que nació en casa de la señora doña Josefa Páez y que Fray Luis Mancilla "En treinta de junio de ochocientos y siete bautizó solemnemente puso óleo y crisma a Pedro María siendo su Madrina doña Josefa Páez que sabe su obligación".

La circunstancia de llevar el nombre de PEDRO hace suponer muy fundadamente que nació el día anterior, es decir el veinte y nueve de junio, fecha en la que la Iglesia conmemora la fiesta de San Pedro, pues, según antigua costumbre, al recién nacido solía ponérsele el nombre del santo del día de su nacimiento.

El director de esta hoja es el ilustrado periodista señor Víctor M. Guzmán.

Apuntaría en el escolar el urgador silencioso, el irónico represivo de la garrulería infantil, que perfila ya su camino de rigideces... Adivinaríase en él una como suerte de temprana madurez. Solitario, se lo verá errar por las rumorosas vegas del Tahuando, embebecido en el aprendizaje de sus lecciones, alternándolo, en sus ratos perdidos, con la contemplación de la encañada soledosa en que el viento mece el oro de los retamales y el saucedal umbrío; o del agua parlanchina que huye, con premura indolente, rara vez desigual, como filosofando sobre la inestabilidad de las cosas.

Para hacer sus estudios de enseñanza secundaria, pronto se trasladará a Quito. Y allí sus ojos asombradizos echarán de menos la apacibilidad de su comarca azul. La escasez de medios económicos si volvía amargos sus días, era como un acicate para sus empeños culturales, para su obsesión de saber y de triunfar. El Instituto quiteño lo estimularía además con un apreciable número de condiscípulos distinguidos en que la victoria sería más disputada y difícil. La "Gaceta de Colombia" (1) expresa que en el Colegio Seminario de San Luis, de Quito, se había realizado, bajo la dirección del Profesor de Filosofía, doctor don José de Jesús Clavijo, un muy lucido certamen sostenido por Pedro Moncayo, Roberto Ascázubi, Carlos Tamayo y Joaquín Tobar. No conocemos el resultado del certamen; mas sólo su participación en él, revela que nuestro contérráneo ya se las había, en liza filosófica, con elementos que ocuparían más tarde los primeros puestos en la Administración Pública. Su juventud meditativa, su soledad ahora poblada de pensamientos libertarios, se ahincaría más al influjo de las grandes batallas de la Independencia.

---

(1) Número 202, de 26 de agosto de 1825. Debemos el dato a la amabilidad del distinguido historiógrafo Sr. Dr. C. Tobar Subía.

Tal vez, avanzada ya la tarde, irá por las vías de occidente a ver morir el sol entre esplendores de púrpura y de oro; y, perdido en la penumbra crepuscular, meditará, como en un pensamiento de riesgosas aventuras, en no sé qué extraños modos de reivindicaciones políticas e inquieto seguirá **in mente** las vicisitudes de la lucha magna admirando a Bolívar, el genio de la Libertad.

El 5 de agosto de 1829 obtuvo el grado de Bachiller en Derecho. Asistió a la Academia de Derecho Práctico desde el 5 de abril de 1829 hasta el 10 de abril de 1832, "en cuyo tiempo —dice el Prosecretario de la Academia, doctor Mariano Regalado— ha desempeñado religiosamente las funciones de clase, dando igualmente pruebas nada equívocas de su talento, juiciosidad y aprovechamiento en la carrera a que se ha consagrado exclusivamente".

Fue discípulo en Economía Política del doctor Víctor Félix de San Miguel, desde el 18 de octubre de 1829 hasta el 6 de marzo de 1832.

Asistió como practicante al estudio del doctor José María Lasso, Profesor de Derecho Canónico, en la Universidad Central, desde mediados de agosto de 1829 hasta el 26 de abril de 1832; "cargo en el que ha desempeñado —lo expresa el certificado del doctor Lasso— las obligaciones de tal a mi satisfacción, en las conferencias, extractos, memoriales y otros ensayos forenses que le he encargado, lo que me hace esperar sea un Abogado digno de la confianza de los clientes y apto para las funciones de la Judicatura".

También trabajó, de abril a agosto de 1829, en el estudio del Dr. Mariano Regalado "en cuyo tiempo manifestó talento y dedicación".

Obtuvo el grado de doctor en Leyes el 28 de abril de 1832, siendo Rector de la Universidad de Quito el doctor Pedro José Arteta.

El examen práctico de la Academia de Abogados lo rindió el 19 de mayo del mismo año de 1832, ante el Tribunal compuesto por los doctores Víctor Félix de San Miguel José María Lasso, Ramón Miño y Joaquín Mendizábal, siendo "totalmente aprobado".

Por fin, el examen público de Jurisprudencia teórica y práctica lo rindió en la Corte de Apelaciones, el 1º de junio del mismo año, ante el Tribunal formado por los doctores Fidel Quijano, Joaquín Gutiérrez, Agustín Salazar y José María Vergara, "aprobándosele plenamente".

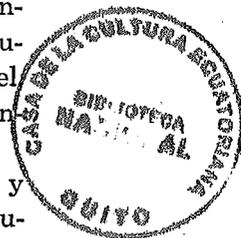
Para el examen práctico declararon sobre su honrosa conducta, religiosidad y adhesión al sistema republicano, el doctor José Manuel Espinosa y el Padre Fray Pedro Albán. (1)

Aumentaban, pues, sus prestigios de inteligente y estudioso.

¿Se insinuará acaso el amador en el Moncayo juvenil? Ningún rastro ha querido dejarnos en sus obras. La espuma que borda de encajes la ribera soleada no ha transparentado la huella de sus arabescos en este mar salobre. Su cincel puntoso no tallaría la rosa rosada del madrigal, ni en sus cuartillas humeantes se verterían, como un perfume exquisito, los efluvios de su amor esquivo. Quizás en sus desvelos de lector asíduo oreaba su frente el recuerdo obsesor de unos ojos embrujados que añadirían a la inquietud inicial la tortura de un afecto inconfeso. Su erotismo fuerte, ¿no sería un resorte más, de eficacia, para sus visiones y sus empeños quijotesco?

---

(1) Estos datos los tomamos del Nº 3 de la Revista de Derecho y Ciencias Sociales (1933), la que a su vez ha tomado de la Revista del Centro de Estudiantes de Jurisprudencia. Nº 3.





Lo que creemos evidente es que su complexión de hombre vigoroso, su temperamento de sensitivo-activo, debían alimentar y dar vida a un amor inmenso, apasionado, vehementemente, ajeno a las debilidades de un donjuanismo ambiguo.

Amor viril de Otelo si se tratase de las inspiraciones de una mujer. Amor irrenunciable por la implantación de la democracia, amor apostólico por los regímenes que reconocen al ser sus atributos de hombre y sus derechos de ciudadano; amor ardiente a la humanidad, a la justicia, al bien...

Desde entonces estos distintivos de su regia individualidad debían imprimir en la voluntad de Moncayo el brío que jamás había de faltarle para el cumplimiento de su alto mandato histórico de incalculables proyecciones.

Así su retraimiento —que no era esquividad antisocial sino acopio de energía y de ilustración, a la vez que estima de su propio decoro— se extravertería en breve en la propaganda, en la acción valerosa, si bien tras su gesto de rémovedor, de sembrador quèrelloso, y tras su hercúleo bregar de combatiente, volvería, calzado el coturno de su dignidad, a su torre habitual de solitario, libre e insumiso...

Y como pudo decirse del gran Cosmopolita, también nuestro prócer, “erguido con la firmeza de su soberanía interior, abnegado y estoico entre arteras asechanzas, poseído de su ardua misión, nunca había de descender del sitial reservado a su grandeza noble y bravía”, como veremos por su actuación en la exaltada y turbulenta vida de nuestra República.

## PANORAMA HISTORICO

### El Primer Mandatario

Dividida la Gran Colombia de Bolívar, las nacionalidades que en virtud de natural gravitación histórica y geográfica recobraron, con su equilibrio, sus antiguas posesiones, hubieron de convulsionarse, en su transición de régimen político, como las demás de la América sureana, en un rudo y sangriento aprendizaje de democracia y libertad. "Fácilmente se concibe lo que hay de anormal —dice el doctor Rivet— en una transformación tan radical de régimen impuesta de alguna manera sólo por una minoría inteligente y esclarecida, a poblaciones cuya mentalidad se asemejaba más bien a la mentalidad francesa de la edad media y no a la de la revolución y que además les había faltado tiempo de impregnarse de las ideas nuevas y hasta de comprenderlas".

(1)

Sobre aquella masa heterogénea de cultura inconexa, que no conocía con exactitud la correlación de los deberes y derechos de la ciudadanía; que carecía del sentimiento de la dignidad humana (2) porque había abrevado su espíritu en las turbias aguas de la servidumbre colonial, y que del movimiento y de las luchas de la Emancipación apenas si tenía un vago y confuso rumor, el rumor de los principios y doctrinas, fragmentarios e inestables para ella, proferidos en el campamento o en las arengas del combate; sobre aque-

---

(1) ENSAYO SOBRE LOS PUEBLOS SUD-AMERICANOS por el Dr. Rivet, Médico de la Misión Geodésica en el Ecuador. Traducción de C. Pallares Z. En la Revista de la Sociedad Estudios Jurídicos. Núms. 16 y 17. 1921.

(2) Exceptuamos a aquella minoría.

lla muchedumbre colectiva levantaron, en tropel de turbulencias, sus desatadas ambiciones varios de los Tenientes del Libertador, que otrora se cubrieran de gloria con sus hazañas de leyenda.

Y el ideal libertario, no tuvo, salvo honrosísimos casos de excepción, en la mente y en la voluntad de los legisladores, oradores y publicistas de aquella época, el reactivo que moderara su impulso, que desbordaba ya el hervor demagógico, y la visión, neta y precisa, que señalara y asegurara la eficacia de sus virtuales excelencias, subordinándolas al peculiar estado de estos pueblos incipientes y pobres.

El General Juan José Flores obtuvo para sí de esa descomposición funesta, en virtud de artimañas que encubrirían su deslealtad, (1) la Presidencia de Quito o sea la actual República del Ecuador.

No era ciertamente de un militar como él, por valeroso y astuto que fuese, de donde podía arrancar el impulso de organización y de gobierno atinado y benéfico, sobre los míseros fundamentos de nuestra democracia. Se necesitaba, no ya el valor que subyuga e infunde hálitos de victoria en las peleas, porque esa disposición militante si había llevado, en su hora, (salvo paréntesis dolorosos de arbitrariedad) el correctivo de la disciplina y del fervor patrótico, entrañaba también los gérmenes de la discordia y la anarquía. Necesitábase quizás el frío análisis del estadista que, en su gabinete sereno, armonizase por ingénita disposición de espíritu y por orientación de pensador, la amarga realidad de la situación colectiva, de sus exactas posibilidades de entonces, con la forma de encauzarlas más convenientemente sin asperezas ni cambios tan violentos. O, más bien, si se pen-

---

(1) LA CONSTITUCION ECUATORIANA DE 1869. José M. Velasco Ibarra. Revista de la Sociedad Estudios Jurídicos. Núms. 16 y 17.

sase en que había que refrenar los desmanes de una soldadesca extraña y bravía, de un guerrero que al prestigio de su heroísmo y de su nombre, uniese el sentido claro y cierto de las necesidades y un acendrado afán de mejoramiento común, inmune a las tentaciones del Poder, ineludible y abnegado al par. Pero entonces ya Sucre "cuya simpática y firme cabeza mantuvo su imperturbabilidad cordial, sin una vacilación, cuando un huracán de codicias hizo tambalear las frentes más ponderables y enturbió con vahos de pantano las miradas de los más desinteresados; cuando la POLITIQUERÍA que hacía en hora malhadada su advenimiento en la América-Hispana, amenazaba el alma genial del mismo Bolívar" (1); pero entonces ya el virtuoso Capitán, el "héroe modesto", había caído en una encrucijada de la montaña sombría.

Porque nosotros no habíamos tenido un militar sobresaliente, de indiscutibles ejecutorias y prestigios, que impusiese su nombre en esa situación. Y Lamar había deslustrado, para el concepto de entonces, sus glorias marciales en los llanos ensangrentados de Tarqui, que supieron del triste rompimiento de su lealtad a la Gran Colombia.

El General Flores gobernó la República por luengos años dolorosos. Asumió la Presidencia entre el fulgor trémulo de una libertad naciente y, a las veces, ficticia. El momento era angustioso. Multitud de desfavorables circunstancias concurrían a perfilar, en la perspectiva del tiempo, una era tormentosa y caótica. Desde el nacimiento mismo de la República la dificultad limítrofe, como lo previera Sucre, asumía las características de una usurpación hartamente injusta. Y la desidia del Gobernante dejaba imputar fabulo-

---

(1) "El Héroe Modesto". Fernando Chávez. Rev. de I. Primaria. Núm. 1, Ibarra.

sas cantidades como deuda de nuestra Independencia, en un porcentaje excesivo a las posibilidades y a la justicia.

El militarismo rampante y cruel, de gente adventicia en su mayor parte y extraña, por lo mismo, a nuestras cosas, añoraba, después de los días heroicos y en la serenidad de la paz, su largo camino de depredaciones. Mas aún: impulsaba, autocrático, a la violencia y la rapacidad.

A ello contribuyó también la dificultad increíble del Gobierno en el pago de los sueldos. Y así se vió que el frío estremecimiento de la desnudez y las ciegas imposiciones del hambre que martirizaban a casi todo el Ejército impago de sus haberes, a ese mismo Ejército que tantas veces se había coronado con laureles de triunfo, impulsaron a tres compañías del VARGAS a la insurrección. Y cuando, con inaudita saña, se escarmentaba o, más bien, se asesinaba a los rebeldes por mano del feroz Otamendi, el Gobierno explicaba luego, identificando la justicia con el asesinato político, entre estoico y jubiloso: "Cuando la Historia del Ecuador refiera que un cuerpo de tropas quebrantó las leyes de la obediencia y del honor militar, referirá también que la espada de la Ley cayó sobre las cabezas de tan nefario crimen y que ninguno de ellos sobrevivió al delito". (1).

Se había encontrado un rico filón explotable en los míseros haberes del soldado. Los Jefes del Cuerpo enriquecían a su costa y deslizaban su vida, envidiada y rumbosa, entre la molicie, el derroche y la orgía. El más desembozado de los latrocinios se había erigido en sistema y cundía por doquiera el descrédito juntamente con el malestar general. Y algunos militares y patricios ecuatorianos habían sido odiosamente preteridos en la administración.

---

(1) Acápíte del Mensaje del General Flores al Congreso de ese año.

Y como la campaña del Norte empeorara la angustiosa situación de la Hacienda Pública, cuyo desorden participaba de la festinación de la hora, ordenóse, entre otras medidas, imponer una contribución de diez mil pesos mensuales. Y también suprimir los Juzgados de Letras, las Cortes del Guayas y del Azuay, las Comandancias Generales y alguna dependencia más de la administración, con lo cual la justicia sufrió entorpecimiento clamoroso. "La I. Pública, sin medios de sostenerse, menos de dilatar su acción benéfica, no daba un paso fuera del terreno en que obraba antes de la Independencia". (1)

A completar este cuadro de brumas vino la falsificación de la moneda. Ella circulaba, sin reserva ni desconocimiento, en el comercio. Los mismos empleados de los Ministerios habían encontrado en estos menesteres seguro medio de enriquecer. Y a la sombra de la tolerancia oficial se defraudaba y esquilma a los pueblos.

Y Flores, valiente militar, rodeado otrora de cierta popularidad y prestigio heroico, dotado de innegable don de gentes con que acallaba y aún acercaba al adversario, no tuvo en esos momentos el buen sentido de la realidad, que exigía orientar la acción gubernativa según las conveniencias nacionales. Y, ambicioso y epicúreo, fió en la iniquidad de aquella soldadesca y en la afrenta del nepotismo y de la intriga, el éxito y acaso la perpetuidad de su fortuna política.

---

(1) "García Moreno" por Juan León Mera. Pág. 139. Igual opinión expresan los Drs. Alfredo Espinosa Tamayo en "El Problema de la Enseñanza en el Ecuador" pág. 4, y Julio Tobar Donoso en "García Moreno y la I. Pública".

## EN LA LID

Natural reacción del espíritu público, aletargado hasta entonces, debía ser el corolario de esas tropelías. La ineficacia gubernativa empezaba a generar el odio político y desenvainaba, vibrante y certera, la espada de la reivindicación nacional. La simiente de las rebeldías de ayer se había echado en surco abierto. Aún en la hartura de la orgía oficial apuntaba ya el desasosiego; y la áurea transparencia del licor espirituoso asentaba su sedimento de rojas inquietudes.

Faltaba sólo la voz taumatúrgica que hiciera estallar esas rebeldías. Faltaba el cauce que desbordara, bullente y sonoro, el caudal de represadas altiveces.

Y esa voz iba a sonar, tonante y grave, como la voz que anuncia la proximidad de la tormenta. Y el cauce empezaba ya a abrir paso a la corriente, que saltaría arrolladora y magnífica.

Un núcleo selecto de ciudadanos se había agrupado en torno al austero filósofo Hall, idólatra de la libertad en cuyas filas militó con honor. Las luces de la Independencia Hispano-Americana le habían atraído desde la nebulosa Albión, con su espejismo mágico. Perteneía a aquella estirpe de visionarios políticos que sueñan con el advenimiento de una República ideal, pura e indeclinable en la rigidez de las disciplinas ciudadanas, inhibida de toda tendencia dictatorial por el religioso acatamiento de la Ley y el libre ejercicio de la filosofía y la razón y gobernada por los más capacitados y virtuosos de sus hijos. Por eso, cuando se engendraba la dictadura de Bolívar como un moderador de la irrupción de la demagogia y del siniestro aletear de las pasiones banderizas, el alma libérrima de Hall hubo de revelarse abier-

tamente y sin ambages. Igual actitud asumió ante la sórdida ambición floreana.

De ese grupo —en casi la totalidad de cuyos Miembros se aunaban la aristocracia del talento y la instrucción con las excelencias de la entereza ciudadana no desprovista de generosidad— nació la Sociedad política “El Quiteño Libre” que, reducida en sus comienzos, fue extendiendo sus nexos y relaciones con varios otros lugares de la República. La componían los señores General Sáenz, Presidente; José Miguel Murgüitio, Secretario; Pedro Moncayo, redactor del vocero de la Sociedad, que debía publicarse en breve; Vocales: General Matheu, Coronel Hall, Ignacio Zaldumbide, Manuel y Roberto Ascázubi, Vicente Sanz, Manuel Ontaneda, Coronel Wriht y Comandante Pablo Barrera.

Una de sus resoluciones trascendentales fue la fundación del periódico que llevó el mismo nombre de la Sociedad

A esa hoja periódica, tan brillante como infortunada en sus resultados inmediatos, brindó, pues, Moncayo las primicias de su pluma. Pluma austera que deja adivinar, desde entonces, su abolengo ilustre. Se había empapado, como en fuente de altivez sempiterna, en la admirable virtud antigua de los Plutarcos y los Tácitos, vale decir de la antigüedad greco-romana. Y de ella tomó su acerado temple y lucidez.

Pintada a lo vivo la situación del País; luciendo, en toda su verdad acerba, el desgüeño de la Hacienda Pública, no obstante los esforzados empeños del inteligente Ministro García del Río; expuestos sin rodeos los peculados de la Administración, empezó la lucha entre la oposición y los ministeriales. Estos, bien pronto se lanzaron por la tortuosa senda del personalismo, luego de haber pintado al Ecuador —Leibnizt circunscritos a él— como la mejor de las Repúblicas sud-americanas.

## LLEGA ROCAFUERTE

A vigorizar la lucha y ofrecerle un nombre de celebridad continental que oponer al desorden del oficialismo, concurrió un hecho muy significativo: la llegada a playas ecuatorianas del infatigable Rocafuerte, "magnífico y justísimo consorcio de hombre con nombre" que dijo Vasconcelos.

Venía precedido de altísimo renombre. Había servido a la causa de la Emancipación Americana y padecido por ella persecuciones y encarcelamientos. La Europa revolucionaria —en cuyo seno modeló su adolescencia para los afanes de la libertad— había nutrido su mente de las nuevas doctrinas que eran flor del espíritu humano y aliento demoledor de las caducas normas. Ya en las Cortes de España la magia de su verbo arrebatado había defendido, como el elocuentísimo Mejía y como Olmedo, el alto poeta indiscutible, el noble sentido y los atributos de la libertad y la soberanía de los pueblos aherrojados por brutal despotismo, y negándose al oprobioso besamanos de Fernando VII. Y, recorriendo la mayor parte de las capitales europeas, en donde los empeños y las congojas de la libertad perseguida le habían relacionado con muchos notables americanos y europeos, fue a radicarse en Guayaquil. Luego marchó a Estados Unidos y a su paso por Cuba fue designado para ir a Madrid. Allí sirvió de poderoso auxiliar a Bolívar, enviándole informaciones veraces acerca de la situación militar y política de Riego. Y cuando, poco después, la púrpura de Itúrbide, como un reto a la ideología liberal, deslumbraba con sus falsos brillos de sofisma y de reacción, su pluma de propagandista pertinaz y fecundo abrió el surco de las retaliaciones. Y, cruzando el propósito de Itúrbide de obtener el reconocimiento de su imperio por parte de los Estados Unidos del Norte, Rocafuerte consiguió suspenderlo, mien-

tras se sentía llegar, estrepitosa, la caída de aquel tráfuga infortunado. Luego desempeñó importantes Legaciones en Europa, con suceso y brillo. Y, para que nadie faltase a su grandeza, fue atacado pronto y apresado y enjuiciado por una de sus valientes publicaciones, "El Ensayo sobre la tolerancia religiosa", que le dió ocasión para lucir su oratoria, sonora y deslumbrante, en la defensa filosófica de sus ideas.

Y a este virtuoso de la acción y del fervor patriótico se dirigió "El Quiteño Libre" como a su Jefe y mentor. Y su nombre fue levantado en alto como un claro blasón de ética y de civilismo en marcha.

Rocafuerte, cuyo propósito entonces, quizás un tanto decepcionado por las vicisitudes de la lucha, era dedicarse al laboreo de sus minas de Santa Elena, por lo cual habíase excusado de formar parte de la Redacción de "El Nueve de Octubre", que se editaba en Guayaquil; aceptó, ante tan vivas y reiteradas instancias, la postulación que, de su nombre hacía aquel grupo de patriotas ilustrados para Representante de la Nación ante el Congreso de 1833.

Y una vez triunfante su postulación, que había arrancado voces de jubiloso entusiasmo a los Redactores de "El Quiteño Libre"; ("los manejos y las intrigas del despotismo se han desvanecido —le decían— delante de la opinión pública como las sombras de la noche se disipan con la luz del día") (1); se trasladó luego a Quito, en donde fue recibido con incontrastables demostraciones de adhesión y simpatía.

"El Quiteño Libre" por sus últimas increpaciones al Presidente, respecto del monopolio de las sales, de que se le hacía responsable, fue acusado ante el Tribunal de Im-

---

(1) "El Quiteño Libre", citado por el Dr. Pedro F. Cevallos, en su Resumen. Tomo V.

prenta, a cuyo fallo, adverso a la formación de causa, se ciñó Flores en un alarde de generoso republicanismo.

Pero las voces revolucionarias hallaban mil ecos claros, fuertes, que alongaba el descontento, en la conciencia nacional. Y, uno tras otro, se sucedían los acontecimientos en una concatenación fatal, irremediable.

La desairada separación del Ministro Valdivieso, disgustado ya de esta azarosa situación; los rumores que, aunque no comprobados, se acentuaban cada vez más, de que el Presidente perseguía, en oscuros conciliábulos de camarilla, la continuidad de su trabajado régimen; y el fatigoso ajeteo gobiernista que, en desquite, apuntaba como válida la especie de que la oposición tramaba ya, en la tenebrosidad del cohecho, la subversión del orden público: toda esta concurrencia de circunstancias, a cual más tendenciosa, traía, pues, alarmados a los ciudadanos y volvía la atmósfera poco menos que irrespirable.

Los patriotas protestaban por estas malévolas inculpaciones con la altivez que comunica la inocencia, ya que sus labores no habían ultrapasado los límites del derecho. Y el Gobierno, por su parte, con arrogancia que aspiraba a ser persuasiva, desvirtuaba en documento oficial de la época, la imputación sobre su reelección. "Toca ahora al Congreso —decía Flores, en su Mensaje de ese año— desmentir con su sabiduría los rumores que para mancillar mi honor, han propagado los enemigos del reposo público".— al exhortarle para que no reformase el artículo pertinente de la Carta Fundamental, "cuya alteración pudiera dar —añadía— fundado motivo para que se creyese que yo aspiro a la reelección de Presidente".

Poquísimos días transcurrieron, sin embargo, para que en el mismo Congreso viniesen las contradicciones de Flores

y sus Ministros y se palpasen los propósitos antes velados con cautela.

No obstante la explícita declaración del Mensaje Presidencial y de la Memoria del Ministro de lo Interior de que reinaban en la Nación la paz y la concordia, llegóse a pedir al Congreso, algunos días después, en flagrante contradicción, las facultades extraordinarias porque dizque existían conatos de rebelión a mano armada y trabajos avanzados de sedición, irreprimibles dentro de las atribuciones legales.

Se veía ya, entonces, con claridad meridiana, los afanes del oficialismo, de extremar las medidas de violencia para cuantos hacían oposición al Gobierno.

Y la Sociedad de "El Quiteño Libre"—magnífico diástole que impulsaba por todos los ámbitos de la Patria, en oleadas de férvida e irrefrenable convicción, los generosos empeños de reinvidicación ciudadana —fue, naturalmente, el objeto predilecto de sus odios exacerbados.

En vano en esa sesión, erizada de turbulencias y rencores —¡tristeza del honor nacional!— aunarían sus esfuerzos voces de independendencia y dilección. En vano la palabra fluvente y convencedora de Carrión expresaría, desde su alto sitial de honradez, la sinrazón de esas facultades atentatorias que abandonarían a los ciudadanos a la deriva, en el mar de las venganzas oficiales... En vano Flor y otros Diputados lucharían con gallardía y desenfado porque predominaran el buen sentido y la justicia en las Cámaras. Todo quedó soterrado, abatido, vencido por la cobarde adulación de la gran mayoría que en la elocuencia irresistible— siquiera sea sofisticada y versátil— de García del Río, halló un pretexto para cohonestar la necesidad de esa medida inicua.

Rocafuerte que, desde los primeros momentos, fue objeto de la animadversión del Congreso por su independendencia y altivez, no pudo por una aguda fiebre que le retenía en el

lecho, concurrir a esa sesión, en donde quizás faltó, para contrarrestar aquella sumisión parlamentaria, el arrebató de su verbo iluminado y lógico. Y, tan pronto como supo el vejamen inferido, por el más alto Poder, a la dignidad de la República, lanzó con el ímpetu de su alma fogosa y vehemente, una protesta-renuncia, que sobrevivirá a las fugacidades de la política porque es la expresión del más encendido republicanismo, impoluto y austero.

“¿Quién puede ser tan estúpido —decía— que crea las palabras y protestaciones de probidad política de estos héroes del criminal imperio de la tiranía revolucionaria? Apoyados en la fuerza bruta de las armas, reforzados con la llegada del Batallón “Vargas”, que estaba en Otavalo, y en la inmoralidad de un Congreso corrompido, compuesto de monopolistas interesados en la continuación del agiotaje y los estancos, han desplegado las banderas del más insolente despotismo militar y con insultantes amenazas han derrocado la Constitución y destruído todas las garantías sociales”.

“Incapaz de ser traidor a mis juramentos —terminaba— y viendo la imposibilidad de llenar las esperanzas de mis comitentes, mi conciencia y mi patriotismo me imponen el deber de separarme de un Congreso que ha perdido su fuerza moral, con la intempestiva concesión de facultades extraordinarias, y que ha cooperado al triunfo de la tiranía militar, sobre la ruina de la Constitución y de las Leyes”.

El señor Carrión, más tarde Obispo de Botrén, se separó asimismo del Congreso, no sin expresar antes su indignación en valerosa renuncia. Igual cosa hicieron los señores Consejeros de Estado Pablo Merino y Luis Saa.

## PERSECUCIONES

Luego vendría lo previsto: al cinismo de la acusación seguiría la iniquidad del atropello. Al irritante verbalismo teórico que pretendía restablecer el orden, sucedería la conculcación efectiva de todos los derechos. Y, acallada y dispersa la voz íntegra y varonil de los patriotas, pasearía, otra vez, sobre la humillante degradación de los espíritus, la ferrada coz del despotismo.

Perseguidos con ruda insistencia, fueron apresados Moncayo, Roberto Ascázubi, el doctor Landa, el Coronel Machuca y los Comandantes Muñiz y Barrera. . . En tanto algunos de los Miembros de tan memorable Sociedad, esperanzados por la tenacidad del empeño reivindicador que perseveraría al través de los embates del furor liberticida, huían por las escabrosidades de la serranía, despoblada y áspera, a la República de Colombia. Y otros acallaban su fervor en escondrijo inclemente.

Y a los aprehendidos y a Rocafuerte, que fue despojado de la inmunidad parlamentaria y aún destituido por su protesta, se les señalaba, pocos días después, el camino del destierro, vengando el ascua viva de sus reproches con las torturas de la proscripción.

Moncayo y sus compañeros se hallaban ya a bordo de la fragata COLOMBIA. Se los tenía en espera de un buque que los condujese a su destino. Y un suceso de rara coincidencia determinaba un nuevo orden de cosas. Rumbo que, bajo apariencias favorables, derivaría fatalmente a la degollina de la guerra civil, con su cortejo de sangre y de lágrimas, de miseria y claudicaciones! Orientación cruenta que, para mengua de esa actitud altiva y digna, degeneró, por desgracia, en un hibridismo civil-militar, eslabón de la ominosa cadena del caudillismo grosero y absorbente, pro-

clive a la perpetuidad, que ha mancillado con frecuencia las páginas de nuestra Historia.

## ESTALLA LA REVOLUCION

El Jefe del Cuerpo de Artillería de Guayaquil, Comandante Pedro Mena —amigo, paisano y favorito de Flores, miembro de ese militarismo espurio que había erigido en sistema de vida y de acción el peculado y la falsía— creyendo para sí continuar, en escala ascendente, por la senda de los honores del Poder, o sacar de los oscuros senos de la revuelta un botín considerable que le permitiese vivir, en lueñas tierras, vida de holgura y boato, se rebeló traidoramente contra su Jefe y favorecedor, el 12 de Octubre de ese año, en unión de Alegría, Oses y otros Jefes de igual ralea.

Para cohonestar esa gran deslealtad enrostró Mena el grave ultraje inferido a las libertades públicas, en las personas de los patriotas. El uso y abuso de las facultades extraordinarias. Y la ineficacia de la actuación floreana que partía, siniestra y ruda, desbordándose por los escollos del desprestigio y del deshonor.

Y, levantadas en alto esas censuras, como flámula de justa rebelión, logró —¡eterno señuelo inmoral de las revueltas!— hacer prosélitos aún entre distinguidos elementos civiles del Guayas, siquiera sea porque tuviesen el propósito de evitar los terribles males que podrían sobrevenir a Guayaquil si, abandonada esa revolución a la fuerza ciega e intuitiva de los acontecimientos, se la dejaba marchar sin brújula y sin guía. . .

Por sugerencia, pues, de esos revolucionarios, se agruparon hombres tan respetables como los Olmedos, los Espantosos, los Icazas y varios otros personajes de séquito, se-

gún nos cuenta el historiador Cevallos. Y a esa amalgama, que sólo la gravedad de la situación y el espejismo de captación del Poder por el elemento civilista ecuatoriano, hicieron posible en esos momentos, podría corresponder con toda exactitud, en lo político, la gráfica expresión de Pérez Petit con que anatematizó los excesos de una escuela literaria: "mitad flor, mitad cabra panida".

Los presos no sabían ni participaban, en manera alguna, en este movimiento. Y por lo que se relaciona con Rocafuerte, hubieron de conducirlo, en triunfal reclamación, desde El Naranjal a Guayaquil, en donde fue proclamado Jefe Supremo.

Peticiones reiteradas, vivas, suplicantes, pusieron a Rocafuerte —regio espíritu en quién se sucedían entonces, acariciándole y desgarrándole, en angustiosa alternativa, las alas de la ambición agitadas por el odio, y su crucifixión al deber y al rechazo de esa horda de espanto— en el caso de aceptar, con esa Jefatura, la penumbra que macula su figura astral en la eternidad de la Historia...

"El no aceptar el mando hubiera sido más divino; pero, hay que decirlo, —dice uno de sus biógrafos— Rocafuerte fue un varón excelso, pero humano siempre". "¡Qué difícil es sacudirse de la materia" Y añade: "Su poderosa inteligencia y admirable actividad hicieron que organizara no sólo un poder suficiente para mantener el pronunciamiento sino aún para difundirlo pegando fuego al reguero de pólvora extendido en la República". (1)

Era la verdad. Y el incendio debía propagarse luego inapaciguable y voraz.

Moncayo y sus compañeros, librados de su grave san-

---

(1) ROCAFUERTE. Estudio histórico-biográfico. Isaac J. Barrera. Pág. 74.

ción gubernativa, se adhirieron y tornaron en activos propagandistas de la Revolución. Especialmente Moncayo, en quien estallaban, tremantes y soberbios, los férvidos conatos de rebeldía que fueron distintivos de su vida tormentosa y lúcida.

Y junto a Rocafuerte, y muy cerca de él, como su segundo, hubo de mantener vigilante y congojosa expectación en esos terribles días de azar y de martirio que fueron los de la campaña de la Puná, en donde, con suerte varia, por mar y por tierra, se libraban frecuentes combates, en lucha desesperada por desigual y por carente de los indispensables elementos de parte de los insurrectos... Y luego, participar, en toda su intensidad dilacerante, de esa angustia, de la angustia innumerable que constituían para los espíritus fuertes de Rocafuerte y de Moncayo, incapaces de adaptarse a las intrigas y ruindades de los Jefes militares, la indisciplina y la ahora expresada ansiedad de ellos por pescar el botín codiciado atropellando los fueros del honor y de la propiedad.

En relación a la tendencia de esos intentos protervos, tenían que oponer la reacción enérgica, decidida, incontrastable, de su carácter diamantino. Y, desde luego, muchas veces con resultados favorables.

## ATROPELLOS Y ASESINATOS

Mientras tanto en la Capital se había desarrollado un acontecimiento crudelísimo que participaba del dolor y del horror de la tragedia y de la vileza de la inmoralidad política.

Al calor de la adhesión a los presos, fingida o no, del

sargento Peña, se deslizó la insinuación de ellos (1) de que, cuando regresara a Quito, les procurase la toma del Cuartel a los patriotas. Y como este militar se manifestase complaciente y decidido, empezaron los opositoristas en Quito, en casa de la familia Ascásubi, a hablar de la conjuración sin mayor reserva. El Gobierno, sabedor de este particular, dió instrucciones a Peña y a Medina —otro sargento que, con miras de explotación, se ofertó mintiendo favorecerles y ayudarles en el empeño— según las cuales debían fingir que los trabajos de cohecho en el cuartel marchaban a maravilla, cuidándose de poner, día tras día, en conocimiento suyo el resultado de estas infames maquinaciones realizadas con el frío cálculo de un criminalismo avezado e inexorable.

La celada se realizó con matemática precisión. Pero para ello, Flores, a guisa de ignorar los acontecimientos próximos a desarrollarse y en son de atender en persona a la develación de la revuelta en la costa había marchado el día anterior con dirección a Guayaquil...

El 19 por la noche se los llevó a los conjurados al más alevoso de los asesinatos, a la más horripilante de las matanzas.

Se les engañó que todo estaba arreglado de manera favorable para la revolución. Que se les entregaría las armas en aquella noche, indefectiblemente. Y, concertado todo, en inicua combinación en que tomaron parte hasta algunos Miembros de la Representación Nacional, se procedió, para los fines de tan cruel exterminio, con astucia y cautela.

Un considerable número de conjurados avanza al lu-

---

(1) De Ascásubi y de Moncayo, en su viaje camino del destierro, según el Dr. Cevallos.

gar de la cita. Y lejos de ser secundada por los soldados su voz de insurrección, es contestada por la voz humeante de la fusilería y por el chirrío de los sables y lanzas que inician su obra homicida...

Luego... la turba desbandada que huye por doquiera, llena de pavor y de silencio trágico, cayendo unos a los tiros, a los golpes de lanza, otros, y al empuje de las bayonetas... Y la dispersión, la huida, el escondite. Y al clarear la aurora, impasible e inclemente, se ve —¡triste presea de esa ferocidad!— mecerse de lo alto de un madero, enjuto y largo, desnudo y sangriento, el cuerpo inanimado de Hall, el filósofo...

Y allí se ve también —¡víctimas ilustres!— los cadáveres, asimismo desnudos, de sus compañeros Echanique, Conde, Albán, el héroe de otrora..., mientras allá, en el augusto recinto legislativo satisfecha la sevicia del Gobierno, se pedía luego, por boca de dos canónigos diputados, un voto de gracia para los valientes "salvadores de la Patria" en tan magna jornada...

Y Hall, que fue el primer mártir ilustre del liberalismo cuya gloria está cifrada en su martirologio, al decir de Calle, no sería ciertamente una víctima inulta: su muerte y la de sus compañeros constituirían, por desgracia, el germen de nuevas luchas desastrosas en que la sangre correría a raudales.

## LA SITUACION DE LOS CHIHUAHUAS

El odio se generalizó más, si cabe, y exacerbó todos los ánimos. Hasta tanto, en Guayaquil los revolucionarios habían agravado su situación: tras algunas derrotas y triunfos parciales que no alcanzaban a modificar el aspecto ge-

neral, Flores avanzó por el Estero Salado a Guayaquil y se apoderó de la ciudad mediante una escaramuza que mucho se parece a una traición de Mena, quien atropeladamente y con anticipación se había puesto a buen recaudo.

En poco estuvo que Rocafuerte cayese, en esta ocasión, en manos de sus enemigos, pues que, perurgido por la insolencia de sus súbditos militares, se hallaba preocupado en esos momentos en resignar en manos del pueblo el poder que éste le había conferido en deliberación plebicitaria.

Y la toma de Guayaquil por parte de Flores obstaculizó este propósito.

Ya en el precipitarse vertiginoso de los acontecimientos había accedido Rocafuerte, siquiera sea parcialmente, a ciertas vergonzantes solicitudes de aquella soldadesca ebria y venal: imponer una contribución de once mil pesos a varios acaudalados, a quienes, además, se les desterró a Paíta. Y la ambición desapoderada de los Jefes se tornaba en exigencia cada vez más premiosa, terminante.

Hasta legó a pedírsele, perentoriamente, la dotación de ciertos bastimentos, amenazándole con que, en caso negativo, los tomarían ellos por la fuerza, de los almacenes de la ciudad.

Mas, advirtiendo esos soldados, con el seguro instinto que orienta a las multitudes una vez desvanecidas las brumas de la incomprensión y del ciego proselitismo de la primera hora, que sus Jefes inmediatos alentaban en la sombra propósitos de un mercantilismo criminoso, hubieron de reaccionar en el sentido de la lealtad a Rocafuerte. Y le suplicaron, justamente cuando él se hallaba asilado en la Corbeta Americana FAIRFIELD que tornase, otra vez, a regir y dirigir los destinos de esa Revolución. Claro que menudearon las ofertas de disciplina y obediencia a sus decisiones.

Y obstinado como estaba Rocafuerte en sus rencores hacia el Presidente y quizás también orgulloso con esta muestra de adhesión a su persona, que entrañaba, en cierto modo, una victoria sobre los oscuros designios de Mena, aceptó nuevamente esa triste responsabilidad ante la Historia. Y, por otra parte, ¿quién podía domeñar esas fuerzas vivas, extrañas, dispersas como ciclón fatídico sino su austeridad, su lucidez temible?...

Se trasladó, pues, a la COLOMBIA y estableció, arrogante, su gobierno en la Puná, dictando las medidas que la situación difícil, penosísima, excepcional, exigía...

Dedicáronse, con empeño indomable, al afanar incesante de la guerra. Y por todo medio. No había vacilación posible. Eran las dos posiciones críticas extremas, en horas graves para la nacionalidad ecuatoriana.

En verdad, un discrimen de estas posiciones complejas es bastante difícil.

Sin embargo, diremos que había en todo ello —por sobre la línea rígida de las rebeldías nobles, de las reacciones violentas que una dolorosa opresión suscita—, subordinándolas, modificándolas en una fusión indeterminada, no susceptible de nominación, una tan dispersa y aleatoria variedad de aspiraciones y tendencias, de rencores, de ambiciones oscuras, subterráneas, a las veces criminales, que truncaban en curvas inarmónicas el más puro vértice ilusionado de liberaciones...

Lo expresamos, simplemente porque sus consecuencias mediatas fueron la gran carnicería de Miñarica, infausto campo para el civilismo y para la desmedrada población ecuatoriana.

El aspecto económico sobre todo impulsaba a los contendientes al agio y la usura. El campo se hallaba a merced de

las turbas famélicas y era a menudo teatro de devastación y de sangre.

Rocafuerte hubo de trasladarse entonces a Lima, en busca de dinero y de víveres por su ejército numeroso y sin dotaciones suficientes. Pero antes había decretado el bloqueo de Guayaquil, en reciprocidad a la denominación de piratas que dió a la COLOMBIA el General Flores.

Durante este tiempo se habían verificado una serie de encuentros: ligeros unos, sin mayores consecuencias; empeñosos otros, con suerte diversa y mortandad varia; de veras valeroso alguno, en que Otamendi cedió, medio aterrado, al empuje irresistible de los Chihuahuas... Y todo ello —repetimos— no alcanzaba ciertamente a modificar el aspecto general de la Revolución... Se habían contemplado una, dos, cinco, diez veces, esos trucidamientos periódicos, esos asaltos furentes que, alguna vez, en la confusión del minuto, dieron con el compañero, anheloso y fuerte, en tierra... Y los días se sucedían a los días. Y el tiempo —en sus alas impalpables de peregrino que no vuelve— llevaba a los campamentos y a los hogares, con el amor nostálgico de los bienes de la paz, la lividez del desencanto y las amarguras de la desesperanza...

Y para completar el desastre o, quizás como una consecuencia misma de él, una peste mortífera difundió sus hálitos letales, diezmando a los pobladores que la guerra había perdonado o respetado.

Impulsado por su carácter fácilmente irascible y respondiendo también a necesarias medidas de represión, Rocafuerte habíase envuelto en serias dificultades que, a no ser por la mediación de funcionarios respetables, habrían sido de fatales consecuencias para su Ejército: nos referimos a los conocidos acontecimientos con el Cónsul francés Mr. Barre-re y con Rudens.

En Lima había trabajado activamente porque el Gobierno del Perú mediase, en forma decorosa, para la consecución de la paz, pero sin resultados efectivos.

Desvanecida la posibilidad de realizar su intento humanitario, volvió el infatigable Rocafuerte a la Puná. Traía apreciable dotación de armas, pólvora, vestuario etc., como resultado de sus gestiones. Además, y para esparcir por los ámbitos de la República y aún fuera de ella la fuerza ideológica de la revolución, impulsando por los medios del sarcasmo hirviente de la palabra escrita, la befa y la odiosidad para al Gobierno y sus hombres, hizo adelantar una imprenta chica, en donde se editó un pequeño periódico titulado "El Chihuahua".

La presencia del Jefe Supremo infundió alegría y decisión. Su elocuente palabra tenía renuevos de virilidad y de patriótico entusiasmo, comunicativo, eficazísimo.

Una animada e impresionante página sobre la vida de campaña en la Puná encontramos en la Historia de Dn. Pedro Moncayo:

"La vida en la Puná era bien triste para un hombre tan altivo y de un genio tan ardiente como el Sr. Rocafuerte —dice. El procuraba amenizarla con sus recuerdos de viaje y su vasta lectura: su memoria era prodigiosa, repetía con gusto los trozos más elocuentes de los clásicos ingleses y franceses. La descripción del águila hecha por Voltaire le deleitaba y eso daba ocasión para oírle que Voltaire era su maestro como escritor y como filósofo. Otras veces declamaba contra la modestia y desprendimiento del General Lamar. "Si este valiente militar —decía— hubiese tenido ambición, se habría puesto a la cabeza de la tercera división colombiana sublevada en Lima, habría marchado sin disparar un tiro de fusil hasta el Juanambú, limpiando al Ecuador de esos esclavos inmundos de la dictadura, pero hay una estrella fatal que persigue a esta tierra, patrimonio de holga-

zanes y bandidos". Así entretenía sus ocios el Jefe Supremo Civil abandonado por el Jefe de las Armas". (1).

Solamente en el misterio de sus confidencias, Mena y Alegría, en inicua asechanza, atisbaban el minuto favorable a la perfidia y a la traición definitivas...

Para el arreglo de las dificultades relacionadas con el asunto de Rudens que mencionamos antes, se había trasladado Rocafuerte a Punta Española, a la residencia del Cónsul inglés Mr. Cope, en donde se solucionaron satisfactoriamente. Mas, a su regreso y momentos después de su llegada a la Puná, un oficial de Flores le intimó prisión. ¡La traición se había consumado! Moncayo, a quien se buscaba también con empeño, logró escapar en el momento de la confusión.

Dados los antecedentes de esta guerra de sorpresas y asaltos, de empecinada y cada vez más ardorosa lucha, Rocafuerte tuvo para sí —y eso parecía lo evidente— que una muerte segura le aguardaba. Así que al ser conducido ante Flores ordenó al Gobernador de la Isla, en inmutable frase estoica, que el Ejército no pretendiese vengar su muerte.

Bien al contrario, Flores, pasado el primer impulso en que vislumbró el placer de la represalia en la persona de su poderoso enemigo, terminó por tratarlo como a un Jefe colocado en igualdad de condiciones. Comprendería, sin duda, el cuitado Presidente, que su ruina habría sido inevitable y quizás definitiva si, abandonado exclusivamente a sus satisfacciones de venganza, conforme a las vivas insinuaciones que la adulación deslizaba a sus oídos, hubiese ordenado el suplicio o la muerte de personaje de tanta suposición y nombradía en el Continente.

Rocafuerte se dió cuenta de esta nueva situación y sentó bases para un arreglo con Flores.

(1) Obra citada, pág. 107.

## OTRO PRONUNCIAMIENTO

Menester es, por otra parte, no olvidar que los antiguos Miembros de "El Quiteño Libre", emigrados a Nueva Granada, habían enarbolado también, en el Norte de la República, en Imbabura justamente, la bandera de la insurrección. Tras la derrota y el asesinato, en los campos de Pesillo, de los señores Ignacio Zaldumbide y General Sáenz —Miembros de procerato y distinción— se había enardecido, con bríos e impulsos magníficos, el sentimiento nacionalista que proclamó, en un minuto de extravío, rompiendo, en bifurcación debilitante, la unidad del esfuerzo y de la acción, la Jefatura Suprema del señor José F. Valdivieso, a la hora en que el genial Rocafuerte era víctima, en la Isla, de la asechanza y de las maquinaciones criminales.

## LOS TRATADOS

Rocafuerte y Flores hicieron los arreglos previos a la celebración del Convenio de Paz. Y, sabedor Mena de la nueva faz que tomaban los acontecimientos ante Flores y quizás fingiendo lealtad, comisionó al rígido Moncayo —valla para sus desmanes y depreciaciones, entonces— para que, en compañía del Coronel Bodero, procurase alcanzar de Flores una tregua armada.

En efecto, Moncayo dejó enunciadas y tratadas las bases sobre que podía llegar a establecerse una paz armada, bases que consistían: PRIMERA, en una tregua hasta el 10 de setiembre en que terminaba el período de Flores; SEGUNDA, en la conservación de los ejércitos beligerantes con el número de gentes y posiciones que tenían entonces; TERCERA, en la convocación de un Congreso Constituyente que

dictaría una nueva Constitución; debiendo componerse el Congreso de ciudadanos independientes y excluyendo a los que tuvieran mando militar, judicial y eclesiástico. CUARTA, en que, firmada la tregua, los prisioneros de uno y otro ejército quedarían libres.

En comprensiva y sutil página, el ilustrado biógrafo de Rocafuerte, Isaac J. Barrera, al estudiar estas bases comparándolas con las establecidas por el eminente hijo del Guayas, pone de relieve las prerrogativas que se derivan, según él, para el Ejército restaurador, del Convenio celebrado entre Flores y el Jefe Supremo revolucionario. Suscribiríamos ese juicio si se nos permitiese hacer una salvedad que constituye una ventaja esencialísima e indudable en la exigencia de Moncayo; la de que éste, al reclamar que se convocara un Congreso Constituyente, perseguía —y lo dice con claridad— la renovación de los viejos elementos viciados en las prácticas de una política amoral y corruptora, por los que orientarían la administración pública por la senda de un nacionalismo congruente y serio. Ello propugnaría el sufragio popular en esos días de rechazo para el gobierno personalista e inescrupuloso de entonces. Y ese deseo determinaría también, por resistencia natural, la indeclinable actitud que Moncayo asumió, con brío inigualado, en tan grave emergencia política.

Y el actor distinguidísimo de estos sucesos en verdad dolorosos para el patriotismo, en bellos trozos viriles y veraces, que no han refutado, que sepamos, sus encarnizados enemigos políticos, continúa:

“Los Comisionados regresaron a la Fragata, dieron cuenta de su comisión, y Mena se mostró alegre y satisfecho, previniéndoles que volvería a mandarlos para concluir la obra que habían principiado tan bien. Hubo gran regocijo en el ejército, esperando una paz pronta y conveniente. ¡Va-

na ilusión! Flores no estaba dispuesto a firmar la paz en esos términos dejando ventajosamente armados a sus enemigos y ocupando una posición superior a la suya. Pero sigamos.

“Los Comisionados esperaron en vano una nueva orden para volver a Guayaquil a concluir el Convenio que dejaron iniciado; esperaron algunos días y Mena no cumplía su promesa.

“Pero el 11 de julio se presentó repentinamente el Comandante Antonio Franco Malo con una minuta que contenía las falsas estipulaciones que se habían redactado en Guayaquil. Mena llamó a Moncayo, le presentó la minuta y después de leerla, dijo: “Esto no es lo que dejamos acordado: pedimos tregua y aquí se habla de paz definitiva; pedimos Congreso Constituyente y aquí se habla de Congreso Extraordinario; no, jamás habríamos confiado la suerte del país al Congreso traidor, responsable de todos los males y trastornos que ha sufrido la República”. En ese momento, el Edecán, interrumpiendo, preguntó: ¿“Se atreve usted a acusar de falsificación?”.— “Me atrevo porque estoy en la verdad de los hechos”. Mena inmutado y colérico le arrebató la minuta y le intimó orden de retirarse a su camarote hasta recibir nuevas órdenes. Moncayo, comprendiendo lo que había de suceder, arregló su equipaje y esperó. Quince minutos después se presentó el Teniente Vélez, diciéndole: “Tengo orden de llevarle a la Puná; la canoa nos espera al costado de la Fragata”. Moncayo se embarcó y se dejó gobernar por sus verdugos. Media hora después fue alcanzado en Chupadores por la fragata, con una carta de Subero, en que le decía: “Todo está remediado, Mena sale para Túmbez con su familia, sus pocos secuaces marchan con él, vuélvase Ud.”

“La revolución había sido espontánea, sin acuerdo ni

concierto anticipado, porque la traición de Mena estaba en la conciencia de todos. La opinión de los Jefes, Oficiales y soldados era unánime. Los Jefes entraron a la cámara del Comandante y dijeron a Mena que había cesado en el ejercicio de sus funciones y que lo más conveniente para él y para el ejército era que se marchase a Tumbéz para lo cual ponían a su disposición una de las goletas de guerra, en donde sería tratado con todas las consideraciones debidas a su grado. Mena, sin proferir una sola palabra, arregló su equipaje y se dirigió a la goleta, despidiéndose para siempre de la carrera pública". (1)

El prisionero Rocafuerte, árbitro ya de la situación, concurre a la COLOMBIA, en donde el bullicio y la alegría cascabelearon en momentánea acogida cordialísima, a dar cuenta, con la arrogancia que era como la emanación de su espíritu y de su persona, del Convenio de paz que acababa de celebrar con su adversario.

Y jubiloso y elocuente, encareció la generosidad de Flores; indecoroso enemigo hasta ayer, tornado hoy, súbitamente, merced a este convenio, en ilustre, sagaz y honesto Mandatario. Luego el encarecimiento debió referirse ahincadamente a las ventajas de la paz, de ese beneficio tan anhelado por los pueblos ahitos de sangre y de lágrimas. Había que verter —diría— el bálsamo de la paz en la llaga viva y sangrante de la Patria. Que acallar, en un abrazo de fraternidad, el clamor bélico de la lucha sin tregua. Y murmurar, con los labios florecidos de perdones, beatíficamente, la palabra taumatúrgica: unión! Lo reclamaba el hogar inquieto, el hogar desolado. El bienestar general. El progreso y el buen nombre del País. Y él, Rocafuerte, les había conseguido garantías además, muchas garantías: el reconocimiento

---

(1) El Ecuador etc. P. Moncayo. Págs. 114 y 115.

de sus empleos, el pago de los sueldos atrasados. . . Y por fin, la merced de la amnistía velaría ese cuadro sombrío con suavidades de perdón y de olvido. . .

Pero su voz, persuasiva de ordinario, acostumbrada casi siempre al aplauso y al triunfo, no encontró en esos momentos el eco de otros días, en el alma de la mutilada nostalgia de viril acento conminatorio de su Jefe y de la gallardía romántica de su acción combativa.

Un silencio glacial es la protesta muda, entonces. Luego la discusión seria, viva, entre los Jefes, exalta los ánimos adversos ya a Rocafuerte. Ya en la mente de los restauradores relampaguea, como una centella siniestra, el pensamiento —que se torna certeza inaveriguable en ellos— de que Rocafuerte, el esforzado, el austero, el valeroso Rocafuerte, desviado el ímpetu de sus vehemencias opositoras por entre las blanduras de la seducción floreana, había interpolado en su limpia vida de maestro de la libertad y de la dignidad humanas una triste condescendencia ruinosa, que tocaba los lindes de la defección, y que, bajo los oropeles de su retórica brillante, encubría mal su ambición de mando y poderío. . .

Y a la luz de ese criterio no se mira ya en Rocafuerte sino al Jefe defeccionado, vencido a los halagos y a las promesas del Poder.

Y él, por su parte, exasperado su natural ingobernable por las resistencias de sus conmlitones, ofendido su amor propio por las inculpaciones que le escocían ya el rostro, manda, reclama, ordena obediencia y disciplina. . .

“La posición es crítica —dijo, llamando a Moncayo—. Para obligar a Flores a dejar el Poder sería necesaria una gran batalla, y que una vez vencido, fuéase obligado a dejar este País que no quiere tolerarlo por más tiempo. Como esto es un poco difícil, quiero adoptar el partido siguiente: reti-

rarme a Lima y esperar allí los acontecimientos para no mezclarme más en esta cuestión, ni hacer contra Flores ni contra mi partido. Soy, por desgracia, prisionero y no puedo disponer de mi libertad”.

“Siento decirle —expresa Moncayo con altivez— que Flores no le dejará salir de la República y que lo tendrá siempre encadenado. Lo mejor sería no volver a Guayaquil, escribirle una carta de despedida a Flores y embarcarse en el primer buque que se presente para Paita o el Callao. Ud. no es un prisionero de guerra: ha sido vendido y entregado; ni el vendedor ni el comprador tienen derecho para coartar su libertad”. A lo que añade Rocafuerte: —“Yo haré lo que Régulo: volveré a la prisión aunque sea para morir en una jaula de hierro”.— “En Roma —replica Moncayo— había muchos Régulos; en el Ecuador no hay más que un Rocafuerte”. Y luego añadía con juiciosa advertencia: “Ud voluntaria o involuntariamente trabaja por levantar el poder bambolean- te del General Flores, mientras que nosotros trabajamos por levantar el poder de la Nación y colocar al pueblo en la plenitud de sus derechos”.

## VANOS AFANES DE SEDUCCION

Había que probar también por los medios blandos de la seducción. Propuso entonces a Moncayo que le acompañase como su Secretario a Guayaquil. Y éste que, sin la menor vacilación, sin subterfugio alguno, había expresado con honradez su pensamiento sobre estos asuntos, rehusó asimismo sin una reticencia, lealmente, valerosamente, esa proposición que siempre la conceptuó desdolorosa y hasta ofensiva para su dignidad y su entereza cívicas.

Enfadado Rocafuerte por la que él llamaría obstinación

y terquedad suicidas, ordena —¡crueldad inexorable de la pasión política!— que Moncayo, el joven de recia complejión espiritual, de puritana austeridad ineludible, abandone el País a cuyo bienestar sacrificaba su porvenir y exponía su vida misma, en busca de un poco de libertad y otro de justicia. . .

Y así, rumiando su dolor y su fracaso, germinando en lo hondo de la entraña la venganza del agravio inferido por el grande hombre a quien había consagrado su adhesión y sus fervores, medio abatido el ánimo por tan terrible decepción, va, solo, desesperadamente solo, a vivir su vida de proscrito, de rebelde auténtico, en la aridez de Piura, hospitalaria y amplia. . .

Pero ya sus acentos no serán, ciertamente, de la ponderada eficacia de los que antaño despertaron el letargo de la conciencia nacional, en "El Quiteño Libre".

Y Rocafuerte, y los tratados, y Flores y los genízaros a su servicio, fueron agredidos —¡furia correlativa a su desilusión!— en las violentas publicaciones de este iracundo apóstol de las libertades ciudadanas.

Del fondo de pocas vidas se puede evocar, para la persistencia de la admiración, un rasgo tan elocuente, tan patético, tan vivo, de vigor de espíritu y de entereza moral, como éste del notabilísimo repúblico que, para asumir los caracteres de inamovible grandeza y para su cabal y cumplida exornación en una suntuosa galería a lo Plutarco, no ha menester sino que el tono sugestivo y luciente de la pátina suavice los contornos ásperos así del egoísmo contemporáneo como del de una posteridad cercana y todavía hostil a su obra y a su esfuerzo. . .

## ¡AY DE LOS VENCIDOS...!

Luego de algunas resistencias inútiles, el "partido, traicionado por su Jefe y entregado por él al poder de los cañones del extranjero, plegó y se sometió a los decretos de su malhadado destino".

Rocafuerte seguiría ya su nueva ruta que le conduciría al Capitolio. Pero antes tendría que oprimir, perseguir, desterrar y aún fusilar a sus compañeros de la víspera, anatematizados ya como contumaces alteradores del reposo público y de la tranquilidad social. ¡Paradojas de la vida! ¡Antinomias del destino!

Solicitó la internación de los emigrados en Colombia y el Perú, hasta 60 leguas de la frontera; y para efectuar el registro de los buques que hicieran viaje en esos días, se estableció un Crucero entre la Isla de Tumaco y la punta de Santa Elena.

Esta odiosa medida determinó un nuevo percance a Moncayo que se hallaba entonces en Tumaco y que pudo ser de consecuencias fatales.

Oigámosle:

"Moncayo y el Coronel Toribio Robles se embarcaron en Tumaco con dirección a Paita en una goleta granadina que había hecho el viaje repetidas veces. No llevaban armas ni comunicaciones, en una palabra, nada que pudiera manifestar una actitud hostil. A la altura del cabo de San Francisco y a veinte millas de distancia de la costa, se encontraron con la GRACIA DEL GUAYAS, y el Capitán Williams y el Teniente Gómez abordaron la goleta e intimaron prisión a los dos pasajeros. El señor Hurtado, sobrecargo del buque, protestó y amenazó dar cuenta a su Gobierno del insulto he-

cho a la bandera y de la violación de neutralidad. El Capitán de LA GRACIA DEL GUAYAS, que era un desertor de la causa nacional, no hizo caso de las reflexiones que se le hacían, y se llevó los dos presos para entregarlos al Comandante Zamora, venezolano, Jefe Político y Militar del Cantón de Esmeraldas. Este se hallaba en Challapas amenazado por el Coronel Agustín Franco, que había trasmontado la Cordillera de los Andes con unos pocos voluntarios y descendió a las faldas contiguas a ese pueblo. Era inminente un combate entre las dos facciones: y Zamora tomó la resolución de mandar a Esmeraldas a los presos, custodiados por una escolta de cuatro hombres, con órdenes muy estrictas y severas para el caso de encontrarse con una fuerza que quisiera salvarlos. Estos salieron inmediatamente del pueblo, a pie, y fueron alcanzados en Cabo Verde por algunos soldados que venían derrotados. Franco había asaltado el pueblo en la noche y derrotó completamente a Zamora. En su fuga alcanzó a los presos a orillas del Río Esmeraldas, que atravesó rápidamente por miedo de ser alcanzado por el vencedor. Esa noche se pasó en Esmeraldas entre las alarmas y los sustos de un enemigo que venía apresuradamente a concluir su victoria desalojando a Zamora de la Capital del Cantón. Al día siguiente, el Jefe vencido se puso en marcha para Manabí, se embarcó en el río y descendió con toda su comitiva hasta las casas viejas del antiguo pueblo. Zamora, amedrentado, aturdido, y viendo la sombra de Franco por todas partes, dejó a los presos en la canoa bajo la vigilancia del boga que los había conducido. Los presos le dieron un par de pesos y tomando Robles un canaleta y el boga el otro, se dirigieron a la ciudad de Esmeraldas, que estaba ya ocupada por las tropas del Coronel Franco. Apenas habían corrido dos días después de estos sucesos, cuando llegó un expreso del interior trayendo comunicaciones para Zamora.

Entre ellas venía la orden de fusilar a los presos, firmada por el Coronel González, Secretario General de Flores. Esta orden existió largo tiempo hasta el incendio de los manuscritos y documentos de Moncayo.— Los presos manifestaron a Franco el deseo de seguir su viaje a Paita, aprovechando de la ausencia de LA GRACIA DEL GUAYAS que había ido a Guayaquil a dar cuenta de su comisión. En efecto, volvieron a Tunaco, donde Moncayo se embarcó en una goleta peruana a cargo del Capitán Acuña muy conocido en la Costa". (1)

Luego vendría la anarquía consiguiente a la duplicidad de gobiernos en el País. Y tras el gran desastre de Miñarica en que se abatió inmisericordiosamente a la soberanía nacional, surgiría el Gobierno enérgico, de perfiles propios, organizador y patriota, de Rocafuerte. (2)

---

(1) Pedro Moncayo. Obra citada. Pág. 142.

(2) Miñarica. Se avistan los dos ejércitos: el de Rocafuerte y el de Valdivieso, en los campos de Huachi, que se denominarían Miñarica. Efervescencia y valor por parte de los contendientes. Wright, uno de los Jefes de Rocafuerte, ataca con porfía inigualable. Las bisoñas fuerzas de Valdivieso vacilan, retroceden espantadas, al tiempo en que Otamendi, veloz como un rayo, acomete con ferocidad de caníbal los flancos vacilantes, y alancea sin piedad, rudo y asolador como un alud gigante. El cálido arenal, en la pampada abierta, es un lugar siniestro. No hay compasión para los vencidos. El afán es un aniquilamiento final e inmisericorde. Se diría que una venganza desbordada pretende acallar para siempre, con ese ejemplo sangriento del asesinato, la inquietud libertaria.

Moncayo, con posterioridad, diría en la "Linterna Mágica":

MIÑARICA. Vasto sepulcro en donde se hallan enterrados miles de ecuatorianos que defendían su libertad y sus derechos. Semejante al Campo de Jeres, en donde fue humillada la gloria de la Patria y sacrificada la Independencia Nacional. Allí un nuevo Tarif con sus huestes africanas degolló bárbaramente centenares de ecuatorianos prisioneros que vendidos, imploraban su clemen-

Es al influjo de este recuerdo, de esta atrocidad abominable y de otras medidas drásticas que Rocafuerte tomara para impedir la alteración de la paz, de la paz que se quería sellar con silencio de sepulcros y olvido imposible de agravios y de ultrajes, cómo Moncayo y más Miembros del antiguo grupo, hoy diseminados por furores y represalias sanguinosas, se aislarían entre asombradizos e iracundos, a lamentar sus infortunios, sus desilusiones, su gran tristeza invencible e inmensa. Y menos mal si aquello sólo hubiese sido el resultado de este distanciamiento y de esta persecución, que, por sobre el cristal de las lágrimas y la tortura del recuerdo, hicieron flotar la llama del reproche, de un reproche pertinaz, sonoro, belicoso, que ¡ay! desconocía u olvidaba la política bienhechora que iba desarrollando Rocafuerte en su Jefatura Suprema y en su Administración progresista, constructiva, honrada y regeneradora. (1)

---

cia. Espantoso Monumento de carnicería que trae a la memoria de los ecuatorianos los más nobles y patéticos recuerdos”...

Y como en un triste extravío del genio, Olmedo hubiera loado, con su plectro de oro, aquella batalla ominosa, y pedido para Flores que inclinara el Chimborazo la árdua frente, pues pasa el vencedor, añadiría, soberbio y restallante: “La oda de Miñarica, sublime por su mérito poético, ha sido envilecida por la innoble y degradante causa a que fue consagrada. El canto a Junín hizo eco en todas partes del mundo y todos los corazones sensibles, las almas nobles y generosas, se apresuraron a repetirlo. Ere el canto del patriotismo sostenido por la omnipotente voz del genio; el himno de la libertad adornado de la más admirable y sublime poesía. La oda de Miñarica expiró en los labios del genio, salió como un monstruo cubierto de diamantes y coronado de flores...”

Tomado de “La linterna Mágica”.

- (1) Véase “La Voz del Ecuador” periódico publicado en Popayán por los emigrados y también la carta de 24 de diciembre de 1834 de Pedro Moncayo a Rocafuerte, que la publicó el señor Andrade Coello en “Revista Nacional” en el tercer capítulo de un estudio suyo sobre Rocafuerte.

Ello explica que Moncayo, tornado en eco de esos sentimientos, lanzara las jabalinas de su venganza, con ímpetu creciente, con cien veces renovados alientos, alguna vez casi con morbosa delectación, caricaturizando las actitudes de Rocafuerte, sus gestos, sus empeños nobilísimos, el origen espúrio de su Presidencia, los tratados y, en una lamentable exageración, hasta la orientación clara y sistematizada de su gobierno fuerte pero benéfico.

Pero antes, la Convención, que se hallaba reunida en la Capital, exasperada por las iniquidades de Miñarica, decretaba la anexión del Ecuador a Nueva Granada, ponía a precio la cabeza de Flores y terminaba por fin, en un desbande doloroso, exclamando por boca de Flor: "Atila a las puertas de Roma"...

Porque, en el hecho, Rocafuerte inauguró en la República un gobierno enérgico, imperioso, represivo, violento, pero enhebrando entre esas arbitrariedades, la malla de oro de una bien tramada red de beneficios nacionales. Es decir, inauguraba un gobierno de aquellos que, años más tarde, tendrían en Laureano Vallenilla Lanz, quien los calificó de **CESARISMO DEMOCRÁTICO**, un apologista brioso e inteligente. (1).

## HONRADEZ ADMINISTRATIVA

Rocafuerte empezó por organizar la Hacienda Pública —que era un verdadero caos— cortando, con mano férrea, la usura y el agio, con la colaboración magnífica y efficacísi-

---

(1) Historia de la República del penetrante y gran escritor nacional Oscar Efrén Reyes.

ma de su Ministro Eugenio Tamariz; creó una GUARDIA NACIONAL, que vino a ser la garantía del orden; incrementó las escuelas de instrucción para el pueblo, con solícito afán; propendió a enaltecer las ciencias y las artes; moralizó al clero, tan bastardeado entonces; secularizó el decadente Colegio de San Fernando; avizoró, con mirada honda, la necesidad de educar a la mujer y transformó, para el caso, un Beaterio de magdalenas en un Colegio de niñas, dotándolo de los implementos pedagógicos que entonces era dable conseguir; inició la creación de un museo de pintura, reuniendo con amor cuadros de afamados artistas quiteños; restableció las pirámides de Caraburo y Oyambaro, con solemnidad y esplendor helenos, en cuya ocasión musicalizó, en frase acendrada, el elogio más acabado a las virtudes y a las ciencias; justipreció la vialidad en su valor exacto y abrió caminos en Angamarca, en Baños, en Macas, al paso que se estudiaban otros como el Malbucho, etc. se empeñó por colonizar la región y dió impulso a la agricultura, creando un Colegio agrario y aboliendo derechos aduaneros; fundó una Escuela Militar con vistas a la regeneración del militarismo mercenario compuesto, en su mayoría, de los que él mismo llamaba **genízaros**; restableció la Escuela Náutica; hizo publicar y difundir, con profusión, textos para escuelas de niños.

Y todo esto —que constituye sólo los rasgos más salientes de esa administración —teniendo que reprimir constantemente, con implacable serenidad, eso sí, los fermentos revolucionarios de la oposición secundada por los expatriados, por los usureros, los falsificadores de monedas, los fanáticos, y por gran parte del clero resentido y, lo que parecía increíble, aún por la malquerencia de Flores que, en lo hondo de su sér, miraba entre envidioso y encelado el aliento creador y poderoso de tan egregio gobernante.

Aún tuvo que debelar conspiraciones y repeler por las armas una invasión verificada durante su período, como un espasmo de ira ante el silencio absorto que impuso, con absoluto desdén para las bilertades.

## EL RENCOR ACRECE...

Y entre estos opositores, Moncayo uno de los primeros: irascible, inamellable, rotundo, fulgía como un rayo su frase acusadora, su carcajada hiriente como un acero de daimio, su pluma incisiva y mortal.

Si bien es cierto que, con posterioridad y serenado el ánimo y reconocida en toda su justeza histórica la labor constructiva del Mandatario, Moncayo borró con elogios para Rocafuerte sus amargas frases de otrora, sin que ello constituyera una flagrante contradicción, como pretenden sus enemigos injustos. Es que al periodista combativo sucedía el escritor meduloso con posterioridad, renovó con bríos sus luchas libertarias, rescatando su antiguo cariño en el pueblo, cuando Flores, con ambición desembozada, pretendió perpetuarse en el Poder, con la complacencia de eunucos y serviles que dictaron la Constitución de 1843, calificada, con razón, de "Carta de Esclavitud". (1)

De manera especial, a raíz de la muerte del ilustre Magistrado, Moncayo entonó una elegía muy sentida y elocuente, que es un modelo de juicio y de buen gusto. No nos resistimos a la tentación de reproducir, siquiera sea esta parte:

---

(1) Véase "Las constituciones del Ecuador" por Alfredo Pérez Guerrero, en los Núms. 81 y 82 de Revista de la Sociedad Estudios Jurídicos.

“La lucha parlamentaria gasta de día en día la vida del hombre de Estado y le conduce insensiblemente al sepulcro. La tribuna pública es como un campo de batalla, en donde encuentra casi siempre una muerte inevitable el orador liberal, el defensor de los derechos del hombre. El genio parece regularmente durante el combate de las pasiones, dejando incompleta la obra de su creación. Mirabeau, Sheridan, Manuel, Fox, Lafayette han descendido a la tumba sin concluir la grandiosa empresa que acometieron en obsequio de la humanidad. El nombre del señor Rocafuerte puede y debe ser colocado en el rango de los ilustres oradores por su talento distinguido, por su vasta erudición, por el esplendor y el fuego de su palabra, y más que todo por sus importantes servicios a la causa de América, que es la causa de la justicia y de la libertad. Y como ellos, ha descendido a la tumba agobiado por las fatigas de una lucha tenaz y permanente y consumido por las angustias de un largo y penoso sufrimiento...”

Parécenos encontrar en este trozo algo que pudiera ser aplicado al mismo autor de él.

## OTRA VEZ FLORES

Terminada la Presidencia de Rocafuerte, Flores vuelve otra vez al Poder. Como elemento de conciliación en los rigores y encarnizamientos de su predecesor, Flores había logrado restaurar en mucho su popularidad, pues se esforzaba siempre por ensanchar el círculo de sus amistades, atrayéndose valiosos elementos de las filas adversarias, con sagacidad y tino político innegables. De modo que, bajo tan buenos auspicios, inició su gobierno sin resistencias. Mas a poco y una vez perdido el impulso dado por el Magistrado

anterior, el desorden administrativo empezaba a trascender en todo el País. De nuevo vuelven a surgir el agio y la usura. Se administran los fondos nacionales en una forma caótica y vergonzante. Las rentas se reparten entre amigos incondicionales y en un círculo nepótico y odioso. Como consecuencia lógica, la I. Pública decae lamentablemente y las obras públicas se paralizan casi de manera total. La preponderancia del elemento militar extranjero sigue por los desfiladeros ya conocidos del desorden y la indisciplina, si bien hánse introducido en sus filas algunos ecuatorianos. Los Congresos no son lo suficientemente patriotas e independientes para normalizar o mejorar en nada tan desfavorable situación. Y si alguna vez dictan leyes o disposiciones benéficas, no llegan, por desgracia, a cristalizarse en la vida nacional, acaso por la confusión de la hora o por la penuria fiscal.

Mas como si ese malestar interno fuera poco, una injustificable intromisión ecuatoriana en las disensiones civiles de Nueva Granada, nos coloca en un plano difícil y sobremanera tortuoso, en una guerra prolongada e inútil. Como es natural en estos casos, la llamarada del descontento prende en los espíritus, enardece los ánimos y los pone tensos y vibrantes.

Un leño más echado sobre aquellas brasas fue la discusión bizantina de la Legislatura sobre la legalidad o ilegalidad de las elecciones en algunas provincias, que terminó con la disolución del Congreso por falta de quorum. Rocafuerte, por su parte, desde la Gobernación del Guayas proseguía en su política si benéfica, dictatorial, suscitando censuras entre los filósofos y amantes de la ley. En tan azarosas circunstancias se cree conveniente convocar un Congreso extraordinario; mas la excitativa ciudadana es desoída por los ele-

mentos elegidos y se agrava así el presente y se enlobrece aún más la política ecuatoriana.

Un arbitrio supremo es la válvula de escape momentánea en esa compresión de gases dispuestos para el estallamiento: se convoca una Convención. Pero esa Convención, a vueltas de uno que otro paso acertado, amontona el combustible para la hoguera en que se incendiaría luego la República. Suscita inquietudes de orden religioso en la interpretación del Art. 6º de la nueva Constitución. Y lo que exaspera los ánimos hasta la violencia es la capitación de tres pesos y medio anuales a todo varón, desde los 23 hasta los 55 años de edad.

Como si todo ello no fuera bastante, dicha Constitución establece el período presidencial de ocho años con manifiestos propósitos de elegir a Flores por tercera vez, propósitos que se realizan luego, en elección casi unánime, no obstante lo desacertado de tal medida y lo vergonzoso que aquello resultaba para el País.

## EN PLENA LIZA

Es el momento en que Rocafuerte, que es uno de los Convencionales, protesta enérgica y vibrantemente, con toda la intrepidez de su alma, separándose de su aliado en forma detonante, tempestuosa. Erguido siempre, marcha a Lima el gran foliculario, desde donde lanza sus opúsculos virulentos que son los que, acaso en primer término, determinan la caída de Flores. (1)

Entonces la oposición se siente vigorizada, toma forma concreta, se agiganta con el impulso de esas admoniciones

---

(1) Véase el folleto "A LA NACION" de Rocafuerte.

percucientes y se organiza, en sentimiento acorde, para la restauración de la soberanía nacional y de las libertades.

Moncayo que —como lo expresamos en otra sección de este trabajo— se hallaba desempeñando, a instancias de sus antiguos amigos Matheu y Malo, el Consulado ad-honorem del Ecuador en Piura, lanzaba también y sin descanso, su fusta sonora al rostro del omnisciente Mandatario. Flores, en represalia, decretaba la prohibición, absurda y despótica, de introducir periódicos extranjeros al País, con el objeto de impedir que los ánimos se inflamaran en el horno caldeado de las acriminaciones de tan eminente repúblico, al propio tiempo que conseguía la internación de éste a Lima.

### ARDOR TRIBUNICIO...

Como diez años antes reuniéronse, en un haz representativo, lo más granado de los elementos de la República en esa memorable Sociedad que se denominó "El Quiteño Libre"; en esta época se habían agrupado también prestigiosos elementos, universitarios en su mayor parte, a guisa de propender por todo medio a su mutuo apoyo y a su adelanto científico y literario, para deliberar también acerca de los asuntos políticos, en el seno de la Sociedad Filantrópico-Literaria. En esta agrupación apareció, desde sus primeros momentos con el relieve de su temperamento fogoso un joven irascible que, andando los años, gobernaría la República omnímodamente: García Moreno.

Allí con su arrebató habitual prorrumpía este joven violento en peroraciones fervientes contra las arbitrariedades del régimen y "ocupaba la Tribuna, no para tratar de asuntos literarios, sino para leer, "La Linterna Mágica" escrita por don Pedro Moncayo con la pluma de Junius y la tirria ve-

nenosa contra Flores y sus partidarios" (1), "Ese periódico —agrega Mera— que venía de Piura, donde estaba desterrado su autor y que circulaba en Quito secretamente excitando más con esto la curiosidad, no necesitaba comentarios; pero hacíalos García Moreno y ya se puede imaginar cómo los hacía: con claro talento y con fogosidad volcánica que se derramaba irresistible sobre sus jóvenes oyentes".

Pero a poco se hizo sospechosa al Gobierno esta Sociedad y hubo de disolverse. Mas aquellos jóvenes patriotas, entre los que había también algunas reliquias de la antigua agrupación de "El Quiteño Libre", vuelven a fundar otro Centro, al parecer exclusivamente científico, pero que sería eminentemente político —¡no en vano se hallaba en su seno García Moreno!— y que se lo denominó la Sociedad Filotécnica.

En ésta, por un contraste del Destino, en el ardimiento de los afanes libertarios, se hablaría ya del tiranicidio. Mientras Moncayo aconsejaba cauteloso, en forma medio despreciativa: "el puñal es un arma muy noble para emplearla contra un tiranuelo de tan baja esfera como Flores".

Muy pronto se dispersaron, sin embargo, los miembros de esa Sociedad, pues era menester afrontar la situación desde posiciones más eficaces en diversos lugares de la República.

## LA REVOLUCION MARCISTA...

Efectivamente, después de un silencio —del silencio precursor de las tempestades— en que fuerzas ocultas ar-

---

(1) García Moreno por Juan León Mera. Pág. 224.

maban el brazo reivindicador, se da el golpe de gracia en Guayaquil, el 6 de marzo de 1845. Intervienen en la Revolución ciudadanos de tanta significación y prestancia como Roca, Olmedo, Noboa, Elizalde, Ayarza... Y viene el combate valeroso, decidido, asolador de parte y parte, del día 3 de mayo, de La Elvira, en que se presencian escenas de un heroísmo increíble, de intrepidez sin segundo, de inflamada violencia irrefrenable; pues, con posterioridad al uso de las armas detonantes, ahitas de hacer presa al adversario, relucen las blancas con fiereza deslumbrante y sangrante en el cuerpo de los combatientes animosos, ajenos a la tregua y a la clemencia, sin que, por desventura, se coronara esa acción con la victoria definitiva para alguna de las partes contendientes.

Y viene, por su consecuencia, el combate del 10 del mismo mes, rudo y fuerte como el anterior, en que si se sacrificaron menos víctimas, el valor no amenguó en forma alguna, habiendo quedado, asimismo sin definitiva solución, la suerte de las armas.

Y tras estos combates que exigieron la adopción de medidas de entendimiento mutuo para evitar mayor efusión de sangre, vinieron los Tratados de LA VIRGINIA y de GUA-YAQUIL, en virtud de los cuales Flores y sus principales Tenientes salían de la República no exentos de rencor y de venganza.

Se había realizado una transformación esencial en la vida del País, y Rocafuerte y Moncayo pudieron haber exclamado jubilosos: nuestras baterías despedazaron el flanco anguloso de la tiranía floreana y destruyeron los anillos de esa boa constrictora que fue el militarismo extranjero.

## ROCA A LA PRIMERA MAGISTRATURA

Hay una desbordada complacencia general. Se despeja el horizonte político, dejandó entrever —¡oh, el señuelo eterno!— días de bienestar, de justicia y de progreso.

Los emigrados regresan al Ecuador, lavado el pesar de su proscripción con el júbilo de la caída del concupiscente Mandatario. Y vienen a prestar su contingente valioso a la República.

Rocafuerte y Moncayo concurren a la Convención de Cuenca, en donde se establece, con calor, la lucha eleccionaria. Ellos, jefes de la minoría liberal, trabajan con ahinco para que sea elegido Olmedo, el poeta y patriota prestigioso, mientras la mayoría se decide por Vicente Ramón Roca, que había venido a ser algo así como el alma de la Revolución marcista.

No era desacertada la elección, pues este distinguido ciudadano venía figurando entre los primeros patriotas restauradores de la nacionalidad. Y en su Presidencia se comportó como un Magistrado respetuoso de la opinión y de la ley y como un buen administrador de las rentas públicas, si bien las frecuentes tentativas reaccionarias del floreanismo hubieron de ponerle en caso de ejercer violencia y fuerza. Era una administración nacional, civilista, que había tomado por modelo a Rocafuerte y que se esforzaba por ensayar un régimen de democracia y republicanism.

Parecía entonces, a primera vista, que la opinión ciudadana le habría apoyado, con unánime aplauso, una vez que los nobles anhelos se cristalizaban en esta administración honrada y de "iniciativas nacionalistas" como diría el inteligentísimo escritor Pío Jaramillo Alvarado. (1)

---

(1) Política Tropical. Pío Jaramillo Alvarado. Rev. de la Sociedad Jurídico-Literaria. 1927. Núm. 14.

Pero la fragilidad humana suele ponerse de manifiesto especialmente en asuntos atañedores al gobierno de los pueblos. Quizás la desilusión por el fracaso de la elección a Olmedo, tan fervorosamente trabajaba por sus partidarios hasta el extremo de tornarse en odiosidad personal para Roca; quizás también el afán, acaso inmoderado, de un cambio radical, violento, del régimen en que Flores los había mantenido, determinaron la oposición de Rocafuerte, de Moncayo, de García Moreno, de Urvina, al gobierno de Roca. Una oposición encendida y turbulenta. El segundo en "El Progresista", y en "El Zurriago" el siguiente, hojas acerbas que acusaban a Roca de obscuras negociaciones que la posteridad no las ha dilucidado ciertamente.

Flores armaba en España, por ese tiempo, una expedición de reconquista contra el Ecuador. Y, con ese motivo, la oposición hubo de acercarse al Gobierno, siquiera sea momentáneamente, para respaldar su defensa. García Moreno lanza entonces su tremendo "Vengador" y, desde la Gobernación del Guayas pocos días después, anuncia que Flores sería colgado en el descanso del muelle. Y, de regreso a Quito, funda a poco "El Diablo", virulenta publicación que nuevamente agrede a Roca y en la cual, recordando que el Congreso de 1847 había decretado amnistía para los elementos adictos a Flores, señaló al Gobierno como cómplice de este último, si bien Moncayo, con nobleza que le honra, critica las represalias tomadas por el Gobierno, en la familia y los bienes del mencionado General y pide le sean devueltos éstos por el régimen. (1)

---

(1) Dn. Pedro Carbo, en "Páginas de la Historia" del Ecuador, dice: "En la Cámara de Diputados de 1847 apoyé una moción de mi amigo y colega el señor Pedro Moncayo para que se devolviesen al General Flores sus bienes secuestrados, como puede verse en el acta de 23 de setiembre de ese año"...

Con esta campanada de escándalo, vuélvese a agitar la opinión y se desencadena un rumor de ira y de descontento entre los políticos.

## CANDIDATURAS...

Moncayo, de vuelta de Piura, a donde fuera después de sus faenas legislativas de 1847, publica otro periódico violento en que, con el vigor de siempre, ataca al militarismo y a los que llama quebrantamientos de la Carta Política del Estado. Al propio tiempo, combate, asaz personalmente, a Elizalde, Candidato a la Presidencia de la República en oposición a Dn. Diego Noboa. Nos referimos a "Fray Francisco y el Padre Tarugo" (También vendrían luego otras publicaciones firmadas por "EL VIEJO CHIHUAHUA").

A juzgar por el prestigio que había adquirido Elizalde en el país y por sus ideas matizadas de cierto tinte liberal, era presumible que los liberales y, entre ellos Moncayo, auparan esta Candidatura, que no la de Noboa, a quien por algún cariz se le calificó de devoto, si bien habían militado ambos candidatos en las filas marcistas. Es discutible naturalmente que tales candidaturas se propusieran desarrollar, sistematizado, un cuerpo de doctrina que pudiera llamarse "liberal" o "conservadora" para que hubiesen logrado agrupar en torno suyo a elementos de su exclusiva tendencia ideológica. Sabemos, más bien, que esas denominaciones encubrieron, alguna vez fastuosamente, sólo ambiciones personales y concupiscencias de mando. El mismo Rocafuerte no pudo fundamentar seriamente, por disidencias estrepitosas con los nacionalistas, el credo liberal.

Eran el odio o la simpatía los que guiaban en esta senda erizada y triste de las elecciones presidenciales. Nada or-

gánico y concreto. Ninguna orientación clara que dijese de determinado impulso doctrinario. ¡Así andaban por aquellos tiempos! Y así andamos aún hoy —con ciertas diferencias y matices de ambiente y de momento, es natural— en los enredos eleccionarios y en los círculos donde florece, como un cardo venenoso, la intriga y revienta la purulencia egoísta y arribista de los más audaces.

En el caso que mencionamos, Moncayo, por el impulso que había dado a su bravía oposición al partido roquista que se empeñaba en el triunfo de Elizalde, se afilió lógicamente al otro, compuesto, a la verdad, de elementos heterogéneos.

## GOBIERNO VICEPRESIDENCIAL

La lucha en el Congreso de 1849, al que también concurrió como Representante, presentó el caso de una vacancia presidencial, pues que las fuerzas eleccionarias habíanse equilibrado en infinidad de sufragios. Imposible alcanzar, en esas horas encendidas y de posiciones absolutas, mayoría para la decisión de este certamen. Y así, tras un debate que nos parece bizantino en su nimiedad preceptiva, encargóse del Poder, legalmente y con patriotismo, el Vicepresidente de la República, Coronel Manuel Ascázubi.

Una de las primeras medidas de este activo y pulcro gobernante fue el revocar el destierro que se había decretado para la familia de Flores, circunstancia que ocasionó más de una censura, mientras Moncayo, con el sentido justo de la hidalguía, aprobaba en el Congreso la moción de que “es loable la patriótica y política resolución que ha dado el Gobierno con relación a la familia de la señora Mercedes Jijón (esposa de Flores)”. (1)

---

(1) Actas del Congreso de 1849. 16 de Octubre.

En esta Administración en que se realiza una política de franco y animoso civilismo, de concordante afán nacional, de respeto y amplitud para la obra y el pensamiento ajenos, de garantía ciudadana, de progreso efectivo, tiene Moncayo grande influencia y estimación, hasta el punto de que, cuando se enunciaron las razones para el movimiento subversivo que determinaría la separación de Ascázubi, se adujo también la de que "influyendo poderosamente el doctor Pedro Moncayo en el Vicepresidente de la República Encargado del Poder Ejecutivo, se había dado los destinos a personas que no lo merecían, despreciando el mérito de los mejores patriotas; de lo que había resultado la elección o nombramiento para Ministro de lo Interior en el Dr. Benigno Malo, que era floreano". (1)

Apasionada, harto injusta acusación, sin embargo.

Precisamente, Malo, estadista comprensivo y magnífico de orientación y de luces, uno de los poquísimos que se preocuparon de los problemas sociales y americanos, impulsaba por cauces de bondad el revuelto caudal administrativo. A su empeño ardoroso y a su visión penetrante se debe, en gran parte, ese rastro luminoso que dejara, a su paso, la administración de Ascázubi, de la que bien pudo decir un historiador, que "fue un raro ejemplo de probidad cívica y de respetuoso acatamiento de las garantías constitucionales".

(2)

---

(1) Serie cronológica de los Obispos de Quito. Bartolomé Donoso. (citado por el Dr. Julio Tobar Donoso en su estudio sobre la Administración del Coronel Ascázubi).

(2) El Dr. Tobar Donoso, en "El Ecuador de 1822 a 1895" Núm. 7 del Boletín de la Biblioteca Nacional.

## SE PERFILA EL MILITARISMO NACIONAL

Empero en estos mismos días claros de afán coherente, empieza a incubarse la figura siniestra del militarismo nacional que atisbaba, en la sombra, el minuto favorable a sus ambiciones. El General José María Urvina que, desde la Presidencia de la Cámara de Diputados, había expresado, sin eufemismos, su opinión favorable en todo a la legalidad del gobierno vicepresidencial, agita ya, en los círculos opositivos, el pensamiento que pretende desconocer la constitucionalidad de ese mismo gobierno, en virtud de que, por falta de elección presidencial, habían quedado rotas de hecho las bases del sistema republicano.

En el ambiente, ya cárdeno de rencor y de codicia, empezaba a fulgurar el alfange opresor, otra vez. Mas ahora, propios hijos del País atropellarían todos los derechos, entronizando un nuevo despotismo. El personero de la libertad, que siempre resplandeció en Moncayo, centinela avizor, presintió más que vió la llegada del fantasma. Y lo golpeó con fuerza rebotante, rompiendo de un tajo sus nexos y lazos con Noboa y su círculo. Y avanzaba ya por Babahoyo, de tránsito al Perú, cuando la revolución que fracasó en su primer intento, el 20 de diciembre de 1849, lo hacía perseguir por medio del Comandante Uruga, mas sin suceso.

A los dos meses justos, sin embargo, se verifica el movimiento revolucionario de Urvina, quien encontrando que la situación no era propicia del todo a sus deseos, hace elegir a Noboa para Jefe supremo.

## NOBOA EN LAS REDES...

El Vicepresidente niégase a convocar una Asamblea Constituyente, ofreciendo reunir, más bien, un Congreso extraordinario en el que podían alcanzarse las reformas necesarias de la Constitución. Los pueblos mientras tanto, van adhiriéndose al movimiento revolucionario.

La Provincia del Azuay, por su parte, inviste con la Jefatura Suprema a Elizalde. Y con ello, como puede apreciarse claramente, se vuelve sobremanera difícil la situación. Tras largas discrepancias —que terminan con el Tratado de LA FLORIDA— se convoca a elecciones y se reúne la Convención el 8 de diciembre de 1850.

Pero quienes observaron la presión ejercida por el elemento oficial en la lucha eleccionaria —presión de que tomó pie Elizalde para empuñar las armas en combates que le fueron desfavorables— y la ambición desapoderada de los militares, pudieron entrever, con diafanidad, los males que se derivarían de un Congreso Constituyente en que fuerzas ciegas y poderosas impondrían su voluntad con detrimento de la independencia y dignidad de los representantes.

Moncayo, previó las dificultades y se negó a concurrir a sus deliberaciones en la siguiente luminosa Exposición, que por sí sola es un elocuentísimo testimonio de honradez, de virilidad y de entereza cívica.

Héla aquí en su integridad radiosa:

“Exposición que hace el ciudadano Pedro Moncayo a la Convención Nacional de Quito, como Diputado por la Provincia de Pichincha.

Une poignée de soldats armes en impose a la foule sans armes: le peuple consterne tremble, pleure et se tait.

El monumento más grandioso elevado por la revolución popular del 6 de marzo fue la Constitución de 1845 que debía afianzar para siempre la unión y la independencia del Ecuador, porque ese era el primer Código discutido con plena libertad y sancionado por el voto unánime de un pueblo entero que ejercía sus derechos sin trabas de ninguna especie y libre de toda violencia, de toda coacción, y de todo influjo extraño que pudiera extraviar, dominar y subyugar la soberanía nacional. Ese Código, imperfecto sin duda, había previsto el tiempo y el modo de reparar sus defectos y de introducir lentamente las reformas y mejoras que fueren indicando la experiencia y el progreso de las luces. Y ese tiempo no estaba distante de nosotros cuando el grito tumultuoso de los cuarteles vino a interrumpir el orden constitucional y la marcha regular y pacífica de un gobierno justo, moderado y económico, que en el corto tiempo de su poder había dado un noble ejemplo de probidad, de rectitud y de justicia. En 1845 la victoria del pueblo había hecho triunfar el principio de la soberanía popular y de la igualdad política contra la **oligarquía militar**, que había despotizado la República por espacio de 15 años; y cinco habían corrido de una paz inalterable bajo los auspicios de ese Código sagrado y respetable, cuando unos pocos soldados, extraviados por esos satélites inicuos del tirano Flores, restos inmundos del antiguo despotismo, volvieron a poner en boga el sistema de pronunciamientos que habían hundido a los pueblos de Colombia en el baldón y el oprobio. Se podía creer que el Ejército nacional, salido del seno del pueblo victorioso, viniese a destruir con sus propias manos el primer timbre de su gloria y el primer monumento de sus heroicas proezas? Tanta infamia, señor, estaba reservada a los desgraciados tiempos en que vivimos y al influjo pernicioso de esos cobardes mamelucos que, envejecidos en la escuela de la co-

rupción y del crimen, han arrastrado a la República al triste y vergonzoso precipicio en que se halla sepultada. Y, ¿cuáles son los nuevos principios que ha proclamado la escandalosa revolución de los cuarteles? ¿Cuáles los hechos heroicos que la han consagrado?, los beneficios que ha producido y el porvenir que prepara a la Patria desconsolada? Yo no he visto, señor, más que dos partidos y dos caudillos, que se han disputado el poder por medio de culpables y cobardes intrigas; sólo he visto a los acusados confundirse con los acusadores para derrocar el poder legal, dividirse en seguida y hacerse una guerra ruin y rastrera para usurparlo; dos partidos sin fe y sin honor que han atormentado la conciencia pública por medio de la fuerza y de la coacción; dos partidos que han hecho del nombre ecuatoriano un objeto de befa y menosprecio; dos partidos que han jugado hasta hoy con las palabras de Patria, libertad y constitución para burlarse mañana de las deliberaciones de la Asamblea Constituyente apelando al estrepitoso grito de los cuarteles como el medio de satisfacer su ambición, sus enconos y sus venganzas. ¿Qué garantías, qué seguridades tiene la Convención Nacional para deliberar en medio de dos partidos armados que no reconocen la fuerza de los principios ni respetan la majestad de las Instituciones? ¿Lo que hicieron ayer contra la constitución del 45 y el gobierno del 49 no repetirán mañana contra la nueva Constitución y el nuevo gobierno, aborto inmoral de la revolución de febrero? ¿Podrá la Convención declinar de la candidatura de estos dos añejos pretendientes rechazados por la opinión pública? ¿Podrá sacudir el yugo que tratan de imponerla esos dos ambiciosos y sus menguados satélites? ¿No sería este un nuevo pretexto para la sedición de los cuarteles y un nuevo motivo de luto y llanto para la Patria? Además, ¿dónde está la legalidad de los poderes conferidos a la Asamblea de

1850? ¿Quién tuvo derecho para convocar esa Asamblea, hallándose vigente aún la Constitución jurada y reconocida por todos los pueblos de la República? Yo no reconozco, señor, el poder de los hechos consumados cuando tienen un origen tan impuro, porque eso sería sancionar el principio de la fuerza sobre la razón y el derecho, y dejar a los pueblos sujetos eternamente a la autoridad de la usurpación y de la conquista. En cualquier tiempo la Historia condenará la conducta de aquellos hombres que faltando a sus juramentos y a sus convicciones tomaron asiento en una Asamblea que ha salido del choque de dos partidos desmoralizados y furiosos que se han hecho culpables del crimen de alta traición a la Patria. No quiero, señor, faltar a mis juramentos, a mis deberes y a mi conciencia, desconociendo el poder de la Constitución que fue sancionada con mi voto, y jurada y solemnemente por los primeros legisladores de la Patria libre e independiente. Cuando la opinión pública subyugada, arrastrada por los acontecimientos llega a extrañarse y a perderse en el tumulto y desorden de las malas pasiones, no le queda al hombre de bien otro abrigo que la conciencia individual para salvar su responsabilidad ante Dios y la Patria, supuesto que la desmoralización y el crimen han hecho inútiles, por imposibles, sus buenos y leales servicios. Tales son, señor, las razones que me asisten para no concurrir a las deliberaciones de la Convención reunida en Quito por los titulados Jefes Supremos.— Dios guarde a Vuestra Excelencia.

**Pedro Moncayo.**

Al señor Presidente de la Convención Nacional”.

También Urvina se excusaba, con maña, de concurrir a la Convención para mantenerse en espera de nuevas opor-

tunidades, y dirigía luego, en forma anónima, una serie de cartas, "los marcistas a la Convención", con finalidades políticas que se comprenden.

Pronto se pusieron en juego las pasiones de partido. La Asamblea, no obstante sus reiterados propósitos de procurar la concordia y la unión de los ecuatorianos, dictaba, en contradicción innegable, resoluciones que tenían que provocar necesariamente resistencias de los elementos adversos al régimen. Decretó, es cierto, amnistía general para todos los ecuatorianos que se hallaban fuera del País por causas políticas; mas, ordenó el retiro y supresión del Escalafón Militar de todos los elementos que hubieran desconocido la Autoridad de la Convención y del Presidente Noboa; al propio tiempo que reinscribió, en el mismo Escalafón, a los generales floreanos; y desconoció, por último, como Miembros suyos a algunos Diputados que no eran adictos a su causa.

Noboa, que tan sinceramente tomaba la Dirección Suprema del País, ajeno a la doblez de los profesionales de la política, seguía cayendo, incauto, en las redes tendidas por su favorecedor omnímodo.

Una nueva concausa vino a sumarse a las ya expuestas para avivar la animadversión. En virtud de su natural bondadoso y beneficente, hubo de aceptar la intromisión en el País, de los jesuitas, expulsados entonces por el gobierno liberal del general granadino José Hilario López, medida que fue aprobada plenamente por los convencionales ecuatorianos, quienes concedieronle las más amplias facultades para salvar a la República del peligro inminente de una guerra con Nueva Granada que exigía, con insistencia increíble, la expulsión de aquellos religiosos del territorio ecuatoriano.

Para hacer frente a esta escabrosa situación internacional, Noboa acude a medidas de violencia, confinando y desterrando a muchos partidarios de Elizalde; nombra a Ur-

vina Comandante en Jefe del Ejército, mas éste, con subterfugios y reservas, rehuye la aceptación de ese honroso encargo, con lo cual deja una muestra más, palpable, de sus ya no muy encubiertas aspiraciones y deseos... Después se le ofrecía una Plenipotencia, que también rehusaba...

Por su parte, Flores volvía una vez más a sus viejos afanes y tentativas: pretender apoderarse del Poder, ahora con apoyo del gobierno que en el Perú presidía el General José Rufino Echanique. Esta circunstancia inquietó, naturalmente, los ánimos y despertó querellas contra Noboa, a quién se le acusaba de mantener secreta inteligencia con tan empecinado prócer y general.

Habían ligeras apariencias de entendimiento, y el odio político se valía de ellas para encender la tea revolucionaria y propalar especies tan alarmantes como falsas, tal aquella de que "los aprestos para la guerra con Nueva Granada no tenían otro objeto que hacer creer en la necesidad de la presencia del General Flores... para salvar la República". (1)

En tan críticos momentos, Noboa avanza a Guayaquil a debelar la conjuración ya manifiesta, mas con resultado contrario, pues que es detenido y expatriado por los revolucionarios.

## URVINA SE APODERA DEL PODER

Proclamóse entonces Jefe Supremo al General Urvina, caudillo a quien se había adherido el partido roquista y quien con plenitud de poderes, entra de lleno a la escena que con

---

(1) La Administración de Dn. Diego Noboa. Julio Tobar Donoso. Boletín de la Academia Nacional de Historia. Núm. 2.

tanta habilidad como buen éxito había venido preparando.

Esta revolución, que entronizara el militarismo nacional opresor y absorbente, como el extranjero de Flores y la vieja política del privilegio y el juicio, gozó, sin embargo, en sus primeros instantes, de popularidad y nombradía.

Urvina empezó su gestión con un Decreto admirable: el que proscribía la esclavitud de los negros, y derrotaba luego a Flores en su nueva expedición con que pretendió abatir el sentimiento nacionalista de los ecuatorianos.

Después vendría el libertinaje de la soldadesca protegida por el oficialismo, el abuso de las facultades extraordinarias y los atropellos de fuerza que harían decir a Malo que aquel "fue un período de terror sin sangre"... Y también ese tejer y destejer —como la tela de Penélope— en virtud del cual se reinscribía a los militares proscritos por la Asamblea del año 50 y se proscribía a los por ella inscritos...

Reunida la Convención se designa —como es de estilo— al Jefe Supremo para la Presidencia de la República, en oposición al querer de varios liberales que auspiciaban para esa Magistratura el nombre del notable hombre público Dr. Francisco X. Aguirre.

## MONCAYO PRESIDE LA CONVENCION

Es a nuestro Dn. Pedro a quien se ha discernido el alto honor de la Presidencia de esa Convención. Y son su voz y su voto los que contribuyen para la exaltación constitucional de Urvina.

Indudablemente, para quienes gustamos de la honradez histórica, ajena a fetichismos y sofismas, esta actitud de Moncayo —dado su constante y no apaciguado afán civilista,

que lo había colocado de hecho en la cumbre de la virtud ciudadana, señalándolo para esos días como el primero y más grande de los ecuatorianos libres— (1), es una solución de su continuidad heroica, un temblor de penumbra, una mácula de explicable fragilidad humana...

Empero, muy distantes estamos del criterio prevenido y banderizo del Dr. Pedro José Cevallos Salvador, pongamos por caso, que quiere atribuir esta elección a ¡cobardía! por el hecho de que se había reconcentrado el ejército en Guayaquil, ciudad en donde funcionaba la Asamblea que debía elegir al Primer Mandatario. Con ello cumple a maravilla el doctor Cevallos Salvador su no imparcial deseo de cargar de sombras el retrato de Moncayo.

Interesa considerar, con algún detenimiento, la red de sucesos de esos días, que pudieron influir —como influyeron efectivamente— en el ánimo de Moncayo para aquella elección, en la cual encontramos su acostumbrada presencia de espíritu y ciertas restricciones que revelan claramente que no era una adhesión incondicional la suya ni le faltó, en esos instantes, la visión de los días venideros.

El País —como hemos visto ya— se hallaba en una división que le llevaba a la anarquía. Los “conservadores”, con Noboa, sentían su impotencia para conjurar los males. La guerra con Nueva Granada tenía todos los caracteres de un hecho próximo a realizarse. En estas circunstancias es-

---

(1) “De los patriotas que existían en 1852, ninguno era comparable con Moncayo, por el valor de sus ideas, el entusiasmo con que trataba de espacirlas, el ímpetu con que combatió por la imprenta a los que, de cualquier modo, combatían a su bando, la fe y la esperanza con que concurría a las luchas, su incorruptibilidad, su moderación, su talento, su perseverancia verdaderamente apostólica”. Roberto Andrade: Montalvo y García Moreno.

talla la revolución que proclama a Urvina Jefe Supremo y que presenta un programa de concertada tendencia conciliatoria y benéfica: "guerra a los déspotas, paz con los vecinos, fraternidad entre ecuatorianos" (1) Urvina, luego de haber decretado la proscripción de la esclavitud, logró rechazar, con presteza, la invasión del General Flores, de quien —dada su pertinacia y porfía— cabía esperarse una nueva tentativa revolucionaria posterior.

Además, Urvina significó para esa época —aunque a nosotros nos pareciera hoy desvaída, imprecisa y facticia en cierto modo— la tendencia liberal, pues cuando fuera a Colombia, allá en la administración de Rocafuerte, de Agente de Negocios del Ecuador, se había saturado en Bogotá y participaba de las ideas dominantes allí. (2)

De otro lado, conocemos ya a Moncayo cuyas características psicológicas de vehemencia y de dinamismo, llevaronle, sin duda, a aceptar, por las circunstancias especiales de la época —él quería sólo precariamente— una espada condigna a la hábil de Flores, que garantizase el rechazo de sus pretensiones reiteradas. Además sabíase que Noboa auspiciaba los afanes revolucionarios de Arboleda en Nueva Granada.

Así... se decidió a apoyarlo.

Pero al propio tiempo, tuvo el sentido de la limitación y de la previsión. Quiso y apoyó, "en medio del ejército concentrado todo en la ciudad", una reforma a la Constitu-

---

(1) El General José María Urvina. — Julio Tobar Donoso. — Boletín Estudios Históricos Ecuatorianos. Núm. 12.

(2) El General José María Urvina. — Julio Tobar Donoso. — Boletín citado. Sin embargo luego aparecería, con Manuel Gómez de la Torre a la cabeza, la oposición liberal contra Urvina y Robles.

ción, que contemplaba la necesidad de elegir, en esta vez, al Presidente sólo por un año, mientras se restableciera el orden constitucional. Moncayo propugnó este postulado expresamente y con energía “demostrando las ventajas provenientes de que en la actual situación de la República, agitada por recientes pasiones políticas, no convendría sino un Jefe interino, por tiempo corto, hasta que calme la eferescencia de los partidos, y que pasado este tiempo la elección se haría con la debida calma: que además habiéndose reconcentrado en esta ciudad (Guayaquil) todo el ejército, podía imputarse por los enemigos de la República a los Representantes de la Nación que no había sido la elección de Presidente efecto del voto espontáneo sino más bien de una especie de coacción”. (1)

La Convención estaba compuesta de personajes de valer, de políticos de nota. Dictó reformas a la Constitución del 45, una de las cuales concedió a las Asambleas Provinciales la facultad de elegir Presidente. Señaló rentas especiales para la manumisión de los esclavos. Abolió los fueros —¡recién!— militar y eclesiástico, que eran una excrecencia del absolutismo monárquico. Suprimió derechos de exportación e importación, con vista a un fácil intercambio de productos de consumo diario. Determinó rentas para la fundación de escuelas primarias rurales. Declaró libre la navegación de los ríos tributarios del Amazonas. Y, por último, —lo que determinaría el despertamiento de muchas inquietudes y dificultades— excitó al Ejecutivo —Moncayo uno de los principales— para que proceda a dar cumplimiento a la pragmática sanción de 2 de abril de 1767... que se refería

---

(1) Cita del Dr. Pedro Cevallos Salvador. Pág. 147.

a la expulsión hecha por Carlos III, a los Jesuítas, de todos sus dominios.

Esta medida sin duda fue un subterfugio y una falta de entereza de ánimo, pues significa una manera de eludir responsabilidades, en un medio levantisco, al escudar una disposición que pudo y debió ser directa y franca, en sanciones reales, anacrónicas y por lo mismo, inaplicables en la República. Allí radica para nosotros —y de modo especial en el hecho, incuestionablemente vejatorio para la dignidad ecuatoriana, de ceder a la imposición, ya irritante, del Gobierno de Nueva Granada— el desacierto de esa disposición legislativa.

Y es evidente que, por otros aspectos, los Convencionales eran muy libres de proceder de acuerdo con los dictados de su conciencia, para salvar al País —hemos de ser sinceros siempre con nuestro pensamiento!— de la intromisión en él de elementos extraños que enturbiarían el natural avance y desenvolvimiento de las ideas.

### TRAS EL SOSIEGO DEL REMANSO, LA OLA CRESPA...

Terminada la Convención, Dn. Pedro se traslada al Perú, en calidad de Ministro Plenipotenciario del Ecuador.

Allí su gesto huraño que sabía de la impulsión y de la lucha, su alma procelosa, su inquietud bravía, su oceánica amargura inconfesada, se sumergirían —como en un remanso de encanto, como en un lotario vivo de olvido y de paz— en el refugio perfumado de unos brazos temblorosos, en la dulcedumbre del amor, en la jubilosa placidez hogareña...

Es que unía su suerte y daba su nombre a la marquesa Juana de Lamas, aristocrática y digna, en la bulliciosa ciudad de los virreyes.

Este nuevo estado ungería de nardos su frente enfiembre-cida, le revelaría el hondo sentido del vivir, hincharía su corazón en oleadas cordiales y felices, sombrearía con ventura lograda la aridez del camino e irradiaría, como con luz de amanecida, un fulgor de ilusiones y un albo renuevo de esperanzas. . .

Empero, la Naturaleza que fue con él larga en sus concesiones para el pertinaz empeño de la libertad: en el fuego de la palabra animosa, en la constancia vigilante, en la magnitud y pujanza del intelecto, le fue avara en el don blando de las afecciones, en el discreto encendimiento del amor conyugal.

Y como si el combatiente necesitase —para mantener la tensión de su fibra y de su espíritu— sobreañadir a su substancia, por una alquimia superior, el reactivo de un nuevo desconsuelo, de una desilusión que perseverara en la senda, le rompió a poco la malla dorada de esos días tibios y risueños como un sol de felicidad, al arrebatarle, en plenitud de belleza y de promesa, a la compañera de su vida. Y justamente, cuando le ofrecía el primer fruto de ese cariño, que se malograba también, falto de las caricias de la madre.

Desde entonces, liberto del amor conyugal a cuyo dulce arrullo juraría no volver más en recuerdo abnegado de su amor primero; donando con prodigalidad todo el patrimonio de su esposa, continuará este inconforme de la vida, roído por el fuego del carácter, con la boca llena de verdades y atravesado el corazón de ardimiento ciudadano.

Así Bolívar, sacrificado su amor durable, prodigaría su rica vitalidad, con ruido y sin desmayos, en las turbulencias de la lucha.

## ROBLES Y LA LUCHA EN EL PARLAMENTO

Del Perú se traslada —como dejamos expresado en otro lugar —a Londres y a París, con el mismo carácter oficial. Sus actividades patrióticas en esos centros son fructuosas.

Embebecido en sus tareas y en sus nobles empeños culturales, no habrá llegado a sus oídos, sino confusamente, y con pausas tardías dadas las dificultades de comunicación de entonces, esa orgía política del sable que imponía su voluntariosa decisión, anulando con el sentimiento cívico las garantías y los derechos de los ecuatorianos.

Robles sucedía en el mando a Urvina. Un general por otro sin siquiera el yo prestante de éste. Débil estafermo sumiso al mandato de su hacedor, era un simulacro de poder el suyo. En la comedia de su presidencia se desenmascaraban su liviandad y su ignavia. Así fue que su pretorianismo no pudo suscitar sino las polvaredas del odio y el turbión de la anarquía.

Nuestro Dn. Pedro ninguna participación debió tener en la última lucha eleccionaria: (no conocemos, por lo menos, escrito alguno suyo al respecto, desde París) así lo expresa categóricamente el doctor Borrero C. (1); si bien el doctor Cevallos Salvador, anheloso con frecuencia de atribuirle a Moncayo los móviles más bajos en sus actuaciones, toma pie del exordio del discurso que pronunció en el Senado el 29 de octubre de 1858 para cruzarlo, como de una picota, a través del libro con el sambenito de esta fragilidad.

Recordemos estos acontecimientos históricos, con seriedad.

Elegido Senador de la República, prefiere volver a ella

---

(1) Refutación al Libro del Padre Berthe. A. Borrero C. Pág. 86.

a ocupar su curul en el Congreso, ya mencionado, de 1858. A su llegada, el Ecuador se halla sobresaltado por una difícil situación internacional.

Con motivo de la celebración del contrato Icaza-Pritchett (ya antes en la administración de Urquina, se habían celebrado los contratos Aguirre-Mocatta y Espinel-Mocatta, onerosos e inconsultos), en virtud del cual se cedían a los acreedores ingleses, con generosidad que se hizo sospechosa, tierras al este y al oeste del Ecuador, como pago, en parte, de la deuda que tantas y tan azarosas proyecciones ha tenido en la vida del País, se advertía una viva inquietud, que aumentaba a poco con las reclamaciones que el Perú interpusiera, por órgano de su Agente Cavero, apasionado y agresivo, respecto de la cesión de los terrenos de las comarcas amazónicas, en donde tenía su condominio.

Y como el Gobierno de Robles se viese precisado —en vista de la intemperancia y altanería de Cavero— a declarar suspensas las comunicaciones diplomáticas y aún negándose a readmitirlo a su Agente, se suscitaban varios hechos alarmantes: el Perú expidió pasaporte a nuestro Ministro y obtuvo, inmediatamente, autorización del Congreso para declarar la guerra. Por su parte, Robles había obtenido ya, del Consejo de Estado, las necesarias facultades omnímodas, en vista de la inminencia del peligro, pues Castilla preparaba ya el bloqueo.

En este estado de cosas, el Congreso, al que concurrió también Dn. Pedro, se apresuró a concederle, con las facultades extraordinarias, la de trasladar la Capital, temporariamente, a Cuenca o Riobamba, la de contratar un empréstito de tres millones de pesos, hipotecando los bienes de la Nación, y la de que el Presidente de la República pudiera dirigir, personalmente, las fuerzas de mar y tierra.

Como se ve, todos los representantes estuvieron de

acuerdo en la concesión de esas facultades, pues la situación era grave. Por ello don Pedro, en sesión de 4 de octubre, se opuso, con su elocuencia habitual, al decreto de expulsión de los masones, expresando, entre otras causas, la de que "sería provocar la división y la discordia, en un tiempo en que necesitamos de la unión y cooperación de todos los ecuatorianos (son sus palabras) para defender nuestra independencia y nuestra nacionalidad amenazadas". (1)

Mas he ahí que, a raíz de haberse dictado esas medidas de defensa, se acallaron las novedades relacionadas con la guerra, hasta el punto de que el mismo Gobierno disolvió un batallón formado justamente en nuestra Provincia de Imbabura. A ello se añadió la sospecha, ya persistente, de que Robles y Urvina perseguían, con afán insólito, en las tramas de esta situación, un negociado en el empréstito, razón de ser de la impostura de la inminencia de la guerra. Hasta llegó a presentarse en Quito una carta de Guayaquil, en que se aseveraba, con todos los aspectos de veracidad, que los dirigentes se empeñaban en trasladar la Capital a esta última ciudad, sólo con esos siniestros fines económicos. Para el caso se recordaba también, execrándola, la fracasada tentativa de Urvina relacionada con la invención de la existencia de guano en las Islas de Galápagos. Y, como se propalase, además, como por adehala, la noticia, hábilmente difundida, de que Castilla no pretendía sino la separación de Robles del Poder, con facilidad mayor se creyó en el alejamiento del fantasma de la guerra y quizás hasta se pensó en el fácil derrocamiento de este Mandatario.

De allí que García Moreno —enfrentado hace algún tiem-

---

(1) Acta de la Sesión indicada.

po, en oposición franca al Gobierno— pidió, en un discurso fogosísimo, el retiro de las facultades extraordinarias.

Moncayo le apoyó y, en una de esas sesiones borrascosas, pronunció un discurso que se ha vuelto famoso en los anales parlamentarios.

En vano el Presidente rechazaría, con denuedo, esas sospechas denigrantes para su administración; en vano invocaría, con acento vibrante, la cordura y el patriotismo de los representantes, en esa hora difícil; en vano declinaría sus responsabilidades ante el Cuerpo Legislativo reacio. García Moreno, con mordacidad creciente, revelaría los hilos de esa trama y descubriría, con asombro para muchos de sus colegas, que aquellos Mensajes eran urdidos por la mano de Urzúa, el dirigente efectivo. Y encendidos los ánimos con aquella provocación oficial, desdeñosa y cálida a la vez, se llegó a votar el retiro de las facultades ya indicadas. . . (1)

## AL BORDE DE LA ANARQUÍA. . .

Y principió esa era triste y tormentosa. Y el Ecuador apareció ante el Mundo civilizado, como un foco de anarquía y rebelión incompatibles.

El Congreso se disolvió en seguida, por falta de quó-

---

(1) He ahí explicada la conducta de Dn. Pedro en estas dos ocasiones en que, al influjo de opuestos rumores políticos, manifestó diferente pensamiento y actuó en forma que al Dr. Cevallos Salvador le parece irremisiblemente contradictorio e imperdonable. Réstanos expresar algo respecto del exordio del discurso de Dn. Pedro, que le da ocasión al Dr. Cevallos Salvador para vilipendiarlo con aquello de Moncayo y su responsabilidad mancomunaria con Robles, por aquí; Moncayo y su responsabilidad mancomunaria por allá; Moncayo y su responsabilidad mancomunaria

rum, a instigaciones de Urvina, según se dice, y el Gobierno, objetando el Decreto de revocatoria de la concesión de facultades, quedó en pleno ejercicio de ellas. . .

Con esta medida, además, se restó la posibilidad de que los legisladores opositoristas volvieran sobre sus pasos cuando, pocos días después, se palpó la verdad de aquella guerra tan discutida.

Encargósele del Poder Ejecutivo; en Riobamba, al Vicepresidente Jerónimo Carrión. Urvina y Robles quieren impedir el desembarco, ya reiterado, de las fuerzas bloqueadoras, en Puná y Bahía de Caráquez, con manifiesta violación del territorio ecuatoriano.

Como los peruanos, resistiéndose a las reclamaciones del Gobernador del Guayas que quería evitar ese desembarco, atacaron más bien y mataron a niños, mujeres y ancianos, desalojando a la Guarnición, Robles dicta un Decreto de traslación de la Capital a Guayaquil, por necesidad de la hora.

Empero, como ningún poder tiene para ello el Presidente, ya se alborota el cotarro de la legalidad y se divide la Nación —¡en esos instantes!— en facciones y círculos que pugnan entre sí, perfilando una sombría disolución nacional. . .

Ahora se procede a sabiendas de la gravedad del minuto. Y es el fantasma de la letra constitucional el que se

---

por acullá, al través de todo el libro, como insinuamos ya, con una inquina manifiesta y persistente. El exordio dice así: "Yo tomo la palabra en esta cuestión con profundo sentimiento, porque es más penoso y más duro todavía separarse de sus amigos que combatir a sus enemigos. Cuando se hace la oposición está trazado el camino que debe seguirse para desprestigiar y aniquilar a los Gobiernos; pero cuando se ha formado una RESPONSABILIDAD MANCOMUNARIA CON LOS ENCARGADOS DEL

invocó ante la República bloqueada, más aún, violada por sus enemigos extranjeros!

El Municipio de Quito, en uso de sus atribuciones legales, lanza una enérgica protesta que es un verdadero reto y la iniciación del desastre de la contienda civil, frente a la guerra con la Nación vecina. "Rota la Ley fundamental—decía esa protesta— quedan disueltos los vínculos políticos; porque las instituciones sociales no son otra cosa que unos contratos y los contratos cesan de ser obligatorios desde que se quebrantan sus condiciones y se desprecian sus bases fundamentales. Destruído el orden constitucional, nada queda sino el poder arbitrario de la fuerza, pues nada existe como Institución sino lo que existe de derecho".

El Gobernador de Pichincha, encontrándola sediciosa y alarmante, ordena la prisión de los firmantes, incluso del impresor Vicente Valencia; y, tomados algunos, los hace conducir a Guayaquil. En el viaje fugan todos, siendo alcanzado, por su impericia, solamente Valencia a quien, con una fiereza lombrosiana, lo hace fusilar el Jefe de la escolta, Comandante Agustín Berrazueta.

Aquello fue un gran crimen y la ocasión para que se exacerbaban los ánimos, en una conjunta vibración de rebeldía. En Quito se habla, desde entonces, sin embozo, del

---

PODER PUBLICO, cuando se ha contribuído a crear el orden de cosas establecido y cuando se ha prestado el apoyo de su nombre y de sus escritos, es imposible defenderse de cierta excitación y de cierto desaliento que parece entibiar la energía del patriotismo y detener el grito de la conciencia; y sólo el interés de la causa pública y el santo amor de la libertad pueden dar la fuerza necesaria para superar ese doloroso sentimiento y cumplir franca y abiertamente con el deber que le impone su patriótica misión". Nos ratificamos, con la autoridad de Borreo, en la afirmación de que Dn. Pedro no tuvo participación en

asesinato alevé y cobarde y de la necesidad impostergable de derrocar a los tiranos.

A concentrar esos anhelos dispersos, esas ansias indignadas de la opinión, esas ya claras tendencias de la ciudadanía, vino el escrito que, con el epígrafe de "Un nuevo crimen, una nueva víctima", lanzara Moncayo a la faz del despotismo, como una ascua hirviente, como una descarga eléctrica que tuviese el poder de galvanizar el espíritu nacional, en oleadas de reacción incontestable.

He aquí ese escrito que lo caracteriza a don Pedro en su bravía tenacidad, en su altivez sin par:

### **"Un nuevo Crimen una nueva Víctima"**

"Lloramos ya un nuevo mártir, una nueva víctima. Esta tierra tantas veces empapada en sangre y humedecida con nuestras lágrimas vuelve a abrir su seno para recibir las reliquias de uno de los fundadores y sostenedores del periodismo ecuatoriano.

El dos de agosto de 1810 abrió la era de la Independencia con la sangre de los mártires sacrificados en el cuartel. El 19 de octubre de 1833 levantó el primer monumento de la libertad sobre los restos de las víctimas inmoladas en la

---

el trabajo eleccionario que dió por resultado la Presidencia de Robles. El mismo Dr. Cevallos Salvador, que tanto afán pone en este punto, no cita escrito alguno con que afearle más, si cabe, esta mancomunidad. Moncayo dice: "cuando se ha formado una responsabilidad mancomunaria con los encargados del Poder Público". Y como era sabido que Urvina ejercía dominio absoluto en el Presidente y que, por lo mismo, era él el responsable directo de esa situación, se refería, principalmente, en su discurso, a su amigo y aliado, que gobernaba detrás del "gemelo". No ol-

plaza pública. El civilismo, esta nueva era de resurrección y de regeneración, tiene ya su mártir, su víctima expiatoria.

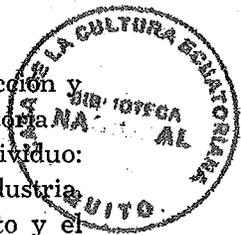
En el señor Valencia no se ha asesinado a un individuo: se ha asesinado un principio; se ha asesinado la industria. Se ha querido matar en él la libertad de pensamiento y el trabajo material que lo propaga. La imprenta, esta fuente de la civilización y del progreso social, ha sido fusilada, asesinada en los campos de Nascichi.

El señor Valencia, joven aún, consagraba sus servicios a la imprenta. Hacía la corrección del Núm. 19 de "El Quiñeño Libre", cuando fue asaltada la oficina de su Imprenta por los esbirros de Flores. El 19 de octubre estuvo al lado del Coronel Hall, redactor principal de ese periódico, y lo vió caer atravesado por las lanzas homicidas de los feroces genizaros. Tenía entonces 15 años y se ensayaba ya a morir con la muerte de los mártires. Hall fue el primer mártir de la libertad de pensamiento. Valencia, la primera víctima de la libertad de industria. La inteligencia y la materia, todo es crimen ante el tribunal de los tiranos.

Valencia ha muerto como mueren todos los propagadores de una idea y de una doctrina; en medio del desierto, entre la inmensidad del cielo y de la tierra, sin más testigos que sus verdugos, y a presencia de ese Juez Supremo que lee en el corazón y en la conciencia de todos los hombres. Ha muerto como Abel en todo el esplendor de su in-

---

videmos que en esos precisos instantes, acababa de revelar García Moreno que era justamente Urvina quien enviaba a las Cámaras los Mensajes y dirigía la gestión política. Y en lo que a Robles se refiere, quizás Moncayo hablaba en esa forma indirecta, no concreta, de mancomunidad (una mancomunidad de origen, como si dijéramos), por haber continuado en su Administración cerca de dos años, en París, como Ministro Plenipotenciario. Y entendemos, por último, que ese exordio también era, en parte,



cencia; y como Abel, marca con su dedo infalible el partido del crimen y de la iniquidad.

No queremos abrir nuestro juicio sobre este atentado. Que Dios juzgue a nuestros verdugos como ha juzgado ya al **precursor**, de nuestras desgracias. Sólo diremos que, desde hoy, no hay garantías para nadie y que todos estamos fuera de la Ley. La moral, el respeto de la vida humana, han desaparecido de este suelo infortunado.

El Magistrado que juzga y condena, ni no juzga y condena al antojo de nuestros verdugos, será expulsado y asesinado. El abogado que defiende y sostiene la causa de la justicia, será expulsado y asesinado.

El propietario que se queja de las extorsiones diarias y de los despojos violentos de su propiedad, será expulsado y asesinado. El comerciante que custodia sus intereses y los oculta de la voracidad rapaz de los famélicos satélites del despotismo, será expulsado y asesinado. El artesano que ejerce su **industria** para alimentar una pobre y honrada familia, será expulsado y asesinado.

La viuda que llora sobre el cadáver ensangrentado de su marido; el huérfano que abraza las rodillas de su padre moribundo; el sacerdote que bendice y pide al cielo la paz del justo, serán expulsados y asesinados. El cadáver mismo será proscrito; esta reliquia sagrada, estos restos venerables

---

un golpe de efecto oratorio, un resorte eficaz de persuasión, pues si él, que era amigo personal de Urvina, que había desempeñado cargos de importancia en su Gobierno, se declaraba en esos momentos adverso a los manejos del oficialismo y los condenaba, erguido y vibrante, con celo removido, en esa forma de ruptura de solidaridad, el resto cerraría filas —diría él— por contagio espiritual, en los campos de la oposición. Pero el Dr. Cevallos Salvador no hace estas consideraciones, con el fin de “recargarle de sombras”, de conformidad con su propósito.

de la humanidad, serán atropellados, despedidos del cementerio común.

El escritor público, —ah! quién escribe cuando ve flaquear sobre su cabeza el puñal del asesino, cuando el plomo homicida viene a ahogar en sangre la voz del sentimiento y del patriotismo; el escritor público será delatado, calumniado, perseguido, asesinado por los esclavos, los cobardes, los traidores y los vándalos del militarismo.

Y vosotros delatores, espías voluntarios, esbirros, perseguidores de la inocencia y de la virtud, sabed que tampoco hay garantías para vosotros. En medio del desorden y del trastorno general, la sangre de las víctimas se confunde comúnmente con la sangre de sus verdugos. Opresores y oprimidos van a perderse en ese océano de iniquidad que se llama **dictadura, despotismo, vandalismo.**

Y vosotros, Magistrados del crimen y del asesinato, sabed que tampoco hay garantías para vosotros. El pueblo os ha juzgado y condenado con toda la inmensidad del odio y del horror que le inspiran vuestros excesos.

Y vos impresor ministerialista, y vos redactor ministerialista que guardáis silencio en medio del clamor universal, sabed que tampoco hay garantías para vosotros. Cuando la ley cae, se necesitan torrentes de sangre para levantarla, para volver a plantearla en el trono de la paz, de la humanidad y de la justicia. Nosotros vamos adelante; marchamos los primeros al altar de la expiación; pero vuestras cenizas serán reunidas a las nuestras, hasta el día en que el Juez Supremo venga a tomar cuentas a todos los hombres de sus buenas y malas acciones. Entonces os repetiremos esta terrible verdad; nosotros estuvimos de parte de las víctimas; vosotros de parte de los verdugos.

Entre tanto, un tributo de veneración y de respeto al primer mártir del civilismo: una excitación de firmeza y de

constancia a las víctimas designadas a una nueva expiación por los verdugos. Nobles víctimas, preparaos con valor al sacrificio, para sostener con vuestro ejemplo la energía y la esperanza del pueblo. Ya conocéis el camino: Valencia os aguarda con la palma y la corona del martirio. Resignaos”.

P. M.”

Por este artículo, que era el acento conmovido y alto de la justicia, el vibrante rechazo de la arbitrariedad, (1) se le señalaría, con índice vengativo, el camino del destierro, ya conocido por él en sus otras horas encendidas de oposición.

Y García Moreno, por su parte, comentaba indignado, en su periódico: “Inútil es preguntar a esos magistrados de la muerte, qué crimen ha cometido nuestro ilustre compatriota; hoy en día los atentados sangrientos, las violencias, los crímenes, los asesinatos son para sus autores títulos de gloria. Moncayo gime en el calabozo por haber reclamado la ejecución de las leyes, execrado la dictadura y defendido la Constitución”. (2)

A su paso por Guayaquil, se le comunicaba a Moncayo que una insurrección militar que derrocaría al Gobierno,

---

(1) El Dr. Cevallos Salvador añadirá —Pág. 198— que era el grito de la ambición política el que se revela en esa hoja. Y no hará el discrimen necesario, que arroja la seguridad de que ese reto, antes que a la consecución de encumbramientos políticos, lo llevaría, más bien, con evidencia, a hacerlo el blanco de atropellos y vejámenes de una dictadura exasperada como así sucedió el día siguiente. Y olvidará también que algunos días después, en Guayaquil, como ya antes lo hiciera en Quito, rechazaba Dn. Pe-

(2) Cita del Padre Berthe.

iba a designarlo Jefe Supremo del País. Es allí cuando Dn. Pedro se excusa con ardentía, expresando que la situación de la República impedía cualquier disgregación, ya que el enemigo asechaba en las puertas de la Patria. Verdad que, rehuendo su contingente valioso dentro del Gobierno, iba a mantener su silencio iracundo en tierra extraña, adversa a nuestros hombres y a nuestras cosas. Superaba, pues, el represor de desafueros al patriota defensor de la República.

## EN LA SOMBRA DE LAS CONSPIRACIONES

Al Perú pasó Moncayo.

Desde allí varía desencadenarse ese turbión arremolinado de sucesos: la insurrección de Darquea y Maldonado, pronto sofocada; el desconocimiento del Gobierno de Robles y la formación del triunvirato García Moreno, Carrión y Chiriboga; los combates de Ríos y Salvador en Cuenca; la movilidad y dinamismo asombrosos de García Moreno y su descalabro en Tumbuco.

---

dro ,en la prisión, la proclamación de su nombre en un movimiento revolucionario que debía verificarse y que quería designarlo Jefe Supremo del País. Pero, no. Cevallos Salvador no olvida este detalle pero tampoco lo concatena con rectitud. Al contrario; lo recuerda para denigrar una vez más a Moncayo: "el preso observó que si tal sucedía, quedaría sacrificado", —dice, refiriéndose al pronunciamiento— y agrega: "y suplicó a Casares para que influyera en que, mientras durase la prisión del presunto Jefe Supremo, no se consumase la revuelta".

He ahí la lógica del libro del doctor Cevallos Salvador; si trata

Este acontecimiento desastroso fortifica, sin embargo, en García Moreno, su exacerbado anhelo de venganza. Se traslada al Perú, furtivamente. Va en busca de auxilios para rehacer el roto poderío de su gobierno triunviral. Y ya no repara en los medios. Su exasperación es ahora una ola indetenible que impulsa o quiere impulsar a los enemigos a su propia Patria.

Una noche Castilla debía tener una conferencia con García Moreno, en Lima. Lo lleva a Moncayo a esa reunión que participaba, sin duda alguna, de la mancilla antipatriótica. Y no sería una excusa el expresar el pensamiento ya insinuado y que también es nuestro, de que Dn. Pedro quizás presumió que García Moreno iba a pedir a Castilla la cesación del bloqueo hasta alcanzar la caída de los odiados "gemelos", como se los llamaba a Urvina y Robles, ya que aquello entrañaba, inevitablemente, cuando menos la satisfacción de una venganza personal frente al extranjero armado, al que se le hacía conocer, en detalle, la debilidad y división del País nativo.

Pero es el caso que García Moreno, alucinado ante la fraseología de Castilla, quien ofrecía falazmente alianza du-

---

de apreciar un gesto de dignidad y hasta de abnegación en Moncayo, como el de su protesta vehemente, no pondrá su consideración en el valor, en la entereza, en el sacrificio que él entraña, sino que lo atribuirá a ambición desapoderada de mando, de poder, a rencor, a pasión bastarda. Empero, cuando un hecho posterior como el rechazo de la Jefatura Suprema ofrecida precisamente por militares que podían hacerlo con visos de seguridad de buen éxito, viene a probarle que aquello del ansia de poder era una falsedad; entonces no meditará, con serenidad, en que el patriota desdeñaba aquello por conveniencia nacional, pues el enemigo extranjero estaba al frente; y lo imputará, en cambio y de modo exclusivo, a... pues a ¡cobarde! ¿Cobarde quién siempre delató injusticias y fustigó tiranías? En "Mon-

radera y seguridad de una paz honrosa, llegó a prometer, que su influencia la desplegaría en el Ecuador para conseguir que se le diesen a Castilla todas las satisfacciones exigidas.

Ya solos, Moncayo increpa a García su conducta: "Siento que Ud. haya dado ese giro a la cuestión actual— dice. Nosotros no necesitamos de la alianza de Castilla: y aun cuando la necesitásemos, no debiéramos solicitarla al enemigo de la Patria. Este paso se parece mucho al del Conde Dn. Julián, introduciendo a los moros en España. Nosotros vamos a llevar a los enemigos del Ecuador al seno de nuestra Patria para que la humillen, ultrajen y pisoteen, como intentaron hacerlo en 1828. Castilla quiere borrar las derrotas vergonzosas de Saraguro y Tarqui, anular los tratados de 1829 y apropiarse del rico e inmenso territorio amazónico, que nos pertenece. No, mi amigo, yo no aceptaré una liga semejante. Busquemos el apoyo de un Gobierno más leal y más desinteresado que el cartaginés del Perú". Y añade, violento: "No cuente Ud. conmigo".

García Moreno contesta: "Ud. tiene miedo" y se retira

---

talvo y García Moreno" dice, juiciosamente, Roberto Andrade: "Moncayo sostuvo una gran contienda en su alma: en justicia anhelaba el derrumbamiento de Robles; en justicia anhelaba también que los peruanos fueran rechazados. No podía conseguir ambas cosas a un tiempo, y resultó que se refugió por fin en el silencio. Erró, sin la menor duda, añade—: este es el error que debía haber caído debajo de la pluma del Vicepresidente (Cevallos Salvador), su crítico. Debió manifestar a Robles que si le ponía en libertad, ahí mismo tomaría su fusil, en defensa de la honra nacional. Primero la Patria que enemistades internas: primero la independencia de potestades extrañas y extranjeras que el simulacro de libertad en el circuito formado por nuestras ya atropelladas fronteras" (pág. 190).

veloz. "Tengo miedo —replica Moncayo— de manchar mi obscuro nombre con una traición abominable". ((1)

Reacciona Dn. Pedro, con vigor; mas en sus frases cálidas, interpola una proposición desechable: "Busquemos el apoyo de un Gobierno más leal y más desinteresado que el cartaginés del Perú". Relampaguea allí algo como el gesto turbado del faccioso, como el viso sanguinolento del odio. (2)

## FRANCO Y CASTILLA

A poco sucedía que, tras las desazones y peripecias ocurridas entre Robles y el Triunvirato, firmaba un armisticio con Mariátegui un General de la confianza de Robles: Guillermo Franco. Y como fuese desautorizado por aquel, se alzaba con el Poder en Guayaquil, llevando su avilantez hasta el extremo de celebrar con Castilla un Tratado escandaloso que se lo conoce con el nombre de "Mapasingue", el que, entre otras cosas, reconocía derechos al Perú sobre Mainas, Jaén, Yahuarzongo y declaraba válida la Cédula, perfectamente irrita, de 1802. Y Castilla volvía al Perú después de triunfo tan mezquino.

---

(1) Pedro Moncayo. Obra citada. Capítulo LVII.

(2) Nada dice al respecto el doctor Cevallos Salvador. Habríamos querido conocer su opinión relacionada con este escabroso asunto. ¿Cómo se las habría arreglado para salvar a García Moreno? El doctor Cevallos S. termina su trabajo de impugnación a la obra de Moncayo, justamente con la caída de Robles, ofreciendo, eso sí, que pronto publicaría la segunda parte de su estudio. Pero aquello no pasaría de simple oferta. Su propósito esencial se había realizado: echar sombras a Moncayo, a vuelta de ciertas rectificaciones históricas —algunas sin mayor significación— que pudieron y debieron hacerse con más amplitud de criterio, con

Robles y Urvina salían del País anarquizado. El Gobierno de que formaba parte García Moreno, o más ciertamente, éste, invitaba a España y luego a Francia a ejercer un **protectorado** sobre el Ecuador revoltoso y turbulento.

Ante tales peligros: anarquía, dolo, disolución, crimen de alta traición a la Patria por el propósito del Protectorado y por el Tratado de Mapasingue que desecharon, con unánime protesta, los pueblos del Perú y del Ecuador, empieza a insinuarse, como defensa, una propaganda que contempla la organización federal del País. Y, prácticamente, Loja, en un movimiento instintivo de dignidad y de mantenimiento de la integridad territorial, proclama y se constituye en "Distrito Federal". (1)

## Y ADVIENE GARCIA MORENO

García Moreno continúa con ardor su campaña contra Franco. Ya ante la iniquidad que éste realizara con Castilla, los pueblos del Ecuador manifestaron su adhesión más viva al Gobierno provisorio. Aún así hubo de aceptar la decisión y la espada de su antiguo e irreconciliable enemigo, el General Juan José Flores, que sería hoy el más eficaz y vigoroso impulsador del esfuerzo nacionalista.

---

-más hidalguía, cordura y miramientos. ¿El resto? Había que dejarlo en oferta. De otro modo, ¿cómo conciliaría esos frecuentes atropellos a la ciudadanía y a la libertad verificados a lo largo de los quince años de dominación garciana, con sus arrestos (los del Dr. Cevallos S.) libertarios, con los afanes de

(1) Véase "La Literatura Lojana" y "Blasones Lojanos" por Pío Jaramillo Alvarado, en la Rev. de la Sociedad Jurídico Literaria. Núms. 94 y 99.

Y merced a su pericia, su táctica y su arrojo, tomará la Plaza de Guayaquil, desalojando al infortunado militar que iría a rumiarse en su bochorno en playa extraña.

Con ello empieza la dominación de García Moreno, una dominación enérgica, personal, teocrática, represiva, pero propulsora del progreso nacional en forma innegable.

Moncayo entonces, ya aislado voluntariamente en Chile, su Patria adoptiva, en donde se aquilatará cordialmente su valía, tendrá desde allí frases admonitorias, de implacable ansiedad patriótica, belicosas; para los desmanes del Gobernante ecuatoriano y, alguna vez —como una prolongación de su vibrar rebelde— hasta para sus empeños que llevaban incluidas tendencias progresistas. (1)

---

justicia que invoca reiteradamente, con la verdad estricta y rigurosa de los hechos históricos que pretende reivindicar? Aquello era sobremanera imposible si se acercaba a la Historia sin prejuicios, sin tesis formuladas, si oía la voz inacallable de la razón, esa voz que, más de una vez, se levantó imperiosa en su conciencia para impugnar, con acento ardoroso, allá en sus años juveniles, a García Moreno. Por eso tenía que refugiarse en el silencio, en un silencio cómodo que significa carencia de ánimo para decir la verdad siempre, alta y sincera. Igual cosa sucedió quizás con Dn. Juan León Mera. Se propuso refutar la obra, irrefutable por su magnífica documentación, del Dr. Borrero Cortázar que es una confutación, a su vez, de aquella apología fantaseosa y excesivamente ditirámica que, sobre García Moreno, escribiera el Padre Berthe. Preparó su libro, que fue publicado con posterioridad a su muerte. Mas en él se queda en la adolescencia de García Moreno, después de una ojeada, sin duda interesante, algunas veces apasionada, acerca de las administraciones que se sucedieron desde la creación de la República, hasta la actuación del Dr. Gabriel. ¿Será esto simplemente una coincidencia?

- (1) En "Ojeada sobre las Repúblicas Sud-americanas" decía que en el Ecuador "faltaban todas las libertades, la de la prensa, la li-

Pero Montalvo sería el que, enfrentado ante este dinámico y febril Mandatario, mediría sus fuerzas en lucha titánica, eternizando, en la cruz de su palabra bella, la protesta y la indignación del pensamiento liberal. . .

Hasta la hora en que caía asesinado, en Quito, en pleno Palacio de Gobierno, ese formidable trabajador asiduo, de recia vitalidad y contextura. (1)

## FUGAZ PRESIDENCIA DE BORRERO

La Nación, oprimida hasta entonces, tiene un respiro amable. Se realiza una acción conjunta para elevar al Solio

---

bertad de elección, libertad de asociación, libertad de enseñanza, esos grandes medios de que disponían las Sociedades civilizadas para propagar la verdad, la justicia, las ciencias y las artes". "La proscripción y la confiscación —también expresaba— no son los mejores signos de la imparcialidad y rectitud de un partido, cuando entra al Poder; esa es la continuación del sistema combatido y derrotado. Es el patíbulo que cae y vuelve a levantarse, como la corona de los reyes, que se desprende de las sienes del poseedor moribundo para pasar a las de su ambicioso heredero". "El Triunvirato, la plenitud del poder, triple despotismo que agobia y deprime a la República. El militarismo tiende a vincularse en un solo hombre que toma el mando vitalicio del Ejército".

- (1) No hacemos alusión alguna a los gobiernos, ciertamente efímeros, de Jerónimo Carrión y de Javier Espinosa, de probidad y honradez, porque detrás de ellos, hechuras y luego víctimas de García Moreno, especialmente el último, llena incontrastablemente ese ciclo político el impulso de este dominador tenaz, ciclo en el cual —según el doctor Agustín L. Yerovi— mientras Montalvo esgrimía como un haz de fuego su "Dictadura Perpetua", Montalvo lanzaba un pequeño folleto cuyo epígrafe sólo, "El Tiranicidio", que no conocemos, es una revelación del encono político que violentaba los ánimos entonces.

al doctor Antonio Borrero Cortázar. Por un momento los grupos políticos, en unidad de pensamiento y de esfuerzo, se unen en torno de este nombre puro y prestigioso. Y lo elevan, en triunfo sonado, a la Primera Magistratura de la República.

Pero las aspiraciones de los partidos, amalgamados espontáneamente para este empeño, empiezan a sentirse defraudadas; los conservadores queríanle continuador del régimen garciano y los liberales auspiciaban un cambio de frente, radical, que señalaba como necesidad previa, sustantiva, la reforma de la Constitución de 1869, de espíritu cesarista. Y sucedía que Borrero, si por su natural bondadoso e hidalgo, no podía satisfacer a los primeros impulsando una política absorbentemente clerical; tampoco acertó —por su concepto puritano del acatamiento irrestricto a la Ley escrita— a articular en el nuevo organismo político la corriente liberal que fluía generosa —por lo mismo que se la había represado largo tiempo— en las conciencias de un sector de la ciudadanía. Y ello, no obstante habersele tomado a Borrero como un elemento vinculado en las filas liberales.

Cayó, pues, de modo inevitable y pronto, en desgracia ante la opinión general. Se le denostó de ambos frentes, con iracundia y despecho. Y como prácticamente estaba más cerca de los "garciamorenistas" en razón de continuar vigente su Constitución, la fuerza mayor y permanente del ataque radicó en los flancos liberales.

Montalvo ensayaba su clava temible y desataba el huracán aullante de sus iras. Y Dn. Pedro, perurgido por sus anhelos de siempre, exasperado por la supervivencia del cesarismo legal (en el hecho Borrero fue un Mandatario benigno) también removía enconos y suscitaba animadversiones revolucionarias.

## OTRA VEZ EL ALFANGE OPRESOR

Y es así como con el acíbar de sus imprecaciones, contribuirá también —como muchísimos otros elementos liberales— a agregar a los guarismos desiguales del caudillaje ecuatoriano esa cifra sin valor efectivo, de una falacia ruda e inescrupulosa, que es el General Ignacio de Veintimilla, quien asumió el Poder Supremo de la Nación, tras los encuentros de Galte y Los Molinos.

Error de visión, sin duda, —ya era reiterado este espejismo— y de justipreciación de la personalidad de aquel ambicioso galonado, sólo explicable por el férvido afán de restauración de las libertades, de realización de aspiraciones largo tiempo reprimidas o contrariadas. Por eso, con un admirable sentido de comprensión humana, dice Rodó, en frase lúcida y penetrante: “La personalidad vulgar y siniestra de ese hombre (I. de Veintimilla) bien diseñada ya por aquel tiempo —según se desprende de las propias Catilinarías de Montalvo— podría justificar la inculpación que se hizo a los liberales de haber buscado o aceptado en él un instrumento de regeneración, si no fuesen tan frecuentes en las angustiosas crisis de estos pueblos, y tan humanas al fin ese género de transacciones que olvidan o disculpan los antecedentes sombríos de un Caudillo, cuando tiene en sus manos la fuerza con que dar impulso a una reacción y levanta por bandera el propósito de consumarla”.

Pero este pretoriano desemboza pronto su política de dilapidaciones y haraganerías, sin preocupación alguna por ideales o principios y, antes bien, olvidadizo, gobierna con elementos adversos al partido que lo aupó al Poder, con la eterna muletilla de las “ideas liberales”.

Y otra vez vuelven, obligadamente y con estupor, sobre sus pasos, los Moncayo, los Montalvo, los Carbo y cuantos

simpatizaron para la elevación de Veintimilla. Y, decepcionados, airados por el transfugio y la liviandad de éste, elevan —por centésima vez— sus reproches cargados de iracundia a aquel género de tiranía “bufona y artera” que venía a establecer este libertino rumboso.

Montalvo en sus “Catilinarías” hará de él una caricatura inmensa y lo paseará, en comicidad trágica, en las puntas de su pluma despiadada y sangrante. Mientras Dn. Pedro, entre otras denominaciones fulgurantes de rencor, lo llamará, con acerada concisión: “Bárbaro de los tiempos de Alarico”.

## Y LLEGA PLACIDO CAAMAÑO

Unidos después los grupos políticos —como antes ya lo hicieran para la elección de Borrero— marcharán a la reivindicación del honor y del prestigio nacionales. El Parlamento, los clubs, la prensa, serán un solo viril empeño revolucionario. Las voces y los pensamientos más disímiles se unirán hoy, en una campaña fragosa, para expulsar de la República a este mercader simplista. Y conseguido el propósito, elevarán a la Presidencia al señor don José María Plácido Caamaño, con voluntaria prescindencia del núcleo liberal que cede el campo generosamente.

Entonces llega al Poder y se hace carne institucional otra modalidad política: el “progresismo”. Verdad que primero ejercitaría Caamaño un remedo del gobierno fuertemente personal de García Moreno, con la esterilidad consiguiente, pues carecía de la fuerza vital y del impulso creador de su modelo.

## LAS SOMBRAS Y EL SILENCIO...

Pero ya Moncayo, al borde de la tumba, pasea su aterida ancianidad, junto al lazarillo que lo guía, sin abatimiento, estoico, con el recuerdo de sus buenos días de luchador, todavía anhelando para su Patria toda la libertad y todo el progreso que sus ensueños vislumbraron en su aguerrida hora juvenil. Y ya no acciona. Su espíritu de vigía extravertido se ha reconcentrado ahora. Y medita, medita... Mas todavía en sus últimos días la confirmación de la firmeza sobredora sus convicciones y sus ideales...



## EL INTERNACIONALISTA

La faz del internacionalista y diplomático no es la menos interesante y patriótica en Moncayo.

El tuvo el alto espíritu de amplitud y americanismo que expresa y aspira, en su fórmula más simple, a la unión de los pueblos hispano-americanos, nacidos de un mismo origen, vinculados, en el tiempo y el espacio, por los lazos irrompibles del idioma, de la religión, de los usos y costumbres, etc.; hermanados en el recuerdo de parecidos afanes y vicisitudes; mancomunados por idénticas aspiraciones de armonía y bienestar; aureolados por la similitud de sus glorias heroicas, y herederos, por igual, de unas mismas conquistas libertarias que usufructuar.

Y para realizar este ideal—hermoso como toda noble utopía—preconizado por la justicia y el interés común de esas naciones, necesario era ante todo zanjar, en forma que concilie los intereses de cada una de ellas, las dificultades limítrofes a que quedaron sujetas con la disolución de la

Gran Colombia, únas, y al instituirse, ótras, en naciones independientes del poderío Hispano. Y ello intentó por todo medio Moncayo.

Porque, si se logró aquistar nuestra independencia de la Metrópoli, en los sangrientos campos, mil veces atónitos por el fragor de la lucha, quedó, en cambio, pujante y viva de querellas, la rencilla local del límite, irresoluta aún en parte no obstante la lejanía del calor inicial, acaso por la persistencia de las características raciales y étnicas que determinan una idiosincracia levantisca y voluble, sentimental y patrioterá.

Y los tiempos pasan con su gravidez incoercible, señalando, como un surco que germina discordias, la codicia desmedida de los unos, la inercia de los otros para la reivindicación de sus derechos imprescriptibles, la vieja rivalidad política, industrial o comercial, de aquellos, y el absorbente y no acallado afán de predominios en el resto. Y así alterando el isocronismo de la vida continental, ha surgido y surge a las veces, como una diástole inmensa que amenazara romper el corazón de los pueblos, el motín y la asonada populacheros y aún la expedición traidora y parricida, cuando no el conflicto bélico en que se desangran víctimas de su mutuo furor y de sus ambiciones.

No hace al propósito de este trabajo enunciar detalladamente ese largo y angustioso proceso de injusticia y deslealtad que, desde la secesión misma de la Gran Colombia, se originó al influjo de bastardas pasiones entre Colombia y el Ecuador; ni recordar que, al través de vicisitudes sin cuento, hemos rodado por la que Crespo Toral llama "pendiente de las concesiones" hasta terminar de modo desastroso para la integridad territorial ecuatoriana.

Interesa, más bien, reseñar suscintamente, una vez que se relaciona con la actuación de Moncayo, el problema de

límites Perú-ecuatorianos, siquiera sea hasta la nefasta, intromisión de Castilla, en que Moncayo, erguido y fuerte, agitó la flámula roja de las reivindicaciones.

Si bien se mira, nuestro problema arranca y se perfila, con caracteres de absorción por parte de los hermanos del sur, desde muy atrás, poco tiempo después de erigida, por Real Cédula de 1563, la Audiencia de Quito.

Empieza, fatal y dolorosa, la serie interminable de atropellos. Y son los franciscanos del Real de Lima quienes intrigan e intentan, con encono reiterado en varias expediciones, desalojar de la región de los Conivos a los misioneros jesuitas de Quito, que oponen briosa resistencia.

Luego se inicia el avance portugués por el occidente del Brasil, en son de conquista, injusto y agresivo; y, lo que no pudo el empuje vandálico, lo consiguió, en parte, la violenta expulsión de los jesuitas, que dió término a la era de mayor florecimiento y prosperidad de las misiones. Aquello fue el principio de la mutilación del inmenso territorio que nos perteneciera de derecho por la dádiva real, y de hecho, por la posesión inteligente lograda por el esfuerzo heroico, cierto, inenarrable, que dió a la civilización una fuerza, poderosa y coherente de progreso.

Aunque es verdad que, con anterioridad a aquella expulsión, se alcanzó ya, merced a la parcialidad y argucia peruanas, la expedición de la Cédula de 1740, que modifica los primitivos límites, cercenándonos al S. O. una considerable porción territorial.

La debilidad e incertidumbre de la Corona se reflejan en América en sus órdenes ineficaces, contradictorias en veces, producto de condescendencia a informaciones y solicitudes interesadas. Y así, después de varias y sucesivas agregaciones de la Audiencia de Quito a los Virreinos del Perú y de Nueva Granada, se dió el caso, no inusitado ni

solo, de ceder, no sea sino en parte, a las aviesas peticiones de Requena, célebre por sus manejos políticos, habilidosos e intrigantes, en los fastos de nuestra historia colonial de gris monotonía y parvedad. Y se expidió, pues, la Cédula de 1802. Y en ella, para facilitar el fomento de las misiones y el rechazo de los invasores portugueses, se ordena que se tenga por segregado del Virreinato de Santa Fe y de la Provincia de Quito, el Gobierno y Comandancia General de Mainas con los pueblos del Gobierno de Quijos, los mismos que, por las razones anotadas, debían anexionarse al Virreinato del Perú. Se segregó, no el territorio sino el GOBIERNO. Y no obstante, con alguna posterioridad, varios diplomáticos del Rímac han pretendido hacer capítulo de derecho de lo que no fue sino una medida administrativa de carácter provisional, que ni siquiera tuvo el debido cumplimiento. Y, muy al contrario, esa medida provocó movimientos de insurrección en Mainas, retaliadores y sangrientos, que serían los prólegomenos del primer grito de Independencia que lanzaran los patriotas de Quito, la ciudad luz, en 1809.

El tiempo heroico, en las amarguras de la derrota y en la embriaguez del triunfo, halló unidos a Colombia y solidarios en la causa de la Libertad, a Mainas, Quijos y demás pueblos que formaban parte del antiguo Reino de Quito, pues no hemos de tomar como separados de ella a los pueblos de la orilla meridional del Amazonas, los cuales, por especialísimas razones del momento, al proclamar la independencia en 1821, se pusieron **provisionalmente** bajo la salvaguardia leal del Perú, que había proclamado también la suya bajo los auspicios de la bandera victoriosa del gran San Martín.

Y sin embargo, este "es el verdadero origen —afirma Moncayo— de la usurpación y de las frecuentes complica-

ciones que han turbado la amistad y la buena inteligencia de las dos naciones”.

En virtud del **uti-possidetis** de 1810, principio jurídico americano, regla de justicia invariable y obligatoria —para expresarnos con el elocuente internacionalista Dr. José Peralta— se reguló la delimitación territorial de las repúblicas que se emanciparon de la Península. Este principio desvirtuaba de hecho los pretendidos títulos del Perú por la Cédula de 1802, que la trajo al tapete, como fuente de su derecho, solamente en 1853, y que sirvió para que nuestros defensores —entre los que descuella el doctor Honorato Vásquez— hicieran la más extensa, prolija y brillante de las impugnaciones, con un pasmoso acopio doctrinario y documental que prueba lo irrefragable de nuestros derechos en las regiones disputadas.

Y siguen, con más o menos desembozo y avilantez, las pretensiones peruanas, amenazando la paz de las dos naciones. Y tras excusas que no encubren su afán imperialista, primero, y ante el propósito expreso de absorción de Jaén y una parte de Mainas, en que los tercios colombianos, heroicos y defensores de nuestra justicia, plantaron para siempre y por la fuerza dolorosa de las armas, la enseña de nuestro derecho vuelto incuestionable y único.

Y Sucre, el vencedor, el magnánimo Sucre, no exigió para Colombia un palmo más de lo que legítimamente le correspondía. “La justicia de Colombia es la misma siempre —dijo— antes o después de la victoria”. (1)

Y fue el Tratado de Girón, de 1829. Y lo ratificó el de Guayaquil del mismo año, el que, en definitiva, es el reco-

---

(1) Epítome de Historia y Geografía referentes a las fronteras entre el Ecuador y el Perú, de 1831 a 1922, por Modesto Chávez Franco. Pág. 144.

nocimiento y la encarnación del *uti-possidetis*. Y cabe anotar aquí que “el entusiasmo y júbilo del Perú no reconocieron límites al saber la celebración de dicho Tratado”... “Y el propio primer Magistrado del Perú no temió afirmar que esa guerra —por él reprobada— no había tenido más objeto que arrebatarle a una República amiga la porción más cara de sus posesiones”. (1)

Por fin, se diseña con nitideces y perfiles diáfanos, la pendiente de las sutilezas diplomáticas, con una ondulación en que culmina el rasgo amplio y generoso de Pando, para descender con la alegación sofisticada que se insinúa ya, de la Cédula de 1802, de Pedemonte; con las treguas irritantes del Ministro León, que acabó por expresar carencia de poderes para el arreglo de las líneas propuestas y que el Perú se hallaba desligado del Tratado de 1829 por la disolución de la Gran Colombia; con la argucia en que Charum proponía como cuestionables los derechos ecuatorianos en Jaén y Mainas; con la taimada actitud de Tirado, que derivaba de la Cédula de 1802 derechos ya sobre la ribera izquierda misma del Amazonas; con el desaire de Cavero de ingrato recuerdo; hasta el consiguiente escándalo en que Franco, proclamado Jefe Supremo en Guayaquil, en connivencia con Castilla, celebra con éste el inaudito Tratado de Mapasingue que el pueblo ecuatoriano todo, en un solo corazón, desautorizó luego.

Este hecho inicuo dió ocasión a Moncayo para que, en un raptó de patriotismo intenso, trazara, desde el lejano retiro en que aisló su vivir de las miserias y persecuciones del ambiente sanguinoso, su **CUESTION DE LIMITES ENTRE EL ECUADOR Y EL PERU**. Y en este folleto, abierto

---

(1) Comte. Rendú. José Peralta. 1920.

a toda lucha (1), de frase castigada y viril que recuerda el clasicismo magnífico de los días buenos, ingobernable en su prurito reivindicatriz, resonante en sus períodos severos, expone los lineamientos más salientes de la vieja disputa, en un plan sencillo que recorre las etapas tradicionales e histórica del problema, exornándolo de doctrina y de un tanto de filosofía del Derecho de Gentes. Es el patriota que mantiene la cuerda restallante bajo la directriz del internacionista, sin que se resienta éste de falta de lucidez erudita y coherente.

Con cuán arrebatado acento exclama en la INTRODUCCION de este folleto: "La misión del General Castilla, turbulenta y desoladora, es la anarquía, la división, la guerra civil en los países vecinos; la destrucción, la ruina, el aniquilamiento de su propia Patria. Su poder no está fundado en la opinión pública ni en las Instituciones nacionales que ha jurado tantas veces, y otras tantas quebrantando: su poder se funda en la horda salvaje, el indio bárbaro y estúpido convertido en instrumento de muerte y exterminio. La parte ilustrada del Perú, esa inmensa mayoría que ama y respeta la justicia, deplora y condena ese cúmulo de **iniquidades** que se ha cometido, prodigando el **oro** y prostituyendo el **nombre de la Patria**".

Pero, por la urgencia misma del minuto, el trabajo es de ligera concreción histórica, más como afán de divulgación de los derechos ecuatorianos que como profunda inves-

---

(1) A esta publicación y a "Colombia y el Brasil", "Colombia y el Perú" trataron de refutarle, con harta acrimonia e injusticia, los peruanos Modesto Basadre, Zegres, E. P. etc., quienes pretenden la validez de la Cédula de 1802 y hasta expresan —¡quién lo creyera!— que hubo falta de clemencia y magnanimidad de Sucre en Tarqui.

tigación de tratadistas que pretendiera aquistarse un triunfo en los campos de la alegación. Y así, algunos escritores ecuatorianos habrá —de hecho los hay— que traten la materia con más extensión y enjundia doctrinaria en un plan de defensa sistematizada, luminosa e irrefutable, como Honorato Vásquez; o que hagan mayor luz con un apreciable acopio de documentos, como Vacas Galindo y Alvarez Arteta; o que, en fin, como Crespo Toral, la aligeren de la pesadez académica en primorosa síntesis. Mas el folleto de Moncayo correspondía a la oportunidad y demostraba, en su hora, la iniquidad de aquel Pacto ominoso y la justicia de nuestra causa: era lo esencial.

Y no fue solamente la CUESTION DE LIMITES lo que rubricó Moncayo con trazos firmes y tajantes; mas también su natural vibrante e incoercible enherboló, a raíz mismo de esta grave emergencia, el dardo de su prosa vengativa, no exenta de justicia, en JUICIO CRITICO SOBRE EL GENERAL CASTILLA, que dió a la circulación en esa alta Tribuna chilena de amable cosmopolitismo y extensa resonancia, que se llamó REVISTA DEL PACIFICO; juicio a que nos referimos en otro lugar de este trabajo. Allí publicó también OJEADA SOBRE LAS REPUBLICAS SUDAMERICANAS, una animada incursión por la política de los pueblos sureños, de que extraía lecciones y advertencias para su Patria empobrecida y defraudada. Luego debían venir sus opúsculos COLOMBIA Y EL BRASIL, COLOMBIA Y EL PERU, en que rastrea, con mano segura, los orígenes del derecho colombiano en orden a establecer los verdaderos límites de las nacionalidades que pertenecían a la Gran Colombia y de sus alledaños del oriente y del sur.

Persiste, sin embargo, en sus folletos, oreando el marcial estrépito de sus voces y de su espíritu, un reiterado anhelo americanista que, al concretarse en afanes de unión

por un Congreso de las naciones hispano-americanas y más aún de las ibero-americanas, no marca, sin duda, el hondo sentido de las realidades étnicas e históricas que, por hoy, pugna con esa solidaridad por la contraposición de intereses y aspiraciones, aún dentro de la aparente homogeneidad de una sección. Y en aras de este anhelo, que es un noble romanticismo internacional cuya realización no habría respondido quizás al propósito que lo sugirió, quiso que hiciéramos la demarcación territorial con el Perú dentro de una línea natural, con pequeñas concesiones mutuas que asegurasen para siempre los sentimientos de confraternidad e hiciesen vislumbrar un porvenir de armonía y de paz entre las dos naciones.

\*  
\* \* \*

Hora es ya de que nos refiramos a su actuación. Por repetidas instancias de Matheu y de Malo, que gozaban del favor oficial en la segunda administración floreana y que conocían el temple de su alma y su valiente campaña en defensa de los intereses del Ecuador, de que era buena prueba su admirable "Aviso a los gobiernos colombianos", aceptó Moncayo (y dió lugar con ello para que se le tildase de inconsecuente) (1) el Consulado adhonorem del Ecuador era ajeno a los afanes revolucionarios del Perú, de que se le acusaba. Pero a su vez como no hubo aceptado emolumento

---

(1) Véase la "Renuncia del senador por Esmeraldas, don Tomás Moncayo Avellán, hecha ante sus electores", por Pacífico Arboleda. 1885.

alguno y en fuerza de su independencia, continuó, imperturbable, su cruzada de altivez en "La Linterna Mágica" —de rojas proyecciones— atacando los desmanes de Flores y sus secuaces.

Ya en 1852 Moncayo había servido en el Perú en su calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante esa Nación, alcanzando ciertas medidas de seguridad para la paz interna del País, como la negación de asilo a Flores y el arbitraje para la entrega de los buques de la expedición de este infatigable Caudillo, sin que hubiese podido, por el sucederse de las conmociones intestinas que traían por entonces agobiada a la Nación vecina, continuar en las negociaciones acerca de los límites y de la deuda a Colombia proveniente de los auxilios prestados en la Guerra Magna.

En 1851, en el misterio de una diplomacia de encrucijada, se había celebrado el Tratado fraudulento de 23 de octubre, entre el Perú y el Brasil, que fijaba Tabatinga como la frontera de esos dos Estados y circulaba ya, al amparo del desorden y de la traición, la Carta geográfica peruana que reducía el Ecuador a la planicie "comprendida entre las dos ramas de la Cordillera de los Andes" (!!!). Moncayo y los Ministros de Colombia y Venezuela acreditados ante el Gobierno del Perú, elevaron en 1854, a sus respectivos Gobiernos, una Memoria, por todos conceptos interesante, en que "se exponen los principales fundamentos de esta cuestión y se detallan las **usurpaciones** de las **dos potencias aliadas**, que quieren adueñarse de los pueblos amazónicos y de la navegación exclusiva del Gran Río". Además se expresan también los temores de usurpación que, comprobados de modo oficial y privado, existían por las instrucciones que, para negociar la navegación en el Amazonas, habían dado a sus Agentes en el Perú los Gobiernos de EE. UU. de América,



de Inglaterra y de Francia. Y se añaden, por último, ciertas sugerencias para la solución del asunto. "El primer medio y el más oportuno —dicen— es la **mancomunidad colombiana** que, empezando por una protesta colectiva, entable y siga colectivamente la negociación de límites con el Perú y el Brasil a un tiempo, radicándola en Lima". (1)

Por entonces habíase publicado en "El Heraldó" de la Capital del Perú la carta de un americano que, merced a los pasaportes conferidos por el Gobierno del Perú, exploraba, con otros compañeros, las ricas regiones del Santiago.

"El Ministro del Ecuador señor Moncayo, se apresuró con este motivo a dirigir a la Legación de EE. UU. en Lima —expresa el doctor Honorato Vásquez— una comunicación en que, haciendo presente que pertenecían al Ecuador esas regiones y no pudiendo tolerar en ellas el Gobierno Ecuatoriano fundación alguna patrocinada, sin ningún derecho, por el Gobierno del Perú, manifiesta que los colonos inmigrantes tendrían el debido fomento para esas empresas a favor de la Ley ecuatoriana de 1853. Con tal motivo manifestó a la Legación Americana respecto de las regiones orientales, que "desde la entrada al río Chinchipe hasta Tabatinga, las dos orillas del Amazonas pertenecen de derecho al pueblo ecuatoriano". (1)

A poco se suscitó en las esferas diplomáticas una serie de protestas por el Convenio —vuelto írrito por la falta de aprobación en el Senado Americano— celebrado entre el Gobierno de Urquina y el de Estados Unidos, sobre las Islas de Galápagos. Y los representantes de las naciones euro-

---

(1) "Cuestión de Límites entre el Ecuador y el Perú". 3 ed. P. Moncayo.

(1) Memoria histórico-jurídica sobre los límites ecuatoriano-Peruanos. Páginas 153 y 154. Honorato Vásquez. 1904.

peas, especialmente España, Francia e Inglaterra, enturbiaban el horizonte internacional con la lobreguez de sus informaciones atropelladas e insultantes. Moncayo, cuyos presigios de diplomático acucioso y sagaz acentuaba su actuación inteligente y patriota, fue trasladado a Francia e Inglaterra "con el objeto de poner en conocimiento de los gobiernos de esas dos naciones que el Convenio de Galápagos había sido rechazado por el Senado Americano y retirado por el Gobierno del Ecuador". (1)

Y en París, en donde le cupo la oportunidad gratisima de tener como su Secretario a Montalvo, al que más tarde, debido en parte quizás a su influencia y al contagio de su espíritu libérrimo, debía encauzar, continuando la penosa tarea liberatriz de Moncayo, en una arrolladora y magnífica, la gran fuerza disgregada de la rebeldía ambiente; hubo de actuar Moncayo con toda decisión en pro de los intereses de su Patria. Allí celebró el 15 de octubre de 1857 un Convenio en virtud del cual se obligó el Ecuador a satisfacer por capital e intereses vencidos hasta el 31 de diciembre de 1856, el pago de la deuda de origen colombiano. "El referido Convenio —dice el señor Antonio Mata, en 1858— ha sido hasta la fecha escrupulosamente cumplido, y el Gobierno tiene la satisfacción de anunciar que muy pronto la República se hallará libre de este gravamen".

Allí también, en ese centro de soñada peregrinación espiritual que, hoy como ayer, atrae a todo americano ilustrado con misteriosas e indisipables sollicitaciones, cultivó con dilecta fruición y constancia perdurable, como en Lima, como en Santiago, como en todas las ciudades donde le tocó actuar y residir, la amistad de los más altos exponentes de

---

(1) "El Ecuador de 1825 a 1875". Pedro Moncayo. Pág. 226.

cultura. Y así la **Ville lumière** le vió pasear en compañía del sabio Bousingault "en cuya casa conoció Moncayo a los principales hombres de letras, ciencias y artes de la Francia de aquella fecha".

Moncayo solicitó luego, acaso por no solidarizarse con el pretorianismo impotente de Robles, su retiro de la Legación en Francia y vino a ocupar una curul en el Senado. "Habiendo el señor doctor don Pedro Moncayo solicitado y obtenido —expresa el mencionado señor Mata— letras de retiro de la Legación que tan digna y atinadamente desempeñaba cerca del Gobierno de su majestad el Emperador de los Franceses, el Poder Ejecutivo acreditó cerca del mismo Gobierno, con fecha primero de julio del corriente año, al señor Fortunato Corbaya, con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario". (1)

Y ello rectifica lo que Rodó asevera en el puro relieve inmortal que de Montalvo hizo, que Moncayo, a quien en su estilo sosegado y límpido reconoce como a "uno de los más puros e ilustres ciudadanos con que aquella democracia podía entonces enorgullecerse; de vida austera y preclaros talentos; noble personificación del liberalismo civil cuyo espíritu había difundido desde la prensa y la tribuna"... fue enviado en 1858 por el General Robles a la Legación de Francia.

Retirado ya definitivamente a Chile por fieras decepciones que habían roto sin misericordia el cristal de sus sueños de libertad y perfección; que habían lacerado su grande alma y tornádole acídulo y zahareño; no encuentra incen-

---

(1) Exposición del Ministro de lo Interior, Relaciones Exteriores e Instrucción Pública (Dn. Antonio Mata) a las Cámaras Legislativas, en 1858.

tivo bastante para aceptar el encargo de García Moreno de que arreglara la cuestión limítrofe ecuatoriano-peruana. A la parte habían entrado también —neutralizando sus patrióticos entusiasmos en lo que se refiere a su intervención directa en la política del País —de un lado, la amarga experiencia de un pasado de falsía en las ofertas de la diplomacia del Rimac, y de otro, el irrestricto dominio de un gobernante volutarioso cuyas ideas y acciones principiaban a suscitar, más bien, aquellas contiendas de prensa en que la trilogía brillantísima de Moncayo, Montalvo y Borrero debían culminar luego con acentos imperecederos de republicana altivez.

Y allí lo dejamos, alternando las prácticas del Foro y los comentarios a él atañaderos como el “Análisis del Título 27 del Libro IV del Código Civil, La Impugnación de los Censos”, que escribió por entonces, con sus arduas y malogradas faenas de historiador que un incendio devoró impiadoso, con su propaganda de publicista, de periodista acerbo e irreductible, con sus actividades de elocuente tribuno y americanista, que alcanzó, en horas álgidas, el alto honor de ser Vicepresidente de esa importante Sociedad “La Unión Americana” que prestó tan grandes servicios durante el conflicto de los aliados con España; de ser nombrado Miembro Honorario de la Sociedad de Bellas Letras de Santiago y de la Facultad de Leyes y Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. (1)

---

(1) Datos biográficos del Dr. Pedro Moncayo publicados en la segunda edición de, “El Ecuador de 1825 a 1875”, del Dr. Pedro Moncayo.

## EL PERIODISTA

Este batallador tenaz fue también, en su afanar sin descanso por el triunfo de sus ideas, un periodista y un periodista magno y vibrante. A veces como circunstancial actividad de su intelecto urgido por más áridos empeños y mientras fue necesario el estallido de sus ideologías nuevas y la difusión de sus doctrinas políticas; o ya como un instrumento de vivas sonoridades en que acordar el diapason de sus frágiles rebeldías.

Porque, en verdad, nunca hubo ariete más demoledor ni resonancia más extensa que los que se contienen, virtualmente, en la hoja periódica, albeante apariencia de flaqueza y de desvalimiento.

Por eso es un caso constante en nuestras democracias la participación en la prensa, por modo precario o por arraigada vocación, de cuantos intervinieron, no importa de que campamento, en el palenque político, en la lucha de partidos, en el torneo cívico.

Verdad que todos los batalladores sinceros: los que se aferraban al pasado, a la tradición, con ahinco incontrastable, y los que impulsaban o pretendían impulsar la gestión gubernativa por rutas en que alboreaba el señuelo de amables redenciones; hubieron de extralimitar, unos, su fuerza de arraigo en el alma de las multitudes, para la excitación fanática, o su empuje, otros, su acometida demoledora, en el calor insofocable de la lucha, en el minuto álgido de las reivindicaciones. Como natural e ingobernable impulso. Como posición perfectamente lógica en las confusiones de la hora. Y hasta por exigencias de ese medio hostil y rencoroso.

En ello había la exageración que reclama Ingenieros en el alma de los sublimes luchadores, para despertar rebeldías casi muertas en la muchedumbre, para vencer las resisten-

cias que las innovaciones suscitan en la inercia ciudadana.

De allí que la historia del periodismo marca los hitos de nuestro vivir inconstante y amargado, alterno entre el despotismo de la autoridad y la exaltación demagógica, entre el desenfreno de los personalismos sápidos y la escasa luz vigilante de los ideales.

\*

\* \*

Ya al finalizar la cuasi desolación del pensamiento colonial, Espejo hizo flamear, como de una cumbre tempestuosa, su verbo mesiánico que anunciaba la nueva de la libertad y la fraternidad humanas. Y con suceso y proyecciones trascendentales en la Historia de América. Fue él, el eco engrandecedor y noble de los dispersos afanes libertarios, sin concierto, de las vagas ufanías patrióticas que acallaba el martirio de una opresión secular. Nada fue capaz de detenerlo en su impulso magnífico y prevaleciente. El suyo fue el gesto maravilloso y retribuidor del que siembra...

Durante el ciclo de la heroicidad y simultáneamente con el ímpetu ensordecedor de las peleas, rutila también, en un hermoso alarde de liberaciones políticas y liberación, a su vez, acaso inconsciente, de viejas preceptivas literarias, la prosa nueva y fulgurante, briosa y grandilocua de Bolívar, en sus arengas marciales de cálida belleza eternal.

\*

\* \*

Pero la República reclama ya otra disposición de los publicistas y escritores. Al brillo de las elucubraciones patrióticas y de los cantos de la Epopeya debía suceder el empeño de organización del nuevo régimen.

Especialmente cuando el torbellino de las pasiones puso en los bordes de la anarquía a los pueblos recién liberados, destruyendo la gloriosa aunque inconsistente Colombia de Bolívar, ya nuestra situación tenía caracteres de más concreta y más cercana preocupación. Eramos República autónoma. Alrededor, pues, de la instauración de ella y de sus principales problemas versarían los puntos de discrepancia entre quienes gobernaban el País y bien pocos espíritus cultivados bajo la influencia de la enciclopedia y de sus abstractas concepciones acerca del hombre y de la libertad.

Por eso, cuando Flores, desviado el cauce de su gobierno por entre el légamo de un militarismo ominoso, desoía el descontento popular manifestado por su obscuro dominio que sustituía al lejano y rumboso de la Metrópoli, "El Quiteño Libre" vino a ser el portavoz y la bandera de los libres.

Pocas voces como esa han podido ser tan altas, tan justificadas y de tan riesgosa veracidad. Era la conciencia nacional que enrostraba al poderoso Mandatario sus transgresiones a la Ley y sus ultrajes a la libertad... (1). Mas, si el impulso reivindicador vertía, en los puntos de la pluma, el ácido que corroería aquel despotismo ingente, un mesurado

---

(1) "Cuando vemos ahora lanzar —dice Dn. Gonzalo Zaldumbide— desde las columnas de una prensa más allá de libérrima, artillada de defensas constitucionales y populares, furibundos denuestos contra gobernantes casi indefensos, podemos reinos del sagitario si toma aires de aspirante a un martirio que no vendrá a heroizar su fácil osadía. Cuando atacar a los poderosos, o censurar siquiera levemente algún abuso de autoridad, o es-

y noble discurrir, justiciero, magnífico, lo señalaba como un paladín caballeroso, sin mengua de agresión personalista. (1)

Prócer e hidalga, la péñola de Moncayo culminó con fulguraciones vívidas y significativas, en "El Quiteño Libre", dentro de la trayectoria señalada por Hall. . . El prestigio que de allí derivó fue sin disputa. Su nombre alcanzó relieves inconfundibles. Fue como la encarnación de la probidad y de la austeridad en la República.

Obedeciendo al clamor de situaciones especiales, propias de cada época, se complementan y magnifican, sin embargo, como en un vértice excelente, las finalidades patrióticas de "Primicias de la Cultura de Quito", de Espejo, y de "El Quiteño Libre". Briosos romanticismo de independencia política el primero, que tuvo, una vez lograda con decidido y tenaz empeño, su correlativo y continuador en este insomne centinela de los derechos ciudadanos. Más tarde ese esfuerzo denodado, ese precedente de huellas imborrables, renacería —ante la concupiscencia de algún Magistrado absolutista— robustecido, solemne, eternizado en la belleza marmórea de su estilo impecable, en las tremantes hojas montalvinas. . .

---

tampar la simple verdad de hecho, era irse derechamente a la prisión, al destierro, al cadalso o a la emboscada, otra era la fibra del hombre de oposición, en otro grado sincera la vocación del llamado a redentor de esclavos. La inminencia del peligro suspenso en torno daba entonces hasta a su prudencia un halo de aventura que no tardaba en volverla tan azarosa como la misma temeridad".

- (1) "Este periódico —apunta Barrera— ha gozado de una justa fama y es como esas piedras miliarias que los antiguos ponían para señalar el camino recorrido: sereno, culto, mesurado en el ataque, firme y resuelto en la réplica, el periódico fue un ejemplo tonificante; los artículos además estaban escritos con nervio y gran estilo".

Pero bien pronto saboreó Moncayo las consecuencias de su altivez patriótica. Fue perseguido, apresado, desterrado. Al retornar a la liza encontró todo más empequeñecido: arraigo de prejuicios, ambiente hostil, baja utilidad ventruda, intransigencias, quiebra de caracteres, desconocimiento de ideales.

Y la doble ansiedad, profunda y vigilante, producida por este brusco desarraigo del solar patrio y por la amargura del ideal republicano, roto en su pura translucidez y su sustancia, ya enturbiaría, por reacciones anímicas comprensibles en un temperamento como el suyo, ardoroso y represivo, su visión de los hombres y de las Instituciones. Y lo trocaría en un decepcionado, un rebelde impiadoso. Al propio tiempo que cercenaría, por algún modo, sus alas para el vuelo caudal.

Y luego los dardos venenosos de la mesnada sumisa al mandato de arriba, del terroso asalariado, habían de herirle aún el alma, extravasando su ira en un vivo alarido prolongado, en un estrépito batallador y tumultuoso.

Preciso es, pues penetrar en la desolación de un espíritu combativo, enterizo, superior al medio y al esfuerzo común, inadaptado, para quien los obstáculos no son sino un incentivo de su dinamismo cada vez más heroico, a medida que la opresión cierra sus tentáculos de hierro; preciso es penetrar en esa efervescencia del alma en "esa resistencia de la personalidad a las uniformidades de la disciplina" para comprender, y acaso para justificar, la manera cómo Moncayo trocó luego el arma caballerosa por el venablo, buído e impiadosamente certero, de la "Linterna Mágica", "El Progresista", "Fray Francisco y el Padre Tarugo", "El Viejo Chihuahua", "El Rebenque". (1)

---

(1) Mi Linterna —dice en el primer editorial de "La Linterna Má-

Llameantes, exasperados, libres, excesivamente libres quizás, fulgurantes como una hoja toledana en la fiereza de la acometida, sus escritos eran ya las irrupciones del odio banderizo, la agresión verbal sin medida ni temor, el rebenque implacable para todos los hombres y para todas las cosas, el rugido del dolor hecho cólera y hecho maldición.

Su ingenio y su valor iba a derrocharlos allí largamente en una pequeñez de escenario, en sordideces políticas, en embestidas personales, en relampagueos, fugaces en su abrazo voraz, y cuyo estallido repercutiría, sin embargo, en los ámbitos de la Patria, por necesidades de purificación social o administrativa. Era la expresión más clara y que más se acordaba con la impaciencia revolucionaria del medio.

De esas hojas, como de una hornacina de aprobio, surgen grotescos o exagerados—cuando no deformados en mutilación sangrienta—sin velos de piedad ni vacilaciones de cobardía: Flores y sus codicias de perpetuidad política; Rocafuerte y su amargada defección humillante; Roca y ciertas secretas negociaciones que se le atribuían; Elizalde y su inescrupulosa **bonhomie**, etc.

Con posterioridad se condenó, por voluntaria decisión, a un exilio ilimitado. Y no ciertamente por desestima de su corazón a la Patria de origen. Desde el mirador de Chile mantenía su congoja por los dolores del País, por su infortunio renovado y creciente. Siempre atento al ritmo y al

---

gica”— existirá en tanto que haya crímenes que pintar y vicios que reprimir, y para ello tiene que visitar las Cortes de Justicia y todas las Oficinas y cuando haya expurgado hasta el último rincón de la Capital, dará un salto a las provincias y desenterrará de los Archivos sepultados entre el polvo y las tinieblas, los abusos y atrocidades que, a imitación del Sultán, cometen diariamente los sátrapas provinciales”.

rumor de la vida nacional y con el alma—que sólo a sus adversarios puede parecer siempre grávida o despreciativa—extravasada en vena de ternuras, de melancolía cordial, de añoranza inefable. Para el valle callado y verdegueante en que arrulló sus sueños de niño y prendió sus inquietudes tempranas, tiene recuerdos especiales en que se equilibran su vigor nostálgico y su deseo de prosperidad. (1)

Durante la dominación de García Moreno, que nimba su obscuro instinto tiránico con halos de grande inteligencia y de poderoso dinamismo volitivo, Moncayo no se da al silencio ni al descanso. Y si alguna vez mesurado, estigmatiza casi siempre con su aliento gigante y ardoroso los excesos represivos y las violencias de aquel dictador aún en medio de la constitucionalidad, si se aceptase la paradoja. (2)

- 
- (1) "Mucho celebro —decía a los R. R. de "El Imbabureño", en 1887— que se hayan consagrado ustedes a establecer un periódico en nuestra provincia. Les aconsejo que den vida a su periódico ocupándose únicamente en el progreso de la Provincia. Pedir protección a nuestras producciones, que son muy ricas: su fomento a los azúcares del Chota, al tabaco de Malbucho, a la paja toquilla de ese mismo punto, a los caminos de la misma provincia para que haya comodidad entre sus habitantes: caminos al sur y al norte y especialmente un ferrocarril al mar para que el Pailón y demás pueblos de nuestra costa sirvan de portada a los demás pueblos interiores. Recuerden al Barón Carondelet, a Dn. Miguel Bello y demás caballeros que en tiempo de los españoles trabajaron por dar un puerto a nuestra Provincia. Procuren Uds. popularizar la Biblioteca y asistir con frecuencia a su Salón, donde encontrarán Uds. un vasto material para instruirse con variados conocimientos. Adiós hijos míos: los abrazo de todo corazón y aprieto la mano de cada uno de Uds.—Pedro Moncayo".
- (2) Véase la Refutación de Borrero C. al libro del Padre Berthe sobre García Moreno.

Así esa garra leonina despedazaba reputaciones y abatía, con rencor removido, por una suerte de venganza inaplazable, los prestigios contemporáneos, ciertos o falaces, de la espada, de la administración o del civismo; a la manera como—salvadas distancias relativas de mentalidad y situaciones un tanto diversas— lanzaban Sarmiento, Alberdi, López, Frías, Gutiérrez, Gómez, desde su destierro de Chile al otro lado de la Cordillera, sus anatemas candentes, sus viriles protestas, por la brutal opresión en que, por entonces, se hallaban sumidos los pueblos del Plata.

Cabe y es necesario, en la revisión serena y en el valoramiento de esas páginas vibrantes, el desglose de menudas alusiones hirientes, de procaces invectivas fijadas, en la celeridad del golpe, por el cincel sin firmeza ni limpidez formal. Mas aún así, descartadas esas columnas que un enconamiento y enardecido apartó de su habitual clasicismo terso y elegante, de su dicción florida, siempre se impondrá el resto—no importa que se manifestase también en alguna parte de él la carencia de mayor caudal de doctrinas o de un mejor sentido de las realidades para su aplicación— porque posee una indisputable virtud de transmitir el sentimiento y la emoción, sellada por esa su desbordante sinceridad que es como la exhalación de su alma honrada y de la robustez de su carácter.

Por eso, quien participara, en la actualidad, de ese criterio estrecho y, por lo mismo, revocable, que se complace en atribuir a ciudadanos dignos como el animoso de que nos ocupamos, una posición en que móviles exclusivamente utilitarios determinen sus actividades de fervor obstinado, olvidando el destello de idealidad y de sacrificio generoso que irradia, por modo singular, de sus mismas violencias de **refractarios**, de agredidos superiores; se colocaría voluntariamente en el extremo de la ceguera y de la incomprensión,

de aquella que— según decía el brillante Ventura García Calderón, refiriéndose a los críticos detractores de su gran compatriota Manuel González Prada— “juzga con alma inmovible lo que escribió el alma candente”.

(Suerte de impudor estoico que abandona el ánimo a las frías satisfacciones de una mutilación que, quizás por pobreza dinámica, no ha podido sumergirse en las fuentes inexhaustas y hervorosas de la vida).

\*

\* \*

Ni nos es dable repudiar la labor de quienes desbrozaron el terreno para la siembra fecunda de la democracia. Como dice ese hondo, pulcro y sagaz filósofo de la Historia que se llama Carlos Arturo Torres: “Las generaciones precedentes, guiadas casi siempre por el miraje de un millenium imposible, determinaron bruscas oscilaciones en que se ha pasado sin transición del polo al Ecuador, para volver con igual violencia del Ecuador al polo: su error principal fue un error ideológico: el de su concepto de lo absoluto: laboraron, empero, inmensamente, admirablemente en ocasiones, y su obra tiene todos los caracteres de la sinceridad. Nosotros no la podemos repudiar; la recogemos con respeto para adaptarla a los cauces nuevos que abre una nueva edad, y como los exploradores de las riberas nocturnas del Fingal, cuando un guía se rinde a la fatiga de la marcha en tinieblas, ponemos la antorcha en manos del más vigoroso para que aparezca siempre en la primera fila, flámula de luz vigilante sobre los vértices, más allá del desfallecimiento y de la vacilación”.

Y hoy si acaso podemos ufanarnos de un progreso que no arranca ciertamente de la conjunción armoniosa de la libertad y el orden en plenitud, que no es la expresión de un vivir democrático anchuroso y libre, generoso y magnífico, no vemos, sin embargo, esa mano vigorosa que, erigida sobre los vientos tempestuosos de la ambición y el egoísmo, eleve a lo alto de los cielos la antorcha que ha de guiarnos en la ruta dolorosa...

¿Diremos que este como crepúsculo de la rebeldía es el resultado de la cultura, de la alta serenidad del espíritu, de una convivencia feliz? ¿No deberemos suponer, más bien, que —como decía Gonzalo Escudero Moscoso, espíritu lúcido y libre— nunca las docilidades fueron patente de las personalidades superiores?...

## EL HOMBRE DE IDEAS Y DE LETRAS

Mas aquella presencia constante de su esfuerzo en las lides atropelladas del periodismo, hubo de amenguarle la serena unción para la obra que superviviese al embate del tiempo.

Sus excelencias mentales, sus magnificas disposiciones para el manejo de la lengua de Castilla, su ilustración, vasta y rica, para esos tiempos borrascosos, hacían presentir en él al gallardo pensador, al representante honroso de una cultura amplia, honda y multánime. Empero, la falta de sosiego le restó la madurez y la rudeza e ingratitud del medio lo volvieron irritable y cruel.

Desde su juventud primera —que había sido recogida, rica de savia interior— se había familiarizado, en un empeño ciertamente admirable de autopreparación, con los clá-

sicos de la antigüedad griega y de la romana. Desde entonces su espíritu había sido tocado, en aquel ambiente de penumbra, por las luces urgidas de la libertad.

Su pensamiento tradicional, medio estratificado por leyes de herencia y de enseñanza, debió, pues, modificarse con el aluvión de sus lecturas y de las nuevas doctrinas en que se engolfaba con ávida inquietud: en la sugestión pertinaz de Plutarco; en la viva elocuencia libertaria de Cicerón; en el reproche, de ascua eterna, de Tácito y Suetonio; en la división y el equilibrio de los poderes de Montesquieu; en la luz que fulge de las teorías sobre la soberanía de la razón, de Royer Collard; en los destellos de esa fragua en que se forjaron los derechos del hombre y del ciudadano: Rousseau, Condorcet, Diderot, D'Alembert, los enciclopedistas, en fin...

Y es así como del obscuro provinciano, educado entre el devotismo y las prácticas de la escuela confesional y del hogar humilde, surgió de repente, el más fuerte impulsador de las ideas nuevas, el radical convencido.

El radical —¡oíldo bien!— en el sentido del demoledor del pasado con sus prejuicios sociales y políticos; de la rutina; de los privilegios de casta; aunque, en el hecho, no hubiera conseguido sino en mínima, desmedrada proporción el grande anhelo de su alma. Que, por lo que respecta a sus ideas religiosas —especie de cabeza de turco sobre la que descargaría la crudeza del fanatismo coetáneo y aún del posterior, sus mandobles de injusticia e incomprensión— permanecían, en el fondo, si excluimos tal o cual diferencia o negación que llevaban inclusas, lógicamente, las nuevas posiciones, tersas y frescas sin desgajarse del árbol del cristianismo.

(Por cierto que esta como lumbrarada que señalaba la bifurcación de caminos: los de la Iglesia y del Estado, y que acriminaba la bigardía de algunos elementos clericales, debió

parecer entonces —si aún mucho después fuera, lo uno y lo otro, obligado motivo de controversias y querellas ardentísimas— algo como el aliento abrasador de Belial o de Arimanes).

Sería en extremo interesante —si no fuera ajeno a los límites de este trabajo— una incursión por el campo de las ideas en ese foco de actividades políticas y de propagandas doctrinarias que era, por esos tiempos, Bogotá, centro de donde se difundían al Ecuador, alguna vez con no segura exactitud y en irradiación operante, esas tendencias claras que llenaban la atmósfera de coloraciones nuevas.

La corriente crespa de esas ideas tuvo el empuje arrollador de la inundación. Era la fuerza indetenible del nuevo credo político que forzaba los diques de la tradición. E impulsada desde extranjeras playas vibraba en las adormecidas colonias españolas, con signos precursores y prometedores.

Desde luego, al hablar de Moncayo como hombre de ideas se lleva ya involucrado implícitamente el concepto del político, pues su fuerza de orientación y preocupación, en su palabra hablada o escrita, fue, de modo preferente, la ciencia del Gobierno y sus anexos. Hacia ella gravitaba con pasión fervorosa y unánime. Y no ciertamente en forma sistematizada y con trabazón lógica. En su anchuroso vagar de pensamiento político, asumía sus funciones, acaso inconscientemente, el censor de tiranuelos, agrio, y a las veces extremoso. Y lo que principió en evocación clásica, en admiración al héroe antiguo, en ansiedad de reforma, terminaba casi siempre, por contraste, en alusión desdeñosa, irrevocable, para las cosas y los hombres nuestros. Hasta sus altos designios de historiador entrañaban cierta rigidez vindicativa, cierto esfuerzo de guía irascible y tonante.

\*  
\* \*

En su mocedad asistió Dn. Pedro al espectáculo de la anarquía dominante en los países recién liberados. Estaban convulsionados y divididos en una lucha irremediable. Los excesos de los teorizantes de la libertad y de la democracia, que habían deformado el prurito individualista agudizándolo hasta el atomismo, provocaron, como corolario fatal, el empeño adverso de la otra facción, de mantener, a toda costa, un gobierno fuerte, de lineamientos monárquicos, que reprimiese ese hervor bravío y malsano y restaurase el "orden" y la "paz". Consecuentemente, se había proclamado la dictadura de Bolívar para conjurar tamaño mal. Desde entonces Moncayo simpatiza ya con los libertarios y participa, en cierto modo, de sus rencores hacia Bolívar, a quien califica de "dictador", "déspota" y "tirano", si bien posteriormente vindicará con elocuencia su memoria.

Hay en los primeros momentos republicanos cierta confusión de tendencias y aspiraciones. La República antigua parejamente con el ideal francés revolucionario de 1879. No hay entre los reformadores una línea definida de un cuerpo de doctrinas que asegurara la orientación del gobierno. Dispersos afanes libertarios. Teorías igualitarias, tomadas en veces en sentido erróneo. Fervoroso republicanismo que, en su exaltación del individuo, pretendía una máxima restricción de autoridad. Metafísica de la soberanía popular, de la fraternidad y dignidad humanas. En suma, filosofía de la libertad, con sus derivaciones en el pensamiento, en la acción, en la reunión y en la propaganda. Atrás quedaban —no obstante la penuria fiscal y la privada— las consideraciones de orden económico. Importaba, ante todo, la conquista de

los derechos ciudadanos, después de la abyección de la servidumbre colonial. Tras la cerrazón absolutista, la orgía libertaria. Tras el silencio ominoso, el barrullo reivindicador. ¿Para qué más? Así quedaba sumido en la sombra y el olvido todo aquello que no se vinculase de inmediato con el "Poder", eje alrededor del cual giraban la "polémica" y "la teoría". Muchísimos años después, ya agudizados por el liberalismo individualista, se contemplarán los problemas económico-sociales con aliento urgido por la necesidad.

Pero el Gobierno de Flores se orientó en sentido opuesto a estas aspiraciones de la "élite" liberal. Hubo de afianzarse en las fuerzas vivas de la tradición: el clero y las clases privilegiadas que pretendían mantener su predominio político. Es menester no olvidar este detalle interesante porque de allí emana, como de fuente oscura, esa lucha que inclinó con tintes de anticlericalismo a los fundadores del liberalismo ecuatoriano. Por eso decíase ya entonces de Rocafuerte, de Olmedo y de Moncayo, los tres liberales ecuatorianos más ilustrados de la época, que son "masones", "herejes", "impíos", "ateos" y más cognomentos de este jaez, que no entrañan una verdad esencial. Antes que disentiimiento fundamental de la doctrina tienen ellos una obstinada, enconada posición de defensa de ideas e ideales políticos y, muchas veces, acriminación que acusa de falsarios a los religiosos que ensombrecen, con sus hechos y defecciones, la prístina pureza de la fe cristiana. Así ese viso de clerofobia tenía más raigambre política que religiosa. Propendía a restarle al clero su hegemonía dentro del poder temporal, reduciéndolo a sus dominios espirituales. Por eso ha podido anotar, con fino criterio de serenidad, el doctor Julio Tobar Donoso, refiriéndose a los primeros cuarenta años de la República. . . : "el liberalismo teológico, conjunto de principios que pretenden la emancipación de la conciencia humana de los

vínculos de una ley suprema y preexistente a ella —no había hecho su aparición franca y definitiva: Aún ciertos personajes que, como Dn. Pedro Moncayo, fueron padres del radicalismo ecuatoriano andando los años, se intitularon entonces sin rebozo alguno, católicos. Y lo eran, salvo tal o cual idea inexacta o errónea”.

En punto a libertad de cultos, don Pedro fue adverso a proteger a la religión con privilegios de orden constitucional, con garantías exclusivas, una vez que ella emana del sentimiento de los hombres, de su fuero interno, y crece y se desarrolla merced a su interés, esfuerzo y decisión. Y por lo que toca al clero mismo, siempre preconizó la necesidad de encauzarlo dentro de sus actividades privativas y de convertirlo —de díscolo luchador político— en manso, humilde y bondadoso maestro de la moral pública.

Mas como sobre estas clases directivas predominaba, con fuerza incontrarrestable, el militarismo extranjero, erigido lógicamente en árbitro de los destinos del País, a falta de los políticos y los hombres de Estado, he ahí que a ese endriago gigantesco había Moncayo de enderezar su briosa pasión de luchador.

Aquella trilogía del caciquismo, el clericalismo y el militarismo se había adueñado, en forma absoluta, de la Nación y la despotizaba a su antojo. Y el Mandatario apoyado irrestrictamente en ella, fingía la aceptación del pensamiento liberal, manteniendo en el gobierno ese feudalismo que volviera irritante la dominación peninsular. Y lo paradójico de todo ello es que, de espaldas a la contemplación del estado social, el liberalismo económico manchesteriano sería, en último término, el verdadero amparador de la burguesía y del capitalismo dominantes.

Moncayo, pues, al propio tiempo que propagaba con calor y fe de convencido, (cuán pocos los sinceros: los más ex-

plotaban esa situación de ignorancia e inopia generales) los derechos individuales del hombre y la libertad ciudadana, combatía, con obstinado empeño, como un plan político de primera necesidad en esa hora triste, al militarismo rencilloso, ambicioso, desenfrenadamente ambicioso de poder y de fortuna y ajeno, por tanto, a algún afán de prosperidad nacional.

En ese momento histórico se necesitaba realmente de un gran esgrimidor de ideas, de un agitador, de un demoleedor, de un revolucionario que inflamase el ambiente de rebeldías; que agitase y removiese, como con un revulsivo poderoso, el organismo nacional, manteniéndolo en vigilia contra la usurpación y el despotismo extranjeros.

Pero ese vigoroso retallar de su protesta, ese constante toque a somatén, había de convertirlo en una especie de Ashaverus de la persecución oficial, en un proscrito que vertería su dolor y su nostalgia en acentos de belicidad incontrastable. Así cumplía su destino histórico este gran prócer del liberalismo. Y desde entonces dejaba vibrando su palabra como una clarinada de justicia e hincaba, en la tierra querelosa y removida, el más bello jalón de dignidad y de entereza nacionales... (1)

( Por otra parte, desde el sector clerical se le hería tam-

---

(1) "Si pudiera llamarse una desgracia al tormento de verse apisionado, expatriado por tantos años —dice el doctor Miguel Ríofrío en la Biografía sintética de Moncayo que escribiera en 1872, en Lima —calumniado por viles enemigos, insultado por todos aquellos que no pueden responder satisfactoriamente a sus cargos y argumentos contundentes; diríamos que Moncayo ha sido desgraciado y que sus desgracias las causa el haber caminado ciego como la justicia, sin reparar en amigos, parientes, honores ni mundanales intereses, sino sólo en el triunfo de los principios republicanos y la extirpación de los vicios coloniales".

bién con saña injusta. Y ocurrió que entonces los Jefes y Representantes del liberalismo no mantenían, en verdad, sino una actitud defensiva porque, a la reforma sustancial propuesta, al camino nuevo señalado, se les oponía la gran fuerza de los intereses eclesiásticos, en todas las formas de coacción imaginables, como ocurrió a raíz de la publicación de sus "Viajes por Suiza" en que manifestara que los cantones suizos que practicaban una amplia tolerancia de cultos, habían progresado material y espiritualmente en contraste con los cantones católico-romanos de esa misma Nación.

¿Cabía así serenidad, cordura y miramientos?

En el fondo —diremos con un reputado escritor ecuatoriano— hay una cuestión doctrinaria que si para los unos es de convicción y conciencia, lo es para los otros de dogma y disciplina. El choque resulta por esto, a poco que sople la ambición en los prevenidos ánimos; y ya empeñada la lucha, se olvidan los principios o quedan muy lejos, atento cada combatiente a dar y recibir tan fuerte como pueda y a sacar el mejor provecho posible de la situación.

Sólo que Moncayo, tras la campaña fatigante, peligrosísima, encontraba casi siempre —como hemos visto— la senda de la proscripción.

No hay equidad en las acusaciones; y miradas a la luz de estos tiempos hallamos increíble que las ideas propugnadas por el liberalismo hayan ocasionado una lucha tan resistente, tan enconada, de tan cerril intransigencia. Mas situarse en esos momentos ya es otra cosa.

Hasta ese lastre de utilidad que, en sus ideas morales, detenía en cierto modo el vuelo de los ensueños puritanos como queriendo vincularlos a la realidad; ese grano de sal benthamiana que, bien dosificado, era como un purificador del utopismo y de los afanes especulativos, se lo traducía —para execrar a Moncayo ante la opinión del vulgo— como

un grosero sensualismo, como una fuente de corrupción y de envilecimiento.

Se desconocía o se pretendía desconocer que el concepto de lo **práctico**, de lo **útil**, armonizado íntimamente con la alta idealidad, sincera, leal y noble, es de resultados magníficos en las relaciones de la sociedad y en el gobierno de los pueblos.

¿Qué doctrina o qué agrupación social, política o religiosa no proclama como razón de sus actividades, como finalidad de sus esfuerzos, el bienestar de sus asociados o componentes, la mayor suma de felicidad, no importa que sea ultraterrena, para los hombres que, afanosos, militan en sus filas?

Y quien habla de bienestar o de felicidad señala ya, por modo explícito, la idea de utilidad. Y quienes se dijieran horrorizados del utilitarismo de Bentham, quizás lo practicaban en la intimidad de la vida, emancipado de todo principio superior, como un supremo objetivo de sus desvelos; en tanto que el calumniado, el execrado Moncayo, con el ejemplo de su vida diáfana y transparente como un cristal de roca y de su desinterés y filantropía, revelaba, con la elocuencia de los hechos, que no había alimentado en su pecho las oscuras concupiscencias en que el criterio de utilidad degenerara si no está bien regido y coordinado por una voluntad alta y poderosa.

\*

\* \*

En lo referente a la forma de sus escritos, en general podemos distinguir como condiciones específicas de su es-

tilo: la espontaneidad, el buen gusto y el tono pasional. Nótese la influencia que en él ejercieron los castellanos del siglo de oro de la literatura. Era la reacción del esplendor y del gusto depurado, tras la orgía gongórica, insegura y de metáfora alambicada. Se advierte fácilmente su caudal de lecturas y su sabor clásico. No hará él labor de anticuario ni pulirá la frase, con benedictina constancia de artífice, hasta dejarla miniada, preciosista, parnasiana.

Su vena arranca del pecho enardecido, volcánico; por ello su preocupación primordial no será la eufonía de la dicción pulcra y armoniosa, si bien su natural fluidez abunda en belleza y en vigor...

Sonora, vibrante, acerada, esa prosa de ritmo seguro y claro es el brote de su sinceridad en las ideas y de su pasión en las luchas. Sus campañas no saben del refinamiento y la ductilidad. Señalando el prevaricador va derechamente a ajusticiarlo con el vitriolo de sus imprecaciones.

Y sin embargo, con excepción de bien pocos, sus escritos se distinguen también por un prurito justiciero.

Un día, poco tiempo después de la celebración del inicio Tratado de Mapasingue, se propuso escribir un Juicio crítico sobre uno de los arbitrarios firmantes de ese documento: el General Ramón Castilla; y, no obstante hallarse su patriotismo herido por las violencias y humillaciones que ocasionaba el Caudillo peruano al Ecuador, traza, con mesura y equidad admirables, los rasgos más salientes de Castilla, recuerda los hechos anteriores, su primera administración honrada, progresista y valerosa, e increpa luego su conducta posterior cuando presa de las codicias de expansión territorial, suscita una guerra sin justificación posible entre las dos naciones.

También espiga, como un respiro a sus árdidas tareas combativas, en el campo de la literatura y de la crítica.

Con criterio amplio y sosegado, con visión penetrante y con talento no común.

Cuando llega a sus manos el "Ensayo sobre la Historia de la Literatura Ecuatoriana", de Pablo Herrera, ese paciente buceador de Archivos y antigüedades, lo estudia con detenimiento y expresa su opinión ilustrada, valiente, luego de hacer una incursión interesantísima que participa de la filosofía de la historia, alrededor de la vida y las costumbres de los antiguos pobladores de la que es hoy República del Ecuador. (1)

El trabajo del señor Herrera le da, pues, ocasión para lucir su erudición con gallardía, en todos los sucesos de nuestra vida colonial. Con qué gracia y sutileza rectifica varias opiniones del autor del Ensayo, y a guisa de rectificirlas, sistematiza un plan en que nos habla de la fundación de Quito, de la opresión y tiranía de los conquistadores; del origen y progresos de las letras; de los usos y costumbres del pueblo; de algunos fenómenos naturales acaecidos durante la dominación española y, por último, de algunos literatos que sobresalieron en el siglo XVIII y que influyeron por algún modo en la ilustración e independencia del pueblo ecuatoriano.

Campea en este Juicio la versación histórica, el fulgor de las ideas, la argumentación brillante y persuasiva y —hay que hacer hincapié en esto— el gusto y la aristocracia de la dicción. Pero parécenos que se destaca con línea de emoción y de firmeza el estudio relacionado con los literatos

---

(1) Debemos y agradecemos a la gentileza y acuciosidad del amigo Braulino Bustamante el envío, en copia, del Juicio crítico sobre el Ensayo en referencia, trabajo que fuera tomado en Santiago de Chile, de la celebrada Revista del Pacífico.

de la Colonia, cuyos nombres, aureolados de fama y de martirio, admira la posteridad: Maldonado, Velasco, Espejo.

Ved, siquiera en parte, cómo se expresa acerca del historiador Velasco :

“El Padre Velasco, sencillo y modesto por carácter, piadoso y humilde por hábito y convicción, crédulo y supersticioso por espíritu de cuerpo y de disciplina, no posee ciertamente las altas dotes del historiador filósofo e ilustrado, pero cuenta con gracia y naturalidad las cosas que ha visto o le han sido comunicadas por testigos imparciales, las que ha descubierto a fuerza de meditación y de estudio, las que ha aprendido en los monumentos públicos y en los escritos de sus predecesores, las que ha consultado con personas instruidas y suficientemente iniciadas en los secretos de la historia patria, las que ha recogido por la tradición universal y el consentimiento unánime de sus contemporáneos. Juzga como los hombres de su tiempo, cee lo que ellos creen y escribe con la misma seguridad y confianza los hechos comprobados por el criterio público que las fábulas y consejas inventadas por el vulgo de las gentes. Sin embargo, entre esa masa confusa y heterogénea de hechos de diferente especie y naturaleza, de acontecimientos muchas veces falsos o contradictorios, de cuentos pueriles y vulgares, de juicios aventurados y de conjeturas sencillas y candorosas, existen y se pueden recoger y organizar los verdaderos elementos de la historia ecuatoriana.

“Es una rica mina abierta a todos los talentos, un inmenso arsenal, cuyos materiales informes y amontonados unos sobre otros, pueden ser recogidos, labrados y pulimentados por un espíritu investigador, paciente y laborioso, que quiera hacer ese servicio a su Patria siguiendo el ejemplo y las huellas del Padre Velasco. Hay tres cualidades que sobresalen en el historiador del Reino de Quito: el amor a la

justicia, el amor al bien y el amor a la patria, y eso basta para conciliarle el respeto y la admiración de sus compatriotas...

"Alto y bien apersonado, de figura noble y digna, de carácter franco y candoroso, versado en la literatura y en la historia, nutrido con todos los conocimientos de su estado, de palabra pronta y abundante como viajero y misionero, de inteligencia clara y despejada como hombre de meditación y de trabajo, serio, estudioso y comunicativo, logró en poco tiempo conciliarse las simpatías de los hombres públicos y de los hombres de letras. Al influjo que ejercieron sobre él esas importantes relaciones, debemos la preciosa obra que nos ha legado, como dice él mismo modestamente, por hacer un corto servicio a la nación y a la patria.

"El juicioso jesuita tuvo frecuentes momentos de temor y de desaliento antes de dar principio a sus árduas y difíciles tareas. Al cabo de once años de estudio y de trabajo se vió repentinamente acometido de una larga y penosa enfermedad y renunció enteramente a la empresa que había concebido desde su entrada en la carrera de las letras, y en su ministerio de viajero y misionero. Fue entonces que vencido y arrastrado por sus amigos y por sus superiores se decidió al fin a poner en planta su pensamiento y a dar la última mano a su obra. Como él la concibió y escribió, así ha llegado hasta nuestros tiempos ocupando modestamente un lugar en la biblioteca de todos los americanos amantes de la antigüedad y de las letras.

"El Padre Velasco ha sido juzgado con mucha severidad por los escritores que han venido después de él y que se han dedicado a este mismo género de estudios y de trabajos. Prescott pone en duda la veracidad y la imparcialidad del historiador quiteño, burlándose de su sencillez, de su credulidad y de ese candoroso patriotismo que reluce en todas

las páginas de la "Historia del Reino de Quito": pero ni Prescott ni sus imitadores han tomado en cuenta las dificultades que tenía que vencer un escritor que había pasado 20 años lejos del teatro de sus estudios, y que al momento de organizarlos y redactarlos, minado por una enfermedad lenta y dolorosa, se vió forzado a cambiar el plan de su obra y a entregarla mutilada y despedazada al benévolo juicio de la posteridad. Ella le hará justicia algún día tributándole los honores que merece".

Y como al conjuro de estas frases que, en parte, parece que se refirieran al mismo crítico, guiados por sus mismas opiniones (1), tocamos ya con el Moncayo historiador.

Mas nos referiremos a esta fase en el capítulo siguiente.

## EL HISTORIADOR

Moncayo quiso aprovechar sus talentos, la vibración de su espíritu todo rectitud y justicia, su versación en las ciencias de Clío, la autoridad que irradiaba de su vida limpia, para escribir la Historia de nuestra Nación, una Historia digna de su prestigio y de su nombre.

Y a la verdad, tal vez nadie como él podía presentarnos de mano maestra y con reminiscencias clásicas, un cuadro real, animado, vívido, elocuente, de nuestra azarosa vida republicana, desentrañando el sentido oculto, la trama invisible de los hechos históricos y derivando enseñanza y consejo para las generaciones futuras.

---

(1) ..Se echa de menos en Velasco —añade Moncayo— ese espíritu de investigación y de examen, ese sentido crítico, ese juicio recto, sólido y seguro que debe guiar los pasos del historiador.

Conocía profundamente a los hombres que actuaron en la política del País. Había actuado él mismo, con arrogancia suma, se diría heroicamente, en las porfiadas lides ciudadanas, procurando crear el sentimiento nacional y defender las libertades públicas, sufriendo el flagelo del odio partidista y de la incomprensión. Poseía por ello el secreto, la clave y el origen de innumerables sucesos, de varias defecciones, de muchas vilezas sorprendidas en la sombra de la encrucijada o involucradas en "la falsedad inherente a nuestros documentos de aparatosa exposición pública".

Tenía, por otra parte, su pluma, el vigor y ese como don iluminado para la narración perdurable de los acontecimientos. Era un magnífico prosador por su sonoridad y brillo. Había disciplinado su espíritu en la lectura atenta, meditada, morosa, de los grandes Maestros de la Historia que hubieron de enseñarle que si como ciencia requiere ella un plan sistematizado, concorde, de erudición, de comprobaciones, de crítica, de filosofía; es menester —para tornarla armoniosa, una y cabal —insuflarla del aliento del arte, del impulso vital de la imaginación que ilumina, con súbito resplandor, la belleza del hecho noble para enaltecerlo o la turbiedad de la delincuencia para abominarla.

Con ese objeto además se había documentado larga y prolijamente; compulsaba datos allá en su retiro de Valparaíso; inquiría con viva solicitud respecto de los sucesos posteriores a su ausencia, y realizaba, en suma, toda esa labor lenta y perseverante de preparación de materiales que debía fundir en su obra de fervor encendido, de clarividencia y de decoro.

De escribirla en esas condiciones quizás habríamos admirado en don Pedro, sin las reservas de hoy, ese su don seguro de dramatizar el pasado con todo el juego de las pasiones, su lucidez de razonamiento, su penetración, su ener-

gía y esa como "violencia de verdad" que lo agitaba, cualidades por las que, aparte de sus otras excelencias, acaso podría habersele señalado como a nuestro Tácito vindicativo y severo.

Porque, conocidos sus antecedentes y características, nos habría dado, sin duda, una Historia en que por entre las junturas del dato y de la máxima, surgiesen de las profundidades de lo subconsciente y se compenetrasen por encima de los preceptos de serenidad narrativa, su pasión por las libertades, su agitado anhelo de justicia, su soberbia de patricio abismado en las soledades de la proscripción y hasta la nostalgia de su Patria lejana y de sus puros ensueños ya agotados.

Historia de valor y de encendimiento. De discreta, de sabia parcialidad. Ese el color, el calor y la fortaleza de su obra.

Habríamos advertido también allí esa íntima correlación que debe haber entre la vida de un pueblo y su Historia. A una democracia naciente, indócil y medio candorosa a la vez, debía coresponders una obra que la contuviese y reflejase con todos sus extravíos, rebeldías, inquietudes y contrastes. Al arte tocábale reanimar y dar vida a ese friso mudable y desigual, a ese "cuadro que la imaginación popular compone con la sombría y antigua poesía de las conjuraciones y de los sacrificios".

Y nos habría recordado, para cabal justificación de si misma, esas páginas admirables que buriló Marcelino Menéndez y Pelayo a propósito de la Historia considerada como obra de arte. (1)

---

(1) No nos resistimos a la tentación de transcribirlas, siquiera en parte: "...El historiador se lanza al mundo poético de lo verosímil, en alas de lo verdadero. En las narraciones, no refiere

Mas he ahí que el 15 de enero de 1881, fecha para la que Moncayo tenía terminada ya la Historia completa del Ecuador de 1825 a 1875, se produce un incendio en la casa en que habitaba el patriota, en Valparaíso.

Y a la voracidad de las llamas desaparecen libros, manuscritos, documentos y, con ellos, acaso el nombre, aureolado de eternidad, del historiador. Todo el fruto de su perseverancia y de su esfuerzo, toda su obra colmada, habíanse reducido a pavezas. El espíritu más animoso, el carácter más entero, se doblegaría a este gran infortunio que parecerá irremediable si observamos que el escritor es un anciano, octogenario ya, ciego, y que lleva minada su existencia por incurable enfermedad. El hielo de la desilusión, ya cercano el definitivo de la muerte, debió morder esa volutad. Poblar su mente de sombras pesarosas. Y sumirlo en la inanición.

Mas requerimientos de la amistad, solicitudes de la ciudadanía libre y acaso también el deseo de impugnar, en algunas partes, la obra histórica, serena, cautelosa, que aquel benemérito de las letras, el doctor Pedro Fermín Cevallos, lanzara ya a la circulación, obraron en su ánimo como un estímulo poderoso y le decidieron a emprender, de nuevo, en la tarea.

Arduo, vano empeño. Faltábanle ya —como él mismo lo dice— la salud, los documentos y hasta el tiempo para ejercer su augusto Ministerio con la acabada perfección que

---

sino que pinta. No explica los motivos de las acciones: hace que los mismos personajes nos los refieran. Y como la pasión es el alma de la tragedia y de la oratoria, el historiador clásico, que es ante todo orador y poeta trágico, es apasionadísimo, a despecho de los preceptos de los retóricos, que le imponen la más severa neutralidad, y lejos de olvidarse de que es griego o romano, español o florentino, aristócrata o demócrata, republicano o

nos era dable esperar de su espléndido talento. En ese afán debía acentuarse también ahora un propósito de reivindicaciones tardías.

Pero, en rigor, no era ya la Historia lo que él dictaba. "No es ya la Historia —decía. Pero estos apuntes pueden servir de guía a los escritores que vengan más tarde a desempeñar tan grave e interesante trabajo".

Haciendo un esfuerzo poderoso de pnetotecnia y de imaginación, férvido el labio al lanzar el reproche o la palabra de justiciero elogio, dictaba esas trescientas y más páginas, en que se habían fusionado el acento pasional y el ardor polémico.

La entonación, el vigor y el colorido no decrecen no obstante sus achaques de valetudinario trémulo. El mismo fuego juvenil crepita en esa hoguera. La misma vibración. Hay en algunos pasajes de la obra tal patetismo que lo sume al lector en una especie de ahogúo angustioso. Generalmente pinta con exactitud e impresiona la imaginación. Su elocuencia, rica, flexible, persuasiva, se acomoda a todas las situaciones. Es un narrador brillante y beligerante. Por allí apunta, entre el haz de notas y recuerdos, el filósofo austero absorbido por un afán de verdad estallante.

Alguna vez, sin embargo, decae en la narración o, perdida la naturalidad, la energía sobria, se vuelve ampulosa,

---

amigo del Imperio, no aparta nunca de los ojos su Patria, su raza y su partido, y esculpe a sus héroes predilectos en actitudes épicas y sublimes, y a sus enemigos y émulo los rebaja y los ennegrece, o a lo sumo les da la grandeza del mal. Y así no hay una sola de estas grandes historias que no deba sus mayores bellezas a la pasión más o menos descubierta del autor: pasión de venganza contra la democracia ateniense en Tucídides; pasión de soberbia patricia y estoica en Tácito; pasión de la unidad italiana en Maquiavelo; pasión de portugués separatista

grandilocuente, en ocasiones. Sus discursos a menudo son declamatorios y las más acabadas expresiones de lenguaje adornan las frases o arengas de algunos personajes en quienes desentona esa elegancia ática.

Ardientemente nacionalista y antropocentrista, se advierte en su obra la exclusividad del hecho heroico, del comentario en torno del Estado, del Gobierno y de sus representantes más o menos voluntariosos. Bien que ese es el criterio histórico prevaleciente entonces y aún mucho después entre nosotros.

Con referencia al rigor cronológico de los acontecimientos, hay algo de rectificable: era natural que lo hubiera, tratándose de una publicación lograda por el esfuerzo de su memoria. Hay variadas muchas fechas, suprimidos algunos pormenores que dan idea cabal de los hechos trascendentes. La esencia misma de éstos alguna vez no es aprehendida en su virtualidad operante.

Así, no es ya propiamente la Historia, repetimos: es la crónica historial aureolada, por una vida de abnegación, de altivez, de pureza cívica, que había irradiado la todopoderosa influencia de su pensamiento y de su acción libertaria al través de varias décadas de nuestra alborada republicana.

---

en don Francisco Manuel de Melo. Aún a los más serenos y majestuosos, a los que han querido abarcar todo el curso de la vida de un imperio, a Tito Livio, verbigracia, les domina la pasión por la grandeza de su pueblo, y esta pasión es la que da unidad a su obra y color y fortaleza heroica a su estilo, y perpetuidad como de bronce o de mármol antiguo". "De todo lo cual infiero yo que la historia clásica es grande, bella e interesante, no por lo que los retóricos dicen, sino por todo lo contrario; no porque el historiador sea imparcial, sino, al revés, por su parcialidad manifiesta; no porque le sean indiferentes las personas, sino al contrario, porque se enamora de unas y aborrece de muer-

## EL ORADOR

Mas henos aquí en la cumbre de su valer, en la culminación de su rica personalidad: en el cabrilleo de su elocuencia feliz que, a la menor vibración, desbordaba en el hombre tenso y viril.

\*  
\* \*

Entre nosotros la transición radical determinada por el cambio de régimen político hubo de singularizarse por una lucha ideológica que, aunque incipiente y no muy segura, derivaba como corolario inevitable de la nueva situación. Ideólogos de la ciencia de gobernar, más generosos y románticos que eficaces organizadores de la nueva Institución, hacían ondear el manto de púrpura de su verbo remozado, heroico y, sobre todo, reivindicador, por entre las malezas de la tradición y por el fondo inamovido y áspero que encubría mal privilegios de clases y sombras de viejas opresiones espirituales. Con la divisa libertaria al tope. Con el noble ensueño de las manumisiones de la mente y de la voluntad...

Esa lucha, que pudo advertirse en las discusiones de

---

te a otras, comunicando al que lee este amor y este odio; no porque la historia sea en sus manos la maestra de la vida y el oráculo de los tiempos, sino porque es un puñal y una tea vengadora; no porque abarque mucho y pese desinteresadamente la verdad, sino porque abarca poco y descubre sólo algunos aspectos de la vida, encarnizándose en ellos con fruición de artista;

la prensa, se establecía también, y con vigor y denuedo y brillantez, en la tribuna política, en el verbo inflamado de los justadores.

Aquel fue un momento desordenado y vociferante, de los afanes desmedidos, acaso inactuales, del concepto y de las frases exclusivas, de la racha ilimitada de libertades, del señuelo igualitario, de una sonora reivindicación de derechos. Era la hora de la acción, del impulso de la voluntad, del esfuerzo sin medida ni armonía. El músculo entumecido en la quietud colonial, se distendía ahora con violencia extrema, después del galope veloz e irrefrenable de los centauros de la Independencia. La apacibilidad, el silencio y esa como servidumbre colectiva, se removían al empuje de un fiero individualismo, pleno de rebeldías y de savia interior. Hacía su aparición en la escena el romanticismo de la libertad. Y es sabido que el romanticismo de la libertad —como todo romanticismo— significa un desbordamiento del instinto, una juvenil exaltación indomeñable, un bravío desconocimiento del valor y del dolor ajeno y un extraño afán de dominio personal también.

Y como coincidía con esta eclosión del espíritu o, más bien, se derivaba de ella, el advenimiento, más desintegrante aún, de la contienda intestina, del caudillismo de dominación absoluta, la lucha cobraba mayor aliento y alcanzaba

---

no porque sirva de grande enseñanza a reyes, príncipes y capitanes de ejército, dándoles lecciones de policía, buen gobierno y estrategia, sino porque ha creado figuras tan ideales y serenas como las de la escultura antigua, y otras tan animadas y complejas como las del drama moderno; no porque enseñe a "bien vivir" como dijo Luis Cabrera, a pesar de los aforismos con que solían engalanarla, sino porque produjo en Tácito el más grande de los artífices creadores de hombres si se exceptúa a Shakespeare"...

relieves de un heroísmo o, si quereis, quijotismo trascendente.

El primer cuarto del siglo XIX fue, pues, un período juvenil, apasionado, ardoroso. Y Moncayo, hombre de su tiempo y exponente magnífico de ese ambiente movido y desigual, fue tribuno, romántico y rebelde.

\*  
\* \*

Con prestigios de opositor incólume hacía su aparición en la Tribuna Política en 1845, a raíz de la revolución marcista. Ya conocía, desde sus años mozos, la arena gladiatoria y la tristeza del exilio. Llevaba templado su espíritu en el fuego de un dolor inexhausto. Y en el estrepitoso palenque periodístico como en el silencio de su estudio había acendrado su saber y su diamantina austeridad.

Traía en su palabra la vibración de una elocuencia grandiosa y medular. Hablaba con tanta eficacia a la mente como impulsaba al corazón. Había en su fisonomía personal elementos decisivos para el convencimiento, para la inflamada transfusión de sus ideales, de sus emociones, de sus sentimientos, en el arranque lúcido y bizarro de su peroración apolínea.

Cormenin lo habría anotado en su valiosa galería, con toques y luces de firmeza indiscutible.

Alto, movable, de una movilidad imperativa. Bello semblante, expresivo y varonil, en cuya frente amplia surcan los relámpagos del pensamiento. Gesto y ademán caballerosos, atrayentes, que despiertan la atención y el respeto generales. Labios finos y firmes, expresión de su voluntad

fuerte. Mirada metálica y hendida, que irradia vivos fulgores en la ardentía de la réplica o del ataque.

Su voz alcanza las modulaciones y los matices de su espíritu. Ya es blanda y suavidad cuando expone. Ya adquiere brillo y vigor cuando refuta. Se torna aguda y dilacerante en la porfía. Trema y solloza al evocar la memoria de algún maestro caído en plena lid. Pero es una cascada que se precipita rauda e iridiscente, con fuerza arrolladora, en en el bello desorden de la improvisación, cuando reivindica los derechos populares, anatematiza el despotismo, defiende las libertades ultrajadas con reincidencia fatal.

Entonces podemos decir —con su homónimo Dn. Abelardo— que “Moncayo salta, rómpese, bufa, vuelve a estrellarse de súbito y ruge y truena con el grito de todos los oprimidos, con los ayes de la libertad agonizante o ya aherrrojada y con todas las imprecaciones de la víctima contra el tirano y los inicuos que le sostienen”. (1) Jamás está tan bien como en el fragor de las peleas, en que tantas veces fue suyo el voluptuoso y sonoro placer de la victoria tribunicia.

Odia al despotismo, pero odia también la dispersión anárquica. Por eso puso siempre a flote, en sus afanes por la igualdad humana, la distinción de su palabra. Y por eso, si pudo insinuarse que el periodista había rasado en ocasiones su pluma en las duras aristas de la tierra, nadie podrá advertir en el orador —pese a su posición de espíritu adverso al estado de cosas existente y a sus odios personales— el ademán vulgar y la contorsión teatral de quien tratase de halagar las pasiones de la multitud.

Por allí puede encontrarse preeminencia aún sobre el ilustre Rocafuerte: “Supera, no obstante al maestro —dice

---

(1) AÑORANZAS. Abelardo Moncayo.

el doctor Julio Tobar Donoso —en buen gusto y conocimientos literarios así como en amplitud de temas y dignidad en la expresión de las pasiones. No quiere decir esto que Moncayo oculte sus odios y que no estalle en imprecaciones despiadadas contra sus enemigos. También él echa centellas y crudelísimos dardos; pero Moncayo se aprecia más a sí mismo y no hiere ni apedaza al adversario con aquella basta acrimonia propia del irascible Rocafuerte”. Y añade: “Hábil para la defensa más que para la exposición serena, sondea los defectos del contendor, saca partido de sus errores, extravíos e inconsecuencias, personaliza los debates. Y sin embargo, tiene su palabra más flexibilidad, más mesura y prudencia que la de muchos de sus amigos, los fundadores del primer liberalismo, en las discusiones religiosas”. (1)

He ahí como involucraba —en forma que se dijera antitética si no fuese frecuente en los oradores hispano-americanos de esos tiempos— en el empuje huracanado de su acción, un decir armonioso y ático. Su romanticismo había de expresarse por los moldes clásicos ya tradicionales, de mármorea perfección antigua.

Inútil, desde luego, pretender encontrar en actas de Congresos la palabra justa y clara, virtualmente rica, de Moncayo. A la falta de fidelidad taquigráfica se aunaría —para amenguar su auténtica excelencia y su virtud comunicativa— la ausencia de ese como insólito fulgor que animara y vivificara, en la tribuna, la expresión de su fisonomía, toda vibración y relieve.

Ninguna transcripción, por lo mismo. Quede la orquestación de su verbo lúcido y alguna vez amargo, como un

---

(1) Discurso de Recepción pronunciado por el doctor Julio Tobar Donoso, en sesión pública y solemne de la Academia Ecuatoriana.

eco lejano, pálido, casi infiel, en esas actas muertas en su fría dejadez, en su inane destrozo...

Ellas dirán, sin embargo, a los curiosos de la Historia, a los buceadores del pasado, del alto esfuerzo, de la noble animación de espíritu de los innovadores cuyo ensueño fuera ingerir en la carne de la nueva Institución los hilos rojos y vitales de su sangre de idea; de su sentimiento avasallante.

Ellas dirán, en lo que se refiere a nuestro conterráneo, que unió todas las gallardías de la dignidad en escarceos fulgurantes y animados; que la vehemencia de su empeño, que el movimiento heroico de su alma, tendida —como por un impulso centrífugo— hacia la claridad amable de las redenciones, revelan al hombre de acendrada conciencia cívica, de carácter infrangible. Dirán que su valor fue probado en cien porfías llenas de clamores y de riesgos... y que, en fin, su vuelo de altiveces prefirió, en un sentido general, el abatimiento de sus ilusiones antes que mancillarse en la curva de la defección.

Cuando de la evocación de los hechos heroicos de la Independencia Americana se trataba o de los mártires que nos dieron Patria libre, entonces su elocuencia adquiría sonoridad homérica.

En las diversas ocasiones en que leyó, con éxito magnífico, sus discursos patrióticos, se distinguió en una en que recordó, en Santiago, admirable de visión y de concepto, un acontecimiento magno, cuyo cuadragésimo octavo aniversario se celebraba entonces: la batalla de Maipó. Hablaba, poquísimos días después del siniestro bombardeo de Valparaíso, en su condición de Vicepresidente de la Sociedad "Unión Americana". Y lo hizo con virtuosismo tan subyugante que Guillen Matty —que narra el hecho— termina así: "Es preciso haber escuchado ese discurso para comprender la ex-

traña influencia que iba poseyendo al auditorio, a medida que el lector trazaba esos cuadros y nos presentaba a la Patria ofendida y lastimada. Y la lectura que había comenzado con acento varonil terminó con un coro de aplauso unánime y como si se hubiëra escuchado un canto de victoria espartano". (1)

Y es fama, difundida largamente, que en el Foro, en que auspició y defendió, con brío, la causa de la justicia y atenuó la de la humana fragilidad, mantuvo ese vivo fulgor de elocuencia y persuasión que hizo de su palabra algo como la voz arbitral y decisiva: tal era el convencimiento y la ponderación de sus trabajos en que el derecho y la probidad emergían, como una gran flor, de su espíritu claro.

## EL FILANTROPO

La estrecheces de sus primeros años, su aislamiento fecondo, su vida de sobriedad, como de renunciación al goce mundano por preocupaciones indisipables de índole espiritual, debían florecer en la altura de una piedad profunda para el desvalimiento humano, de un desinterés a toda prueba, de una filantropía superior por la espontaneidad sincera de su manifestación silenciosa.

Tomaba para sí de sus honorarios de profesional prestigioso lo indispensable para satisfacer con decencia sus necesidades. Y habría logrado un gran caudal de reservas en dinero sin sus liberalidades y sin las vicisitudes de su vida política que lo llevaran, en una especie de erranza, a luga-

---

(1) Dn. PEDRO MONCAYO EN CHILE. Guillén Matty. Publicada en "Ilustración Ecuatoriana". Quito Año 1, Núm. 2. Celiano Monge.

res y situaciones que pudieron ser desfavorables para su economía personal.

La pureza de sus costumbres y la firmeza de sus convicciones son, en gran parte, la consecuencia de su noble desinterés. Nunca lograron seducirle las tentaciones de la fortuna o del Poder. Por lo mismo, jamás convino en trocar ideales por honores falaces. . .

Es que "Moncayo se preparó desde sus primeros años para ir en pos de la verdad y de la justicia que acabarán por destruir a todos los tiranos. El sabía que esa obra no conduce a la Silla Presidencial sino a las prisiones, al ostracismo y al cadalso. Eligió, pues, la senda de la abnegación y de los sacrificios que el vulgo llamaría infructuosos porque no dan por fruto grandes empleos ni bienes de fortuna. (1)

En verdad, tenemos ejemplos vivos, admirables, de su desinterés. Bastarían citar su actitud como desdeñosa en diferentes épocas en que su nombre sonaba espontáneamente, entre los liberales, como Candidato a la Presidencia de la República: en vez de enfervorizarse con esta posición, más bien se ponía a publicar sus ideas, demostrando la abyección en que se hallaba sumido el pueblo ecuatoriano y concitándose, como era natural, el rencor de las mayorías: su negativa rotunda para aceptar la representación en el Perú, propuesta que le hiciera García Moreno, por intermedio de su Ministro Dn. Francisco Javier León, el 15 de junio de 1870 (2), y su excusa para no aceptar, por enfermedad, el cargo de Rector de la Universidad de Guayaquil, en 1883.

Casado con una riquísima heredera, jamás utilizó un centavo de su cuantioso patrimonio: por el contrario, a raíz

---

(1) Biografía sintética de Moncayo por Miguel Riofrío.

(2) Véanse las cartas publicadas al respecto por el Dr. Riofrío.

de la muerte inesperada de ella, entregó a su madre política, con liberalidad suma, voluntariamente, todas las prendas de vestir, alhajas y más enseres que pertenecieron a su señora; cuyos bienes no administró ni en el matrimonio ni con posterioridad a él.

Tócale, más bien después, administrar fabulosos intereses de la familia de su esposa; y lo hace con pulcritud exenta de codicia que pudiera menoscabar su limpia reputación o sus cordialísimas relaciones de parentesco. Hasta se niega a percibir los honorarios que, según ley, le correspondían por sus magníficas gestiones y los derechos que le tocaban como Juez Partidor de la testamataría de su padre político Dn. José de Lamas. (1)

El 8 de noviembre de 1866, el ilustre filántropo se dirige al Concejo Municipal de Ibarra ofreciendo en donación mil volúmenes de su Biblioteca particular para que fuesen como la base para la fundación de una Biblioteca Pública en la ciudad de su nacimiento, que administrase la Corporación en referencia y que sirviese para la ilustración de la juventud y de la ciudadanía imbabureñas, tan escasas de medios para ello.

Tras larga vacilación hace su oferta al Ayuntamiento, ya que desde 1861 viene manteniendo ese nobilísimo propósito. Quizás meditaba el gran patriota en la posibilidad —que acaso fue certeza en el hecho— de que, dados el ambiente y el momento de dominación adversos a sus ideas, fuesen a parar a las llamas muchos de esos volúmenes que el criterio dogmatizante de entonces estimase como corruptores o siquiera inconvenientes para esa misma juventud. (2) Hay un

---

(1) Véanse las cláusulas del testamento de Moncayo.

(2) Lo expresamos porque se han hecho desaparecer del Archivo Municipal el Inventario de los libros obsequiados, los libros de

rumor popular tradicional que expresa que, en verdad, se incineraron varios de esos libros.

Lo evidente, lo seguro, es que se estableció luego un "Índice de Libros prohibidos" y que la censura surgió inevitable. "Es cierto que pesa excomunión —dice el Número 15 de la Voz de Imbabura, cuya colección conocemos debido a la amabilidad del historiógrafo doctor Luis F. Madera— sobre algunas obras de las donadas por Dn. Pedro, y el Dr. Pedro González Calixto (Obispo de la Diócesis) mandó colocar en sección separada las obras comprendidas en el "Índice de los libros prohibidos" con orden de que no se permita la lectura de ellas no siendo a las personas que presentasen licencia *in scriptis* de la Autoridad Eclesiástica".

El Presidente del Concejo de entonces hubo de agradecerle en nota de 13 de diciembre de ese mismo año, en forma efusiva y cariñosa, por la oferta de los mil volúmenes que habían sido remitidos desde Santiago de Chile al Sr. Dr. Dn. Pedro Fermín Cevallos, ese otro notable historiador, juntamente con cien ejemplares de una carta topográfica de la Provincia de Imbabura, para que se los entregara también al Municipio.

El Sr. José María Cervantes, residente en Quito y Comisionado por el I. Ayuntamiento para que recibiera los libros de poder del mencionado Dr. Cevallos, remite este valioso donativo en ocho cajones, con el respectivo inventario suscrito por él y por el Dr. Cevallos, anotándose la falta de

---

comunicaciones, desde mayo de 1867 hasta principios del 68, precisamente del tiempo en que deben constar todos los detalles de esta donación trascendente. Sólo conocemos por documentos del mismo archivo los preliminares de este asunto, que consisten en lo que se deja indicado arriba.

ocho volúmenes de los constantes en la lista de Moncayo, que no sabemos si fueron o no recaudados posteriormente.

En abril de 1867 se inaugura la Biblioteca Municipal con estas obras, la misma que, bastante incrementada, subsiste con el nombre del donante: Pedro Moncayo, habiendo sido su primer Bibliotecario el Sr, Agustín Dávila, a quien se le señaló la renta de cien pesos anuales.

El Sr. Guillermo Pareja le adeuda dos mil pesos con sus respectivos intereses, desde 1852 hasta la muerte de Dn. Pedro; y, conociendo la mala situación económica de Pareja, ordena en su testamento que no le sean cobrados esos dineros, no obstante haberse portado en forma agresiva con su acreedor gentil.

En el mismo Testamento, que lo dicta algunos años antes de su muerte, después de acordar los legados de quinientos pesos al Hospital "San Juan de Dios" de Santiago de Chile y de igual suma al de Valparaíso, en recuerdo y como agradecimiento por las atenciones de que ha sido objeto en esas ciudades generosas, instituye al Municipio de Ibarra —¡oh hermosa disposición humanitaria!— por heredero universal de todos sus bienes para que se funde con los intereses de ellos una escuela de niñas en esta ciudad.

El Albacea de esta testamentaria, Sr. Melchor Concha y Toro, envió, en efecto, una vez verificados los gastos indicados en las disposiciones del filántropo, la cantidad de 14.773,62 pesos.

Con los intereses de esta suma se ha venido sosteniendo, durante mucho tiempo, la escuela municipal que llevaba su nombre; y, cuando hace siete años se fundó la fiscal con igual denominación (1), desplazando a la anterior por ra-

---

(1) Dicha fundación se la debe al inteligente educacionista, entonces Director de Estudios, Dn. Luis Ulpiano de la Torre.

zones de amplitud y eficiencia, ya que los escasos fondos o intereses del legado no daban sino para sostener una escuela reducida que no satisfacía las necesidades de la hora, costeaba el Municipio una Profesora de grado para atender, en mejor forma, en dicha escuela, a la enseñanza de las niñas. Desgraciadamente se ha suspendido ese apoyo en el año de 1933. Y no sabemos cómo se siga cumpliendo con la benéfica disposición de Moncayo, que es un mandato sagrado.

Por estas obras magníficas de altruísmo y de filantropía vive el ibarreño ilustre en el corazón de todos los ecuatorianos, aún de aquellos que no aceptarían, por militar en opuestos bandos, sus gestiones de político combativo e ineludible y sus enseñanzas firmes de liberal honrado.

Terminaremos el capítulo con la publicación de todas las cláusulas del Testamento en referencia.

PRIMERA.—Declaro que fuí casado con Dña. Juana de Lamas, y que de este matrimonio sólo tuve un hijo, que murió pocas horas después de su virtuosa y respetable madre.

SEGUNDA.—Que ni antes ni después del matrimonio recibí ni administré el patrimonio de mi referida esposa y después de su fallecimiento entregué bajo inventario prolijo a mi madre política, la señora Luisa Godos de Lamas, todas las alhajas, ropa de uso y demás prendas pertenecientes a mi finada esposa, según consta de los documentos que conservo en mi poder.

TERCERA.—Declaro que al tiempo de la partición de bienes que quedaron por muerte de mi padre político, el Sr. Dn. José de Lamas, se arreglaron y cancelaron todas mis cuentas renunciando por mi parte a los intereses que se debía por los diferentes adelantos que hice en dinero durante la administración de las haciendas y demás negocios que estuvieron a mi cargo.

CUARTA.—Declaro que asimismo cedí en beneficio común de los herederos los honorarios que se me debían por los diferentes pleitos que defendí, siempre con éxito, en favor de la familia y los derechos que me tocaban como Juez Partidor que fuí en la participación y liquidación de la testamentaría del Sr. Lamas.

QUINTA.—Declaro que Dn. Guillermo Pareja, vecino de Quito, me debe dos mil pesos y los intereses del uno por ciento, desde el 20 de noviembre de 1852; y a pesar de la conducta hostil que han observado conmigo tanto él como su familia, mando no se le cobre en atención al estado de atraso en que se encuentran.

SEXTA.—Declaro que no debo a ninguna persona, mas si resultase algún crédito comprobado, ruego a mi Albacea que lo satisfaga.

SEPTIMA.—Declaro que tengo treinta acciones en el Banco Nacional de Chile y que he satisfecho puntualmente todos los dividendos que la Dirección ha exigido hasta la fecha. Los títulos de dichas acciones existen en poder del Sr. Melchor Concha y Toro, mi apoderado.

OCTAVA.—Mando que del monto de mis bienes se entreguen quinientos pesos al Hospital de "San Juan de Dios", de Santiago de Chile, en gratitud a las atenciones que he recibido durante mi mansión en Chile.

NOVENA.—Mando asimismo se den quinientos pesos al Hospital de San Miguel de Piura (Perú) en memoria de mi finada esposa que tanto amó a su Patria.

DECIMA.—Dejo por heredero universal al Concejo Municipal de Ibarra; para que, una vez reunidos los fondos a que se refiere la cláusula 7<sup>a</sup>, proceda a establecer una escuela de niñas en la capital de la Provincia de Imbabura, mi ciudad natal, colocando para ello el capital a interés conve-

niente, con las garantías que la prudencia aconseja en esta clase de negocios.

UNDECIMA.—Nombre Albacea al Sr. Dn. Melchor Concha y Toro, a quien ruego acepte el cargo en obsequio a la amistad y estimación que siempre le he profesado. (1)

Santiago, octubre 11 de 1876.

**PEDRO MONCAYO**

### SU MUERTE

Largos años que asechaba la muerte en su triste estancia. Y un día sucedió lo definitivo inevitable...

“Moncayo murió como un gran de hombre, —dice Roberto Andrade. Habitaba en Valparaíso en casa de una señora francesa y tiempo hacía ya que no podía andar más espacio que el comprendido entre un sillón y la cama. Levantábase muy temprano, y al sillón. La señora le repetía a menudo: señor don Pedro, debe Ud. acostarse; mire que ya Ud. no debe salir de entre las sábanas—. Cuando me vaya a morir, señora, cuando me vaya a morir, contestaba

---

(1) Por haber variado algunas circunstancias, revocó su testamento el 13 de octubre de 1885, en la parte relacionada con el legado al Hospital de Piura y destinó esa cantidad al Hospital de Valparaíso, donde había residido por espacio de seis años y en donde se le habían dado pruebas elocuentes de benévola simpatía. Y en codicilo de 4 de diciembre del mismo año, ordenó que a su sirvienta Filomena Cortez, se le dieran unos doscientos pesos por sus buenos servicios personales y toda su ropa de uso, esto es, camisas, sábanas, toallas, etc.

el anciano, como si tuviera seguridad de conocer por el presentimiento la aproximación de su último instante. Un día llamó a la señora a eso de las cinco de la tarde: venga Ud.: présteme apoyo para acercarme a la cama: voy a morir. Se acostó, dió sus postreras disposiciones en corto espacio de tiempo, y expiró tranquilamente”.

Sobrellevó en sus últimos años y en el supremo instante, con elevado estoicismo, esa como indefectible “expiación de su grandeza”. Con suma serenidad, casi en abandono, resignadamente, se entrega en brazos de la muerte este varón preclaro. Con un sosiego así, lúcida aún, longánime, se abisma en las regiones del misterio esa vida procelosa y alta... Esa llama se extingüía así calladamente, en una tarde apacible y fresca de febrero de 1888.

“El sufrimiento, largo, había lenificado esa alma tormentosa, cuya suavidad recóndita no siempre rebalsó en forma de mansedumbre. Impone ver a aquel hombre relampagueante apagarse así, domada su rebeldía ante el destino común, superada su soledad al sucumbir sin reproches ni sobresaltos”. (1)

El Continente Sud-americano perdía uno de sus exponentes valiosísimos: el Ecuador, uno de sus más esforzados paladines, caballero de firmes ideales, batallador asiduo por la causa de la autonomía individual, de la justicia y de la dignidad; e Ibarra, la ciudad silenciosa, inolvidada por él en sus fervores y en sus horas de melancolía, a su hijo máximo, indiscutible en su soledad de cumbre andina, impo- nente, austero, arrebuja- do en la clámide de su severidad catoniana...

---

(1) Esta cláusula de belleza desolada, con la que Dn. Gonzalo Zalumbide se refirió a la muerte de Montalvo, la encontramos aplicable en lo absoluto también a nuestro prócer.

Plumas brillantísimas diseñaron desde Chile, esa figura prócera, con trazos de justicia fulgurante, dolida, destacándola en su valor exacto de luchador sin par. También en Guayaquil se le dedicaron necrologías de honda intensidad emocional y admirativa. . . .

Mientras tanto, en las esferas oficiales compuestas, en buena parte, de elementos a quienes combatió Moncayo, no se dió la importancia que tan infausto suceso merecía. . . Era natural. Se procuraría más bien, hacer el vacío en torno de este nombre cuya fama ultrapasaba los lindes de la Patria.

Ese silencio debía ser momentáneo. Imposible anegar en sombras la claridad cenital.

En el Municipio de Ibarra el merítísimo Presidente de esos días, Dr. Mariano Acosta, expresó, en sesión del 10 de marzo de ese año:

“Que el Concejo debía manifestarse condolido por la irreparable muerte del Sr. Dn. Pedro Moncayo y honrar su memoria en manera adecuada a la dignidad del I. Concejo y a los relevantes méritos del mayor de los hijos de Imbabura, ora se mire su ilustración y patriotismo, ora el elevado concepto que le tributan con justicia los pueblos sud-americanos y ora, en fin, el ser el primer incoador de la civilización en los ibarreños a cuyo noble objeto consagró el fruto de sus duras y largas tareas literarias, la magnífica biblioteca que existe como obsequio suyo y en beneficio de sus contemporáneos; y que, por lo dicho, la Municipalidad en nombre de este pueblo, debe hacer porque exista en la Sala de la Biblioteca el retrato del Sr. Moncayo, como muestra aunque pequeña de la siempre fresca gratitud de los ibarreños, sin que sea por demás honrar su memoria con exequias costeadas por la Municipalidad cuya casa debe revestirse de duelo, puesto que la gratitud es la dote de mayor alzada que se abriga en el corazón de la justicia”. “La Corporación aco-

gió con entusiasmo la noble insinuación de la Presidencia y convino en convocar a sesión plena el día 12 a todos los señores Concejales para que acuerden lo que fuere menester acerca del objeto de la reunión”.

En sesión del 17 del mismo mes se aprobó, por unanimidad, la siguiente moción del Sr. Luis Wandemberg:

“Que el Concejo Cantonal inscriba el nombre del Sr. Dr. Pedro Moncayo en el acta de hoy, como homenaje a la memoria de tan ilustre publicista y filantrópico ciudadano, prez de la Patria; que su retrato se coloque en la Biblioteca y que se enlute por tres días la Casa Municipal en señal de duelo por su sentida muerte”. (1)

Así, siquiera por modo limitado, se recordaría en la recatada y pequeñita ciudad de su nacimiento, no ajena sin embargo a las luchas banderizas, a quien supo enaltecerla y legarla, más que sus bienes, el tesoro de sus grandes virtudes que la posteridad apreciaría en su prístina irradiación...

## EN TORNO A SU MEMORIA

La villa que dió de sí este raro ejemplar de irredimible desenfado cívico, de exasperada y permanente juventud, no ha podido aún exteriorizar su devoción cristalizando en el mármol pentélico o en el bronce durable el gesto firme de su hijo más representativo y valioso.

Uno de nuestros Congresos, largos en la dádiva al camarada del círculo, al amoral obediente a la consigna, al politequero habilidoso, tuvo el acuerdo de ordenar la erección de un Monumento a Moncayo en su ciudad natal. Mas

---

(1) Actas del Concejo Cantonal, en las sesiones indicadas.

oscuros apremios urgentes e ingentes del vivir, exigencias inaplazables de la pequeña urbe renacida tras el hervoso cataclismo del 68, determinaron un obligado cambio en la inversión de los dineros colectados.

Y lo que debió ser airoso Monumento se tornó en la pura linfa de aguas parteras, que avanza, soterrada en espaciosa tubería, desde aledaños campos, a servir de primordial elemento de vida a la ciudad risueña. Y se han sucedido así empeños que realmente fincaban en la satisfacción de necesidades primeras, aplazando solicitudes de otro orden. Todo aquello que representa idealidad, pensamiento alto, justicia al mérito y al esfuerzo, brotará, en matizada floración, cumplidos los trabajos irrenunciables de raíz terrestre, de comodidad inmediata, de albergue y de sustento.

Hoy, realizadas en buena parte esas premuras, bien puede la ciudad presentar a las actuales generaciones y a las por venir el Monumento que al patentizar la gratitud de Imbabura, perpetúe esa memoria esclarecida.

Si es verdad que, como decía hace algunos años un notable escritor ecuatoriano, "no importa que el bronce no haya simbolizado aún la admiración del Ecuador, que la próxima figura de Dn. Pedro Moncayo no ha menester sino de sus libros, de sus ideas palpitantes aún y de sus grandes hechos para vivir perpetuamente en la memoria de los buenos ecuatorianos", no es menos cierto también que son necesarias esas manifestaciones materiales y tangibles, de admiración, como una prueba inequívoca de la nobleza y de la gratitud de un pueblo.

Por eso la posteridad de Moncayo no ha olvidado del todo al Tribuno elocuente y al filántropo y, si bien en escasa medida que contrasta con el derroche oficial en propósitos baladíes, ha vinculado su nombre al de instituciones culturales o a alguna división del territorio.

A un Cantón de la Provincia del Pichincha se le denominó Pedro Moncayo.

En Ibarra llevan este mismo nombre la Escuela fiscal de niñas; la Biblioteca Municipal; una de las principales calles de la ciudad y el Parque de la Independencia. Se colocó una placa conmemorativa en la casa en que el patriota vió la luz primera, en la intersección de las carreras "Moncayo" y "Rocafuerte" y se destinó para la galería de ecuatorianos ilustres, establecida en Ambato, en la Casa de Montalvo, un retrato de Dn. Pedro que luce, severo y noble, a la diestra del gran Cosmopolita. El Comité "Pedro Moncayo" que tuvo en mientes repatriar de Valparaíso las cenizas del grande hombre y que vió fallidos sus afanes porque —¡oh ironía!— han sido lanzadas ya a la fosa común, mantiene el propósito de colocar una lápida de mármol en la casa en que falleciera Dn. Pedro, iniciativa que se debe al ilustrado Vocal del Comité doctor Segundo J. Pérez.

En Guayaquil, en donde fue tan querido y admirado, decretó el Ayuntamiento, en octubre de 1897, la publicación de todas las obras de Moncayo, votando para ello una cantidad, sin que, por desgracia, se haya realizado tan sugestivo mandato, a lo que entendemos.

## A MANERA DE SINTESIS

Quienes lo conocieron nos lo representan encarnado en una figura arrogante, condigna a su obra múltiple y patriótica.

Su espíritu animoso debía alumbrar a una arcilla así, atrayente, tocada de una perfecta varonilidad y gallardía.

En su rostro blanco se perfila la nariz aguileña, ligeramente combada e impera, con fulgor insólito, el fuego de

sus ojos azules que, alguna vez, la pasión colora con fosforescencias metálicas. Espaciosa, despejada la frente en que florecen altas ideas. Los finos labios contraídos de ordinario como en una expresión desdeñosa o adusta. El bigote largo, poblado y cuidado, se curva en alas lustrosas que imprimen cierto aire marcial a su semblante.

Su palabra, hecha para resonar en la Tribuna, fluye con naturalidad y limpidez, vívida, persuasiva, interesante...

De estatura alta, bien proporcionada. De andar majestuoso, solemne, como de quien resguarda su decoro de las asechanzas de la envidia o de la familiaridad. Todo en él respira nobleza y bizarría. Al decir de uno de sus biógrafos, su figura se ha vaciado en el molde de un gentleman británico. Así despierta, a su paso, una simpatía respetuosa o acentúa, con bravo gesto, el rencor iniciado quizás en las luchas políticas...

Por una de esas explicables paradojas, este fervoroso demócrata que había propendido a incoar, por todo medio, en la norma legal y en la vida, las libertades populares, enaltecendo el sentimiento de la igualdad y de la fraternidad, no descende hasta las multitudes, ni menos tiene para ellas sonrisa de interés o de reclamo. Guarda la distancia debida, la que se interpone, naturalmente, entre la hondonada del rebaño y su sitial de Conductor y Maestro. Plebeyo o esclavo, nunca.

Y sin embargo de esta como recelosa u orgullosa expresión de su psicología, de esta manifestación de esquividad zahareña en que recata su entereza y dignidad, hay en lo hondo de su espíritu fuerte, tenazmente bravío, un vallecito de ternuras, una surgente de bondades, una intensidad afectiva hondamente cariñosa para cuantos se le acercan en demanda de consejo o de defensa de sus intereses. ¡Con qué

hidalguía, con qué franca llaneza acoge entonces al desvalido querrelloso, al anciano trémulo, al político leal!

Así surgía en él la piedad entre cóleras rugientes. Ametrallaba tiranías por amor al pequeño y al humilde. Cuántas veces, aún en su edad viril, en el disparo de sus flechas certeras, en el ímpetu de sus inmensas rebeldías, no habrá vuelto su rostro, en un vivo y repentino enternecimiento, "para un urgente disimulo de lágrimas"? Alguno de sus amigos de verdad, que los tuvo selectos y magníficos, ¿no habrá presenciado en el héroe, a la hora de la confianza, en la efusión íntima del hombre, uno como ahogúo o lamento, sonoro o silencioso, en todo caso amargo, por la dolida certeza de su fracaso, de su abandono, de su dolor, de su esperanza ilusa? (1)

Pero esas lágrimas eran un baño de fortaleza para su reacio espíritu que, al primer atropello, volvía a la arena, fiero de su valor y de su pujanza. Y ya nada le detenía. Decididamente, seguía la ruta que el deber le señalaba...

Por estas reiteradas pruebas de su entereza y de su fe se lo calificará, por sus mismos contemporáneos, de **HOMBRE DE UNA SOLA IDEA** o, en figura antonomásica de inequívoca altitud, de **INCORRUPTIBLE**. Hasta sus mismos enemigos tienen de reconocerle su honradez, su hombría de bien, su probidad. "Siempre he tenido a Ud. por un hombre de honor y quiero rendirle en público este homenaje de justicia", le dice García Moreno, ese otro gladiador gigante, en célebre sesión parlamentaria.

Dicen que, en sus ratos perdidos, gustaba de la conver-

---

(1) El Sr. Dn. Víctor M. Guzmán, en un discurso bello y pulcro sobre la personalidad de Moncayo, dice, aunque refiriéndose ya a la ancianidad: "Guardó sincera amistad con los personajes más ilustres de América y varias veces, dice Luis Puelma, al elogiar la labor de Moncayo: "le ví después de sus ochenta años llorar con la ternura de un niño, cuando inválido leía en los bo-

sación y deleitaba a sus ilustres contertulios con sus anécdotas y recuerdos amenísimos.

Como patriota fue sin parecido, por el entrañable amor que profesaba al país, por su desinterés, por su sacrificio, por el sincero encendimiento con que gustaba de asociar su nombre a las solemnidades de la Patria.

Y así, gran parte del Ecuador, centro de absolutismo, de prejuicios, de colonia, de negaciones, volvía la mirada a él como a un símbolo, en sus horas sobresaltadas de opresión. Y Moncayo, cubierto con el yelmo empenachado de sus virtudes, arrebolaba el ambiente de rebeldías. Nunca conoció la sensación del miedo. Actuó con febril oportunidad. Vivió, más que escribió, la Historia de los primeros decenios de la República. Su influencia política fue incontrastable. Y la arrancaba del seno de la escuela inglesa y de la enciclopedia. He ahí que se constituyó de suyo en Jefe de la "élite" liberal y la dirigió con señorío en las grandes justas del honor.

Erró no pocas veces y en la medida de su gran impulso, como para patentizar que tras los arneses relucientes, tras las excelsitudes del ánimo, late también, al fin, un corazón henchido del humano ardor que volatiliza sus excesos en hondas de extravío o de pasión innominada...

Pero su amor abarcaba en extensión las patrias del Continente. Y cifraba la resolución de sus vitales intereses en la

---

letines de la muerte las imponentes y fúnebres ceremonias con que el amor, la gratitud y la justicia acompañaron a quienes él rendía el culto de la admiración o de la amistad". ¡Lloraba! ¡Cómo no había de llorar si las lágrimas son el patrimonio de las almas cultas y delicadas, de los corazones abiertos para todos los dolores! ¡Cómo no había de llorar quien sintió los infortunios y desventuras de su lejana Patria".

mancomunidad de esfuerzos y sacrificios; si bien como "Diplomático sagaz e Internacionalista probó, puso en sus actividades y en sus páginas singulares afanes de justicia y de defensa de nuestros derechos".

Por todos conceptos fue un hombre superior. Un grande hombre en quien se resumen muchas glorias. Su vida constituye una enseñanza y un ejemplo.

Cobra relieve eterno, cuando comparamos su inalterable firmeza con la volubilidad incongruente y desorbitada de nuestros políticos amoraes de todas las zonas y de todos los tiempos.

"Tal es Don Pedro, el Grande del Liberalismo ecuatoriano".

"De recia envergadura—, ni las amenazas, ni las prisiones, ni los destierros pudieron doblegar su altivez ingénita, su voluntad dominadora y bravía. Filósofo, juriscónsulto, historiador, periodista, filántropo, gran patriota, todo, en una sola palabra, sigue constituyendo el más alto prestigio del liberalismo ecuatoriano; y la resonancia de sus luchas, de sus enormes pasiones, de sus virtudes y sacrificios, es un gran estímulo para levantar los espíritus y purificar los corazones. . . (1)

## SUS PUBLICACIONES

Los escritos de Moncayo, la mayor parte de ellos obra de circunstancias, de luchas partidaristas, enconadas, vibrantes, no son conocidas todas quizás. Vamos a consignar entonces las que conocemos, y algunas otras más de que nos

---

(1) Pío Jaramillo Alvarado.

hablan sus biógrafos sin que podamos, por lo mismo, consignar las particularidades de fecha y de presentación tipográfica. En las Bibliotecas que hemos consultado no hemos podido conseguir mucho y en las de personas dedicadas a esta clase de estudios no hemos podido adelantar tampoco mayormente. Ni la clasificación ni los títulos van, pues, con la seguridad que desearíamos en estos apuntamientos:

### **Periódicos:**

“El Quiteño Libre”, “La Linterna Mágica”.

“El Progresista”, “Fray Francisco y el Padre Tarugo”

“El Rebenque”, “El Viejo Chihuahua” y “El Baile de Máscaras”.

Colaboraciones en la “Revista del Pacífico” y en “El Ferrocarril” de Santiago y en otros órganos valiosos de la prensa de esos tiempos. “Impugnación a los Censos”, “Análisis del Título XXVIII. Libro IV del Código Civil”.

### **Opúsculos:**

El 1º de Agosto y el Ciudadano Vicente Rocafuerte, Cartas de Imbabura, Viajes por Suiza, Cuestión de Límites entre el Ecuador y el Perú, Colombia y el Brasil,, Colombia y el Perú, Ojeada sobre las Repúblicas sud-americanas, Juicio crítico sobre el General Ramón Castilla, Estudios sobre el camino de Ibarra al Pailón, Juicio crítico sobre el ensayo de la literatura ecuatoriana de Pablo Herrera, El Tiranicidio, Juan Viteri, García Moreno y los Jesuítas, García Moreno y sus herederos, La muralla china, Colonias agrícolas en las costas de Esmeraldas.

## Libros:

El Ecuador de 1825 a 1875. Sus hombres, sus Instituciones y sus Leyes.



## APENDICE EN ELOGIO DE MONCAYO Y DE MONTALVO (1)

### Vigías de la Democracia.

Como la vida de todo pueblo de cultura incipiente, la democracia ecuatoriana ofrece singulares contrastes de acción y reacción, de lucha y atonía, de entereza y de renunciación, de dinamismo bullente, juvenil, heroico, y de resignado silencio soporoso. Es la vida que se manifiesta en su virtualidad operante y compleja. Y son muchos los factores que determinan este hervor alterno.

Y ese ritmo de la historia, esa periodicidad lógica crea, en su oportunidad, la ufanía alta y viril de los nobles caracteres, de los grandes espíritus que encauzan toda una

---

(1) Este trabajo fue leído por su autor en el Teatro Municipal de Ibarra, el 13 de abril de 1932 —Primer centenario del nacimiento de Juan Montalvo—, en la "Hora Montalvina" en la que tomaron parte, con tema y tiempo señalados, varios escritores ibarreños.

época y son como su complemento y su personificación. Mezcla de virtudes y defectos coetáneos, unifican en un haz el cúmulo de energías latentes y dispersas que pugnan por surgir, y las tornan en levadura de opinión, en pasión de rebeldía, en auténtica coloración nacional. Son los creadores de la emoción política. Los Jefes natos de la ciudadanía. Los vigías de la democracia. En cierto modo, los transmutadores de la Historia.

Y así como en la naturaleza física, a trechos sobre la esmeraldina horizontalizada del llano o por encima del precipicio hirviente, se levanta la vigilia señera de las altas montañas, de la entraña viva de los pueblos surge también, a imprevistas distancias del lugar y de tiempo, la gran cimera humana, henchida y estremecida de vitalidad, en que refulge una veta de belleza, de bien o de heroísmo y se yer gue, muchas veces despótica, sobre el ras aglutinante y espeso de la vulgaridad...

Y como su acción ha ido encaminada a despertar una misma gleba inerte, a enardecer un mismo opreso corazón inmenso, a hacer vibrar de emoción una misma masa grávida de prejuicios, he ahí que varios de ellos ofrecen entre sí similitudes de acción, vinculaciones de obra y de esfuerzo y, sobre todo, estrechas afinidades psicológicas que los une, como en un vértice de luz, en la magnitud trascendental de su función específica.

Tal ocurre entre el garboso ambateño, de extensa y resonante nombradía, que es Dn. Juan Montalvo, y nuestro conterráneo ilustre, de vida limpia y de perfil heleno, que se llama Dn. Pedro Moncayo.

## Paralelismos, armonías.

Nacidos en la amable placidez de la vida provinciana, en medio de una naturaleza pródiga, ven deslizarse sus días primeros en la calma sedante del paisaje, en el silencio meditativo del valle circundado de cumbres, acendrando fuerza y vigor para la lucha de los días venideros. . .

Ibarra, Ambato, ciudades de hermosura cautivante en lo que concierne a su aspecto físico, eran entonces misérrimo asiento de población y de cultura. Su vida medio vegetativa se resolvía entre el dolor de la servidumbre, los afanes de un devotismo externo y la diaria murmuración intrascendente. Escasísimo ideal animaba su espíritu. Encastilladas ellas mismas entre los riscos de la Cordillera, veían pasar sus lentos días iguales, sin urgencias de amplitud, sin anhelos de vuelo. Retraídas del comercio universal, sumían en un letargo doloroso su resignada ignorancia.

Si aceptásemos una explicación socio-geográfica, quizás la naturaleza grandiosa infundió en estos dos próceres su hechizo de hurañez, su máscula arrogancia, su erguida virilidad. Como pudo decirse de Sarmiento, también ellos fueron formados "fuera de la urbe metropolitana, en contacto inmediato con la naturaleza, ajenos a todos los alambicamientos exteriores de la mentira mundana, con las manos libres, la cabeza libre, el corazón libre, las alas libres". Sus miradas aquilinas se nublaron ante la angustia de la abyección circundante. Y —antenas prodigiosas— captaron en el espacio la onda libertaria y la hicieron centellear con sonoridad y fuerza anteicas, en el sopor de la conciencia nacional. A la nativa disposición de sus espíritus de castellana cepa, se unió la sugestión eterna de Roma y de Grecia antiguas con sus Cicerones y Plutarcos.

Acuciados, desde entonces, por este imperativo de liber-

tades, de justicia, de bien, ya no tendrán sosiego ni vagar mientras se conculque un derecho, mientras se genere un déspota.

¡Permanentes centinelas flamígeros!

### **Lid primera, fuente heroica.**

Cronológicamente, Moncayo es el primero. Anterior, con una generación, al Cosmopolita, mira a su Patria, si liberada políticamente, roída por el carcoma de un militarismo ominoso. Eran los días primos de la República. Las horas del reparto del botín. De la concupiscencia. La gloria heroica se trocaba en garra sanguinosa. Un despotismo más irritante aún se entronizaba sobre las ruinas del despotismo peninsular.

Flores, el fundador de la República, transige indecorosamente con los héroes de ayer. Se macula al País. Se infama a la ciudadanía. Es la hora en que el primer fulgor libertario se enciende en la noche callada. Han lanzado su clara voz de ¡alerta! los patriotas. Y Moncayo está allí, con su juventud encendida, tremolando, desde "El Quiteño Libre", la roja insignia reivindicadora. Y allí caerá, al pie de ese baluarte de honor, para ir a apurar las hieles del exilio. Su vigorosa lealtad no claudicará nunca. Si Rocafuerte, el rígido Jefe del civilismo en marcha, de los "Chihuahuas" valerosos, acalla su rebeldía en pacto inesperado con Flores, allí encrepará Moncayo esa defección con brava elocuencia, con fiereza ruda. Las playas rumorosas, extrañas, que acogen su dolor, sabrán entonces de sus iras santas, de su entereza, de su soberbia austeridad.

Y como se suceden en el Poder las concupiscencias y las deslealtades, el grito de la traición y la asechanza de la

emboscada, el olvido de los ideales, el franco dominio de las malas pasiones, su actuación, constante, pertinaz, en la prensa, en el Club, en la tribuna, en el parlamento, no será sino una oleada de reproche, un continuado embate gigantesco. Si hoy el espejismo político, la esperanza fincada en un hombre vacío, de yerta voluntad patriótica, le hacen transitar por veredas de error, mañana el relámpago de su verbo herirá de muerte esas falsías y tomará otra senda, de la que puede retroceder, absorto, ante una nueva claudicación de los más.

Así, Roca, en parte Urvina, Robles y el testaferrero de éste; García Moreno, el dinámico hecho voluntad, Borrero. Veintimilla, el fastuoso de la defeción, caerán vilipendiados rudamente debajo de esa justicia hecha alarido, de la vindicta de ese carácter diamantino...

### **Hoguera Montalvina.**

Así también Montalvo, el continuador y superador por algunos aspectos de esa gloria de heroicidades, de esta lucha sangrienta contra las tiranías; Montalvo, que a la herencia de libres disposiciones anímicas aunó el contagio —sin duda eficaz— de la austeridad de Dn. Pedro, (no olvidemos que fue su Secretario en París) va a recorrer el campo, desde el primer momento, con aire solemne y señorial. Siente el encendimiento interior de su apostolado y principia increpando y se anuncia rugiendo... La misma torpidez en el ambiente. El mismo crujir de cadenas. La misma servidumbre: la de la conciencia. Pobreza de espíritu. Sumisión. Ceguera.

Contra García Moreno va a operar su artillada vehemencia ciudadana. Contra este Jayán del solio, de encumbrada inteligencia y de vivo impulso personal, de acendrada con-

vicción teocrática, progresista, fuerte, maravillosamente dinámico, un gran cruzado en pleno siglo XIX, va a estrellarse su vigor combativo, su alma tormentosa, su espíritu de elección... Del choque de estas dos fuerzas antagónicas en duelo, va a despertar el alma nacional, florecida de dignidades y de luces... Un choque asombrador, gigante, mitológico.

Y serán después serenidades con Poder, tal un Borrero; ponzoñas presidenciales, un Veintimilla, los que caigan sangrantes, moribundos, en el polvo del camino, asaetados por sus dardos certeros y desgarrados por sus tajos de luz vengativa y sus cauterios impiadosos.

El exilio también será para él —como para el otro— el último doloroso refugio!

### **Fuego interno, bifurcación de sendas.**

Es que Moncayo y Montalvo son seres en quienes la fuerza de su espíritu emana de la hondura de la convicción, de la sinceridad, del afán de justicia, del amor al derecho y a la colectividad, sin fingimientos ni cobardías. No hay en ellos metal para su propia forja de utilidades, para su personal encumbramiento, para su ventura económica. De sus crisoles sólo emerge el grano purísimo de la idea noble, quizás excesivamente abstracta para tornarla entonces en carne de sentimiento, en avidez de multitud.

Mordidos por la llama del carácter y con el corazón inmanchado, no pueden sino lanzar verdades dolorosas, aún a despecho de la gran piedad que alienta en ellos. Sabían que —como decía el excelso Martí— “las palabras deshonran cuando no llevan detrás un corazón limpio y entero”.

Mas, si coinciden en el temple del ánimo, en el carácter inamellable, en la pujanza de la voluntad, difieren, por

modo singular, en sus sendas formas de expresión verbal. Montalvo comparte igualmente su culto por la justicia con la martirizante idolatría del idioma. Es el artista magno que pone en el fuego de sus admoniciones la gracia del giro arcaizante, la voluta repujada con aliento benvenutiano, la filigrana de inigualable preciosismo. Posee la voluptuosidad del estilo, hasta el punto de que, lanzado el dardo, ya no le obsede a él la herida que barbota en rojos hervores, sino el aleteo de la frase que persevera con ritmo deleitante. Está poseído por el genio del idioma y le escuece el alma el prurito de belleza. Por eso, por pasión de belleza, es un ser apolítico. Es un Moisés tonante que respira en la altura y que tiene para nuestra angustiosa realidad el rayo de su vigilia asidua. Moncayo se diría más humanizado. Tiene actuación más cercana en la política del País. Más cercana y más directa y personal. Confina con el estadista. Sus escritos, de tersa factura clásica, no alcanzan el magno hechizo de Montalvo, aunque hieren con denodada maestría. Es el gladiador que blande su tizona en medio de la muchedumbre, sin contaminarse de plebeyez. Es el atleta de verbo tribunicio que instiga y va al rescate de las libertades. Le abrasa el númen de la elocuencia. Y es este de sus atributos el que lo caracteriza con mayor relieve personal.

### **Aureola de grandezas.**

Combatientes de esta estirpe tenían que sufrir el rencor vengativo de las oligarquías, las torturas de la incomprensión, las angustias del inadaptado dentro de la ingratitud del medio. Y, por reacción natural, se abroquelaron en una orgullosa soledad, reacios a la fortuna o a la dádiva, lamentando en su interior —con lamento desilusionado y como

apostólico— por la visión de nuestra democracia anarquizada en su misma adolescencia. . .

Y como derrocaron cesarismos, fueron agredidos también con saña atroz, con crueldad sin par. Mas, cada uno de ellos pudo exclamar exactamente la frase de ese gran espíritu que fue Alberdi: “la injuria de esa rabia cae sobre mi vida como la lluvia sobre el mármol: para blanquearlo”.

En efecto, blanquea ya y perdura ,en mármol centenario, el recuerdo admirativo, apoteósico, de sus grandes hechos y de sus vidas azarasas y limpias.

ALFREDO PÉREZ GUERRERO

COMENTARIOS SOBRE LA  
CONSTITUCION POLITICA



Señores:

Habría querido que mis palabras broten espontáneamente de mis labios para que ellas tengan la vibración y el calor de la emoción que poseen cuando no siguen los estrechos y disciplinados senderos de la escritura, sino que son como lazo vivo y sonoro que une el pensamiento y corazón de quien habla y de los que le escuchan. Entonces la palabra es una especie de comunión de los espíritus y el discurso no está hecho friamente en el silencio de un estudio y frente a una máquina de escribir, sino que va haciéndose como un sér vivo, naciendo en cada instante como obra común, como una creación del público, cuyo intérprete es el orador. Lo habría querido así, para poder decir con adecuada y encendida frase, lo que para mí significa Guayaquil y su Universidad ilustre; para poder elogiar las virtudes de la juventud universitaria; y para agradecer debidamente la persistente y generosa invitación de los estudiantes de la Asociación Escuela de Derecho. Porque no es una invitación de hoy, y porque esta simpatía y afecto de los estudiantes, son simpatía y afecto nacidas hacen muchos años y demostradas ya en 1945, cuando la Asociación me galardonó con una medalla de oro y un Acuerdo elogio-

so con motivo de la publicación de una de mis obras jurídicas.

Estoy en deuda con esta ciudad egregia, con sus hombres ilustres, con su pueblo dinámico, centinela y baluarte de la libertad ecuatoriana. Y estoy en deuda con su juventud universitaria, que no solamente cultiva su espíritu y lo enriquece con los tesoros de la ciencia, sino que tiene conciencia de que su deber es el de custodiar y salvar de los oleajes de la mentira, de los intereses mezquinos, de la política insubstancial y de las fuerzas negativas henchidas de ambiciones y de odios, el arca sagrada que contiene los valores eternos del hombre: la libertad, la verdad, la justicia.

Guayaquil es para los ecuatorianos no solamente ciudad populosa y rica, puerta de la Patria abierta al mundo, centro del comercio y de la industria, sino también y sobre todo es el símbolo del destino y de la personalidad ecuatoriana que, a través de todos los siglos y a pesar de todas sus caídas y desesperanzas, busca la ruta de la libertad y del respeto a la dignidad humana, y rompe una vez y otra, las cadenas de la opresión o de la tiranía. Guayaquil no pudo ser definitivamente sojuzgada por el incontrastable poderío incásico, y desde entonces ha mantenido su tradición libertaria. La antorcha de rebeldía que encendió Quito en 1802, fue encendida otra vez en esta ciudad, y desde entonces la independencia del Ecuador estuvo asegurada. Y luego de largos períodos de tiranía y de sombra, luego de la lucha tenaz de Alfaro en sus montañas manabitas, fue menester que su grito encontrara eco en Guayaquil, para que los grandes principios del liberalismo fueran implantados en la República.

Por esto, mi pleitesía y mi homenaje a esta gran ciudad de la Patria. Por esto y porque encontré en sus hombres

nobleza, generosidad y simpatía. Con un grupo de hombres ilustres de esta Ciudad, presididos por la bondad y por el corazón de ese patricio y modelo de generosidad, que fue don Carlos Julio Arosemena, pude colaborar durante un año inolvidable, para gobernar al País. Se demostró entonces que no es el Ecuador ingobernable, un pueblo al que sea menester disciplinar con el sable, la bayoneta y la bomba lacrimógena, sino que es un pueblo "llevado por el bien", como dijera Benjamín Carrión, un pueblo inteligente dispuesto a soportar miseria y dolor cuando ellos son irremediables; pero que no tolera la mentira, el engaño ni la hipocresía.

Mi homenaje también a esta juventud universitaria, porque al defender los valores de la nacionalidad, al luchar por la libertad y la democracia; al rechazar todo lo que tiende a torcer las conciencias, a encadenar las mentes, a aprisionar este gran afán de justicia para el pueblo y para sus trabajadores, está defendiendo y luchando por lo que constituye la esencia de nuestra historia y es símbolo y cumbre de nuestro porvenir. Tengo la convicción de que corresponde a la juventud universitaria, la misión de salvar al País. A ella toca decir la palabra que sea guía y luz para los hombres y que, a la vez, sea condenación de todo servilismo y de toda dictadura. Misión árdua, dura, peligrosa; pero que hay que llenarla con valor, con tenacidad y si es menester con sacrificio.

Jóvenes universitarios:

Anhelo, desde el fondo de mi alma, que mantengáis vuestros ideales y que seáis capaces de no mancharlos ni olvidarlos cuando dejéis estos claustros. La vida os espera afuera con sus tentaciones de lucro, de triunfos materiales, de logros momentáneos. Tened presente entonces la promesa que implícitamente habéis hecho en este hogar del espíritu, promesa que es la de poner vuestro talento, vues-



tro entusiasmo y vuestra vida al servicio de la Patria. Sabéis que la Patria, no es solamente el suelo de nuestros mayores; no es solamente la gloria y la obra de Rocafuerte, Alfaro, Espejo, González Suárez. Patria es la obra que el hombre realiza en cada día; es el surco que abre el campesino; los ladrillos que junta el albañil, la tela del obrero, la investigación del sabio, la estatua o el cuadro del artista, y el ideal de libertad y de justicia que enciende el alma y tensa el músculo de todos ellos. Eso es la Patria: conjunto de almas, de vidas, de dolores y alegrías que se cruzan, se estimulan y se enlazan para construir un porvenir de claridad, de verdad y de amor.

La Asociación Escuela de Derecho me solicitó, por medio de su Presidente, una conferencia sobre un tema jurídico. Accedí a su pedido, no sin aclarar que no tengo dotes para decir conferencias que puedan atraer la atención del público, para conquistar los aplausos que se deben a quienes se distinguen por sus dotes oratorias. Se me excusará, por lo mismo, que esta disertación carezca de galas literarias y que sea apenas una especie de exposición de cátedra universitaria.

Quiero hacer algunas consideraciones sobre derecho constitucional y concretamente sobre nuestra Constitución vigente.

El derecho constitucional es el sistema de normas, de acuerdo con las cuales se organiza un estado y se establecen las garantías humanas. El derecho en general es la estructura de la vida del hombre considerado en sí mismo y en relación con los demás. Aquello que en la vida animal es el instinto, en la vida humana es el derecho. El instinto es una norma rígida, un mandato subconsciente que permite al animal vivir, defenderse y agruparse, por mantener y para propagar la especie; es la ley de la selva, que dijera Kipling,

y cada especie zoológica se somete a ella, so pena de extinguirse. Pero el hombre, sér que razona y que por tanto duda; sér colocado en una encrucijada de innumerables caminos; sér que construye sus ideales y esperanzas en cada instante, y que por ello es un devenir, un hacer y rehacer, un afán cuyas metas cambian siempre; el hombre, digo, tiene que dictarse a sí mismo para cumplir sus funciones vitales de conservación y de reproducción y sus funciones anímicas de progreso y de perfeccionamiento, su norma de conducta, como un camino para sus acciones. Crea, así, el hombre, el derecho y el deber, y en un plano de causas y finalidades distintas, crea también la religión y la moral. El derecho es norma de relación esencialmente; norma que es una especie de escudo para proteger un conjunto de principios esenciales para que siga siendo en el presente y en el mañana, aquello que cimienta y mantiene unido y actuante un grupo de hombres. No importa que esos principios sean equivocados o erróneos y aun pueriles; lo que importa es que ese grupo de hombres —horda, clan, tribu, nación— haya puesto su fe y su destino en esos principios. Porque tiene esa fe; porque sabe que sin esos principios, la vida y el porvenir de su grupo se derrumbarían en la nada o en el caos, por eso se crea el derecho y la ley. La función de éstos es esencialmente de conservación y defensa del grupo humano y de las creencias que mantienen una solidaridad entre sus elementos y que satisfacen el anhelo de su pensamiento o de su corazón. Y puesto que es menester defender creencias que tienen igual valor que la vida, porque sea base de la vida del presente y del mañana, el derecho tiene que imponerse cuando es menester, por la coacción. El “tú debes hacer esto o abstenerte de lo otro” no es un consejo ni una súplica, sino un mandato que ha de cumplirse inexorablemente, so pena de sanciones que tienen múltiples grados,

hasta la sanción máxima de la vida del transgresor de la norma.

La moral, la religión, parte de otros principios y llega a otras consecuencias. No es menester hablar de ellas para mi propósito. Basta decir que las normas de la moral y religión no suponen la coacción para cumplirse. La sanción para quienes violan sus principios es de índole fundamentalmente diversa.

Las normas jurídicas tienen diversas calidades y categorías: hay el derecho civil, el administrativo, el penal, el mercantil, el del trabajo, el constitucional, cada uno con su esfera específica de aplicación, y cada uno ligado en su cimiento con los demás. La base de todos es el concepto que en cierto período de tiempo y en cierto espacio territorial se tiene de los principios esenciales para la conservación y el progreso de un grupo humano.

El derecho constitucional, del que tratamos en esta conferencia, es el que por excelencia consagra esos principios esenciales. Es así el derecho máximo del que los demás son corolario y aplicación. No es el derecho constitucional creación de Inglaterra con su Carta Magna, ni de Francia en la Revolución Francesa ni de España con sus fueros. Ese derecho existe en todo organismo social, aun en los más primitivos y atrasados. Francia e Inglaterra sistematizaron y pusieron nombre a tal derecho; pero él existe y no puede por menos de existir en cualquier conjunto de hombres que forman una sociedad, porque esos hombres, para que la sociedad exista y no se derrumbe en la anarquía y el caos, necesitan de los principios jurídicos que hagan respetar y cumplir aquellas ideas que son nexo de unión y acicate para el porvenir. Esas ideas pueden parecer o ser realmente absurdas; pueden significar la creencia en un origen común, o la veneración a fetiches e ídolos, a un principio religioso más

elevado; mas esa fe, esos principios son el cimiento del edificio social y la savia que nutre el alma de los hombres. El derecho mantiene y defiende esos principios y crea una organización, autoridades y mecanismos judiciales para cumplir con esos objetivos.

Así en todo tiempo existe un derecho constitucional que es el derecho público y máximo, el derecho de ese ente que es como baluarte y a la vez espada de la sociedad, y que se llama el Estado. Este es, se dice, la sociedad políticamente organizada. Es en verdad la sociedad que ha debido crear-se organismos que la mantengan en su sér, que la permitan "estar", "seguir estando" a través del tiempo. Y como el estar es opuesto al devenir y al cambiar que es esencia de la vida y del espíritu, el Estado cuyo fin es mantener un sistema de vida en que tiene fe la sociedad, tiene que defenderse contra las fuerzas destructoras y también contra las renovadoras y creadoras del mañana. Sin el Estado, la sociedad se disgregaría; pero con solamente el Estado, el hombre tendría que permanecer definitivamente con el mismo sistema de ideales que informaren a una sociedad en un momento dado.

Por eso, toda creación y todo progreso social han significado siempre un proceso revolucionario, a menos que el progreso sea solamente una ampliación o aplicación de los principios básicos que el mismo Estado defiende. Para que prevalecieran en el mundo los principios de la Revolución Francesa, fue menester destruir desde sus cimientos el estado feudal.

El hombre anhela a través de todos los siglos, encontrar principios de moral, de verdad, de libertad y de paz, que encarecen en sí las esencias últimas del espíritu y de la vida, de tal manera que el Estado no sea barrera insalvable para las innovaciones futuras; y que toda renovación y

todo progreso se encuentren ya contenidos en los valores que el Estado mantiene y defiende. Quizás aspiración tan alta sea inasequible; y quizá ella esté en contradicción íntima con las leyes supremas del espíritu y de la vida humana.

El derecho constitucional moderno, especialmente el que proviene de la Revolución Francesa, es derecho escrito y se encuentra contenido en un cuerpo de leyes denominado Carta o Constitución Política. Ella se distribuye en dos grandes partes: la de organización y la de garantías o derechos fundamentales. En realidad la parte de garantías o dogmática, es la que contiene las bases, principios o valores que son la esencia de las sociedades de hoy. Esas garantías son los derechos por los cuales ha luchado el hombre desde el comienzo de los siglos. Son producto de la razón y del corazón humanos; parecen hoy axiomas indudables; pero para implantarse, a lo menos en la letra y en el afán de las leyes, fueron menester ríos de sangre, innumerables batallas, sufrimientos inauditos de centenares de generaciones. Fue menester la palabra y el sacrificio de Jesús; el horror y la gloria de la Revolución Francesa; el genio de Bolívar; el holocausto de apóstoles y visionarios de América y Europa; y la palabra ardiente y apasionada de los capitanes y guías de la democracia y de la libertad.

Ahora están allí, en la Constitución, por lo menos escritas, las garantías y derechos del hombre. Pero, para apreciar su valor y el tesoro que encierran, es menester asomarse a las puertas del pasado y mirar con asombro y arrobamiento, con gratitud y amor y a veces con espanto, el precio pagado por el hombre para conquistar esos derechos.

Todas las garantías humanas se sintetizaron en una: Libertad. Para ser libres, para que cada hombre sea libre, es menester que haya igualdad jurídica; y cuando los hombres

son iguales y son libres, la fraternidad y el amor se imponen entre ellos. E inversamente el amor es base de igualdad y de libertad, porque el amor iguala en el corazón, en el dolor y en la alegría a los demás hombres, y porque el amor no puede encenderse en medio de la desigualdad o de la esclavitud y tiranía.

Libertad de conciencia, libertad de palabra, libertad de trabajo, libertad de pensamiento. Tales son los cimientos de nuestro mundo moderno; tal nuestro derecho constitucional.

¿Y por qué esa lucha de siglos en pos de la libertad? ¿No era mejor un gobierno paternal que diera al pueblo pan y placer como el de la Roma imperial? ¿O que le asegurara la conquista y el dominio de la tierra, a cambio de la libertad, como en la Alemania de Hitler? ¿O que, como en la etapa comunista que vive hoy Rusia, prometiera trabajo y paz para todos y la dictadura del proletariado, a cambio de las creaciones espirituales y materiales del mañana, a cambio del pensamiento que está siempre alerta para criticar y remodelar las cosas, y para crear otra vez y otra y siempre los símbolos y el sentido de la vida y del destino?

La verdad es que no puede concebirse al hombre sin el dón de la libertad, porque ésta es el clima, el sustento y la atmósfera del espíritu. El hombre es espíritu y pensamiento, y solamente por ellos pudo ponerse de pie para mirar las estrellas, pulir el hacha de piedra y encender el primer fuego por su mano. Solamente por poseer espíritu y espíritu sin cadenas pudo crear los prodigios de la ciencia, de la cultura y del arte que no son sino manifestación externa y perecedera de ese espíritu. No se puede sacrificar la libertad por ningún bien, por ninguna promesa de pan o de paz o de justicia, porque ese pan tendría amargura de veneno, esa paz sería de muerto; y esa justicia no sería justicia humana ni tendría sentido.

Las dictaduras levantan monumentos inmensos, construyen super-carreteras; se adornan con el orópel de la opulencia: disciplinan a los hombres hasta convertidos en "masas"; y junto a las obras suntuarias e inútiles muchas veces, construyen los campos de concentración y las cárceles de suplicios. Para al fin derrumbarse, porque estaban vacías de espíritu; porque estaban contra las leyes humanas; porque todo era vanidad de vanidades y cenizas de mentira.

Lo primero de todo es la Libertad: es ella el alfa y el omega en los caminos del hombre. A veces es menospreciada y conculcada, a veces los fariseos de la concupiscencia blasfeman de ella y la crucifican, y se producen largos períodos de opresión, de explotación y de esclavitud. Pero ella no muere, porque está en la raíz del ser humano.

Decía que en las Constituciones Políticas, lo fundamental es el sistema jurídico que organiza el Estado para precautelar y mantener las garantías humanas y que esas garantías, en su esencia, se refieren a la libertad. La parte llamada orgánica de las Constituciones, organiza las funciones del Estado, con el propósito de que esas garantías sean respetadas y cumplidas.

Dentro de la brevedad de esta conferencia, no es posible un análisis ni siquiera sucinto de las normas constitucionales, ni de las diversas Cartas Políticas que se han dictado, a partir de la Constitución del Estado de Quito, en 1812, de tan efímera duración. Nuestro País ha sido víctima de innumerables revoluciones o, mejor dicho, revueltas militares, y el triunfo de cada una ha significado la promulgación de una nueva Carta Política. Revoluciones propiamente dichas ha habido pocas. La fundamental, la que señala un nuevo capítulo en la marcha del Ecuador, fue cumplida por Alfaro, luego de una lucha de epopeya.

Quince son las Cartas Políticas que ha tenido el Ecu-

dor desde 1830, en que se separó de la Gran Colombia. Las que rigieron menos tiempo fue la de 1851, que fue reemplazada por la de 1852; y la de 1945, reemplazada por la de 1946, actualmente vigente. La de mayor duración, fue la Constitución liberal de 1906, vigente hasta 1929, y a la cual han recurrido numerosos dictadores, que la han declarado vigente, en todo lo que no se oponga a los propósitos de la Dictadura.

Hay Constituciones de toda clase y de todo colorido; hay la Constitución negra y la Constitución roja, la conservadora, la progresista, la liberal y la llamada comunista de 1945. En unas se invocó el nombre de Dios en vano y en las otras, el nombre del Pueblo, por medio de sus representantes que rara vez lo fueran realmente. En unas se exigió el ser católico, para ser ciudadano; y en otras, el tener un oficio, profesión o propiedad. Hemos ido a tientas por más de un siglo, por senderos tortuosos y sombríos. Militares y civiles, mediocres unos, idealistas otros, ambiciosos o desinteresados, asaltaron el poder por la fuerza y rompieron la Constitución por incómoda, para al poco tiempo escribir la otra, la definitiva, hasta dentro de un año o diez, en que necesariamente había que romperla y arrumbarla entre los papeles inútiles. Y sin que casi ninguno de estos cambios tuviera en mientes las necesidades profundas del pueblo ecuatoriano.

Esta ha sido la vida política y constitucional de la República. No ha habido tiempo casi para ahondar seriamente en la gravedad de los problemas nacionales; para apreciar en su hondura la tragedia de indios y montuvios lacerados por el hambre, la enfermedad y la ignorancia. No ha habido tiempo para construir carreteras, escuelas, hospitales. Si el pueblo ecuatoriano ha logrado sobrevivir a la tragicomedia de ciento veinte años de anarquía, de caudillaje y de rapiña,

ello se debe a su milagrosa vitalidad, a la escondida y poderosa fuerza que es como una llama inextinguible.

No ha habido respeto de parte de los gobernantes para ajustar sus actos a las normas constitucionales, y cuando no han podido violarlas sin grave protesta del pueblo y de los partidos políticos, simplemente han rto y arrumbado la Constitución, para gobernar sin más norma que su voluntad.

Esa facilidad para alterar o violar las leyes y reglas constitucionales, revelan que en la era de la República, no se ha formado suficientemente la conciencia jurídica de la Nación. Realmente Ecuador y las demás naciones americanas, cuando rompieron las cadenas coloniales y se independizaron de España, no constituían sociedades de fuerte textura y personalidad definida. La población híbrida, blanca, mestiza y aborigen; la opresión sin misericordia y la ignorancia en que se mantuvo y se mantiene aún a millones de indios; las dificultades de comunicaciones y transportes; la diversidad y el violento contraste de las comarcas territoriales; la ambición, ceguera e inmoralidad de muchos dirigentes, las causas de permanente zozobra e inestabilidad de las instituciones jurídicas. Durante ciento veinte años, el Ecuador ha hecho el aprendizaje del derecho y de la libertad; ha ensayado diversas formas constitucionales y diversos regímenes jurídicos; ha soportado tiranías y se ha colocado muchas veces al borde de la anarquía y del caos.

Pero, al fin, se ha salvado por lo menos el anhelo de este pueblo por la libertad. Hay en el hombre ecuatoriano una fuerza poderosa, un anhelo irrefrenable por la independencia y por la justicia. Y hay, también, en él, un claro concepto de lo que es recto y de lo que es bueno. Tiranías y mentiras no han prevalecido por mucho tiempo. El pueblo se ha encargado de castigar a sus tiranos.

Debemos tener optimismo de que existe ya una clara

conciencia del derecho y una firme voluntad por mantenerlo y defenderlo. Cada vez será más difícil convencer al trabajador, al soldado, al empleado, de que la Constitución es un pedazo de papel y la ley un objeto de prestidigitación y de burla. Ese sentimiento y pensamiento popular se refleja también en los gobernantes. Todos ellos se dicen respetuosos de la Constitución y de las leyes y cuando realmente se apartan de ellas, lo hacen por motivos que, a su juicio, son trascendentales, y luego alegan largamente para demostrar que han sido fieles servidores de las mismas.

La Constitución que nos rige fue dictada por la Asamblea de 1946. Reemplazó a la Carta Política expedida por la Asamblea de 1945, luego de la revolución del 28 de mayo de 1944. No es menester compararlas ni apreciar la valía intelectual o cívica de los hombres que elaboraron la una y la otra. Pero sí precisa decir que la Constitución que nos rige, adolece de innumerables faltas y errores de fondo y de forma. Las contradicciones, los vacíos, los vicios de redacción y aún de ortografía, son harto frecuentes. Conceptos fundamentales de Derecho Político y Constitucional, se encuentran en la Constitución obscurecidos y olvidados. Por ello, la Comisión Legislativa Permanente, en 1951, elaboró un amplio proyecto de reforma. El Congreso Nacional de ese año y de los siguientes, se limitó a discutir si debía o no comenzar el texto Constitucional con la frase "en nombre de Dios", o "en nombre del Pueblo del Ecuador".

La Asamblea de 1946, no tuvo ni podía tener la fuerza creadora que es producto de una fe en la obra que se pretende cumplir; ni tuvo el respaldo de un pueblo que busca nuevas formas a su destino. No hubo una situación nacional, semejante a las que precedieron a las constituciones de 1906, o 1928, o 1944, por ejemplo. Se trataba solamente de arreglar constitucionalmente la situación de facto producida a

raíz del 30 de marzo; de procurar suprimir de la Constitución de 1945, algunas de las molestias que disgustaron al Ejecutivo; y de dar cumplimiento a la promesa hecha por el Presidente de la República, de restablecer el régimen jurídico.

La Asamblea tuvo por base de sus deliberaciones, el llamado "Proyecto de los Juristas", elaborado por los señores doctores Balarezo, Pérez Echanique, Sánchez Granados, Acosta Soberón y Esteban Amador Baquerizo.

Y no pudo por menos de tener también en cuenta los preceptos, de derecho social de la Constitución del 44-45. No había ya cómo prescindir de esos preceptos, porque ellos habían pasado a ser una conquista a la cual los trabajadores ecuatorianos no podrían renunciar ni permitir que se suprimieran, y porque el Derecho Social es la nueva conciencia y el nuevo anhelo del mundo, y prescindir de él sería como si en materia científica se pretendiera dejar de lado la electricidad e imponer el alumbrado del candil y de la vela de cera.

Tampoco pudo prescindir la Asamblea de ciertos principios del liberalismo, que el Partido Conservador había combatido tan ruda y sangrientamente, como la educación laica.

Junto a todos estos antecedentes que había que consagrar en preceptos constitucionales, era menester poner algunas ideas políticas conservadoras. De esta manera, resultó una Constitución Política híbrida, mixta, que pudiera ser tolerada por todos los sectores políticos. Una Constitución en la cual se garantizaban en gran parte los derechos del trabajo; se respetaban muchos principios liberales, y se la comenzaba: "En nombre de Dios". Nadie podía quejarse demasiado, ni tomar muy a lo trágico la facultad de subvencionar con fondos municipales, la enseñanza particular, ni

la posibilidad de que la enseñanza oficial fuera laica, aunque no seglar, ni la habilidad demostrada en la organización semi oficial del Consejo de Estado, substituyéndolo al temible y autónomo Tribunal de Garantías Constitucionales, causa próxima o remota de la ruptura de la Constitución de 1945.

Numerosos son los vacíos, contradicciones y defectos de la Constitución vigente. Es de esperar que el Congreso Nacional se decida seriamente a considerar el proyecto de reformas elaborado por la Comisión Legislativa y acepte por lo menos algunas de ellas que son fundamentales. Pero, con defectos y vacíos, la Constitución consagra los principios esenciales de la democracia y los derechos individuales y sociales conquistados a través de sufrimientos y de luchas. La Constitución es de todas maneras, en sus esencias, el patrimonio de nuestra historia. Es la voz genial y profética de Bolívar y el fulgor de las lanzas que combatieron contra España, en Boyacá, Carabobo, Pichincha y Ayacucho; es el pensamiento y la lección de Nariño, de Espejo, de Montalvo; es el afán constructor de la Patria cumplido por Rocafuerte y García Moreno; es, en fin, la epopeya de Alfaro, cuya espada convirtió en realidad, en acción, y en vida, la pasión de libertad y de progreso del pueblo ecuatoriano.

Alta y respetable ley es la ley constitucional. Atentar contra ella, violarla, menospreciarla, es negar la gloria de nuestro pasado y el esfuerzo titánico de las generaciones que nos precedieron. Es, además, detener el proceso ascendente de la nación hacia cumbres de mayor justicia y de más clara democracia. La Carta Política es la expresión genuina de la Patria, el blasón de su victoria, la garantía de su permanencia entre las naciones de América, el hogar y refugio construido por los hombres de esta tierra, año tras año, siglo tras siglo. Y nadie que realmente ame al Ecuador,

puede romper y destruir esos valores consagrados en esa Ley máxima, sin atentar contra la estructura misma de ese pueblo. Para que ello ocurra es menester que varíen esos valores y que un nuevo ideal reemplace a los ideales que por ahora son raíz y sustento de nuestra democracia. Pero, nunca motivos políticos circunstanciales pueden asentarse como razones bastantes para destruir los preceptos constitucionales.

Quienes en una u otra forma ejercen funciones de dirección o de autoridad; quienes orientan desde la prensa o la tribuna la opinión pública; quienes dictan en escuelas, colegios, universidades una cátedra; quienes, en fin, por su palabra o por su pluma, están en capacidad de que sus ideas se trasmitan a los demás, tienen el ineludible deber de proclamar el respeto a la Constitución y a las leyes, como una base de rectitud y de moralidad indispensables para que algo pueda construirse en nuestra República.

Es cierto que las naciones de habla española han ido a tientas por los caminos de la historia, buscando afanosamente las bases de su personalidad, los ideales de su porvenir, los principios de su existencia y de su progreso. Verdad es que, en parte por ello, ha habido un frecuente cambio de principios jurídicos y un frecuente ensayar de nuevas formas de organización y de actividad. Pero esa es solamente una parte de la verdad. La otra es la de que ese cambio y ensayo, ese destrozamiento de una Constitución para cambiarla con otra, esa falta de respeto a la norma jurídica, se ha debido a una grave falta de moralidad y de seriedad y a la subordinación a las ambiciones políticas individuales o de grupo de los permanentes intereses del pueblo ecuatoriano.

Los gobernantes han menospreciado las leyes; las han incultivado de estrechas, de impracticables, de ineficaces para cumplir una acción gubernativa. Y, entonces, han pres-

cindido simplemente de ellas o han buscado entre sus líneas preceptos ocultos, contrarios en todo caso a su texto claro y diáfano. Si mediante tales procedimientos se hubieran conjurado graves peligros para la Patria, si se tuviera el derecho de decir sin discusión, que la Patria ha sido salvada, habría una justificación, porque en verdad, las leyes se hicieron para el hombre y no el hombre para las leyes. Pero "el hombre", no es un sér individual, ni son sus pasiones ni sus deseos. "El hombre" para el cual se han hecho las leyes, es el que vive en sociedad, el que tiene permanentes anhelos de libertad y de justicia; el que con su sudor y su sangre y su sufrimiento, ha conquistado el pan para su cuerpo, y la justicia, la bondad y la belleza para su espíritu. Las leyes se han hecho para la Patria: para su vivencia, su progreso y su dignidad.

En muchas ocasiones no se viola la ley por fundamentales razones que interesen al País. Y entonces se da un ejemplo funesto a los ciudadanos. Por eso, vemos con tanta frecuencia a funcionarios inescrupulosos: individuos que buscan determinados empleos, mediante los cuales pueden enriquecerse; hábiles sofistas para tergiversar las leyes y ampliarlas a su antojo. La inmoralidad, la falta de responsabilidad, el olvido o el desprecio del deber, campean por todas partes y corroen los cimientos mismos de la existencia de nuestro pueblo. Ponen, además, amargura en los espíritus sencillos, en los que creen que solamente el trabajo, la abnegación, el cumplimiento del deber merecen elogio y premio.

Tenemos que luchar contra ello, nosotros que pertenecemos a las Universidades Ecuatorianas. Debemos proclamar las reglas de la moralidad, de la rectitud, del respeto a la Constitución y a las leyes. No podemos reformarlas ni cambiarlas para satisfacer nuestro capricho o nuestra ambi-

ción, sino cuando ese cambio signifique una conquista del hombre para su mayor libertad y más amplia justicia.

Esta labor tienen que cumplirla las Universidades, y especialmente la juventud universitaria, porque esta juventud es el patrimonio más alto y noble con el que cuenta el Ecuador. No es este un elogio que proviene de mi calidad de Rector de la Universidad de Quito, sino la expresión de una clara e indiscutible verdad. En todo tiempo y en todo pueblo, es la juventud la que simboliza la pureza, el entusiasmo, la firme voluntad de entregarse en holocausto por un ideal de redención y progreso de la Patria. Si menospreciamos a la juventud, si la perseguimos y pisoteamos, estaremos demostrando con ello que están cerrados los horizontes del mañana; estaremos demostrando ser un pueblo enfermo que se debate en su dolor y en su angustia, sin esperanzas de salud y de vida.

No quiere decir esto que todo en la juventud es perfecto ni que debemos elogiar sus errores ni que neguemos que hay jóvenes que no merecen ese nombre. Pero, los errores de la juventud, sus demasías, sus actos a veces injustos, deben ser apreciados en su verdadera dimensión, para corregirlos; y para señalar los verdaderos caminos de rectitud y de bien. Hay que acercarse a la juventud con simpatía y con amor, y no con odio ni hostilidad, porque éstos son estériles y vacíos.

Las Universidades Ecuatorianas, tienen el deber de cumplir una gran cruzada en defensa de los permanentes intereses de la Patria. Tienen ellas que intervenir en el examen de los problemas básicos que afectan a la nacionalidad y buscar las soluciones de los mismos. No pueden serles extraños los asuntos políticos, cuando realmente ellos afectan a los cimientos de la democracia y de la libertad. Es condeñable ciertamente el que la Universidad sea baluarte de una

bandería o de un partido político: la Universidad no puede ni debe ser portavoz de los hombres de un partido, porque la esencia de la Universidad es ser la voz alta de la Patria, de todos sus hombres, y de los anhelos permanentes de ellos. Pero, por lo mismo, la Universidad tiene el deber, el derecho de ser la bandera y el escudo de esos anhelos eternos. La política universitaria ha de estudiar las posibilidades materiales del suelo ecuatoriano; ha de hacer un recuento de sus riquezas minerales y agrícolas; ha de analizar cada uno de los grandes problemas sociales y entre ellos primordialmente, el del indio y el montuvio; ha de dar directivas para redimir biológica y espiritualmente a los hombres de esta tierra; ha de dar su palabra de consejo y de sabiduría para trazar los planes y programas que aumentan la riqueza, la salud y el bienestar de los ecuatorianos; ha de ser siempre la Universidad creadora, la que lleve en la vanguardia la antorcha de la Libertad y de la Ciencia, por los ásperos y oscuros caminos del mañana. Y cuando sea menester defender el patrimonio de nuestros antepasados; cuando haya peligro para nuestra existencia como pueblo, la Universidad ha de ser la primera que diga "presente!" y que ofrende su sangre ante el ara de la Patria.

Esa es la política universitaria.

Bien quisiera hacer un estudio de las reformas que requiere nuestra Constitución y de un proyecto de interpretación que sobre la misma presenté al Congreso Nacional, el año pasado. No es posible dada la índole de esta disertación, y porque no quiero abusar de la generosa atención de de los oyentes.

Reitero a ustedes mi agradecimiento. Gracias, especialmente, a la Asociación Escuela de Derecho, por su bondadosa invitación; gracias también a la egregia Universidad y a su ilustre Rector, por haberme honrado al permitirme de-

cir esta conferencia, en este recinto. Mis votos más fervientes porque esta alta Casa de Estudios Superiores continúe su ritmo ascendente por los caminos de la Ciencia y la Cultura. Mis votos porque sean cada vez más estrechos los lazos que ligen a todas las Universidades Ecuatorianas. La obra en que estamos empeñados exige colaboración íntima y cordial. Hay que tender a crear la Universidad Ecuatoriana, con afanes e ideales comunes, aunque sean distintos, mas no opuestos los medios para realizarlos.

CESAR ANDRADE y CORDERO

# CITA CON LA POESIA: DIMENSION Y DESTINO

**Contenido de la Exposición hecha por el Miembro Titular de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y Representante por la Poesía, Dr. César Andrade y Cordero, como Mantenedor de la discusión de Mesa Redonda sobre la poesía, el 23 de Junio de 1954, en el Salón de la Casa.**

Director de Debates: D. Alfredo Pareja Diez-Canseco.

Mantenedor: César Andrade y Cordero.

Debatientes: Dr. Remigio Romero y Cordero.

Doña Mirta Gandolfo de Valdés Rodríguez.

Dn. Jorge Enrique Adoum.

Lcdo. Alejandro Carrión

Dn. Alfonso Barrera Valverde.

Dr. Galo René Pérez.

Dr. Eduardo Ledesma.

Dn. Augusto Arias.

Dn. Francisco Tobar.

## **Pórtico**

Saludo, emocionado, a este que resulta ser uno de los más brillantes concursos de poetas que haya podido reunirse, con propósitos de insospechado alcance, pero con fines de rectoría, de orientación sistematizante de las actividades de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, manteniendo la mirada atenta en el corazón y el rostro maravilloso de la Patria.

He de comenzar puntualizando una necesidad: la de la síntesis, en lo que a mi respecto obra; pues toda explicación pormenorizada de mi parte restringiría, con la inexorabilidad del tiempo, las sabias y luminosas exposiciones que se dejarán escuchar en este recinto, donde no es empresa de discusión, no tarea de contienda, bien así que amable coloquio, juiciosa y atinada plática de todos con todos los que nos prometemos desenvolver en torno a la más graciosa y serena, a la más idónea y excelsa actitud humana, que sobrepasa todo lo natural y lo dado, lo sensible y lo actuante, lo empírico y lo facticio, cual es la sabiduría —no el conocimiento— de lo dulce y de lo armonioso que, en un sentido de creación y recreación perennes, llamamos Poesía.

No daré un paso más en esta exposición, sin presentar ante todo mi fervorosa felicitación al benemérito Señor Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Dr. Benjamín Carrión, en este X Aniversario de la fundación de la Ca-

sa, por hallarse en él guía esclarecido de numerosas generaciones de artistas, escritores, intelectuales del Ecuador contemporáneo; gran Mecenas americano que ha sabido convertir en realidades felices y patrimoniales las concepciones luminosas de su espíritu. Encaro, pues, una realidad que, por lo bienhechora para mí no la quisiera obliterante; y os presento, poetas esclarecidos de todas las tendencias, de todos los orientes y ciudadanos luminosos de la Patria del resplandor, de la transfiguración, del éxtasis, del embeleso y los deliquios del alma, de la Patria eterna de la eterna Poesía, mi salutación fervorosa y estremecida, mi ardiente enhorabuena. Salud, pues, poetas.

### **Itinerario**

Menos por consideración a la estrechez del tiempo —dispongo apenas de 15 minutos para hacerlos esta exposición— que por razones de otro jaez, cuales son las de dejar pronto el campo libre a las pláticas con cuya enseñanza nutriré mi espíritu, trataré de ser sobrio en temas de incalculable valor que miden para volúmenes de estética del Arte Poética y de la realidad social del Hecho Poético. Trataré, he dicho, de limitarme y despojarme de las formas vistosas, de las guirnaldas y doseles del lenguaje, de la bisutería polícroma —que es astuta sérvidora del arte del relleno—, de todo cuanto no encuadre dentro del sentido intrínseco de cada cual de las incógnitas que tendréis que despejar, atacando a fondo la superincógnita de la “actitud poética” que toca y parte lindes con la actitud mística —la poesía es, primordialmente, misterio—, con la filosófica —poetizar es filosofar, dijo Taine—, con la simplemente engendradora y, sobre todo, con la actitud vital, en tanto que actitud-actuante, como querían los filósofos culturalistas. No extrañéis, pues, que a las veces tenga que realizar incursiones y ex-

ploraciones en territorios de eriazo; y que la frondosidad de la bella expresión imaginífica tenga que ser sustituida, ya por carencia de fecundia, ya por cuestiones de dialéctica necesaria, por el discurrir severo y patente, que no tiene atingencia con la brillantez y esplendor de un lenguaje que, por supuesto, considero sinceramente que me es ajeno. Anticipo, desde ahora, que no me compete, en mi papel de Mantenedor de estas pláticas de Mesa Redonda para la Poesía, sino el enunciado ampliatorio de cada cual de los esquemas de disyunción que han sido elaborados y me han sido entregados de antemano, y que serán sometidos a vuestro examen y coloquio. No creo en la eficiencia forense de los debates en el "hortus conclusus" de la poesía, que es parcela del alma. No dije que soy escéptico de las realidades debatientes o debatibles: sólo niego —y lo aclaro una vez más— la eficiencia de sus resultados, dentro de las argumentaciones y contraargumentaciones inflexibles, pétreas, de las discusiones que se realizan en otras zonas del conocer humano, si la poesía está escapando siempre a su captura por la frialdad de los métodos. De ningún modo creo que la razón aristotélica comande la sabiduría, que es la etapa suprema del conocer. Y la poesía es sabiduría y sublimación del conocer, dirigido a lo bello. No puede, no, el aristotelismo entregarnos una certeza y una verdad que nosotros mismos no la queremos, porque la estimamos en proceso de superación inevaluable. Mundos de incalculable infinitud quedan más allá de la razón que es órgano de entender, aparato de intelección y, como instrumento, limitación en sí misma. Ni el docto aristotelismo, ni el grandilocuente entrecejo de los escoliastas, ni dogma alguno ha de preceder el conocimiento puro de la pura Belleza, como bien lo sabéis vosotros. Las soluciones a los problemas del conocimiento —y en este caso del conocimiento artístico, de la creación poética— nada han solucionado hasta hoy.

Lo mismo da empirismo que racionalismo, criticismo que fenomenología, dentro de este concepto primario. Somos limitación animada y viviente. Buscamos lo ilimitado, que es el mundo de las ideas; y la búsqueda de las ideas para el espíritu cognoscente es tarea inagotable y siempre insatisfecha. Ni el silogismo, ni el escolio, ni la "epojé" de Husserl, ni fórmula alguna del quehacer metódico han de cerrar las bocas ardientes del espíritu, suerte de Moloch que se autodevora en la palingenesia de buscarse a sí propio y producirse a sí propio, en la derrota de los esquemas, de los padecimientos lógicos, de las **verité de fait** y las **verité de raison** que Leibnitz, el más poeta de todos los filósofos, excluyendo a Platón el Divino, supo descubrir precediendo el supermundo de lo infinitesimal opuesto a la pequeña y circunscrita construcción pitagórica y a las dimensiones aristotélicas de la mente.

He aquí, pues, que he venido menos que para exponer, para escuchar; antes que por daros a conocer mi propio patrimonio de casa adentro, por recibir la riqueza y gala de vuestra luminosa palabra; más que por deciros lo que yo pienso del afán poético, por aleccionar mi espíritu con la sabiduría de vuestras bellas y ricas exposiciones. He aquí, pues, de igual manera, cómo me permito ampliar, sin manifestaciones conceptuosas y, por el contrario, escuetamente, el temario sobre el que platicaréis hoy día; pues, de mi cuenta, mantendré una actitud receptiva, y no os escatimaré el tiempo precioso de que disponéis con nuevas intervenciones mías. No tengo bastante tiempo para hacerlo, y estoy ávido por escuchar vuestra palabra.

## TEMARIO PARA LA DISCUSION DE MESA REDONDA SOBRE LA POESIA

**Poesía métrica o poesía libre.—Poesía pura o de contenido político o social.—Poesía de sentido universal o poesía de sentido autóctono.—¿Qué elementos prevalecen en la creación de la auténtica poesía: los racionales y lógicos o los irracionales y alógicos?**

### **Primer esquema disyuntivo: Poesía métrica o poesía libre.**

La Poesía como dimensión: he ahí un tema apasionante. El estado de poesía podría, acaso, identificarse con el estado de gracia de la mística superior. El poeta es, a no dudarlo, el ser más extravagante de todos los **adaptados sociales**. Incluso en el mayor auge de su rol, constituye una peculiaridad singular, indivisible que, en el lenguaje jurídico, correspondería a esa porción que ejercita los llamados "derechos autopersonales". El poeta, antes de emigrar hacia el artista, enraíza en la vida que es impertérrita e imperativa. De ahí que el poeta deba primero vivir; pero vivir en son de poesía, en laya de equilibrio armónico con el sentido cinemático de la vida. En otras palabras: el vivir poéticamente, empapado en ese destino —no, de ninguna manera creándose un estilo, que eso es ya achaque del artífice—, o sea en una correlación armónica con los principios, con las categorías, con las quididades de lo bello eterno, y que luego han de ser traducidos en el arte de la poemación, es el primer supuesto, la primera exigibilidad en el análisis que pueda hacerse sobre el don de poesía, inmanente a quien es poeta de verdad. Padecer la vida en sentido poético, es ya padecer poesía. Y este sentido del padecimiento, o sea el de ser víctima de los anhelos y el apetito de lo bello, voraz e infatigable, es ya la definición del poe-

ta, antes de que el artífice llegue a la ribera de las normas, antes de echar pie a tierra en el territorio rocalloso del rigorismo preceptivo, de las rigideces canónicas que extreman más aún el padecimiento.

La evolución del poema nos indica que desde las sagas, desde los vedas, desde el gran Canto de Homero o desde la poesía pindárica hasta las fórmulas de la poesía de nuestro pre-Siglo de Oro; desde las trovas en **lengua de oc** o en **lengua de oil** hasta los más acabados poemas de la poesía trovadoresca; desde los grandes recitativos de los aedas griegos hasta los cantares de gesta y las formas juglarescas; desde el canto enumerativo o episódico del sitio de Troya hasta esa criatura mínima, prodigio de síntesis y maravilla onomatopéyica del **hai-kai** japonés, no hay poemación alguna que no haya estado precedida por ese **estado de gracia** que yo llamo demiurgia poética, que es la antesala del poema y que, con un nombre común y casi aplebeyado llamamos **inspiración**. Contrariamente a las ideas de Paul Valéry y respetándolas en cuanto contenido de su tendencia canonista de francés —artífice, primordialmente—, sostengo que no hay poesía alguna que no esté precedida por eso que los teósofos llaman trance, y que el propio Valéry llama **delicia**, desde donde emigra el poeta hacia el territorio del arte, convertido en su enunciador, en su significador, en su proclamador, usando o no de la preceptiva rigorista, sometién dose o no a la canónica expresiva, como la llamaba Menéndez y Pelayo, encasillándose en las cláusulas precisas, en los períodos tocados de propiedad, en la dimensión musical de la palabra considerada como poesía, en un arrebato confuso de términos y sentidos, de medios y de fines. No creo, en manera alguna, que la **Poética** de Aristóteles gravite con sus normas, como un peso muerto, sobre la Humanidad. Aliviado estaría el inmenso Whitman, y aliviada estaría la incontrastable poesía oriental, si tuviesen

que entrar en esos casilleros. "El Jardinero" de Tagore no se habría podido escribir jamás. Toda la maravilla escalofriante de la poesía amétrica, que se disuelve en la vida viniendo desde la vida, tendría que ser desconocida por la miopía canonista. La **actitud poética**, que rebasa todo metro, no habría podido ser comunicada sin el prodigio de la forma cuidada, sin la limpidez y esplendor de la palabra, imputando a ésta todo el valor de la poesía, y atribuyéndole a su función de **continente** las cualidades y la naturaleza ontológica del **contenido**: vicio metonímico que permite drenar toda la sustancia de la poesía, que es inmanencia y eternidad. Oigamos al genial Horacio, semidios de la latinidad, en los fragmentos de la Epístola a los Pisones, en su "Ars Poeticae", traducida por nuestro esclarecido e ilustre polígrafo Octavio Cordero Palacios en unos que este gran literato azuayo dice que se atreve a calificar de "exámetros castellanos"; hélos aquí:

**"Nunca el cálamo tomes ni extiendas delante el papiro,  
Si no sientes el pecho abrasado de fuego divino ..."**

Y más adelante, precisando la naturaleza indivisible de la sagrada Poesía, y estableciendo diferencias y semejanzas, con estotro:

**"No es la forma, es la entraña, es el fondo lo que hace el  
poema,  
Y así vemos, sin gracia, sin arte, desnuda, incorrecta,  
Placer más callejera coplilla con algo de jugo,  
Que sin él mil sonantes estrofas de fieros retumbos".**

Y, como para conciliar o resolver el debatido dilema de **inspiración** y **obra de arte**, o sea de **poema logrado**, controversia de todos los tiempos, estos exámetros prodigiosos:

“Si el poeta ya nace poeta o el arte lo forma  
Es cuestión debatida, que en litis perdura hasta ahora:  
Cuanto a mí, solo sé que ni el genio ni el arte aprovechan  
Si apartados el uno del otro su auxilio se niegan”.

“Alta cosa es el verso, no vano, pueril ejercicio,  
Y el poeta es un dios, no un forzado del metro y del ritmo:  
Yazga, pues, en tus brazos silente, o estalle tu lira  
Si la estrofa que entonas no es grande, no es santa, no es  
digna!”

.....

Ya lo véis en estas cuestiones de fondo y forma parece radicar toda la polémica entre “antiguos y modernos”. Aquí echa raíces la naturaleza de la disyuntiva que estudiaréis: poesía métrica o poesía libre. En todo caso, me adelanto a establecer que si puede hallarse culpabilidad de leso arte en los poetas que se desentienden de las formas exigentes y rigoristas, será pecado de abundancia que no de esterilidad. La discusión, lo repito, ha sido de todos los tiempos: lo mismo discutían los “revolucionarios” del Siglo de Oro, insurgentes y atrevidos con sus endecasilábicos frente a Berceo y al Arcipreste, en nuestra lengua, que discutirían Corneille, Racine, Molière, Lafontaine, Boileau, con quienes les precedieron. La tremenda cuestión de siempre, la cuestión canónica, pondría su muralla de generación. El **buen gusto**, de sabor griego y latino, naturalmente, pero de aderezo francés en los tiempos de la modernidad, precedería a la obra de arte. Y sería esta, la obra de arte, producto primordial del don poético, aunque haya porosidades al fondo, y se destinan de poesía los contenidos. He aquí la estatua oponiéndose a la puesta de sol. La querrela entre “antiguos y modernos”, dije ya, es cosa de todos los tiempos y de todos los climas. Lo vimos en España y Francia: en

Alemania, fue famosa la controversia entre Gottsched, en Leipzig, "metrópoli" del buen gusto tudesco, y los suizos reformadores Bodmer y Breitinger. Gottsched representaba los principios estrictamente clásicos de la literatura francesa del siglo XVII, mientras Bodmer y Breitinger defendían una **forma** moderna y más especializada de la doctrina que proclamaban Perrault y sus amigos... desde esa época data el nacimiento de la literatura alemana moderna. Enraíza allí la obra de Lessing y Klopstock. Triunfaron Bodmer y Breitinger. Lessing, spinozista, saboreó el panteísmo de éste. Klopstock, a su vez, dirigió sus miradas a la Naturaleza, traduciéndose esta actitud en sus célebres Odas, fuente de las mejores poesías alemanas de carácter lírico del siglo. Herder, revolucionó, luego, las ideas estéticas y de la crítica literaria. Paró mientes en el pueblo. Le preocuparon los **volkslied** —cantos populares— y emprendió en una expresión más desembarazada. Es en Goethe donde culmina esa aspiración de libertad y fermento nuevo, ese moverse del "genio libre de trabas". Goethe, Lenz, poetas líricos, descubrieron el secreto de ese lirismo en los **volkslied**, tiñéndose de cierto matiz anacreóntico. Y este período revolucionario, aunque duró poco en Alemania, dejó sus raíces. Pero es solamente al romanticismo a quien debemos el salto sobre los "clásicos" —donde ya hemos de encontrar de nuevo a Goethe y a Schiller—, para proclamar un credo individualista, es verdad, pero que busca tornear en la forma de la poesía toda la impregnación de la naturaleza y de la vida. Los poetas andaban resueitos a luchar con todas sus fuerzas contra la disociación de la poesía y la vida que es tipicidad de toda época clásica. Robertson, Profesor de Literatura alemana en la Universidad de Londres, establece que la literatura, según la escuela romántica, consistía, no en la expresión de un credo literario regularmente definido, sino en la reflexión inmediata del alma y de sus rela-

ciones con el mundo exterior. He aquí como, al margen de Novalis, Tieck, Schlegel, surge la necesidad de reparar en la cuestión "de fondo" de la poética y de la literatura, y de la filosofía. Heine, que quería ser despreocupado, se repletó de lirismo romántico en su imaginación poética. La conjugación del poema con la vida, para alcanzar de ésta lecciones que deberían brillar en la obra de arte fue siempre la tarea primordial de todos los poetas. Sólo la preceptiva se opuso a ello. Sólo ella hizo que el laúd y sus pocas cuerdas se opusiesen a la tempestad en el bosque y el huracán. Sólo ella, la retórica, sólo ellos, los gramáticos, ataron al torso de Laocoonte las sierpes del cánón, mientras los torrentes se desatan y cantan a solas la luminosa blasfemia de su palabra revuelta y bravía, mientras los tifones descuajan los rompeolas, mientras la naturaleza polifónica e intraducible se resiste a encuadrarse en las lindes de un conocer normativista y técnico, episódico o ritmado, que nada tiene que hacer con el poderío brutal de la brutal poesía de la vida y el acontecer, de la ciega maravilla que solamente la actitud poética, —actitud superior a todas, que ojalá fuese rectora de todas— es capaz de **receptar** si me permitís un barbarismo significativo por mera urgencia de utilidad.

\*  
\*   \*  
\*

El apego a los supuestos canónicos perjudicó inmensamente a la poesía universal. Se quiso, con ello, naturalmente, dejar la obra de arte. Empero, el equilibrio entre la creación artística y la poesía en bruto no fue bastante, ya porque el genio poético sobrepasó a todo —poetas orientales, poesía descriptiva, narrativa, dramática, novelada, plás-

tica, pictórica, escultórica, musical, poetas creadores del mito, de la taumaturgia, de la religión, de las mitologías plurales, de los supuestos fáusticos del arte, de su contenido material o espiritual—, ya porque el eufemismo preceptual recortó la melena al león y lo metió en una manga de hacer ahorros. La creación y la reflexión sobre lo creado conspirarían contra el aforismo preceptual; por la Divina Comedia, por ejemplo, tendría un carácter extradimensional en tanto que simple actitud poética, mientras el genio se agita en sus mundos iniciáticos, para llegar, luego, a la categoría de obra artística con las obtenciones del verso perfecto, su canal obvio y necesario. El verso triunfador aparece en segundo término, completando la modelación de la obra creada. Y en el teatro clásico español, por ejemplo, adquirirá la solidez marmórea de las columnas. La “magma o plasta”, que diría Juan Ramón Jiménez, adquirirá armonía, flexibilidad, perfil, equilibrio sonoro. Será la consistencia estructural de la gracia: no tal sólo la gracia en su inmanencia. Por este modo, lo mismo veremos las obras de Goethe que las de Byron. La vibración primaria y auroral, el sentido de gracia, la “inspiración” que niega Valéry —ortodoxo del dogma, —como Saint-Beuve o cualquier francés— constituye el apriori fideísta, si se quiere, o irracional, de la concepción o el engendro poético, para extraverterse luego en el maravilloso cardumen de las palabras cuidadas, del fonetismo, de la musicalidad idiomática, de la forma apretujada o liberal, sencilla o barroca, pero forma, al cabo, significativa y significada, para el logro de la artesanía más depurada, para la apoteosis del cincel, o del buril, o de la paleta. En estas circunstancias, cabe preguntarnos: ¿Existe alguna poesía, en tanto que forma poemática, sin el precedente de la **inspiración**, descartando ese sentido empirista que Valéry llama *musa*, en un no escarmentado afán de antropomorfizar a la emoción, a la “delicia”, a la “gracia”, a la actitud poéti-

ca, en suma, frente a la ecuación edificadora de la obra de arte? Por ventura: ¿Hay algún sustituto de la **inspiración**, del "fuego sagrado" que dice Horacio, como momento anterior a la empresa artística? No os será difícil concluir que no. Porque —os diréis— el mundo del versificador es el mundo del imaginero o del enjalbegador de oficio, el mundo del perifollo, de la mampostería, de la quincalla idiomática, de la volatería gárrula, del abalorio palabrero que resplandece, osa deslumbrar, pero se marcha como un cohete de colores. Esos **momentos de delicia** que describe Valéry como emoción poética **al experimentarse como actitud deliciosa a perennidad**, definen al poeta. El artífice se educa, se hace, como profesional. El poeta nace y se queda poeta y se muere poeta. Lo mismo da Homero, ciego, o Píndaro, relleno de alegría, que Hugo, romántico, o Milosz, amoroso, o Baudelaire, amargo y místico, o Whitman, universal y panteísta, demócrata y selvático. El poeta emigra hacia el artífice; se opera la metamorfosis prodigiosa, y tenemos la obra de arte como poesía obtenida, como limitación de lo ilimitado. La obra de arte, queda; pero la infinitud axiológica escapa siempre; en tanto que Belleza immanente a sí propia. Hacia esa zona alcanza tan sólo la taumaturgia primaria de los magos de la dulce belleza, los poetas. Los otros, los versificadores, se ahogan en el caldo de los gramáticos: son los frustrados eruditos del verso. Cuando la metamorfosis que lleva al mago-poeta a convertirse en sacerdote-artífice; cuando el mago perdura en el artesano expertísimo, el Poeta es eterno. Porque es creador y objetivador. Porque es dios y operario a la vez. Porque así se conserva la **actitud poética** y se consagra la forma conque ella será eternizada. La actitud poética es la registradora de la "delicia". El poema es su concreción, su patrimonio y su herencia. Vale, pues, desde este plano, para mi modo de ver, lo mismo un terceto de Julio Flores, el menos usual de los poetas de hoy, que

Hoelderlin, Lord Byron o Jorge Manrique o Garcilaso o Milton. La obra de arte no es el **instrumento material** de la inspiración, sino su dación concreta con fines eternos. De ahí que la obra de arte poética no ha de concretarse tan sólo al poema-canto, que vamos, hay otras manifestaciones del poema que llamamos pintura, escultura, arquitectura, música, cálculo matemático y más, precedidos por ese **estado de gracia**, esa **delicia** que no se ha de traducir exclusivamente en el sonido o el fonetismo idiomático, sino que se ha de precisar en la poemación ubicua y multicorde de las intuiciones de belleza. Genialmente, ha sido concebida la "analogía universal" de las formas, en las síntesis pictóricas de Rubens; se menciona a Newton siguiendo las curvas musicales de su arquitectura intelectual materializándolas en las órbitas de los astros; se entiende a Bach en la misma tarea, construyendo la síntesis orquestal: y desde este plano, se encuentra que Miguel Angel es un sabio muy original y Laplace un poeta hartamente inconfundible. Y aquí os diré que la cuestión musical —que no es propiamente la lírica— es calidad poética indivisible. La comunicabilidad, en el lenguaje de las formas, es condición imprescindible del pensamiento. En poesía, hemos de **significar** y hemos de **expresar** —proceso fenomenológico de las **vivencias**, glosado por Miró Quesada—, pero lo hemos de hacer con un imperturbable equilibrio armónico en las ideas y su manifestación. De ahí que las ideas manifestadas como limitación de lo ilímite, obtengan traducirse en la obra de arte. Es, pues, **poemar**, construir lo poético con fines permanentes. El Arco de Trajano vale lo mismo que un exámetro latino o que los yambos más expresivos. La Catedral de Burgos, **significa** tanto como una sinfonía de Beethoven o la Mesíada de Klopstock. Las ideas y su manifestación idiomática-musical son el objeto y la tarea del verso. No quiero con esto amartelarme al criterio canonista francés que dice

“de la musique avant tout chose”. Pero ¡Dadme una poesía ajena a la música o al contenido armónico de las imágenes y de los conceptos! No habréis de llamar “música” tan sólo a las regulaciones técnicas del compás, del acento y del ritmo. Pero llamaréis así, en todo caso, al **principio** o **quididad** que precede a toda expresión armónica —o melódica— de pensamiento, aunque no fuese en forma sonora o instrumental. Por algo será que “música” es una palabra evolucionada del fonema **musa** que quiere decir —ya lo hemos visto— inspiración. El primor de los motivos ha de ser exornado por la pericia artística. Otra cosa es la versificación como asunto primordial. Los versificadores, con el aparato retórico que mueven, toman los accidentes por las sustancias. Y este tipo de poesía no es la musical, por mucho que lo pretendan: la sonoridad de los versos de Espronceda en el **Canto a Teresa** ha sido juzgada como más rica en **recursos musicales** que la poesía de Byron; pero entendiéndolo por música el metal de que está hecha la estrofa. El motivo, de extraordinaria sensibilidad romántica y humana, ocupa un sitio secundario. Nosotros creemos, en cambio, que la música profunda del **Canto a Teresa**, está en la articulación del motivo con su expresión, en la revelación del padecimiento humano, mediante la palabra bella, no la palabra grandilocua, sonora, campanuda, metálica, sino impregnada de sentido, de “delicia”, de mensaje, de amor, de fascinación imaginativa, para que haya poesía verdadera. El romanticismo quiere, justamente, sacudirse del yugo retórico y le otorga importancia al motivo, no sólo en la novela, en la poesía de leyenda, sino en la poesía lírica. Por eso en nuestra lengua, encontramos la sustitución de las cláusulas oratorias y retumbantes de una poesía de **entonación rotunda y atronadora, donde el vocablo es todo**, con las expresiones del sentimiento que culmina en la poesía tierna, cordial, lacrimosa, de Bécquer. La evolución de este

tipo de ternura melódica en los sentimientos y los padecimientos del alma —el romanticismo es melodía mientras el clasicismo es armonía y la poesía integral las dos cosas— tiene un registro abundante. Libertad de fondo y forma, insurgencia contra el academismo. La revolución romántica y sus epígonos tienen mucho más valor que el que sus detractores le escatiman. Y aunque no quebranta la mamposería de la estrofa sino la reviste y la hace un poco más flexible, ostenta una obra propia y marca una señal definitiva en el avance libertario de la poesía, desenfundándose de la metromanía en que la tenía sofocada este Occidente cristiano, mientras la gran poesía oriental continuaba idéntica a sí misma, en sus manifestaciones polifónicas, indómitas y panteísticas. La influencia de Byron y Shelley en la poesía de nuestra lengua, nos trajo una correntada de reforma que culminaría en el citado Espronceda, en José Zorrilla, a quien se le llamó libérrimo, exuberante; en Larra —que ama el modelo francés—, en Selgas, Trueba y en el más significativo de todos, en Bécquer, más aún que en Campoamor, Núñez de Arce y Avellaneda. En efecto, Bécquer, con su brevedad intensísima, su menosprecio a la campanudez retórica, y su expresividad, vaticina el futuro de una poesía castellana que ha de ser más producto de síntesis sentimental que problema de palabras sonoras, pasando junto a las **Doloras** de Campoamor y a los poemas cortos de Núñez de Arce.

Una concepción musical de la Poesía —abandonando ya el tema romántico que viene de Escandinavia, Alemania, Francia, Inglaterra, traspasa España y desemboca en nuestra América— nos dejaría entrever el enlace, la cópula —no la yuxtaposición— del ritmo interior y el ritmo exterior. Obsérvese que no hablo del musicismo de Godoy y de algún prosélito como León de Greiff, en Colombia, porque este es asunto aparte y diverso. No es, como se ve, cuestión de

metro, de sílaba, de acento, de medida, de limitación; es más bien problema de armonía plural de las partes con el todo, del contenido con el continente; de **verter el vino añejo en los odres nuevos** —la poesía es vieja como el hombre—, con el decir de Manuel de Cabanyes. Empero, emigrando desde la poesía inmanente a la poesía en función: ¿Se trata acaso, en este nuevo asunto, de polemizar en el terreno de la creación artística, de la forja del metal, del pulimento del mármol, obtenidos los planos, el antecedente de la inspiración que ha de lograr después la objetivación? ¿Se trata de medir el verso? ¿Se trata de versificar o de enjaular la poesía entre los barrótes preceptivos? Quedáis en absoluta libertad de polemizarlo. Yo creo que la poesía es libre como los elementos, fue libre como ellos y seguirá siéndolo siempre, mientras haya espíritu, si éste no acepta ligaduras y vuela y se encumbra hasta el infinito. Yo creo que la poesía es predicado espiritual inasible y, por tanto, impregnado de fantasía, de onirismo, de sueño, dándose en una dimensión inmensurable, si vale la paradoja. Y digo dándose, porque la poesía alcanza también la facticidad del dato; pero esto en su etapa, necesaria a veces, de lo lírico, cual es la poemación; porque la poesía verdadera antecede y sucede a la obra de arte. Es antes de ella, en ella y después de ella. Es, sencillamente, eterna. Debe ser por esto que Elie Faure, en "El Espíritu de las Formas" dice que el poeta es el sabio eterno. Es aquel que tiene la audacia, en medio de los locos y los débiles, de trasponer todas las formas externas en una forma personal que es un mundo nuevo, articulado de un extremo a otro, donde deberían reconocerse todos los hombres de su tiempo y donde se reconocen algunos hombres de todos los tiempos. Como los alimentos, dice Faure, que vienen del aire, de las lluvias, suben del suelo para hinchar y madurar el fruto, el poeta lleva consigo los atavismos y las energías diseminadas que lo marcan como el testigo más

conmover de una época y es a través de él y solamente a través de él cómo esa época nos alcanza... Hay en el poeta tantos conocimientos rigurosos como en el sabio mismo, pero sólo los formula implícitamente, dando de pronto cuerpo a la hipótesis fulgurante que nace de su lenta asimilación: se sirve del objeto para probar su hipótesis. Hay en el sabio tanta intuición sintética como en el poeta: parte de la hipótesis para definir el objeto. Tanto como hoy, jamás el contacto del espíritu con la realidad paciente y metódicamente escrutada había impuesto nunca la impresión de ese dilatarse, infinito e indefinido, del misterio (la poesía, reafirmamos, es mística primordialmente), que devuelve a nuestra fuerza lírica su eterna frescura... Empezamos a embriagarnos con la idea de que lo infinitamente pequeño, obedeciendo a la gravitación abre dentro de nosotros a la danza de los átomos el mismo abismo mecánico en que el torbellino de las estrellas supera en extensión y complejidad los límites de la intuición. Nunca quizá tal acumulación de **materia poética** (la subraya es nuestra) se había ofrecido a nuestro fervor... El hombre no ha cesado, pues, conforme a Elie Faure, de verse rodeado por un universo confuso en que lo divino comienza en los límites del conocimiento. El arte, la ciencia, la filosofía, la regla social, todo es poesía en su origen. Todo vuelve a convertirse en poesía en cuanto el conocimiento, después de haber saturado los espíritus, es forzado de nuevo a recurrir a la intuición sintética para forzar el círculo rígido que todo sistema crea fatalmente cuando agota su virtud. La experiencia, casi siempre, si no siempre, ha confirmado las grandes síntesis líricas de las cuales apenas ha podido desgarrar el velo tejido de símbolos... si el orden universal no es de esencia moral sino de esencia estética, parece que el único progreso que pueda realizarse en él es el crecimiento continuo del poder del espíritu para redescubrir las fuentes vírgenes de

sus emociones naturales... y aunque el mundo viva todavía mil millones de años, el poeta, dentro de mil millones de años, concluye el genial Faure, seguirá siendo el que sepa imponer a la imagen que se haga de sí mismo la organización que establezca en los materiales espirituales acumulados por el conocimiento delante de él.

Para terminar con este primer miembro cuatripartito de la problemática enunciada y a despejarse, no dejaré de apostrofar a esa tremenda fauna de los versificadores y a la juglaría menor de los exhibicionistas desocupados, que, a título de gratitud, logran sitio en las basílicas de la fama. No importa, para ellos, la poesía: vale, en todo caso, el arte del metro y, más aún, el marchamo de la celebridad.

Pero antes de dar por configuradas las conclusiones consiguientes a esta parte, y sin insistir demasiado en ello, volveré a dejar establecido que la antinomia entre la libertad del canto y las formas retóricas para realizarlo, es la lucha eterna de los poetas. Con este problema de la liberación, podremos contemplar a todas las escuelas posteriores al romanticismo, hasta llegar a la bárbara liberación de todas las formas, en una explosión desintegradora y definitiva. El poeta que contempla a la naturaleza exterior e interior, empieza a escucharse a sí mismo, y a explorar sus mundos internos. Surge la primera "torre de marfil", a base de esa libertad codiciada. El poeta se libera para encontrarse; pero cuando se encuentra, y se convierte en el introverso, en el autista, en el explorador de los mundos interiores y subjetivos, descubre que no estuvo libre, que fue víctima de su propio encierro. Cree haber encontrado, como bien se expresa Friedrich Schürer, su liberación interior por medio de la afirmación del destino personal; y de esta manera, la sola forma de libertad verdadera, conforme a este comentarista, la interior, el poeta la consigue aceptando espontánea y voluntariamente su destino personal. Pero es el caso que,

si bien en un primer momento se da este tipo curioso de liberación, en la segunda etapa el delirio liberatorio busca la fuga, la evasión definitiva. Y ya no es el poeta que, buscando los estados del sueño, encuentra su propio fantasma: es el hombre que, saturado de su destino, quiere huír de él refugiándose en los mares siniestros de la muerte. Las escuelas simbolistas, decadentes, del modernismo, nos dejarán ver este tipo de antinómica libertad que repliega al poeta sobre sí mismo, porque cree tener el derecho libérrimo de cerrar los ojos a la realidad circundante y meterse en su propio caracol. Los elementos que maneja buscan la "liberación del yo". En cierto modo, la dictadura del mármol y el bronce, de la hueca sonoridad, provoca el contrafenómeno que apuntamos. El romanticismo inicia el camino; el simbolismo y el modernismo lo recorren. El individualismo en el arte, acaso producto de las corrientes liberales europeas, es el resumen del modernismo; pero quizás es, primordialmente, insurgencia contra los cánones campanudos. Ya Baudelaire habla del menester de dar autonomía al arte poético con el fin exclusivo de suscitar el goce de lo bello integral. Todo se resume en una sola palabra: "emoción". Dentro de la forma cuidada y primorosa del verso, se encierran, como en una pecera, las más delicadas joyas del sensorio humano. No se trata de las palabras métricas: se trata de la joyería interior, del buceo en el propio territorio. Un universo de pedrería afina los sentimientos. Moviéndose en sus galaxias, recorriendo sus propias órbitas, empapados de "sugerencia", de "niebla", de "música interior", de matiz, de esquema, de hermetismo, de vaguedad, de extravagancia, de reconditez, de "emoción en sí", los duendes del simbolismo francés, con Verlaine, Rimbaud, Mallarmé, Moréas, Catulle Mendès, y más, precederán la revolución "libertaria" contra la grandilocuencia marmórea, contra la dureza pentélica de la estrofa neoclásica, contra la excesiva sono-

ridad romántica. Darío, el Príncipe y Maestro del modernismo criollo, da la voz en América; y con él Gutiérrez Nájera, Nervo, Chocano, Silva, González Martínez, Eguren, seguirán las huellas de Samain, de Laforgue. Después, el avantismo literario operará una nueva revolución: siempre será la misma cuestión de "antiguos a modernos": recorriendo la escala infraestructural del espíritu humano, el simbolismo, el modernismo, el decadentismo, bucearán luego en los mares ignotos del onirismo delirante. Superado el impresionismo, se llegará al mundo irracional y teratológico, si se quiere, de la pesadilla artística. Los super-realismos, los surrealismos, no nos dan otro producto. ¿Qué hacer con el verso, en tales casos? He aquí que ha llegado el momento terrible de la explosión absoluta, de la desintegración retórica por excelencia. En Chile, para hablar de nuestra América, la escuela de Pablo de Rokha, más aún que las direcciones de Vicente Huidobro, suscitará la catástrofe onírica. Pablo Neruda irá por ese mismo camino. Inmensos bólidos delirantes recorrerán el camino de la historia literaria de veinte años a esta parte.

En el Ecuador, solamente Jorge Carrera Andrade permanecerá dentro de su singularísima bandera impresionista. ¿A qué hablar, en este sitio, de la poesía política, a base de la liberación de las formas, y la autarquía del cartel revolucionario? Mejor será preguntarnos si, aparte de ese tipo curioso de "liberación autista" del modernismo existió otra forma liberatoria, otra manera de concebir poéticamente el mundo y la vida en otros sitios del planeta. Y encontramos que sí; que, aparte de la indómita maravilla de la poesía oriental, en Norteamérica brillaba un astro de única magnitud: Walt Whitman, que desembarazado absolutamente de la dictadura de las formas, había precedido a todos en la concepción universal de la verdadera poesía. "I'm the poet of the Body, and I'm the poet of the Soul" exclama. Este



gigante de Paumanok, hace doctrina religiosa, filosofía, política arte, y explora el universo en todos sus confines. Del mismo modo que detesta de la corbata y del barbero, detesta de los cánones y se alza como un dios primario, incorruptible, eterno, sobre la vida. Y así es cómo, el poeta más poeta de todos, que hoy como ayer y como mañana precederá la trayectoria de toda la poética humana, desde su hombredad democrática y tremenda, hace añicos la estrofa, el cánon, la regla, la palabreja acomodaticia, la tecla sonora, la tesitura de salón, y pone en su sitio la voz del torrente, del mar, de los astros, de sí mismo y de su raza. Escribe unos versos deslenguados y desmedidos, que provocan el desconcierto de los metromañacos de su raza. No hay métrica, no hay rima consonantada ni asonantada. No hay endecasílabos, ni redondillas, ni ovillejos. No se trata de hexámetros, de yambos, de épodos. ¿Sabéis, en definitiva de qué se trata? ¡Del triunfo de la poesía total, de la poesía primaria, que en este propio instante cobija a todos los poetas del mundo, y en cuyo manantial ha regresado a beber Pablo Neruda, el que ya cosechó algo en los jardines de Tagore, como lo denunció Mahfud Massís, hace poco tiempo! Se trata de la verdadera mística de la poemación verdadera. Se trata del sinfonismo amétrico, comparable al sinfonismo de Beethoven, cósmico y profundo, primario y total. Ya lo véis: mientras el afán liberador buscaba el yo profundo con el simbolismo francés, canonista y metrificado, la liberación absoluta de la poesía viviente existía en el mundo oriental y existía en América, desde antes aún, con el gigante de Manhattan.

Me permito, pues, concluir con el esquema disyuntivo planteado de "Poesía Métrica o Poesía Libre", estableciendo la siguiente:

## Conclusión

LA EXPERIENCIA POETICA, EN CUANTO PREDICADO DE LA ACTITUD DE CONTACTO DEL YO CON EL MUNDO CIRCUNDANTE, ARMONICAMENTE CONCEBIDO, ES SIEMPRE ANTERIOR A TODA OBRA ARTISTICA CONSUMADA, QUE ES SU REFLEJO, SU FORMULA, SU INSTRUMENTO ESTRUCTURAL, SU SUPERACION NECESARIA, EN CUANTO POEMACION O EXPRESION FORMAL DE LO BELLO POR MEDIO DEL LENGUAJE ARTISTICO.

Por donde se observa:

a) Es innegable la vivencia intuitivo-emocional que llamamos **inspiración** como intencionalidad de la conciencia dirigida a lo bello, esto es a lo equilibrado y armonioso, productor del deleite artístico en su etapa primaria;

b) Pueden darse **actitudes poéticas** incomunicadas, que no trasciendan, que no sean interpretadas en obra artística, considerada ésta como fin y no como medio de la poesía; sin dejar de ser por eso éxtasis, contemplación, ordenación comparativa, goce elemental, que no alcance la fórmula verbal, plástica o musical;

c) El imperativo de la **fórmula** es la condición correlata indispensable para la integración lograda de la poesía en su plenitud. La poesía necesita de una manifestación peculiar para integrarse, traducirse al exterior, y combinarse de tal modo que todos "participen" del **estado de gracia** o **estado de deleite** del espíritu conceptor. Esa forma peculiar puede ser verbal, plástica o de cualquier género artístico, y puede darse en forma llana o complicada, sencilla o compleja, popular o de **élite**;

d) Pueden existir formas rigurosamente canónicas,

instrumentales, mediatas, de rigor preceptivo o de severa técnica expresiva, impecables en la expresión técnico-normativa, metrificada o amétrica, imaginativa o narrativa, lírica o dramática, que **traten de expresar poesía** sin lograrlo, demostrándose, por el contrario, ausentes de contenido poético si bien caracterizadas por ajustes retóricos y gramáticos de impecable exactitud;

e) El contenido poético de una obra artística puede estar absolutamente alejado de las manifestaciones rítmicas precisas de la fonación, del acento, del compás, sin dejar por ello de llevar riqueza incalculable, caudal de belleza armoniosa y manifiesta, como en las sagas, los vedas, los salmos hebreos, la poesía narrativa oriental, que no precisa de la unión de **sentido** y de **sonido** y su articulación, conforme al dogma retórico. La poesía onírica es otro ejemplo;

f) Pueden coexistir y complementarse la poesía y las formas musicales idiomáticas sin rigor preceptivo alguno;

g) La forma artística consumada, vale decir la poesía **elaborada**, el poema **logrado**, puede tener su fin en sí mismo, como la estatuaria por ejemplo; aunque otras concepciones especulativas puedan hacerle servir como **medio**, ya sea para el examen histórico de las culturas y su evolución, ya para obtenciones futuras y paradigmáticas en lo social. Puede, pues, el poema cumplir con dos fines sin excluirse recíprocamente; el de contenido autónomo y el de contenido heterónimo. En el primer caso, se obtiene la obra de arte, en su sentido ortogénico y de cánón. En el segundo, pueden de la obra de arte predicarse otros fines como el social, el didáctico, el apologético, el político, y más. El arte, en cuanto esencia, es antipedagogía; aunque luego pueda devenir función.

h) La inspiración es un auto-engendro, un estado reversible del espíritu que se contempla a sí mismo coestando

con lo circundante, y luego se expresa a sí mismo **de un modo bello.**

i) La Poesía, en cuanto tal, no reside solamente en la estructura poemática ni en la obra de arte, en cuanto fórmula desnuda; resplandece de ella, brota de ella su misterio y es objeto y acto a la vez que valen y existen en cuanto los reconocemos de un modo armonioso y bello en el universo, **anteriormente y posteriormente a la obra artística.**

j) La poesía métrica, no obstante su forma canónica y dogmática, su ortodoxia preceptual y su estricta fonación, puede ser contentiva de gran caudal poético en todas las manifestaciones de la retórica conocida. No podremos negar esta realidad artística, frente a todas las elaboraciones **clásicas**, en el sentido estricto de este término. La poesía métrica, tomada como mediatez artística, puede alcanzar su corolario en la creación de una auténtica poesía, dada su alta capacidad de canto y expresividad.

### **Segundo esquema disyuntivo: Poesía pura o de contenido político o social**

Las bases del don poético son de orden espiritual, constituyen **intuición de lo bello expresable.** La poesía es, fundamentalmente, creación, invención. El inventor, **descubre** aquello que andaba oculto. El poeta es el **inventor** de objetos ocultos, de armonías y equilibrios insospechados que constituyen el universo de lo bello, o, más bien, la belleza inmanente al orden universal. El primer momento, o sea el de la intuición y descubrimiento de lo equilibrado y armónico que es lo bello, está constituido por la direccionalidad del espíritu referido a sí mismo o a lo que le circunda. Es el momento estático; el segundo, el dinámico, es el ordenador, el extractor, el inventor, el que obtiene la forma desde lo informe, materializando el cúmulo de armonías des-

cubiertas por su actitud ordenadora y sistematizante. No se trata de intelección alguna: se trata más bien de la intención consciente de revelar el orden de los equilibrios descubiertos. La **invención** antecede a la **intelección**. Aquella, es el momento **ordenante** de lo que, estando oculto, va a ser revelado. Esta es la manifestación **ordenada** de esas secretas vivencias. De aquí se sigue que no todo lo que se manifieste en forma de invención, deba ser rigurosamente entregado en forma intelectual o inteligible. Esto nos servirá para tratar de despejar el problema último de los cuatro que tenemos por delante. En fin de cuentas: en la creación poética se trata de comunicar, descubriéndolos, el orden de los equilibrios.

Es importantísimo escuchar a Bergson, dentro de este proceso del conocimiento intuitivo que es la base misma del conocimiento de la belleza, de donde ha de fluir la creación poética. Aunque Bergson bien poco se detiene en lo que nosotros hemos llamado "orden de los equilibrios", comienza estableciendo que la intuición o da vueltas en torno a la cosa, o la penetra. El primer conocimiento se detiene en lo relativo; el segundo comprende lo absoluto. Continúa estableciendo que llamamos **intuición** a la **simpatía** con que se transporta uno al interior de un objeto para coincidir con lo que tiene de único, y por ende de **INEXPRESABLE**. He aquí como, la división metódica de primero y segundo momentos, sobre el "orden de los equilibrios" nos es indispensable. Identificaríamos, pues, la concepción bergsoniana del conocimiento intuitivo de la belleza, con ese primer momento estático que hemos establecido, por ser **inexpresable**. La intuición es, pues, para Bergson, la visión directa del espíritu por el espíritu; la intuición significa, ante todo, según Bergson, conciencia; pero "conciencia inmediata, visión que se distingue apenas del objeto visto, conocimiento que es contacto, y aún coincidencia". ¿Qué es la "conciencia poé-

tica"? Si las vivencias están constituídas por la intencionalidad de la conciencia dirigida a algo, y son **la conciencia y su objeto al propio tiempo**, diríamos que la conciencia poética es esa "vivencia" dirigida a descubrir el "orden de los equilibrios". Si la intuición es la **duración interior**, percibiendo una sucesión que no es una yuxtaposición sino un crecimiento por dentro, y la prolongación ininterrumpida del pasado en un presente que penetra en el porvenir, no veo por qué la intuición se dé tan sólo como un fenómeno de interpenetración de las conciencias humanas; sino que versará, además, y sobre todo, con el querer de Bergson, sobre el universo material mismo, en su conjunto que espera a nuestra conciencia y que, o bien dura, o bien es solidario de nuestra duración. "El cambio puro —agrega Bergson—, la duración real, es cosa espiritual o impregnada de espiritualidad. La intuición es lo que llega hasta el espíritu, la duración, la alteración pura".

Y aquí penetramos en el segundo momento que nos hemos planteado: en el dinámico, o sea en el **EXPRESABLE**, superando el **INEXPRESABLE**, de la intuición en sí. Bergson se resiente de sutil, aparentemente, encontrando ciertas antinomias; pero se supera, manifestando que "nos instalamos en lo inmóvil para acechar el paso de lo moviente, en vez de introducirnos en lo moviente para atravesar con él las posiciones inmóviles". Y sigue: "si uno se da la movilidad, podrá sacar de ella cuantas detenciones quiera. En otros términos, se comprende que de una realidad móvil pueda nuestro pensamiento extraer conceptos fijos; pero no hay medio de reconstituír, con la fijeza, la movilidad de lo real". ¿Cuál será entonces el verdadero método de captación de lo real movable, el que nos permita asegurarnos de su ser auténtico? Aquí tenemos nuestra solución, para los propósitos de la poesía. Escuchad a Bergson que, sin hablar de poesía, la barrunta: "Nuestra duración —dice— puede

sernos presentada directamente en una intuición, PUEDE SERNOS SUGERIDA INMEDIATAMENTE POR MEDIO DE IMAGENES, pero no podría ser encerrada en una representación **conceptual**". He aquí el triunfo de la **imagen del universo** que se quiere obtener con la Poesía. Criticando lo conceptual, añade: "Los diversos conceptos que formamos de las propiedades de una cosa, son como otros tantos círculos más amplios que ella, **de los que ninguno llega a aplicársele exactamente**. Fracaso anticipado de la razón. En cambio, Bergson dice con firmeza: "La imagen tiene, sobre el concepto, cuando menos la ventaja de mantenernos en lo concreto, aunque "ninguna imagen podrá sustituir la intuición de la duración".

La idea que tiene de "influencia", se da, pues, fácilmente, cuando refiriéndose a los propios conceptos "consiguientes a la intuición" expresa que no serían "conceptos rígidos, acabados, sino otros bien distintos de los que habitualmente manejamos a saber: representaciones flexibles, móviles, casi flúidas, siempre prontas a dejarse moldear en las formas fugaces de la intuición". Estamos, con esto, en la etapa de la invención poética, o sea en la expresividad, en la comunicabilidad. "En la expresión —dice Husserl, citado por Miró Quesada—; en la expresión se distinguen dos funciones fundamentales: la función notificativa y la función significativa. La primera consiste en una relación de existencias. De esta manera, toda expresión tiene carácter de signo. La esencia del signo es determinar, mediante su presencia, la existencia de otra cosa (ejemplo, el humo es el signo del fuego...) toda expresión, por lo general, se manifiesta a través de su signo físico **ya sea oral o gráfico**".

Hemos arribado al territorio del lenguaje. ¿Qué queremos, pues, obtener con el lenguaje poético que, en pureza, es un lenguaje de imágenes? ¿Queremos, solamente,

construir un mundo imaginativo o quimérico o, POR EL CONTRARIO, QUEREMOS OBTENER UNA "IMAGEN" CABAL DEL MUNDO Y DEL UNIVERSO, ENTENDIDO POR ESTE LA ARTICULACION DEL COSMOS Y DEL YO, COESTANDO, COMPENETRANDOSE RECIPROCAMENTE? La Poesía es, en todo caso, la etapa superadora del conocimiento del mundo. Es la obtención de una **imagen bella**, —consultado el "orden de los equilibrios"— del universo y del yo, **para ser expresada, significada y comunicada**, con el plan husserliano, en forma artística, que es la forma metódica y canónica de expresar la Belleza integral.

La poesía se supera, pues, desde la vivencia hasta la expresión, tan pronto como se torna idioma de imágenes para darnos una imagen de lo bellamente intuido. Obsérvese que aquí ya no se trata del concepto simplista y unilateral de la articulación de **sonido y sentido que, conforme** al postulado de Valéry, suena a una suerte de **petición de principio** en la **creación** de la poesía. No se trata del goce, o del hedonismo, como querría Bonet, hábil crítico argentino. No es el buen gusto solamente: es la interpretación del cosmos, conforme a ese "orden de los equilibrios" bellamente intuido y expresado. Las fuentes del hecho poético son, pues, de la naturaleza, de la vida, del hombre, de la sociedad, del mito, de la religión y más.

Ahora bien: ¿Es la poesía un medio o un fin en sí? Si lo primero, desembocamos, necesariamente, en la vida de relación. Si lo segundo, hemos llegado a una suerte de solipsismo absurdo y nugatorio. El lenguaje, supone relación, alteridad, exige compartir sentimientos, ideas, imágenes, conceptos, de uno para con otro. Y si la poesía es un lenguaje, la poesía no es un fin en sí, sino un medio, acaso el mejor de todos, para efectos de relación y enlace, de articulación del hombre con el hombre. "**Lo que vale para nosotros solos, no vale nada**", dijo ya el propio Valéry. Este

genial canonista francés asigna, no obstante, preponderante valor a la obra artística ya obtenida, a la joya elaborada, mediante el "intercambio armónico entre la impresión y la expresión", entre el "sonido y el sentido", entre el "poema y el estado de poesía". No se detiene mayormente en un ingrediente primordial: el **mensaje poético**. No habla de su esencia télica. Del contenido finalista-humano de la obra poética acabada. Quizá le interesa sobremanera el **arte de los versos**, en cuanto artesanía lograda, y en él se agota, y en él se disuelve, como ortodoxo del buen gusto que enfervorizó a Voltaire, que embriagó a todos los franceses, que picó, con la abeja de las Academias, incluso en la frente de Anatole France, que movilizó todas las escuadras de la crítica gala; y que hasta hoy día marca el paso fuertemente en las cuestiones del primor formal, de los motivos deliciosos. **De la musique avant tout chose**. El primor poemático es el mismo, de este modo, en Víctor Hugo, como en Baudelaire, en Paul Claudel, Valéry Larbaud, Supervielle, Apollinaire, Francois Mauriac, Revérdy, Tristán Tzara, Laforgue, Rimbaud o Jean Rousselot. El primor poemático... y a propósito: ¿No encontráis vosotros idéntico apego al buen gusto, al deleitoso burilar, a la joyelería y a la cincelación, de parte de nuestros ilustres poetas Jorge Carrera Andrade y Gonzalo Escudero Moscoso?

Sin embargo, la función social de la poesía, por mucho adobo canonista y afán estatuario que en ella se impregne, es asunto inmanente al hecho poético y a su dación en el canto. Sin referirnos al poema extenso, al gran poema, al poema legendario, o dramático, o apologético y más; sin referirnos a la obra grandiosa, que ya no es para el público sino para la humanidad, intemporal e inespacialmente considerada; y hablando tan sólo del poema lírico —todos los poetas son líricos, en definitiva— ni el rigor más exigente de los estetas podría apartar a este tipo de poema, cuando

es bueno, de los labios públicos. Canto o canción, lo mismo da, para propósitos del gusto público. De ahí que, en función social, el poema ha de ser bueno, primero por aquello que canta, y luego por la forma cómo lo hace. Primero es la poesía y su inefable comercio que es nutrición de todos, y después somos los poetas que la identificamos con nosotros y la revelamos en el poema revelando con ello nuestro destino. Resulta de esto la pluralización de lo que nos era singular. La poesía, por lo mismo, no es antigua ni moderna: es eterna. Es una impresión singularísima que se logra generalizar y hacer permanente. Cuando expresa lo inexpresable, es decir, cuando dice todo aquello que todos intuyeron y que no lograron decir, y que es tan sencillo a la vez que parece que todos lo hubieran dicho lo mismo, echa anclas en la eternidad, en la inmortalidad. De este modo, la poesía adopta una calidad permanente, que le hace indestructible: es patrimonio humano y, naturalmente, **realidad social**. Lo mismo en la época de las cuevas de Altamira, que en la de Tácito; lo mismo en la de Tácito, que en la de Neruda. Tiene, pues, una ingénita y secreta fisonomía. Es hermoso reparar en las palabras precursoras de nuestro tiempo de Madame de Stael, cuando dice que "hay que escribir con el oído alerta a los latidos del tiempo en que se vive". Que "hay que descubrir el maridaje de las letras con lo que hoy llamamos **sensibilidad colectiva**". Que "la imitación de los antiguos, aunque sea perfecta, es un arte frío, sin raíces sociales y, por lo mismo, raramente popular". Es de sugestiva actualidad estudiar la posición de esta genial mujer cuando, observando el arte de su tiempo, establece que la obra literaria es tanto más valiosa cuanto más henchida vaya de ideas filosóficas; que "las ideas filosóficas han penetrado en las tragedias, en los cuentos, en todos los escritos, aún en los de puro esparcimiento, y así han removido, han agitado las conciencias". "Cuando

el pensar —dice Madame de Stael— no conduce al mejoramiento humano, resulta una ocupación o afeminada o pedantesca”. Y mantiene una doctrina de interdependencia entre lo social y lo artístico. Claro que en esta doctrina, es fácil escudriñar el reflejo de las ideas del “arte interesado” de su tiempo, que no son otras que las de Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Diderot.

Lo social se refleja en la obra artística con un sentido de riqueza intrínseca. Otra cosa es, sin embargo, que el poema, en función social, sea el instrumento de predeterminaciones u orientaciones que han de cumplirse de cierta manera inflexible. Entonces, hemos desembocado en el territorio de lo político. Cuando el poema adquiere un sentido estatal o una vis coactiva o cuando empieza a ser didáctica colectiva dirigida, se matiza con la fuerza de los fines autárquicos. No tiene, por este modo, la poesía, una simple técnica expresadora de belleza o de contenido humano, sino que se reviste de fines necesarios, determinísticos, preelaborados: la poesía obedece, así, a una suerte de concepción deontológica de un ordenamiento político determinado y peculiar. Una cosa es, pues, la poesía trovadoresca, o juglaresca, o romancesca, verbigracia, **reflejando la historia y el hecho social** de una etapa humana, de un pueblo o de una raza, en un sentido residual, sedimentario, estático, inamovible, inmodificable, patrimonial, si queréis, inclusive sintético o de etapa, y otra la poesía que, con propósito anterior, **trata de dirigir la historia por los canales programáticos de plan o de sistema, de técnica y de doctrina considerados como necesarios e indivisibles**. Este sentido traslaticio, móvil y de comando, de la poesía social, adquiere, pues, los tintes de la autarquía positivista, y desecha todo ingrediente especulativo o extraño, toda escoria idealística, por ser inútil a los fines de su autarquía que, en resumen, es fenómeno económico, el único aceptado y acepta-

ble en la concepción **materialista propiamente dicha, o marxista** si queréis, aunque no monista y universal conforme a Protágoras, cosa que no interesa al sentido político-económico del proceso de la historia. La poesía política no es, pues, el legado pétreo o valorado simplemente, o monumental, aún considerado el reflejo de lo social: es la activación y reactivación de los motivos humanos al filo de una concepción económica-dogmática de una sociedad perfectible, **en función del logro de unos fines programáticos inquebrantables**. De esta manera, la poesía no es solamente **una expresión estética o lírica de la sociedad**, como quisiera Villemain desde su cátedra de la Sorbona, sino que es su timón de comando, dada la capacidad creativa de los intelectuales, que son la instancia directriz, el cerebro y el corazón de un pueblo. Emilio Zola, Anatole France, Dickens, Byron, Ibsen, Tagore, Montalvo, Rodó, Whitman, Tolstoi, Gorki, aunque no todos poetas líricos pero intelectuales y estetas los más, tienen este significado de rectoría de ese epifenómeno social que es la política. En la evolución del arte autárquicamente dirigido, podemos constatar su expresión y naturaleza en las palabras de Anatoli Safronov, Secretario de la Junta Directiva de la Unión de Escritores Soviéticos, —pues su Secretario General es Alexander Fadeev—, quien —Safronov— dice: “Los escritores soviéticos agrupados en la Unión se trazan como objetivo fundamental el de crear obras literarias de alta calidad artística, impregnadas del elevado espíritu de la victoriosa edificación del comunismo”. En los estatutos de la Unión de Escritores, se dice que el método fundamental de la literatura y de la crítica literaria soviéticas es el realismo socialista, que exige de los escritores la representación veraz, histórica y concreta de la realidad en su desarrollo revolucionario. La veracidad y la concreción histórica de la representación artística, deben armonizar además con la tarea de la educación ideológica

del pueblo en el espíritu del comunismo". De igual manera, en el mundo del arte, todo formalismo individualista, todo autismo, toda introversión, son combatidos. El sujeto y su drama personal, no cuentan. Recordemos el ataque a los "eróstratos" vacíos del modernismo, dirigido por Asafev, en su Informe al Primer Congreso de Compositores Soviéticos. "PRAVDA", el 20 de Abril de 1950, dijo: "Nuestros músicos deben crear una música tal bella como nuestra realidad socialista". Jrénnikov, en el Primer Congreso aludido, encareció "el fecundo camino estético de los clásicos" contra la **deformación formalista**, si cabe la antinomia. Asafev atacó a Shostakovitch, Jachaturian, Prokofiev, afirmando que sus composiciones son extrañas tanto a las tradiciones de la música clásica rusa como a las exigencias de los oyentes. Eric Newton, crítico del **Sunday Times**, consigna que el llamado "Arte Moderno" —que tiene aproximadamente cuarenta años de existencia en la sucesión de los estilos— "ha sido desechado por Moscú y prohibido de regresar": con lo que se refiere, posiblemente, a la resolución del 10 de Febrero de 1950 del Comité Central del Partido Bolchevique, imponiendo el abandono de los formalismos y los retorcimientos inasimilables.

La poesía de cartel, arrumbada ya desde hace algunos años a esta parte, produjo el cansancio consiguiente, animada por esos fines militares o de militancia social en el Occidente. No hay poesía cartelera, en la actualidad: lo que existe es poesía insurgente pero espontánea, como si la semente revolucionaria hubiese dejado un bosque de manifestaciones líricas que se autoprolifera. Es innumerable la nomenclatura de los poetas marxistas o neo-marxistas de hoy. Pero es, antes que poesía de consigna, poesía de convicciones irreductibles. Si el romanticismo, por ejemplo, fue un movimiento revolucionario contra el culto incondicional de la razón, abriéndole sitio al sentimiento; si el ar-

quetipo es inspirado en la arquetipia del alma, si fue un grito contra los horteras académicos de la razón, la poesía revolucionaria moderna —y no se confunda este tipo de poesía con la poesía iconoclasta, la antiacadémica o antipreceptiva, o intuitiva con sus escuelas irracionales u oníricas— aspira, pues, a moverse ya de un modo irrefrenable conforme a la nueva concepción política del mundo. Empero, ¿el espíritu humano es susceptible de ocupar los departamentos estancos de un nuevo tipo racionalista de la cultura concebida políticamente desde la autarquía excluyente? Respondéos vosotros: yo creo en el espíritu y su ubicuidad inasible; y creo que la poesía, expresión de lo inexpresable, como dije en algún sitio, tiene un registro ilimitado que lo satura todo, que lo empapa todo, como el mar a las criaturas de su mundo líquido y perennemente mutable. El atinado juicio de Gilberto González y Contreras, crítico centroamericano, sobre este esquema disyuntivo, es digno de recogerse con esmero. Hélo aquí: “Lo social, antiguo o moderno, —dice— es cierta labor o cierta orientación, no importa de qué época o escuela definidora de una colectividad. Lo marxista —apunta— es, por esencia, lo relacionado a la trayectoria y porvenir de una clase, e históricamente lo relativo a la crítica de la burguesía y al ascenso del proletariado como clase sucesora”.

### Consecuencia

LA POESIA PURA NO REPRESENTA TODA LA TRAYECTORIA ARTISTICA DEL ESPIRITU CREADOR Y CONSTRUCTOR DE BELLEZA VERBALMENTE EXPRESIVA, AUNQUE SU NATURALEZA INTEGRAL SEA INDISCUTIBLE COMO MANANTIAL PERENNE DEL ARTE LIRICO.

## Observaciones:

a) La poesía no se agota en el poema, en cuanto pureza artística. Es también forma suscitadora, comunicable, con fines de participación emotiva. De ahí su naturaleza eminentemente social.

b) Los temas históricos o de contenido social, el llamado **arte interesado** son reflejo de que le es imposible al hombre y al poeta sustraerse a la realidad circundante y al imperativo de la pluralidad social. La poesía autista, introversa, por auscultación que sea, del mundo interior, es también su denuncia y su revulsión hacia el exterior, con fines de participación heterónoma. La poesía social es, pues, la etapa superada de la comunicabilidad artística, que es fenómeno de interrelación. El "arte por el arte" no existió jamás, pese a toda elucubración racionalista, pues el arte es revelación, extraversion, comunicabilidad, dación, a las generaciones presentes y futuras. No se hicieron estatuas, palacios, pinturas, sinfonías, canciones, poesías, para los bosques ni la fauna menor. El contenido humano del arte es, ingénitamente, contenido social.

c) La poesía de contenido político expresa **una trayectoria** del arte poético total; sin que por ello sea su única manifestación, su necesaria condición de existencia, su necesaria vertiente, conforme a las concepciones de tipo autárquico. De otra parte, la "poesía política", puede no ser necesariamente **marxista**, sin dejar por ello de estar impregnada del ánimo directriz de un orden político dado.

### **Tercer Esquema Disyuntivo: Poesía Universal, o Poesía de sentido autóctono**

No podré hacer una detenida observación sobre este miembro articulado de la temática de hoy por razones de tiempo. Afirmo, empero, que desconozco posibles estimaciones preferenciales sobre los dos rótulos. La poesía alcanza universalidad, cuando se acredita buena por sí sola. Las rimas de Bécquer, con todo y ser fragmentos expresivos del romántico padecer del alma, tienen carácter universal, porque consultan los resortes íntimos de la naturaleza humana de todos los tiempos. Es interesantísimo escuchar a los propios poetas tratando de definir a la poesía. ¿No creéis vosotros conmigo que hay un tono de universalidad indiscutible en la siguiente rima becqueriana? Escuchadla, al definir la poesía:

“¿Qué es poesía? dices mientras clavas  
en mi pupila tu pupila azul;  
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?  
Poesía... eres tú”.

Y el sentido de universalidad, se robustece más todavía en esta cita del enorme contemporáneo, León Felipe:

“Deshaced ese verso,  
quitadle los caireles de la rima,  
el metro, la cadencia  
y hasta la idea misma.  
Aventad las palabras  
y si después queda algo todavía,  
eso  
será la poesía”.

Y el propio Bécquer, reafirmandose en esa universalidad:

“Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía”.

Y observando, con sabia crítica, la limitación de las reglas preceptivas que disminuye el caudal inagotable de la torrencial poesía, que siempre es universalidad, André Chénier, apunta:

“El arte, sólo hace versos; únicamente el corazón es poeta”.

He cedido la palabra a los grandes poetas de nuestro tiempo, para hablar de la universalidad en la poesía. Nada añadiré yo sobre las citas maravilladas que escuchásteis. Pero sí me preguntaré nuevamente: ¿Es que la poesía autóctona, la vernacular, la indígena de un cierto lugar de la tierra, carece de universalidad para poder establecer el dilema? Comienzo declarándome inhábil para descubrir este dilema. No hay poesía, si no hay universalidad, aún en sus máximas singularizaciones, ya sea en el área intimista y subjetiva de las escuelas simbolistas y derivadas, ya sea en las zonas circunscritas a determinado territorio físico donde se asienta un pueblo o una limitada agrupación humana. La poesía autóctona, refleja, pues, de un modo universal, la belleza circunscrita a su observación en el ambiente y su expresión peculiar. Así los jai-kai de Matsuo Bashó, por ejemplo, son prodigiosas síntesis de belleza universal, observadas y expresadas peculiarmente. El jai-kai, duendecillo de la literatura oriental, se propone una sola cosa: **universalizar mediante la síntesis**. No olvidemos que el cosmos es síntesis total. Abramos por un instante el jo-

vel de laca, y dejemos saltar a estas mínimas criaturas. Ved-  
las saturadas de impresionismo musical, no obstante su en-  
trega en otro idioma, que es desaclimatación en cierto sen-  
tido:

“Perfume nocturno de los manzanos  
luego, súbito, el día:  
el senderillo en la montaña”.

Y estotro:

“Hasta un caballo viejo  
es bello en la mañana  
sobre la nieve deslumbrante”.

Y estotro:

“Noché de primavera.  
Oh, los cerezos, los cerezos en flor.  
Y ya la aurora...”

Y uno más:

“Mi sombra  
Sobre el **tatami**.  
Luna en la ventana”.

Y el último:

“Al sol se secan los kimonos.  
Oh, la manguita  
del niño muerto...”

La poesía autóctona es, pues, un tipo de poesía limita-

da a un medio y a una porción humana peculiar, que se tiene de universalidad indivisible.

Si incursionamos dentro de nuestra poesía nacional, para no dar más ejemplos foráneos, encontraremos maravillas autóctonas en la expresión quichuista primordialmente, o castellano-quichua, que es la mestización vernacular por excelencia que tenemos de nuestro idioma nacional. Sería fatigante toda cita: vosotros conocéis esa poesía, acaso la paladeáis cada día, quizás la elaborásteis, quizás también la repetís y la vivís sin daros completa cuenta de ello.

Cabe, no obstante, hacer un distinguiendo imperioso: no ha de confundirse la poesía vernacular, que la hacen todos, el pueblo que es el gran poeta, o los poetas avocados a una porción de su actividad expresiva, con la poesía de escuela literaria que es cosa enteramente distante de este tipo de composición o dirección de la poesía. La poesía parte lindes, en este sitio, en las formas diversificadas del Canto y la Canción: el primero, pertenece al artista singularizado, al poeta-inventor; la segunda es de la facundia pública que, si bien tuvo origen en el poeta unipersonalmente considerado, derivó hacia la multitud y se convirtió en su patrimonio, porque el pueblo aderezó la poesía, la puso a su modo, la asimiló, en suma. El canto, no es la copla. Empero: ¿Puede haber una forma de canto vernacular? ¿Lo podríamos negar, de pronto? ¿No serán formas vernáculas de la poesía universal las sagas, los vedas y más? Ya vimos que la poesía tiene caracteres de singularidad expresiva y pluralidad receptiva; esa singularidad expresiva, ha de conjugarse con la pluralidad social. El problema reside, pues, en esto: articular los ingredientes peculiares que usa un poeta, **como expresión ambiental**, con las manifestaciones ubicuas y permanentes de la poesía universal, ya sea suscitando **estados de gracia** que se identifican con el suyo, ya usando de expresiones poemáticas asimilables por todos. Así encontra-

remos que una poesía se tiñe de autoctonía lo mismo en el "Shamzi-Tabriz" del persa Djelal-Eddin-Rumi, como en la poesía gauchesca; ya en las geórgicas de Virgilio, como en los "volkslied" del pueblo alemán; ya en la poesía hindú, en la china, en la romancesca española, como en la elegía del Cacique de Alangasí, o en el Popol-Vuh, o en los villancicos españoles o los nuestros de Cuenca. Nótese que no hablo de la extensión del poema: me refiero sólo a su peculiaridad natural, como manifestación de un complejo geográfico y temporal, racial, telúrico, fisiognómico, en suma. Lo importante reside en alcanzar expresiones caracterizadas por tales ingredientes, pero universalmente válidas. De donde se sigue que no hay poesía de tipo autóctono que, para ser poesía verdadera, no se haya impregnado antes de esa taumatúrgica universalidad. Por eso yo compararía la poesía universal, en su frescura eterna, a esa imagen que la Mistral se hacía de la poetisa María Monvel, "caminando por una playa dorada con la cara dichosa contra el viento... exenta de hieratismo... cuando el verso tiene "el vuelo fácil y extendido de la gaviota chilena, del ave de seda y sal": Poesía dura no es poesía. Toda la maravillosa obra poética del Antiguo y del Nuevo Testamento, está impregnada de esa frescura eterna, de esa flexibilidad. Y eso que permanece como actitud de un pueblo, de una nación, de una raza, en la expresión bella de lo propio, esa es la poesía autóctona. Por donde se obtendrá que no hay poesía que no esté tocada de autoctonía en cierto modo, ya sea en lo expresado, ya en la forma cómo se expresa. Los cantares de gesta, el poema de Mio Cid, la Canción de Rolando, el Popol-Vuh, la propia Ilíada —recuento etnográfico de unos pueblos helénicos—, para no citar más ejemplos, tocados están de un sentido vernacular indivisible.

Contrayéndonos a nuestro medio ecuatoriano: ¿Tenemos, hemos tenido una poesía de sentido autóctono y terri-

geno de verdadero valer? Apresurémonos a manifestar que negarlo, sería injusto y omisivo. No midamos la poesía terrígena por la tarea reciente: contraigámonos a ver cómo estalla el pueblo ecuatoriano en poesía y música, cuando canta —sin intervención de los poetas conocidos— su propia temática angustiada, en el amor, en la miseria, en la injusticia, en la reverberación espontánea de sus padecimientos y conflictos, o en el resplandor, no siempre frecuente, de sus alegrías o de sus trances patrióticos. Somos un país con tres geografías: costa, altiplano, amazonía. La costa, por boca del "amorfino", tiene una garganta abierta todos los días a la expresión fluente del hecho poético, dentro del fuego tropical. En la sierra, el indio —explotado incluso en el arte de las élites— nos entrega la cuita de que vive circuido, ya en su lengua propia, ya en la medialengua de las cláusulas quichuizadas con que canta-llorando o llora-cantando, volviéndonos siempre las espaldas a los "blancos", —recuerdo mucho la alusión de Robeson a la Estatua de la Libertad, que dice que da las espaldas a los Estados Unidos—, o bien, con idéntica actitud, cuando bebe un trago, de espaldas también al amo, menos por respeto que por un innato desdén.

No obstante: ¿Hicieron los poetas una verdadera empresa de reivindicación, de expresión del medio artístico ecuatoriano? Nadie podrá negarlo. Toda gran poesía va impregnada de un halo edáfico, del suelo, del vivir, del hombre. La poesía ecuatoriana no podría sustraerse a esta ley. Por sobre el tono doctoral, elocuente, rotundo, subiría el hálito de la poesía nacional, superando la expresión vernácula, en el canto de dimensiones permanentes. La poesía de álbum, la poesía galante y marmórea, dejará el paso libre a la poesía con humos de tierra fresca; pero sólo será en Cuenca, donde el tono mayor del poeta recoja los fermentos de la raza, del medio indígena, del medio telúrico, del gran medio vital y geográfico, terrígeno en suma. Luis Cordero comien-

za la derivación positiva, hacia la forma cuidada del poema, de la poesía autóctona. Juan León Mera compiló, en un volumen, coplas populares no bien diferenciadas del cople-rismo americano, chileno, argentino, peruano y más. Luis Cordero eleva a la arquitectura del poema, la emoción del amor a la tierra, a la llacta, a lo propio indivisible. Luis Cor-dero, para lograrlo, pernocta incluso en la propia lengua quechua, y escribe:

“Rinimi, llacta rinimi,  
mai carupi causangapa,  
mana quiquin llactashina  
cuyanquichu runataca.

Chaica, ña quilla llugshinmi,  
Puyu chaupi, ta, quimllashpa;  
chaica, jatarish purina,  
llaquipish chayana cashca”.

No debemos olvidar que se motejó a Cuenca, a esta re-gión privilegiada de la naturaleza en el Ecuador, de un ex-ceso contemplativo de lo propio, de una suerte de ebriedad en la maravilla circundante. La expresión poética de lo propio, de lo indígena —no tiene otro significado el voca-blo autoctonía—, la bella poesía autista del medio cuenca-no, reverberó, primordialmente, por boca de Remigio Rome-ro y Cordero, —continuador, por el canal vernacular, de la obra de su ilustre abuelo—, en su por mil títulos maravillo-sa poesía eclógica; por boca de sus hermanos, los inspira-dos poetas Romero y Cordero, Luis José, Rapha que, con sus rastreos sobre el vientre de la madre tierra, metieron la mano hasta el codo en el barro prodigioso del barbecho azuayo-cañari y obtuvieron el fruto, la espiga, el candel dorado del verso. “LAS CAPULICEDAS”, “EGLOGA

TRISTE", "LA POBRE MARIUCHA", son poesía total. Mientras grupos de poetas y artistas ecuatorianos bebían literatura de importación y construían las formas simbolistas e impresionistas, con la canónica de Mallarmé; mientras la poesía ecuatoriana siguió el cánon de este simbolista, y, fugitiva del medio, se acogió en las introversiones suicidas, estableciendo que "el verdadero simbolista no describe nunca el objeto sino la impresión que de él recibe"; mientras el evasionismo de la poética de entonces, Mallarmé a la cabeza, opinaba como actuaba, y actuaba estableciendo que el mundo exterior sólo existe como un mero símbolo del mundo interior; y esos símbolos (poesía) los expresa por un procedimiento wagneriano (música) y a grandes manchas flotantes y coloreadas impresionistamente (pintura), en Cuenca, la poesía marcaba un registro inconfundible, que se dió en llamar "mariano" o eclógico pero que, en todo caso, fue terrígeno, desde Luis Cordero en adelante, pasando junto a los Romero-Cordero, tocando con la gracia del cople-ro, en Alfonso Andrade Chiriboga, estupendo realizador de poesías como "Pasteño Chimbay"; con Juan Iñiguez Veintimilla, poeta regional también, para no mencionar la poesía ternísima de Miguel Moreno, H. Vásquez, la idílica de "Mi Poema" de Crespo Toral, y otras de la lira peculiar de la ciudad tomebambina. Mientras la poesía ecuatoriana se tiñó de rubendarismo y empezó a pastorear cisnes por los lagos, en Cuenca se seguía la tradición autóctona, vale decir conservadora, pues ya sabemos que esta región del Ecuador, en un sentido conservador menos político que étnico, está hecha de una sola pieza. Poetas como Remigio Tamaríz Crespo, Agustín Cuesta Veintimilla, José Rafael Burbano, tienen su poesía de tintes regionales, que se acusan en José María Astudillo Ortega. No hemos de negar, de ningún modo, que todo el grupo de **Philelia**, revista literaria de la época, está respirando un ambiente de simbolismo entremezclado a la

autoctonía. \*Y así, Luis Romero y Cordero se refugia en las saucedas, por ese estímulo. Y así, se insertan en la revista, como un marchamo indeleble, traspasados de simbolismo, poemas de José Romero y Cordero, donde, con tono de Mallarmé se canta a la campana parroquial; donde, junto a los "Mensajes a la Hermana Tormento" de Aurelia Cordero de Romero, y a la "Plegaria a la Morfina" de Ernesto Noboa Caamaño, se escribe la poesía, tocada también del mal de la época, de la introversión y la fuga, de Rafael Romero y Cordero, en el poema "LA POBRE MARIUCHA", con elementos regionales inconfundibles. Miguel Angel León, en Riobamba, su inmortal CANTO AL CHIMBORAZO; es, en mi concepto, entre innumerables voces simbolistas, la única que se levanta para secundar el canto a la tierra, emprendido en Cuenca. Alfonso Moreno Mora, calificado de impresionista, deambula por los campos de Tarqui recogiendo motivos que su delicadeza excepcional fijará en el verso para la inmortalidad. Hay vaho de tierra en ellos. Hay cosa de campo, de casa, de arrobo doméstico, de dolor contumaz de la cárcel verde donde vive. Acaso es Alfonso el más fuertemente apegado a su tierra. Vicente, gran poeta también, en "Gajo de Crepúsculos", sin abandonar la tesitura simbolista, incursionará por el superrealismo, pero no olvidará la nota regional. Todos ellos auscultan los latidos de la madre común. Es lo peculiar cuencano: mientras sueñan otras voces introversas. No mencionaremos ninguna de estas voces ecuatorianas: constituyen legión, y legión excelsa. Son los que escriben en "LETRAS", "VIDA INTELLECTUAL", "RENACIMIENTO", "EL TELEGRAFO LITERARIO", "ALTOS RELIEVES", "PAGINAS LITERARIAS", "LA IDEA", "PHILELIA", "AUSTRAL", "ACUARELA", "SINGULUS", "AMERICA", "ESPIRALES", y más. Una flora de escritores simbolistas verdaderamente torrencial.

De ningún modo podemos pasar adelante, a riesgo de hacer injusticia, sin mencionar un nombre de importancia histórica indiscutible en este recuento breve de la poesía vernacular, o con dirección hacia lo terrígeno, étnico, racial, y con módulo insurgente, cual es la poesía reverberante e iracunda, de G. Humberto Mata que, según lo creo, marca una etapa de rigor, en todo el quehacer de la poesía nacional. Mata tuvo pocos prosélitos; pero es un hito perfectamente configurado en la trayectoria de este tipo de poesía en el Ecuador. En la hora actual, la vuelta hacia lo terrígeno, esguazadas las olas del tiempo, donde quedan cadáveres retóricos, nos encontramos con versiones universalistas ya del contenido **terrígeno nacional**, mejor que **autóctono**, de la poesía ecuatoriana. Hago abstracción propositada de la poesía popular, que no la hacen los poetas, sino el poeta más grande de todos: la muchedumbre. Nombres muy valiosos son los de Adalberto Ortiz, con su reverberante y sonorisíma, musical y arquetípica poesía negra, y Jorge Enrique Adoum, marcado con el signo de las excelencias líricas. Las derivaciones pacifistas de hoy, en los poetas jóvenes ecuatorianos, no dejan de tocar también la cuestión nacional. Pero antes, tendremos la poesía romancesca con temática propia: Los romances de Abel Romeo Castillo, marcan etapa en este sentido. Los romances de Jorge Pincay Coronel, registran acaso el más alto sentido de lo nacional. En el momento presente, otra vez el verso blanco, de matiz evasionista, ha vuelto a despuntar en el cielo de la poesía ecuatoriana. Una poesía abstracta, o bien una poesía de epígonos del siglo de Oro en el molde de los sonetos, apunta en la Historia. Mientras tanto, cerramos este esquema con la siguiente:

## Conclusión

LA POESIA TIENE SIEMPRE UN SENTIDO UNIVERSALISTA INDIVISIBLE E INTRANSFERIBLE, AUN CUANDO SE CARACTERICE EN LAS FORMAS AUTOCOTONA, TERRIGENA, O NACIONAL, CIRCUNSCRITAS A CUALQUIER MEDIO. NO PUEDE PREFERIRSE LA UNA SOBRE LA OTRA, A RIESGO DE ABSURDIDAD, PERO BIEN PUEDE ESTIMULARSE A LOS POETAS A RECIBIR LA ENSEÑANZA DEL PUEBLO EN LA EXTRACCION ESPONTANEA DE ESA RIQUEZA INAGOTABLE DE MOTIVOS.

**Cuarto esquema disyuntivo: ¿Qué elementos prevalecen en la creación de la auténtica poesía: los racionales y lógicos o los irracionales y alógicos?**

En la articulación de los temas entregados, me parece el de más importancia actualista. Yo no lo atacaré directamente por una sola causa: mi impreparación para hacerlo, aunque la exposición que os entrego deja entrever, diluídos en ella, los elementos filosóficos y gnoseológicos —formas de la intuición, del irracionalismo, etcétera— de que me he atrevido a usar del modo más somero posible, y a riesgo de cansaros.

A mi modo de ver, las nuevas dimensiones del arte expresivo en música, pintura y poesía, no tienen por qué ser consideradas como excluyentes. La diversificación de racionalismo e irracionalismo en arte, es cosa de públicos antes que de autores. A quien agrade el aristotelismo excluyente, no ha de imponérsele las fórmulas intuitivas de Bergson, de Husserl, de Heidegger y más, aplicadas a la creación artística. A quien desee expresarse conforme al tipo rena-

centista, neo-clásico, romántico, parnasiano, simbolista, decadente, retórico, a-retórico, no puede imponérsele otra dirección artística que la suya. Y ahora sí hemos tocado en la tesitura francesa: el gusto y el cánón. He aquí, pues, destrozados los dos, a servicio de una emancipación total de la poesía, en una explosión trituradora de reglas, de cláusulas, de razonamientos, de descripciones, etcétera. Es vieja la querrela: Y nunca dejará de existir la beligerancia entre las escuelas. Desde el culteránismo de Góngora, la poesía se abre paso más allá de la canónica horaciana, o francesa, o castellana. La poesía registra su único módulo verdadero: el de la incontenible libertad de expresarse, ya para la razón, ya para la intuición. La poesía da cara a la vida, y quiere adoptar una imagen peculiar de ella: no recibir la imagen que otros quieren entregarle, ya sean filósofos racionalistas, ya políticos, ya historiadores, ya oradores o ya científicos. Esa imagen de la vida puedo obtenerla yo, o quien quiera, conforme a su **registro de poeticidad**, o de consulta al "orden de los equilibrios", que constituye lo bello. Puedo obtenerla de un modo racional o irracional. Shakespeare, citado por Bertrand Rusell, dice que la vida no es más que una sombra errabunda; Shelley dice que es como una cúpula de cristales multicolores; Bergson dice que es una concha que se quiebra en partes que son conchas a la vez. Calderón dice que es "una sombra, una ficción"; nuestro Matovelle, exclama:

"Ay la vida! ¿Qué es la vida?  
Chispa oculta entre pavesa,  
relámpago que atraviesa  
tempestad enfurecida..."

He ahí diversas "fórmulas" poéticas de la vida. ¿Cuál de ellas es la verdadera? ¿Nos interesa su certeza racional,

o, mejor, nos cautiva el modo de expresarla bellamente? ¿Y es que no se puede, desde las actitudes irracionales, intuir la vida y obtener de ella una imagen absolutamente irracional, desde los observatorios de un arte de abstracciones?

El superrealismo, el surrealismo, el futurismo, el dadaísmo, lo mismo que el parnasianismo o el clasicismo o el romanticismo o el simbolismo, pueden obtener, cada cual con lo suyo, una imagen de la vida. Lo importante es obtener la imagen. Lo que de ella se expresa, es ya cosa de públicos. Cosa de mentes receptoras. Habrá quienes "no entiendan" un tipo de poesía: pero ¿es por ventura la inteligencia de la poesía su **quid** racional, la única forma de darse que ella tiene? Lo hemos visto que no, desde Góngora, inmortal, hasta la constelación de poetas irracionales contemporáneos. No se trata, pues, de entender con la palabra y la cláusula gramatical; la tarea es la de aprehender con el espíritu todo el resplandor de la belleza, que no podría dar la razón, por sus estrechos cauces. Aprehender espiritualmente: he ahí lo primordial. No es infrecuente escuchar, de parte de mentes poco romas, por supuesto, que alguien se exprese aproximadamente así: "Yo no **entiendo** cómo Federico García Lorca pueda decir que le está "doliendo el sombrero"; pero me pasa que siento un curioso y hasta agradable escalofrío, cuando dice: "Leñador, córtame la sombra; librame del suplicio de verme sin toronjas". Ya sé, ya comprendo, que el hacha no corta la sombra, que el poeta no puede emigrar al reino vegetal, o creerse árbol, si no está loco, para no encontrarse las toronjas; pero aunque no entiendo cómo se pueda querer cortar la sombra con un hacha, experimento una extraña emoción al escuchar esa poesía". Pues esto mismo es lo que se propone el arte **irracional**: ensanchar sus fronteras de tal modo, que la Belleza, doblemente expresable, racional e irracionalmente, alcance

a empapar universalmente a todos los espíritus. Aprender espiritualmente de un modo irracional, resulta ser la otra dimensión del espíritu cognoscente. Con Descartes encontraréis que “pienso, luego soy”. “Cogito, ergo sum”. El primer momento es absolutamente irracional. Me conozco por el espíritu; y sólo es adicionalmente, que la razón fortalece mi propio conocimiento. Con el propio filósofo encontraréis que la intuición es tridimensional como forma del conocimiento: intelectual, volitiva, emocional. Pues bien: la poesía en este caso se empeña en darse a conocer, intuitivamente, por el sentimiento. Eso es todo. A Pitágoras no le habríais hecho entender que el cero es un número y Leibnitz habría sido considerado por él como un loco; menos aún los pitagóricos habrían “comprendido” que, conforme al cálculo infinitesimal, entre los números dígitos existen infinitos numéricos, infinidad calculable, con los nombres de “grupo” o “función”, con cuyo cálculo se ha pesado la luz, se ha medido el espacio, se ha descubierto la estructura del átomo, trayéndolo desde sus infinitudes hasta hacerlo explotar. Pues bien: esas infinitudes las encontraréis más aún en la Poesía, que es la superación de la filosofía. Al menos Aristóteles ya decía —y lo cita Menéndez y Pelayo— que la poesía es más profunda y más filosófica que la Historia. Y para que veáis que la cuestión “irracional” no es de ahora, Góngora aparte, recordad que Goethe, dirigiéndose a Eckermann el 6 de mayo de 1827, le decía que “cuanto más inconmensurable e incomprensible para la inteligencia una producción poética, es tanto mejor”. Esto es cosa diferente, como bien lo reparáis, de escribir “malos versos”. Eso es ya asunto sentenciado. Horacio dijo en su Epístola, citada al principio: “Los versos, el vino y los melones, son malos si no son superiores”. Petronio se suicida, menos por la amenaza de muerte que sobre él se cierne, por ya no poder soportar la horrenda revulsión “poética” de Nerón. Conque,

con Goethe: ¿Admitiréis la existencia de una poesía incomprendible, pero sí bellamente aprehensible, no con la buscada mediatez retórica, sino con la actitud del espíritu que se dirige como un dardo hacia lo bello, para conocerlo y degustarlo? No he de prolongarme en esto con mis propios conceptos. Ya el ilustre Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuenca, Dr. Gabriel Cevallos García, al prologar un libro mío: "Ventana al Horizonte", hizo una exposición muy valiosa de la operación migratoria del pensamiento desde la ilogía a la logía, al analizar el tipo de mi poesía de entonces —1941—, demostrando que "en el arte puede vivir y ha vivido siempre la ilogía, levantada sobre escabeles de lo armonioso. Las denominadas licencias o figuras literarias, por ejemplo, constituyen prueba irrefutable de la incompleta extensión de la lógica sobre la emotividad. La no estricta observancia de lo que es estrictamente dialéctico no constituye delito de lesa verdad. La verdad en arte no es validez análoga a la rígida conclusión dialéctica. En la belleza existe verdad: esto es incuestionable. Mas la manera estética de evidenciar el mundo y los mundos de pura creación no camina sometida a los carriles de la dialéctica. Sin embargo, esta modalidad brillante, por libre que la supongamos de las vallas lógicas es, a su manera, una tangible lógica en aquello mismo que posee de ilogía. En acepción general y tradicionalista, la metáfora no sirve, no significa otra cosa que el sentido de una palabra a otra, de un pensamiento a otro pensamiento. Sirve para explicar algo que a primera vista parece oscuro. Para demostrar con auxilio de lo material lo que es simplemente ideal. Es útil para causar impresión o romper la monotonía. Pero la metáfora posee además otro valor. Y en este sentido la metáfora vale inmensamente más. Tiene el deber de dar a luz mundos insospechados. Delata emociones frescas allí mismo donde todo parecía agotado. Tiene obli-

gación de sobreponerse a lo normal o corriente, y hasta imponer como lógico en arte lo que la generalidad considera como ilógico... el vía crucis del arte estuvo y estará siempre aquí: cuántos hombres inteligentes no se entregan más que a una intelección formalista y rígida de la belleza entendida como sinónimo de los cánones. No la intuyen. No la sienten. No quieren amarla. Esto les parece demasiado, cuando la claridad del pensamiento puede, según ellos, abarcarlo todo”.

Con este mismo sentido de esteta, y dirigiéndose a criticar tanto la actitud indiferente de la sociedad contemporánea, cuanto el apego irreflexivo de ciertas personas a la poesía racionalista y enfundada de retórica, el ilustre crítico, Wladimir Weidlé pronuncia sentencias terribles. En la sociedad contemporánea que corre a su desintegración, se hacen necesarios los principios de la fe, que apoyan el verdadero conocimiento, dice. No se trata de la fe religiosa, de las distintas fes. Se refiere a aquella y a la del hombre. Acaso Joyce, Proust, Kafka, habrían afirmado más su tarea universal, reforzando estas bases. Cuán bello es confiar, con Weidlé, en esa fe en el arte y en lo humano cuando establece que el poeta, más que cualquier otro artista, no sólo es el creador de sus obras sino dentro de ciertos límites el creador de sí mismo! Creación: he ahí la verdadera actitud del poeta. Demiurgia, nada menos. Creación, incluso de un idioma personal. “Cada palabra —dice el citado crítico— que el poeta emplea, debe designar por primera vez el objeto que significa; cada ritmo y cada imagen son los frutos de una creación incesante y espontánea... el poeta se ve ante la necesidad de renovar parcialmente los materiales ya conocidos, de contentarse con un hallazgo aislado, con un acercamiento no esperado de elementos desde mucho tiempo atrás usados; se ve obligado a crear o a componer una lengua en cierto modo artificial, recurriendo al pasado o a innovaciones

más o menos arbitrarias... Las tentativas de este género necesariamente dan como resultado la constitución de un idioma poético algo oscuro en relación al idioma corriente. De ahí los lamentos incesantes que se oyen desde hace ciento cincuenta años en lo referente a la dificultad excesiva —dice Weidlé— que se tiene en comprender a los poetas. Esos lamentos se deben en gran parte **al prejuicio racionalista que sólo reconoce un idioma lógicamente transparente, como si fuera un cálculo aritmético, y considera toda falta a esas reglas como un pecado contra la diosa Razón;** mas por otra parte están fundadas en el sentido de que en otras épocas la lengua no se separa del idioma corriente en la medida en que se ve obligada a hacerlo hoy". Y en cuanto a la metáfora y su uso, apunta: "En su origen la metáfora y los demás **tropos** de la poesía, de ninguna manera son adornos arbitrarios... sólo representan una imagen del mundo que se impone muy naturalmente al poeta y constituyen un testimonio de la unidad esencial del universo, cuyas partes pueden entrar en relaciones recíprocas y donde todo participa en todo. Lo que es de lamentar en la poesía actual no es la metáfora, sino el empleo racionalista de las metáforas que no guardan ya para el poeta ninguna relación auténtica con la realidad y que éste sólo plantea con toda reserva: **como si ellas aún significaran algo**". Pero más adelante, temiendo que se halle elaborando un nuevo tipo de retórica —alguna vez lo dije así, ante el público ecuatoriano: no recuerdo dónde—, establece que "los poetas contemporáneos están perdiendo la fe misma en su arte. Cada día que pasa creen más y más que todo puede desfigurarse, que toda elección de palabras, todo ritmo, toda imagen, puede no ser sino un engaño, **una simple fórmula retórica**".

## Conclusiones

- a) La creación de la auténtica poesía constituye un proceso traslaticio desde las formas primarias e ilimitadas del espíritu —intuición, irracionalismo— en su contacto con la belleza en el nacimiento de la obra artística hacia etapas superadas que no hacen necesaria y exigible la intelección y el raciocinio.
- b) La construcción artística de la poesía puede también buscar una concesión racionalista de elementos de arte a través de intelecciones; pero esto ya exclusivamente dentro del territorio formalista, y dentro de las siempre limitadas reglas del canón preceptivo.
- c) En uno y otro caso, tanto los elementos racionales y lógicos como los irracionales e ilógicos, constituyen los ingredientes peculiares de uno u otro género de poesía, no auténtica por lógica o ilógica.



## Colofón de Clausura

No terminaré sin hacer más las palabras del gran Weidle, al decirnos que la corona de laureles pertenece de aquí en adelante al poeta, menos considerado como autor de una obra, que como hombre que excede la medida corriente de la humanidad y cuya obra no hace sino proclamar o garantizar su supremacía. Los actos y las palabras de ese hombre, la belleza de su actitud y lo sublime de sus opiniones (aún de aquellas que jamás ha expresado en lo que ha escrito) tienen más importancia que sus versos y que su poesía misma. Acuciado por este anhelo de excelsitud huma-

nística del poeta; atormentado por la ubicación que al poeta le ha correspondido en la hora presente, el gran Weidlé apostrofa de esta manera: "En un mundo desintegrado por el análisis racional, en un mundo que se disgrega en átomos humanos extraños los unos a los otros y que no están unidos por otro lazo que el de los intereses prácticos y el de las ideas abstractas, en un mundo penetrado hasta en sus cimientos mismos por un pensamiento desprovisto de profundidad y de misterios, en el mundo de los números y de los signos algebraicos, en el de los "fenómenos" vaciados de la "cosa en sí", en el de las estadísticas, en el del periodismo y en el de los bancos cabe preguntarse: ¿cómo ha podido el poeta escapar a esa tortura nueva que en épocas más felices casi no ha conocido? . . . Hay en el destino de los poetas de este siglo y en el de los del siglo pasado muchas mentiras, caprichos, tormentos afectados, actitudes teatrales, y esa detestable preocupación de obtener un efecto con cualquier sufrimiento y con la muerte misma; mas el sufrimiento y la muerte están ahí, y los más grandes poetas del siglo han sufrido en realidad: han pagado su grandeza mediante su sufrimiento. El suicidio, la locura, las caídas innumerables, el agotamiento prematuro y la muerte precoz los acechaban a todos, excepto a los paquidermos que no merecen que se hable de ellos y a algunos pocos que han aportado por milagro a un siglo enfermo la salud de las edades antiguas. Una bala de pistola a Kleist; el opio a Coleridge; cuarenta años de imbecilidad a Hoelderlin; la muerte de Grouchnitsky, a Lérmontov; la parálisis a Baudelaire (también a Whitman, añadimos nosotros), el infierno africano, a Rimbaud . . . inútil seguir enumerando: el veredicto es irrevocable. Cada uno de ellos ha sido condenado a la pena capital; todas sus vidas y todas sus obras, están penetradas por el presentimiento de una perdición inevitable".

En nuestra bella patria ecuatoriana: ¿Qué recuento do-

loroso no podremos hacer, al igual que Weidlé, sobre este "kharma" inexorable que ha gravitado en la vida y el trágico destino de nuestros poetas? Sumemos, pues, con reverente recuerdo, a los espectros que Weidlé evoca, los bellos fantasmas de nuestros dioses lares en el reino de la divina poesía: Medardo Angel Silva, Arturo Borja, Humberto Fierro, Ernesto Noboa Caamaño, Luis Romero y Cordero, Rafael Romero y Cordero, Alfonso Moreno Mora, Remigio Tamariz Crespo, Gonzalo Cordero Dávila, José Rafael Burbano, Adolfo Hidalgo Nevárez, Agustín Cuesta Vintimilla, César Arroyo, Wenceslao Pareja, Miguel A. Granado y Guarizo; Víctor Sacoto Castro, Miguel Angel León, Pablo Palacio, Antonio Montalvo. ¿No constituyen bastante friso de mármol en el templo inmortal de la Poesía donde queda en bajorrelieve sagrado su obra y su trayectoria humana?

Para terminar, no cesaré de repetir con Weidlé, el sublime destino del poeta, traspasado de su propia soledad, cuando dice: "El poeta no se siente a sí mismo y no encuentra todas sus fuerzas sino en que se siente abandonado de todo lo que necesita. Es en esto donde se revela el sentido profundo de la soledad del poeta, de la soledad del artista. En un mundo en que cada cual no trata más que de adquirir y de poseer, él es el único que lleva a cabo un sacrificio. En la multitud de los que caen pesadamente al suelo, él es el único que ha guardado cuando menos la nostalgia del cielo..."



SEGUNDO LUIS MORENO

# ALGO SOBRE MUSICA



Es la Música una facultad inherente al ser animado, y en el hombre, una prerrogativa connatural, como la de la palabra, anterior al desarrollo del lenguaje. Por ésto la ama y se solaza en ella aun antes de poder combinar sus pensamientos.

Toda persona, sin distinción de razas ni climas, a medida de su capacidad intelectual y sentimental, y según su grado de cultura, disfruta y aprecia su benéfico influjo en la vida individual y colectiva, porque la música ameniza sus faenas cotidianas, sus regocijos familiares y las manifestaciones religiosas y cívicas. En los días de triunfo es luz fulgente; en los de duelo, bálsamo y quietud. En una palabra, la música es alegría, ensueño y consuelo del hombre durante su vida, y solemnidad fúnebre ante sus restos mortales.

Aun los seres irracionales la sienten y disfrutan de sus encantos y atractivos, y se rinden a ella con embeleso: las aves cantan sus amores y alegran los bosques y los campos con sus variados trinos y gorjeos. Los animales se solazan al escuchar música, y las fieras y los reptiles venenosos depone su fiereza y su encono naturales para dejarse subyugar por las melodías con que sus domadores los aletargan hasta producir en ellos el estado de éxtasis.

\*

\* \*

El hombre primitivo —en sus primeras manifestaciones de índole musical— comenzó imitando los ruidos naturales, como el susurro del viento, el murmullo de las fuentes, el estampido del trueno, etc., y los trinos y gorjeos de las aves, sus remotísimas predecesoras en la vida del planeta, tal cual lo verifican los niños antes de comenzar a usar de la palabra articulada; y luego —al clarear paulatino de la razón— expresaría sus sensaciones e incipientes sentimientos, por medio del énfasis de su voz y de gestos que habrá procurado hacerlos intérpretes de las impresiones y emociones que embargaran su alma, para suplir de alguna manera a la deficiencia del lenguaje.

La música no expresa ideas ni emite conceptos definidos, porque su campo no es el de la polémica ni del discurso literario, sino del sentimiento que, valiéndose de sonidos impalpables de diversa altura, rítmicamente combinados en sucesión de intervalos bien definidos, todo ésto en la forma más abstracta, traduce las variadas emociones del corazón, conmoviendo las fibras delicadas del alma, sin provocar discusiones ni reproches, porque su misión nobilísima es elevarnos a las cumbres de lo ideal.

La sensibilidad del compositor y la del intérprete ponen en movimiento la del oyente, y la música es comprendida a su manera por cuantos la escuchan. De aquí su valor de idioma universal, comprendido aun por los animales.

¿A qué deberá la Música tan excelsas cualidades?

A que —como dice Guillermo Dubufe— “Es el canto divino que brota de toda alegría y de todo dolor de los hombres. Surge de las fuerzas más secretas y más intuitivas del corazón y, aunque libre, es prisionera de leyes matemáticas. Ligada por el ritmo y la medida a las bases más precisas de la realidad y emancipada en las cumbres hasta los límites del ensueño —hasta las puertas del infinito— parece to-

car a los dos polos de la Verdad: el sentimiento imponderable y el número absoluto, emoción y saber, o más exactamente, Arte y Ciencia. Canción inconsciente del humano espíritu o misterioso agregado de intervalos invisibles, pero precisos de vibraciones, pasa, emociona, diviniza cuanto se aproxima a sus ondas desvanecidas. Es la vibración misma de toda emoción...”

### **Música autóctona del Ecuador**

Cuando hace ya varios milenios comenzaron a arribar las primeras caravanas a este territorio, traían consigo —como es natural suponerlo— su sistema musical, en que habían fundamentado sus cantares, y sus instrumentos musicales con que ejercitaban sus melodías religiosas, mágicas y bailables. Luego, poco a poco, fueron llegando sucesivas y constantes migraciones por todos los puntos del horizonte, que, asimismo, traían sus cantares, sus instrumentos musicales y sus danzas rituales y profanas.

Las migraciones a este territorio han debido efectuarse en un dilatadísimo período de milenios, y no todos los grupos se establecieron de asiento en un sitio determinado, sino que muchos de ellos anduvieron recorriendo —como nómadas— varios lugares hasta dar con aquel que mejor les parecía en condiciones climatéricas, en horizonte, en rendimiento del suelo y en seguridades para la tribu; y entonces formaron agrupaciones entre tribus de cierta semejanza en sus elementos raciales y religiosos, con el fin de merecer el respeto de agrupaciones hostiles, bajo el comando de un cacique elegido de entre los más fuertes.

De este modo, y el cabo de centenares de años, fueron organizándose los pequeños estados, como fueron los paltas

y los zarzas, los cañaris, los puruháes, los quitus, los imbayas, etc., hasta que —por conquista o por tratados— llegó a formarse, al fin, el antiguo Reino de Quito.

Hubo agrupaciones que al ingresar al territorio se dividieron; de manera que una parte quedaba estacionada en un lugar, mientras la otra u otras tomaban otra ruta para continuar una odisea que ha podido ser de siglos. Y es así cómo puede explicarse la similitud de ciertas melodías indígenas encontradas en la provincia del Carchi, con otras halladas en las provincias del Cañar y del Azuay, a centenares de kilómetros de distancia. Hay que advertir que la música de los cañaris nada tiene de común con la de los puruháes, sus vecinos, como tampoco la tiene la de los carchenses con la indígena de los imbayas, con quienes parten límites. Refiriéndome a este dato, supongo que alguna de las caravanas que entró por el Amazonas, ascendiendo por los ríos de la región oriental, trasmontó la cordillera y llegó a las planicies interandinas de la provincia del Carchi. Aquí se dividió la caravana: una parte se estableció definitivamente en dicho territorio, y la otra siguió rumbo al sur, en una ruta de luengos años, por las faldas de la cadena oriental de los Andes. La inestabilidad de los que viajaban al sur motivó el que sus melodías, de igual raíz melódico-modal que las carchenses, no alcanzaran el correspondiente desarrollo, como lo adquirieron entre los que se establecieron en el norte.

**SISTEMAS MUSICALES.**—En el Ecuador no es la pentafonía el sistema musical indígena único. Nó: en esta nación existen varios otros muy anteriores a aquella; y son: bifonía, trifonía y tetrafonía.

La **bifonía** consiste en la práctica de sólo la tónica y su 5ª Este sistema, el más primitivo de todos, está vigente aún en la región oriental ecuatoriana, como puede comprobarse

con la siguiente cantilena, recientemente recogida por el Padre Raimundo M. Monteros, O.P., en la comarca central de la misma.

Gura, gu-ra, gu-ran mara un gura rinji.

al, gura, gura guran mara un gura rinji. al.

La **trifonía** consiste en las tres notas de la tríada perfecta, mayor o menor, presentada en forma melódica.

### Trifonía

En mayor

En menor

La **tetrafonía**, en mayor, está formada por la tríada correspondiente, más la 6ª de la fundamental. Tiene la forma del acorde de 5ª justa y 6ª mayor. La **tetrafonía**, en menor, se compone de las cuatro notas del acorde de 3ª y 7ª menores.

### Tetrafonía

En mayor

En menor

Como puede notarse, la tetrafonía, tanto en mayor como en menor, está constituida por idénticas notas. Para distinguir la modalidad es preciso fijarse bien en el carácter de la melodía y en la nota final del período, que es la que determina plenamente el modo.

Desde tiempo inmemorial ha sido practicada la pentafonía en la región interandina ecuatoriana, sistema que no ha sido desconocido en la región oriental, aunque usado en forma muy limitada.

Todos los sistemas aquí enunciados y explicados tienen base científica. Ninguno es, pues, arbitrario. Están fundamentados en la tríada perfecta, mayor y menor, que tiene su origen en la naturaleza; es decir, en la resonancia de un tubo o de una cuerda tensa puestos en vibración.

Las dos notas de la bifonía son, como si dijéramos, las dos columnas del acorde: la tónica y la dominante (notas extremas), con la 3ª sobrentendida, que es la que determina la modalidad; de modo que las melodías de tal sistema —de línea quebrada y monótona— se prestan a ser interpretadas en sentido mayor o menor, indistintamente.

La trifonía y la tetrafonía, cuya formación sobre la tríada perfecta queda explicada y comprobada, dan origen a melodías vigorosas y gallardas en el modo mayor. En cambio, las del menor son lánguidas y tristes, pobres y desapacibles.

La pentafonía sin semitonos, tal cual subsiste en la música indígena ecuatoriana, también tiene su origen en el acorde perfecto y se forma por sucesión de cuatro 5as. ascendentes sobre una nota grave que sirve de tónica a la escala; y ésta, a su vez, sirve de fundamento a la escala diatónica moderna y a la cromática. Es, pues, la base fundamental de todo el sistema musical de Occidente.

La escala pentáfona sin semitonos, por deficiente que parezca, produce —según el decir de Hugo Riemann— “me-

lodías sanas y vigorosas, libres en todo caso del afeminamiento de la música cromática. . .”

La música autóctona ecuatoriana —como acabamos de ver— es rica en sistemas prehistóricos, anteriores con milenios, probablemente, a la pentafonía que de ellos deriva. Estos sistemas, estudiados comparativamente con los que han practicado otros pueblos de la antigüedad, podrían dar la clave del origen de estas razas indígenas y de las diversas épocas en que fueran arribando a este territorio. La música autóctona y sus sistemas milenarios constituyen un tesoro de singular valía para esta nación, tesoro que se ha evaporado ya en casi todos los países de este continente. ¿No valdría la pena aprovechar estos elementos vivientes, sanos y vigorosos para la construcción de la Historia Antigua del Ecuador

Tienen la palabra los historiadores.

Las características de la música autóctona ecuatoriana son muy sencillas. Es monódica, basada en alguno de los sistemas ya enunciados, con predominio de la pentafonía. Cuando es vocal, se desenvuelve, como dijéramos, **a capella**; esto es, sin ningún acompañamiento; y si es instrumental, se acompaña, por lo regular, de uno o más tambores de diferentes tamaños, que verifican diversos ritmos simultáneos. La melodía es de curva suave (menos en la bifonía) y ritmo sencillo. Aunque hace mucho uso de la síncopa en el género danza, ella es elegante pero no incitante como la que los negros acostumbran en su música. Es característico en la melodía indígena ecuatoriana el comenzar y terminar con el intervalo de 6ª menor, tanto los períodos como las frases y medias frases; y no son raros los casos en que concluye con 7ª menor. La modalidad preferida es la menor, y son muy raras las cantilenas que se encuentren en mayor, las cuales (las que hasta ahora he hallado) son de índole

religiosa; pero ésto no significa que todas las piezas religiosas estén en modo mayor; pues lo contrario sería la realidad. La cadencia plagal es muy común en el modo menor, que confiere a las melodías un tinte de honda melancolía.

La música autóctona ecuatoriana (de la cual es indudable que se ha perdido una gran parte) se halla estacionaria desde antes de la invasión incaica, porque el indio no ha podido aportar ningún progreso a su propia música desde que ésta llegó a la pentafonía, como quien dice, a su cumbre. Los aborígenes de estas latitudes carecían de los necesarios conocimientos en las ciencias físicas y matemáticas y de las herramientas indispensables para la fabricación de instrumentos musicales, que respondieran a tales conocimientos y llenaran las necesidades artísticas correspondientes. Y son éstas las razones por las que la pentafonía no alcanzara evolución alguna, como sucedió en Egipto y en Asia, en donde llegó a tener semitonos.

Con todo ésto, es preciso reconocer que la disciplina mental y racial del indio ha salvado su música y sus instrumentos musicales de la destrucción, por la ignorancia e incuria de los grupos dirigentes de la sociedad. El aborígene se ha encastillado en su férreo tradicionalismo, y así, lo que oralmente aprendió de sus mayores, lo enseña a sus descendientes. Esto no obstante, la música y la coreografía indígenas del Ecuador van desapareciendo a ojos vistas, sin que nadie se cuide de ello.

### **Evolución de la música autóctona**

Consumada la Conquista española, los invasores, que eran en reducidísimo número y de escasa cultura intelectual y artística, en tanto que los indios se contaban por millones,

se vieron como envueltos en la atmósfera musical autóctona (como sucede siempre en las guerras de conquista) y tuvieron que cantar yaravíes y bailar sanjuanitos, aun cuando esto haya repugnado a su orgullo racial. Para distinguirse en algo de los indios en este caso, lo que hacían era agregar a las piezas autóctonas un segundo período —ya que, ordinariamente, no constaban sino de uno solo—, y a las canciones, además, les imponían letra castellana.

Por intervención de los mismos blancos que llegaban de un país en que dominaba la polifonía, y después por la de sus descendientes, se produjo la evolución de la música autóctona hacia la mestiza, que consiste en la agregación de los dos grados que faltan a la escala pentáfona, evolución que se efectuó paulatinamente, llenando primeramente uno de los vacíos, y luego el otro. Con esto, la escala pentáfona se transformó en heptáfona, como la moderna, conservando sus características peculiares la escala menor, las que constituyen la modalidad ecuatoriano-indígena.

Desde un principio, los españoles (y después sus descendientes) acompañaban con la guitarra las melodías autóctonas y mestizas, con lo que éstas adquirían un valor y una expresión emocionante, que los indios estuvieron muy lejos de haber podido soñar. Desgraciadamente, tal vez por despotismo de los españoles, o por retraining de los indígenas, es lo cierto que la guitarra —que en toda América española es instrumento nacional y popular— no ha llegado a ser patrimonio de los aborígenes ecuatorianos. En Argentina, Paraguay, Venezuela, Méjico, Centro América, etc., los misioneros en las selvas enseñaban a los catecúmenos a tañer la guitarra, juntamente con los instrumentos litúrgicos y los de orquesta. Fue la forma sagaz, caritativa y bella de atraer los corazones y realizar la pacífica conquista espiritual. Al

mismo tiempo formaban coros nutridos con los niños indígenas para el servicio del culto.

De la música mestiza —durante el largo período de la dominación española— por obra de los descendientes de los conquistadores, provino la música criolla, que presenta la fusión de la modalidad indígena y la europea de entonces. Los albazos, amorfinos, tonos del Niño de esa época, no son otra cosa que la evolución de ciertas danzas rituales de los indígenas; y de tales piezas y de las que llegaban de Europa —por espontánea fusión— se produjeron nuevos cantares y danzas; es decir, que nació la música criolla de este país: la música llamada popular.

El arte musical en el Ecuador no ha tenido buena suerte para desenvolverse y progresar. Durante el Coloniaje, aparte del generoso intento de los Padres franciscanos de Quito, fundadores del colegio de San Andrés, en que a los niños indígenas se les enseñaba artes y oficios, canto e instrumentos, que, por desgracia, no logró estabilidad, nada se hizo ni se intentó formalmente la implantación de una verdadera escuela de Música, a excepción de lo verificado por los Padres jesuitas en el Marañón, esfuerzo titánico que se perdió a causa de la expulsión. Mientras las artes plásticas progresaron en Quito hasta colocarse a la cabeza de todas las colonias de Iberoamérica, la música no llegó a tener vida propia en la Real Audiencia. Y ésto resulta tanto más deplorable, cuanto que los habitantes de este país han estado siempre dotados de especiales condiciones para el ejercicio del Arte. Empero la Música ni hoy cuenta con una verdadera organización para su enseñanza en los planteles de instrucción pública.

## Lo autóctono en la Música

La Casa de la Cultura Ecuatoriana ha tenido el acierto de organizar una serie de discusiones de Mesa Redonda, las que vienen efectuándose, semanalmente, desde marzo, y durarán hasta octubre del presente año, como parte del programa de festejos conmemorativos del Décimo Aniversario de su Fundación. Los temas escogidos son de inmenso valor para el progreso científico, artístico y cultural del país, que bien responden a la misión y prestigio de la Entidad promotora.

Para la Mesa Redonda del 21 de abril, el tema fue: "Importancia de lo autóctono en la música ecuatoriana para crear una alta música folklórica y principalmente la música nacional".

Tema sugestivo cuya amplia discusión ha podido dejar iluminados los horizontes del arte musical ecuatoriano.

Una vez hecha la exposición del caso por el Mantenedor, se entró a tratar del tema, y aun cuando no todos los debatientes se encontraran suficientemente preparados para afrontarlo, la discusión revistió novedad e interés.

Se sentó el principio de que lo autóctono en la música ecuatoriana es la música de los aborígenes, por ser la más antigua —la milenaria en este territorio—, la que responde ampliamente a la definición respectiva, de que **autéctono** es lo originario del país; lo aborígen; lo indígena.

Como el país se compone de tres regiones diversas y en la del litoral no existe ya música indígena ni instrumentos musicales autóctonos, porque sus aborígenes los abandonaron desde los primeros días del Coloniaje español, dejando, además, usos, costumbres, vestido e idioma propios por los de los blancos, la música autóctona ecuatoriana debe ser bus-

cada y estudiada en las otras dos regiones; esto es, en el altiplano y en las selvas orientales.

Antes de llegar a este punto, uno de los debatientes rectificó el concepto de "música incaica" atribuido a la indígena y mestiza de este país, manifestando que en poco tiempo que dominaron los Incas —que también eran en escaso número en relación con los shirys—, no podía quedar aquí su música dominando en este pueblo que —indudablemente— odiaba a sus invasores. Por estas y otras razones de carácter histórico, y aun por un sentimiento de patriotismo, pidió que dejara de apellidarse "incaica" a la música de índole ecuatoriano-indígena.

Se convino en que la música autóctona ecuatoriana debe ser considerada folklore musical indígena, porque llena todas las condiciones de tal: por conservarse viva aún, no obstante su antigüedad arqueológica; por formar el tesoro de la sabiduría de razas milenarias.

La música folklórica indígena —se dijo— es el producto del ambiente local en muy remotas épocas; el resultado de costumbres, creencias y sentimientos de la colectividad, y está llamada a constituir una base firme en la producción de "una alta música folklórica" nacional, ya que —como dice el profesor R. S. Boggs— "Desde los tiempos más antiguos hasta la actualidad, los artistas más grandes han buscado su inspiración en el folklore, preferiblemente en su propio folklore", ya que —como prosigue el mismo profesor— con esto "queda más asegurado su éxito como artista si echa sus raíces en el propio suelo donde nació y se crió, en el ambiente que conoce más a fondo, en los temas de su folklore, ya probados por los siglos y aceptados por todo el pueblo".

Como alguien hubiese expresado que lo autóctono en música debía ser utilizado solamente como esencia modal y característica, mas nó sus melodías, se hizo notar que tan

importante al caso era extraer la esencia modal y característica del arte autóctono, como aprovechar de sus melodías como tema obligado de una composición, siendo esto último lo más importante y decisivo, porque se utiliza un elemento viviente, que aun considerado como mera célula, en manos de un técnico y buen artista puede llegar —y llega de hecho— a extraordinarios resultados artísticos. Al efecto se recordó que en 1907, el maestro Domingo Brescia, Director del Conservatorio de Quito hasta 1911, compuso OCHO VARIACIONES sobre la plegaria religiosa-indígena intitulada "SALVE DOLOROSA", que a diario se la escucha cantada en nuestros templos, la que, en sí, apenas contiene una pequeña frase musical. Fue, pues, dicha frase, la célula que se desarrolló radiante en cada una de las ocho variaciones.

Se recordó que un discípulo del mismo maestro Brescia compuso en 1910 una canción para fagot, y en 1911, un nocturno para el mismo instrumento, sobre sendos yaravies. Que posteriormente uno de tales yaravies fue utilizado para una composición para violín y piano por el profesor Gigante, y después, para coro a cuatro voces mixtas y piano, por José I. Canelos.

Continuando el estudio de la elevada música folklórica, se mencionaron las danzas de estilo nacional para piano, de Belisario Peña; las de Francisco, Luis Humberto y Gustavo Salgado; las de Sixto M. Durán, Fray Agustín de Askúnaga, Angel M. Jiménez, etc. En este punto se recordó las danzas populares, como son los pasillos de Carlos Amable Ortiz, los de Carlos Brito, los de los Córdobas y Ramos, los de Francisco Paredes, Rudecindo Inga Vélez, cuyas danzas indígenas son muy estimables por su valor melódico.

Se reconoció unánimemente que el folklore ha servido de base en el mundo del arte —desde los tiempos más antiguos— a la producción de la música elevada; y así se re-

cordó que ya en la Edad Media se tomaban como tema de misas, cantatas, motetes, etc., las canciones de moda, llegándose en ésto al abuso que obligó a la Iglesia a tomar medidas severas para reprimirlo.

Con los ejemplos recogidos de la Historia y los que actualmente nos lo dan las escuelas musicales nacionalistas, nadie duda ya que la música autóctona ecuatoriana está capacitada para servir de fundamento a la creación de una "alta música folklórica" y "la gran música nacional". Y como dato efectivo, se enumeraron los trabajos sinfónicos y melodramáticos verificados entre nosotros. A más de las ocho variaciones ya enunciadas del maestro Brescia, y de la cantata RENACIMIENTO del mismo autor, que compuso para la inauguración de la Exposición Internacional de 1909; de su SINFONIA ECUATORIANA premiada en la Exposición de Roma; del "cuarteto andino" y del poema dramático "Life" que él mismo compuso en Estados Unidos sobre la modalidad indígena ecuatoriana, y que constituyen lo supremo en este género, también entre nosotros existen las suites ecuatorianas Nos. 1, 2 y 3 y la cantata LA EMANCIPACION, de Segundo Luis Moreno; variaciones y una suite sinfónica de José Ignacio Canelos; las suites EN EL TEMPLO DEL SOL y ATAHUALPA, para piano, POEMA VERNACULAR, para violín y piano, la leyenda aborigen CONSAGRACION DE LAS VIRGENES DEL SOL, y la ópera CUMANDA, de Luis H. Salgado; el drama lírico de Alberto Moreno Andrade, intitulado FLOR DEL PICHAVI; variaciones sobre EL CARNAVAL DE GUARANDA, para cuarteto de cuerdas y otras piezas para orquesta, de Angel M. Jiménez; fantasía y un preludio y fuga, de Néstor L. Cueva, etc.

A pesar de lo enunciado, se reconoció y se deploró el atraso actual de la música, ya que nadie se dedica seriamen-

te a su estudio, por lo cual va menguando la afición al divino arte y los conservatorios van quedando huérfanos de alum-nado.

Al enumerar las causas de tal atraso, se señaló: la falta de agrupaciones artísticas que con sus audiciones fomenten el buen gusto y la afición; y el efecto demoledor de los discos fonográficos de mala música y las emisiones radiales de baja calidad, que van como asesinando el buen gusto ar-tístico. Pero la causa principal, la raíz de todas, es, sin duda alguna, la falta de verdadera enseñanza de la música en las escuelas primarias. Sin enseñanza musical bien organizada en las escuelas —se dijo— es absurdo esperar que la mú-sica alcance perfecto desarrollo en este país.

En vista de esta situación deplorable de la música, co-nocidas y estudiadas las causas que le llevan a la zaga del progreso contemporáneo, se adoptaron las siguientes reso-luciones:

Primera:—Sugerir al Ministerio de Educación, por in-termedio de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, la formal or-ganización de la enseñanza musical en las escuelas prima-rias, previa creación del Departamento de Bellas Artes con la Sección de Música, regida por técnicos expertos;

Segunda:—Pedir, asimismo por intermedio de la Casa de la Cultura, que el Ministerio de Educación dicte un re-glamento para grabación de discos fonográficos, y otro para el control de las estaciones radiodifusoras, encargando su ve-rificación a la máxima Entidad Cultural del país, la que nombraría una Junta de fiscalización de las antedichas ac-tividades, ya que el control, según la ley, corresponde a la Casa de la Cultura.

Tercera:—Que se insinúe, igualmente por intermedio de la Casa de la Cultura, que el Ministerio de Defensa reorga-nice las bandas de músicos en las unidades militares que,

cuando existieron, constituían el mejor elemento de cultura musical popular con sus audiciones semanales, y

Cuarta:—Que la Casa de la Cultura —como guardiana del Patrimonio Artístico Nacional— se empeñe en hacer recoger la música autóctona y criolla del país, valiéndose para esta labor de personas suficientemente capacitadas y de reconocida solvencia moral, provistas del equipo moderno correspondiente; pues de no hacerse esta diligencia con la mayor prontitud, existe el peligro de que las melodías vernáculas, que representan un verdadero tesoro artístico-histórico, terminen de desaparecer en un futuro no muy lejano. La Casa de la Cultura es la llamada a salvaguardar el arte autóctono, coleccionando sus melodías y editándolas convenientemente, y promoviendo festivales de danzas indígenas que mantengan viva la tradición prehistórica y sean la fuente del arte coreográfico nacional.

Esperamos que estas sugerencias provenientes de las discusiones de la Mesa Redonda efectuada el 21 de abril de este año, tendrán pronta verificación debido al interés de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, con lo que aparecerán muy en breve los buenos frutos de la música y la coreografía ecuatorianas.

Mayo 15 de 1954.

FERNANDO CHAVES

DE UN "DIARIO SIN FECHAS"



## LA ENCRUCIJADA DE LAS EDADES

¿Cuándo fui niño? ¿Cuándo comenzó mi adolescencia? ¿En qué fecha comenzó mi juventud? Sin poder dar respuestas, precisaré algunos recuerdos que puedan servir de claves.

Me gustaron siempre los almanaques. Jamás los calendarios. Yo preferí aprender los nombres de hombre y de mujer antes que en las columnas de los calendarios, en la letra menuda, de prosa apretada y regateadora de los diccionarios.

Por eso, coleccionaba almanaques. Cada folletito era un ser vivo para mí. Los rodeaba de infinitos cuidados, los distinguía por la calidad del papel antes de saber apartarlos en razón de la casa que los obsequiaba o de la nación que los esparcía hasta nuestro rincón.

Mis ojos, agrandados por la curiosidad, aprendieron a deletrear París y Nueva York antes, mucho antes que Inbabura o Ecuador. Y es que no había almanaques ni libros del país. Los industriales o los boticarios han aprendido más tarde que el almanaque es un poderoso medio de propaganda. Antes lo ignoraban con el plácido gozo de toda ignorancia.

Esa ignorancia la aprovechaba la Francia de antes, la que vendía y exportaba el latinoamericanismo, junto con

los polvos de arroz, las aguas de colonia y los cintajos. Grimault et Cie., Roger et Gallet, Ed. Pinaud eran nombres conocidos para los chicos de mi generación. Conocidos por repetidos, sin más.

En esos delgados grupillos de papel satinado, con grabados mediocres, aprendimos que había una torre Eiffel, que existía algo que se llamaba "la moda" y que eso venía de más allá del mar, de una tierra de milagro que se llamaba la Francia, que unos "cuentos extraños, complejos y crueles como la vida" tenían la firma rara de Guy de Maupassant, y que la historia de Francia era la más bella del mundo y que Juana de Arco, la muchacha de Orleans...; por eso buscamos en Ducoudray el relato de la hazaña francesa aunque simpatizáramos más con Abd-el-Kader que con el Duque de Aumale. Y luego en Duruy la verdad sobre Carlo Magno que la encontramos menos bella que en las páginas amarillentas de los "Doce Pares de Francia". Antes que el terruño, nuestro sueño conoció la lejanía.

Por la puerta abierta de los almanaques se echó al campo la fantasía infantil. Después, los libros completaron la tarea ampliada por un estereoscopio bien provisto de pequeños cristales que mi padre ponía a nuestro alcance, el mismo que era defendido por mi mamá, siempre cuidadosa y prolija.

Debió ser grande mi curiosidad por las cosas distantes y fuerte mi memoria para las denominaciones extranjeras, pues al correr del tiempo —en la mesa familiar— se recordaba, entre risas burlonas, mi pronunciación infantil y balbuceante de los nombres de vinos españoles como Cariñena y Málaga, y se relataba mis ofertas de presentes traídos a la vuelta de largos viajes, así como se satirizaba mi anhelo repetido y demente de enseñar filosofía.

Nunca he podido precisar si el muchacho que yo fui

recibió como obsequio primero un estereoscopio de pocas vistas, un payaso de celuloide azul y blanco o un reloj inmóvil, o que se movía al impulso de los dedos, con una gruesa cadena dorada. Los tres objetos se entrecruzan en mi recuerdo y han tenido repercusiones e influencias visibles en mi vida.

\*

\* \*

El estereoscopio era mi existir íntegro de esos años y aún más tarde, ya hombre, lo acaricié religiosamente, con una soterrada y lacrimosa ternura. Su manejo nos era permitido, pero siempre bajo la vigilancia celosa de mi madre. No era ese el estereoscopio grande y con vistas en dos colores de propiedad de mi padre; no era el estereoscopio en cuyos duros cartones amarillos se podía mirar las angostas calles de la Habana, ciudad negra ya en ese entonces, las avenidas de palmeras del Brasil, de Río de Janeiro con más precisión, las piernas de la Mistinguette enfundadas en medias negras o el gesto de un moreno que se iba a suicidar con un enorme fusil. No, a mí me dieron un estereoscopio para mí solo. Era pequeñito y de fabricación alemana. Desde ese año lejano las letras D. R. G. M., escritas en oro sobre una caja de cartón rojo oscuro, cobraron para mí una significación trascendente. Las identificaba ya con la técnica extranjera y con la inhabilidad nuestra para la invención. Me daba obscura cuenta de que en nosotros, el indio, capaz de gozo pero no de creación, aparecía en ese embobamiento ante las letras simbólicas, cargadas de un desconocido valor.

Esas letras cuya significación busqué obstinadamente y

solo, al principio, eran mi obsesión. Habría querido, cuando supe lo que decían, cambiarlas con otras que recordaran que esa maquinilla era hecha y patentada en el Ecuador.

Y acaso por ello, como airada réplica de un contradictor en ciernes mis juguetes preferidos en adelante fueron hechos por mí, y se convirtieron en máquinas y aparatos de Química y utilaje de farmacia, después de haber sido caballos de mayordomo, armadura de conquistador y automóvil y bicicleta de deportista.

Y acaso por ese poder evocador, casi de fiat lux de las palabras y las letras el grupo D. R. G. M. me pareció durante mucho tiempo cosa parecida a A. M. D. G., Así de odioso, así de distante, así de subterráneo y opresor.

Y la Compañía de Jesús se identificaba para mi cerebro de niño por no se qué lazos ocultos, absurdos diría hoy, con Alemania, productora ambas de terribles cosas destructoras y de venenos sutiles de encantamiento y delectación.

Con dificultad las desenredé en mi mente y mucho más tarde en mi imaginación.

Mi experiencia religiosa me dará oportunidad de hablar más largamente de A. M. D. G.

En mi infancia ilusionada y un poco sonámbula D. R. G. M. era la puerta de la evasión. Y sus cristales diapositivos, pequeñines y de bordes biselados, forrados de un apergaminado cartón negro, la enseña de mi navío de brujería. En ellos ví las casas medievales de Dresden, el "paseo bajo los tilos", la estatua de Federico I a caballo, las tumbas de Potsdam, el puerto de Hamburgo.

Después, no recuerdo en casa de quién, y ésta fue una de mis más fuertes tentaciones hacia el robo, conocí unos diapositivos de colores, referentes a las intimidades del cuerpo humano. Estos eran franceses y ajenos. Los escondía y los miraba en el estereoscopio mío en el que quedaban muy

grandes, por lo que me obligaba a mirarlos por zonas. Y el intestino y el corazón y los pulmones pasaban ante mis tiernos ojos asombrados, como para anticiparme lo mucho que con algunos de esos órganos iba a tener que discutir posteriormente.

Había también un tigre hermoso y bigotudo, un casoar soberbio, un león magnífico y un gallo, el gallo galo, adorable.

Luego de una sesión de estereoscopio, las paredes de mi dormitorio —yo tuve uno para mí solo cuando contaba ocho años— se convertían en pantallas maravillosas. Sobre ellas ardían las arenas del Sahara y soplaban el simún, se estiraba junto al Ganges el tigre perezoso, —aún no había leído a Darío, pero ya conocía al tigre de Bengala —y cantaba el gallo de espolones agudos y cresta encendida.

Mi sueño era vigilia y hermandad con la naturaleza, una naturaleza lejana pero domesticada que me había acostumbrado a mirar y a inquirir en el estereoscopio y en los libros.

Con el estereoscopio y sus vistas comenzaron mis dos conflictos. Las Ciencias Naturales y la Geografía me atraían, desligándome de la Historia y de las reflexiones; ese conflicto me ha durado toda la vida.

Después, la lectura de un capítulo de Filosofía me indujo siempre a sumergirme largamente en las comprobaciones de un biólogo paciente, hasta perder el primer hilo de mi curiosidad.

Nunca supe cual era el tinte dominante de mi espíritu ni cual mi tendencia preferida.

Una colección de libros sobre los Reinos de la Naturaleza, admirablemente ilustrados y escritos, y otra de pequeños volúmenes en colores, sobre los mamíferos, los peces, las aves, de una editorial española que se adelantó a su tiem-

po, me deleitaron y me sumieron también en confusiones.

Hubiera querido ser un zoólogo y en esos años nacieron las inclinaciones que me hicieron comprar, ya joven, los libros de Brehm y Zimmermann y tentar una clasificación de plantas de la cordillera que se quedó inconclusa, a pesar del Padre Sodiro, como tantas otras cosas, que de un modo u otro se parecían a la actividad del coleccionista. Recoger pacientemente cosas, fechas o datos nunca ha sido mi fuerte.

Mi estereoscopio era alemán, y mis vistas preferidas francesas. En letras pequeñas decía al pié de cada una de ellas: "E. Deyrolle Fils". Aún no me quemaba la cabeza "la tempestad bajo un cráneo", ni me resonaba en los oídos el ágil tambor lúbrico de Preciosa, ni sabía nada todavía de la guerra del 70, pero ya dudaba sobre mis preferencias y me encariñaba con la perfección mecánica que venía del país teutón, poblado por mi fantasía de millares de máquinas y de hombres rudos, para revenir luego a un amor profundo, instintivo por las cosas de Francia, nación que cobraba —en mi imaginación—, las dimensiones de un emporio de héroes y de hombres amables y finos, pulidos hasta el exceso.

No sabía nada aún de la latinidad ni nada del germanismo. Pero ya se marcaba para mí la diferencia entre las agujas frías de la fotografía de la Catedral de Colonia y la caliente apostura bizarra del gallo francés, de cresta escarlata y agudos espolones. Y el sueño fluctuaba antes de posarse en una de esas tierras presentidas.

En tanto me parecían distantes, muy distantes, las agrias crestas cercanas del Mojanda, y la pesada mole gris azul del Imbabura no me decía nostalgias en las noches de luna. Mi vista se encarnizaba en el reino interior prematuramente alterado, hasta en su más oculto fondo, por las lecturas, los grabados y las vistas fijas.

Yo debí haber aprendido algún día de esos a leer. No

lo recuerdo en absoluto. Debió ser un torrente aquello porque se fue llevándose hasta los rastros del esfuerzo.

En cambio no he podido olvidar los empeños y los dolores que me costó la caligrafía. La R mayúscula y la B idem se defendían con obstinación de mi inhabilidad, y mi padre se exasperaba. No podía concebir el que su hijo mayor fuera tan torpe de manos. Y sin embargo —lo notaba él— las tenía largas y afiladas, como las del abuelo, un notable violinista.

Los renglones me enojaban y me salía de ellos cada vez que podía, y mis garabatos trepaban por las rígidas líneas del método francés de escritura inglesa.

En los cuadernos del método, de débiles tapas verdosas, me interesaba mucho, más que las tontas palabras de las muestras, el mapa de la cubierta. Me agradaba especialmente uno que representaba el Sahara. Inmenso, sin ríos, con unas pocas palabras extrañas y sonoras, escritas en mayúsculas diminutas, y, sobre todo, con la palabra oasis marcada en varios sitios.

Oasis era para mí una palabra mágica. Ella sola despertaba en mi imaginación infantil la visión de las palmeras y del agua. Conocía ya una palmera en una **cuadra** lejana y contemplaba a diario las de la plaza principal, que principiaban a hermoear en ese tiempo, y también la silueta de los camellos lentos y pardos en un día de sol interminable, me obsesionaba, escapada de los libros. Claro que ignoraba a Valencia, ya que las lecturas arregladas por Nervo caerían en mis manos mucho más tarde, pero mi sensibilidad natural y una humilde e íntima nostalgia venida no sé de donde, me obligaban a hallar encantos en la silueta torcida y rigurosa del **barco del desierto**.

Por no poder **dibujar** una escritura pasable recibí hasta golpes. La ortografía fue después en mí un capricho y quizá un lujo para justificar mi detestable forma de letra. Años

más tarde mi maestro de gramática en el colegio, el profesor Flores, se fatigaba en vano en la cacería de faltas en mis trabajos, que, además le irritaban por su concisión desesperante, una empecinada brevedad que no olvidaba un detalle y una tozudez que no se amañaba a escribir con una mayúscula los nombres de los animales o de las plantas tema de la monografía, como en alemán.

Me encapriché con la gramática porque cada falta de ortografía podía significar un chichón; pero acaso por la misma razón odié a los complementos, lo que me dificultó el aprendizaje del latín y después del francés.

De todos modos aprendí gramática por capricho, para olvidármela cada vez que escribí. Quién sabe si esa es su mayor y única utilidad. De Girardín lo había dicho ya, seguramente, pero yo no lo sabía y sí lo practicaba, guiado por el capricho, diosencillo que preside muchas de las acciones de tantas vidas floridas, cuyos dueños no lo confiesan nunca, confirmando así su reino verdadero, tiránico y oculto.

\*  
\* \*

El payaso de celuloide era lívido como el vestido con motas azules que tenía. Vive aún, porque mi madre no me lo dejaba tocar y porque ella lo conservó como un talismán evocador de los mejores recuerdos de sus pocos años mejores.

Rígido y marfileño, con la mirada ausente bajo el birrete en punta, sólo los labios brillaban en una sonrisa escarlata y ambigua. Risa de payaso estereotipada y siniestra,

me producía un efecto embriagante, mezcla de angustia y de placer.

Ni después me he reconciliado enteramente con el circo, pese a Gómez de la Serna y a Chaplin, acaso por el gesto dolorido de ese payaso intocable con el que no pude entenderme "tété á tété" en mi niñez, a pesar de que sus sonrisas eran mías, exclusivamente mías, por heladas y tristes.

Las cabriolas y los golpes recibidos y no devueltos me hacían poca gracia en el circo, tal vez porque la dignidad triste de ese payaso extraviado en una brillante mesa de cedro de la sala de mi casa, con la espalda apoyada en una cajita de vidrios con lazos de cinta lacre oscuro, me enseñó que la vida es algo más que las equivocaciones de asiento y los topeteos con las puertas o con los zapatos ajenos y que es, más bien, un error fundamental e irrevocable que hiela la risa por instintiva que sea.

Cuando fuí al circo (a nueve años) el recuerdo de mi payaso me hizo brillantar con lágrimas las pupilas de mis ojos tempranamente débiles. Más tarde, en un circo grande me extasiaron los animales de carne y hueso que ya había admirado y temido en mis libros de la primera década de 1900.

Pero los golpes y los gestos repetidos y fatigados de los payasos me dieron pena, me desataron una comprimida pena de adentro, como más tarde me había de arrancar lágrimas furtivas, la varita convertida en veleta de la desesperanza, de la escena final de "El Circo", en las manos afiladas y en apariencia indiferentes de Carlitos...

El Circo era para mí un lugar de tristeza y continúa siéndolo. Su alegría fundamental, esa facultad de alterar el mundo gris de todos los días, se me escapan. Los imitadores de Barnum y los continuadores de los Fratellini destapan, quiera yo o no, mi admiración, pero no pueden borrar el film

de mi recuerdo entristecido. Y es que he visto en el circo —quizá como en la vida— desde la primera vez los entretelones. Por eso su influjo mágico y su campanillazo de evasión me dejan sordo y mis ojos buscan la carne viva, palpitante de sufrida y desgarrada realidad de las gentes de la tienda.

Los golpes que el señor Vargas daba a su hijo antes de presentar al público una subida aparatosa por una escalera que se apoyaba en la punta de los pies del director del circo, y las lágrimas del muchacho, enjugadas de prisa, bajo nubes de talco, me dieron la noción clara y lacerante de la amargura humana del circo y del hambre sonriente y la locura fingida de los payasos.

El gesto de inmensa lasitud de mi payaso de celuloide, en blanco y azul apesarados, me dejó para siempre una agri-dulce disconformidad con la farsa. Una sonrisa que se perla de llanto al menor impulso.

Mi sed esencial de verdad no se satisfacía con la risa ingenua y estruendosa que el payaso descorchaba tan fácilmente en los rangos de los asistentes. Me interesaba más la lámpara de gasolina y camisola inquemable que nos volvía pálidamente angulosos y descoloridos a todos en el circo. Me escapé un momento de mi padre con el pretexto de comprar caramelos y me deslicé entre los ponchos de las últimas filas, a paso de lobo, inquieto y temeroso, en busca del depósito y la bomba, que accionaba los mecheros de gas.

Los encontré pronto, seguí los alambres y me extasié unos minutos ante el copo de luz más próximo. Tenía agujeros la camisola y sus hebras de un blanco deslumbrador en la cima y algo amarillentas en la base, pasando por el rojizo azulenco de la mitad, me maravillaron y me parecieron lo mejor del circo.

A partir de ese momento ya no tuve ojos sino para la

lámpara que más cerca estaba de nuestro asiento. Y ni los chistes de "Choricito", ni el agrio y constante olor de los **progresos** que fumaba a mi lado un señor de grandes bigotes y poncho colorado me distraían de mi porfiada contemplación.

Era una estrella cilíndrica, alargada como una cabellera de fósforo la camisola ardiente. Ardía sin consumirse, materializando el misterio del Fénix, ave de los cuentos, que yo confundía, deliberadamente, con el apterix de Australia, llevado seguramente por mis resabios ortográficos.

Después he leído teorías sobre el chiste y he discutido las ideas de Bergson sobre la risa con un inteligente crítico que se empeñó, hace tiempo, en convencernos de que había en el Ecuador una joven literatura y existían unos humoristas. La joven literatura ha quedado como excrecencia del esfuerzo crítico y ha enarbolado como un escudo la crudeza de la expresión y la inverosimilitud a contrapelo. Esto le ha dado éxito en ésta época de propaganda política y de creencia interesada en la existencia de un arte social.

Se censuró en los escritores antiguos el préstamo que hacían a sus personajes de vocabulario y de ideas cultivadas, y como reacción los jóvenes literatos les quitan toda finura y todo lenguaje que no sea burdo y elemental a sus protagonistas.

La inverosimilitud del razonamiento, combatida en los que escribieron antes, ha cedido el sitio a la inverosimilitud del instinto, característica de los nuevos.

Seres realzados los antiguos, larvas elementales los nuevos. Posiblemente son falsos ambos, pero con mayor, más triste y menos útil falsedad los segundos.

El arte no es lección se dice, pero casi no hay artista de alguna fuerza que no haya tentado imponer su concepción del mundo, o, por lo menos, sus ideas fragmentarias.

Claro que por distintos caminos; en unos casos por la expresión directa de su ideal, en otros, por la sátira de los ideales ajenos o por la crítica constructiva del anhelo corriente dentro de su época. Si ese módulo de ambiciosa recreación del mundo ambiente no apunta en la obra de arte, ésta se revela del todo percedera. Y por mucho que lo digan los artistas nuevos, siervos de la fotografía detonante o del reportaje intrascendentemente objetivo, como se dice con palabras a la moda, trasladan al papel la vida verídica con la oculta intención de que quienes la viven, o quienes en ella influyen, la reformen o la mejoren, doloridos de su pobreza, de su angustia, de su limitación, o de su brutalidad.

En el fondo, la misma intención disfrazada bajo diferentes frases de teoría. El arte con contenido social, si quiere ser gran arte y si quiere o aspira a durar ha de poseer fuerza orientadora y en tal cantidad que la obra artística salga del estrecho marco de las doctrinas políticas para alcanzar el río encauzador de lo universal humano.

La risa larga, durable, no importa que fina y matizada, me hizo siempre un deplorable efecto. Era su manquedad, su inopia lo que me hería. Bastante tarde lei a Bertoldo y nunca entendí sus posibilidades de eterna chacota y de torpeza constante, aunque fuera socarrona y a veces de intención profunda.

En mi primera lectura del Quijote (ocho o nueve años, edición miniatura, luz de vela, escondite en la cocina por prohibiciones paternas, una de las causas de mi acentuada y pronta miopía), en la aventura de los molinos de viento, pasaba como ascuas sobre el miedo de Sancho y sobre su tortura, que me indignaban; pero releía, sin comprender todo, el acto de encomienda de Don Quijote a Dulcinea y su larga carrera con la lanza baja y el corazón entero. La caída

me desazonaba y no comprendía su necesidad, burlona y chancera.

Todo el lado heroico del manchego resplandecía a mis ojos alucinados y la sombría parte burlesca, que es también dolorida en Cervantes, se borraba hasta perderse en mi desdén.

Por ignorar la burla, por esquivarme del sarcasmo me engolfaba más bien en la lectura de las notas eruditas de Clemencín o de Cortejón. En ellas aprendí, cuando era un niño, el detalle de las costumbres caballerescas y la ruda ilusión de las horas medievales. Y sin saber de la vida mía ni de la vida de mi tiempo, conocí el pasado por las puertas reseca de la erudición y el detallismo.

Tal vez aquello me marchitó un poco el espíritu y me dió una gravedad atristada que después se incrustó para siempre sobre mi experiencia, aún sobre mi ironía y hasta sobre mi reír. Y me dió también un grupo de resabios en el hablar y en el escribir que años más tarde harían que Luis Alberto Sánchez, el crítico peruano, me preguntara donde había recogido mi formación clásica, ya que mi manera de escribir le parecía rara entre las gentes de mi generación y de mi tierra.

El efecto del Quijote se disfumino luego cuando frecuenté los clásicos universales, pero la burla durable me fastidió siempre.

Los escritores cómicos me fueron insoportables y he bostezado todas las veces en los films que tiantan ser graciosos de un extremo al otro, y me quedo sin reir en los vaudevilles, tejidos siempre al rededor de la misma intriga: él, el ingenuo que no ve; ella la sutil que engaña, y el otro, el canalla des-cocado que aprovecha de la simpleza de él —el primero— y de la liviandad de ella.

Mi payaso de celuloide triste y sonriente, apenado y con

la boca distendida en una mueca que quiere ser de alegría, de una alegría en serie, me dió la noción de la vida y me convenció de que la risa es hoja, y la sonrisa es flor; pero ni la una ni la otra son ramas, ni frutos, ni tronco, ni siquiera raíces. Ellas bordan, coloran, adornan el árbol. Y en la estación dura, el árbol no tiene hojas ni flores, pero vive todavía, y la savia circula potente en espera ardorosa de nuevos brotes y nuevas floraciones.

Sonreír, actividad circunstancial; reír, actitud esporádica y apaciguante; sufrir, postura desgraciadamente esencial y eterna.

Dosificación prudente de las tres, hermosura del árbol bello en primavera, cautela vital de quien conoce la verdad y no teme sus complejidades.

\*

\* \*

El reloj pequeñito y fino me lo obsequiaron como premio, ¿después de qué? ¿De un discurso en una fiesta escolar, —me he convencido de que no estuve en la escuela sino un año o dos— o de la primera comunión?

No me duró muchos días, tal vez ocho. No podía durarme. Averigué los nombres de las piezas y me explicaron que era caro, que era de plata, y me impusieron que no debía torturarlo.

Pero me fue imposible, el volante me intrigaba, con su fragilidad brillante, su movilidad indetenible y su finura mágica y luciente.

Lo tocaba y encontraba un placer estremecedor, vibrante y desconocido, en pasar mis dedos afilados y golosos por

las ruedecillas pulidas, por las tapas esmaltadas, y en mirar la luz rojiza que se filtraba a través de los rubíes, hallaba un aliciente casi morboso para trepar por la escala de Jacob del sueño mientras duraba la vigilia.

Rubí, esa palabra me hacía soñar, me producía una embriaguez deliciosa, oral y táctil. La repetía hasta adormecerme. Rubí, rubí, rubíes; rubí, rubíes y otra vez rubí, . . . . Canción ortográfica también, y luz encarnada, jugo de mora al sol, mancha ácida de sangre, ese nombre tenía para mi azúcar y agrura frutal y una desconocida fuerza inebriante.

Me extasiaba contando los rubíes del reloj y procurando mirarlos de través. Era tan difícil. Pero el reloj desapareció pronto. Una noche lo olvidé en alguna parte y no lo encontré a la mañana siguiente. Comprendí que debieron guardarlo fuera de mi alcance y no me preocupé más. En ese tiempo la desilusión no mordía muy hondo en mi espíritu. Comenzaba a estar al margen de las cosas, en esa densa y opaca vida sonámbula que duró para mí tanto tiempo y de la que nunca estoy seguro de haber salido. Para hacerme olvidar el reloj contribuyó el estado de aprisionamiento por otras cosas. Me sentía ya esclavo del encanto de las estampas coloreadas que las cajas de cigarrillos de EL VENCEDOR guardaban en su entraña como premio para los fumadores.

Más adelante tuve varios relojes. Campos de ensayo de mi habilidad no cultivada de mecánico, unos. Pretextos de derroche y de descuido, otros. Jugaba con uno de ellos, suizo y con lirios de plata grabados en un fondo de metal vielado, a la rayuelá, en la Normal. ¿Por qué lo hacíamos? Nadie podría decirlo. Pero yo iniciaba el juego para probar la superioridad de mi máquina que soportaba impávida todas las pruebas. Y allí estaba el "loco Aulestia" para sacar su reloj, marca NAPOLEON y aceptar el desafío, y las pequeñas rodela brillantes se iban por el suelo, se deslizaban

por las tablas, bajo el impulso de los pies ágiles. Servían para medir distancias mucho más que para medir el tiempo.

Mi distinción del tiempo era bastante sumaria: mañana, tarde, y noche. Las horas mismas del reloj tenían poca importancia. Igual me daba una que otra. Sólo contaba para mí la cantidad de luz de los períodos diferentes del día. Cuánto mejor me habría convenido un fotómetro y el conocimiento de la cantidad de luz indispensable para no echarme a perder los ojos en lecturas interminables. En lecturas sin guía, al acaso, sin siquiera la preocupación del tipo en que estaban impresos los libros, menos aún una consideración acerca de los asuntos. La inquietud abierta a todos los vientos y para todas las cosas comenzaba a despertarse, tal como se me quedó después.

Las horas pasaban sin que las sintiera, iguales, monótonas, demasiado cortas siempre. En un rincón de una de las casas: la de mi padre, las de mis dos abuelas, la casa de mis tías, no importaba cual, lo indispensable solamente era el silencio y más que el silencio, la soledad. Una silla baja para mí y otra para los libros. Siempre me gustó cuando me cansaba de uno, hojear o leer otro, para descansar. Caía la luz y comprendía que venía la tarde con su luz indecisa y a poco muerta, su obstáculo infranqueable para la lectura y su inevitable obligación de regresar al comercio de los otros, de ir a la mesa interrumpiendo el relato, el hilo del cuento, cortando la descripción en su instante más difícil, rompiendo la intriga más anidada, suspendiendo el flujo del pasaje más sabroso.

Dejaba los libros en el sitio donde los había amontonado con el ojo cargado de ensueño, y allá me iba, ruidoso de nuevo, recobrando mis derechos de edad, en busca de los demás, de la vida colectiva, del regazo familiar que esquivaba tantas horas.

No amaba el tiempo. O más bién éste tenía una dimensión extraña, captada por mí y no sospechada siquiera por mis hermanos. Era el tiempo sin fechas en el que se desenvolvían mis lecturas, un tiempo de un espacio lejano en que ayer y hoy fueran de la mano, insertándose el uno en el otro, sin posible discontinuidad. Las lecturas históricas tenían fechas y datos. Las leyendas de Calle cayeron en mis manos más tarde que las colecciones argentinas, uruguayas o mexicanas de hazañas de los héroes de las independencias respectivas. Y esas cifras querían indicarme que Lavalle y que Urquiza, que Quiroga y Sarmiento, que Juárez y que Altamirano hicieron esas cosas en otros días que no eran esos en que yo soñaba, pero yo me empeñaba en hacerlos coincidir, en contemporaneizarlos, si es que esto puede decirse.

Mi tiempo se deslindaba de la tierra, no tenía ningún punto de referencia sino eran las páginas simultáneas de los libros que hojeaba al mismo tiempo; las sombras de las gentes vivían a mi lado, conmigo en una sucesión interminable de escenas.

No era gran obstáculo el que no dispusiera de los datos completos de cada vida. Sarmiento, puntual, llegando, a la escuela en medio de la lluvia; Juárez, melena al viento, tocando la flauta en el islote, combatido por las olas y la tempestad; Artigas, arrogante y severo viejo, libertando la banda oriental con sus treinta y tres compañeros, vivían en mí con una vida ignorada, relumbrante, día y noche.

En las escenas de los libros se petrificaban —sólo algunos años, después ascenderían hasta la prosa enmarañada y sonora de Lugones biógrafo, o las páginas densas y caras de "México a través de los Siglos"— esos hombres; pero vivían para mí, a compás de mi pequeño corazón.

Yo no tenía todavía horizonte ni ambición, ni anhelo,

ni codicia, ni sentimiento dominante. Me galvanizaban esos hechos y eso era todo. La lumbre de mi entusiasmo no quemaba, ni siquiera en esa época lejana. Ni siquiera tenía deseo ni intención futura de imitar esos nobles gestos. Pero los hacía durar en la fosforescencia de mi evocación; era todo lo que podía; los prolongaba conmigo y les daba una vigencia increíble. Una vigencia que me ponía en lucha con el tiempo y que me obligaba a crear uno especial, sin mañana y sin ocaso, durable y no sujeto a medida, imperecedero y transparente en que todos los actos coexistían, a mi lado. Porque al mismo tiempo que mi Sarmiento robaba melones en el campo de los vascos, mi Hernán Cortés quemaba sus naves frente a la costa de Cozumel y Guy de Borgoña atacaba a Fierabrás en el puente de Mantible... antes de que sonara el cuerno de Roldán en Roncesvalles.

De esa ansia y de esa capacidad de sincronismo nacía, sin duda, mi desdén infantil para el tiempo medido, para el tiempo del reloj y del calendario. Amaba los almanaques, pero por las lecturas que tenían, la lista de los días rara vez detenía mi mirada y nunca supe de la ubicación de las festividades. No me interesaban, no me decían nada los nombres de los días. Y cuando después, en una historia sagrada y unos cuadros largos como varios lienzos de pared, encontré la palabra sincronismo, no me dijo tampoco nada, o al menos nada nuevo, porque para mí el concepto ya existía y hecho por mí, a mi sabor y grado.

Y me parecía lo más natural del mundo que mientras Jonatán amaba a David, en otra comarca alguien viviera y supiera... en el año 600 antes de Cristo, por ejemplo. Y esto de "antes" y "después" de Cristo me costó trabajo entender, porque primero lo encontré solamente en iniciales inexpresivas —y cómo se ha generalizado después esa costumbre idiomática de llamar a tantas cosas por el grupo de letras iniciales,

como si todos estuvieran en el secreto o guardaran el recuerdo— y luego eso de poner hitos en flujo del tiempo no se compadecía de ningún modo con mis panoramas extensos, de vívido realismo, sin ayer y sin mañana, deslumbrados por un presente de ensoñación, avasallador y magnificado por la fuerza de una imaginación infantil impulsada por muy variadas lecturas.

\*  
\* \*

Cuando me llevaron donde la Madre Rosita, una monjita de la Caridad, pálida y dulce, marchita y amable, como que presintiera la duración atormentada de su tardo paso agónico por la tierra, lo que me atrajo no fue la corneta almidonada sobre su cabeza con inclinación de humildad, ni el vello rubio de ceniza que se le escapaba por la cerradura del hábito en el cuello, ni los caramelos que me ofreció mientras me mimaba con ternura y con cuidado, con dulzura y con preocupación, pues yo debía parecerle un peligroso animalito salvaje, gordo y agresivo, fueron unos enormes cuadros de la Historia del Mundo desde su creación, que en forma de banda interminable, estaban adosados al muro.

Y los bancos en que los niños del Asilo se sentaban me hicieron impresión desagradable y no los quise ver, menos sentarme en uno de ellos. Busqué el refugio de los brazos fuertes de mi padre y huí de la monjita dulce y acariciadora que representaba la prisión, amable, pero prisión de todos modos. Mi profunda querencia por la libertad indómita e ilimitada florecía talvez ya en ese día lejano entre los muros de un convento.

Mi padre me condujo de nuevo a la salita, y cuando, en conciliábulo, le interrogaron las madrecitas sobre si yo quería quadarme, intervine de súbito y respondí, orgullosamente, que yo era un hombre y que los hombres no se quedan en el Asilo con las mujeres, afirmando desde entonces mi convicción firme sobre mis derechos esenciales.

Nada me hizo cambiar. Mi arisca hombría quería defenderse de todo contacto femenino y rogaba —hasta mucho después— a mi madre que me defendiera de “esas mujeres” que se empeñaban en acariciarme.

Más crecido, critiqué con dureza a una tía que algo se desvistió en mi presencia de once años juzgando que su gesto era sin importancia frente al rapaz. En vez de curioso me sentí asqueado y herido porque no se tomaba en cuenta mi virilidad naciente y tempranera que hasta habría intentado hacer sus primeras armas. El más escrupuloso cuidado es insuficiente cuando se trata de un chiquillo concentrado e inquisidor que inclina sobre el espejo equívoco de los libros su vida joven sin malicia, pero sin freno.

La infancia, la niñez, la adolescencia, la juventud no tienen fronteras en mi vida. No las delimité nunca ni ningún hecho principal me ayudó a amojonar las etapas. Debieron haber llegado y se fueron como vinieron. En una gris sombra de sonambulismo. Mi vida se hacía en tono de confianza amargada para mí mismo y nada podía alterar el curso opaco y sin sonrisas de unos años vividos a la espalda de todos, con ligeros y epidérmicos contactos con el mundo, del cual aprendí —demasiado pronto, demasiado largamente y demasiado a fondo— el dolor, la tristeza y el desengaño.

Mi infancia se perdió pronto en el recuerdo. Mi niñez, a decir verdad, no existió, porque mi padre me enseñó a leer demasiado pronto y su experiencia, su anticipación del futuro, y su cariño me fueron fatales. Me abrió un camino

entre las hojas de los libros y fallé en mi niñez que se retiró muy lejos. Después, la muerte de mi padre, yo tenía once años, me cortó la vida en dos trozos. La niebla tristona y sonámbula de antes de la muerte de mi padre, y la precisión dolorosa de pesadilla de los tiempos posteriores.

Mi adolescencia se convirtió en el campo de lucha de mi incipiente inclinación materialista y el empeño piadoso de mi tía Dolores que hubiera querido ver en mí un hombre —de doce años— serio y grave, aplicado y honesto, pero también rezador y creyente. En esos años afloró a mi alma el conflicto religioso y apuntó con más vehemencia una especie de adivinación sexual.

Al final de mi adolescencia, cuando empezaba mi juventud cronológica, fueron vencidas ambas por mi niñez que resurgía del fondo del olvido y se desperezaba del sueño en en que la tuve durante siete u ocho años. Los años últimos de la escuela para mí fueron de lucha. Con mis compañeros, que no entendían mi actitud retraída y que la achacaban a orgullo, con lo que lastimaban mi sensibilidad alerta y dulce, arrancándome lágrimas de desesperación y de impotencia. Y con la Aritmética que fue por esos tiempos un dédalo inextricable en que sólo me aparecían claros y distintos los teoremas, pues apenas cobraban esas afirmaciones la vida concreta de los problemas, se convertían para mí en terribles rompecabezas.

Jamás lograron los maestros, hacerme entender la división de los números porque los dividían con la palabra y les faltaba —para mi comprensión— que ejecutaran una división de verdad y que entregaran a diferentes personas el resultado de la operación de dividir.

Ese prurito de objetividad, que ya de viejo me han reprochado mucho, y que en algún caso fue interpretado hasta como una manquedad, una falla que impedía a los otros

el comprender los resortes de mi idealismo, me estorbaba para entender las operaciones aritméticas, si no las materializaban en sus comienzos.

Cuando el señor Vinuesa, en cinco minutos, explicó a otros alumnos el mecanismo de la división, haciendo la división, fui yo, el hurraño muchacho novato en la escuela anexa de la Normal, quien le entendió de súbito, con un sobresalto de júbilo en el pecho, como quien ve una luz al fondo de un oscuro corredor, ante el misterio develado y la dificultad superada en un instante, dificultad a la que años de esfuerzos no habían sido suficientes para anular.

\*  
\* \*

El niño volvió en mí con una increíble violencia y con una vengativa duración. Era el año último que estaba en la Normal, en mi paso pensativo e irónico por las aulas, escollos entre la bruma de mi sonambulismo. Ese año se convirtió de pronto y en un buen día en algo alegre y cristalino.

Cobró color mi existencia y el juego dejó de ser una actividad en que gastaba energía, solamente para fatigarme y descansar después, entregándome en cuerpo y alma al excesivo trabajo intelectual, para adquirir los perfiles de una ocupación anhelada, de una gozosa radiación del espíritu, de un esparcimiento con hondo sentido muscular que abría horizontes nunca vistos antes y me sumía en deleites desconocidos.

Los trompos, las bolas, las estampas, el "sin que te roce", adquirieron significación y contenido esencial. No eran ya las maniobras de los otros lo que yo contemplaba en la bruma

lacrimosa de mi aislamiento. Eran míos los juegos, eran mis miembros, placenteramente sentidos al distenderse, los que se contraían y alargaban en la marcha. Tenía conciencia de mi cuerpo y aprendía el valor de gozo del juego.

Con el juego se evaporaron mis meditaciones. Parecía-me que en el salto, la carrera, los golpes, los esguinces, se desvanecían las últimas volutas negras de mi aureola de huérfano y de muchacho protegido que se educa a la fuerza, contra el destino, por la ayuda generosa y algo negligente-mente dada, de una tía sin hijos y de un esposo complaciente.

Cómo se me ensanchó el espíritu cuando descubrí el mundo del juego ¿Es que no había jugado antes? Sí, hasta el agotamiento. Pero mi juego era la penetración de la maleza para reproducir el viaje de Alvarado o de Gonzalo Pizarro. Jalma era el calco de las aventuras de Dick Turpin. Así, habíamos atado a los **policías** —otros compañeros— en las bancas del Parque de la Independencia. No era el suave olvido de la realidad, el dulce lazo en que se apoyan las pocas preocupaciones del infante o del mocito.

No conocimos en esa ocasión qué cosa era la verdadera policía; pero nos dimos cuenta de que había una entidad distante y desagradable que se llamaba la opinión expresada en los periódicos.

Por escaparse de nosotros, otra vez, un héroe de novela policial se rompió una pierna. Y allá, en una quinta de la Magdalena, propiedad del padre del héroe, lo dejamos —malvada inconsciencia o dureza de muchachos— a solas con sus gritos, con sus huesos maltrechos y con las llaves de su quinta.

Los otros nos escapamos a todo correr como responsables de su caída. Si acaso, avisamos a su casa por teléfono. Días después, como el compañero no asomaba y no teníamos

noticias, nos mirábaros como cómplices, sin atrevernos a interrogarnos entre nosotros mismos. Cuando tuvimos conocimiento de que no podía moverse porque su pierna rota tardaba en curarse, nos aliviarnos un poco, porque hasta en su muerte habíamos pensado.

Todos los juegos anteriores eran para mí —los toros, las escondidas, la lucha— tan sólo oportunidad para cansarme porque sabía que el ejercicio es bueno para el desarrollo y que la fatiga exige reposo y despierta el apetito. Pero nada más. El bálsamo espiritual que es el juego no era comprendido en todo su valor por mí en esa época. Jugaba sin dar al juego su alcance y su potencia.

Ya joven, le entregué lo que le había quitado en mi niñez, naufrago como vivía en una mar de niebla libresca y dolorosa. Era mi vida que reventaba bruscamente y que recobraba sus derechos inalienables. La niñez tomaba su desquite. Tan fuerte fue la revancha que a punto estuvo de producirme un desequilibrio profundo, una desorientación vital irreparable.

Asombrados por mi alegría, desconcertados por mi recién venido gesto desaprensivo, asustados por mi desocupación inexplicable, mis profesores pensaron que mi edad podía ser un obstáculo para mi profesión. Y por rencor contra todo el juvenil grupo que debió salir de la Normal el año de 1920 quisieron detenernos a todos. Con variados pretextos disimularon su odio para nuestra alegría. Mi niñez resucitada la pagaron otros compañeros, y yo mismo estuve en trance de pagar caros, muy caros mis juegos con los alumnos, por corredores y por clases, a espaldas del señor Director, un hombre inteligente que ha de llegar a la muerte sin haberme entendido jamás, pese a sus esfuerzos.

Me amenazaron los profesores con detenerme en el último año de la Escuela, pero repuse yo al Dr. García que:

"Sabía yo bien que en manos de los profesores estaba el hacerme perder el año, pero que sabía también que no estaba en manos de ellos el hacérmelo repetir".

Le dejé entender que me escaparía ya que mi detención era injusta a todas luces, porque a pesar de mi niñez vuelta a mí como un hijo pródigo, conservé mi rango de estudiante, no ya sombrío como antes, sino lleno de alegre y deslumbrante gana de vivir.

Por niñez se explican los malos juegos que desarrollé contra mis maestros, niñez tardía y malvada tal vez, pero niñez irrefrenable, victoriosa en todo caso.



JORGE ENRIQUE ADOUM

VENENO PARA NIÑOS



La infancia es, en verdad, un país diferente. En su maravillosa geografía, conducen miel los ríos, hay montañas de diamante, hablan humano idioma los árboles, y toda su historia está hecha de milagro; surge de una calabaza el coche de la princesa, los espejos predicen el futuro, el muñeco se convierte en niño. La población de ese país la integran ciudadanos obedientes y sumisos a un rey generoso, príncipes heroicos que salvan de la muerte a la doncella ingenua, artesanos felices. Pero, fatalmente, en ese mundo lleno de placidez y de luz, aparecen personajes terribles: el lobo asesino, el gigante que devora niños y, especialmente, la inevitable bruja, sabia en maleficios, viajera en una escoba, y que es, generalmente, la madrastra de la muchachita inofensiva y dulce. Es un país en donde no hay esfuerzo, donde no hay odios de clase ni urgencia de dinero; todo está previsto: el pobre llegará a poseer un palacio y numerosos esclavos; el andarín que camina y camina, siempre verá una lucecita en la distancia y allí encontrará un albergue contra la noche y la soledad; la madrastra cruel, fatalmente será burlada, por sus propios agüeros; los muertos resucitan y, sobre todo, hay una justicia infalible: el malo es castigado al final de cada proceso y siempre triunfa la honradez y la bondad se impone. Entonces, se supone, todo vuelve a ser una inmensa mañana, llena de flores, de caramelo y de canción.

La infancia, sí, es un país diferente. Pero ¿cuánto dura

la infancia? Súbitamente, el niño entra al país verdadero, a éste que habitamos, a esta vida que comparte con nosotros, sin cuento y sin fábula. Y, de pronto, descubre que debe golpearse contra la piedra, contra el hombre, contra las cosas diarias; que nada le está dado gratuitamente; que sólo el esfuerzo y el sacrificio hacen posible vivir —durar—; que no existen el ogro ni la bruja, sino gentes numerosas, organizadas para agredirlo. Y sabe, porque se ve golpeado, que no hay una justicia divina y que la humana suele ser injusta, las más de las veces cruel. Y camina, camina, sin hallar esa lucécita: y cuando la halla no siempre se le abren las puertas: se le niega trabajo, se le despide a puntapiés del sitio en donde está, se le arrebató la tierra. Entonces, ¿de qué le sirvió la infancia? ¿Por qué no le dieron armas, coraza, filosofía? Y, al hacer el balance de las historias aprendidas mientras se le urgía para que durmiera, encuentra que lo único que le enseñaron fué la resignación.

Sólo resignación, sólo la teoría de que la vida es simplemente una cuestión de turno. La pobre Cenicienta, tolerando la bofetada de la madrastra y de sus hijas, herida por la envidia ajena, cubierta con harapos en su escondida belleza, lavando los suelos, es visitada por el Hada Buena, viste como princesa, con zapatos de raso y de diamante, asiste al baile, y el apuesto Príncipe la rescata de su cautiverio. De igual manera, la miserable sirvienta de un restaurant, en virtud de la mentira mágica de Hollywood, encuentra una noche al productor de revistas musicales, descubren su voz maravillosa, y se convierte en la cantante a la que un público estremecido aplaude y paga. Reducidas la mentira infantil y la farsa cinematográfica a su última real intención, sólo queda de ellas la vieja máxima china: "No alteres el orden establecido por los dioses": es decir: Obedece, no te rebeles, espera tu oportunidad, así es mejor... Pero

la muchachita negra encargada del aseo de la casa, la hija de la cocinera que cuida del fogón y va al mercado, esperan, esperan en vano su oportunidad: no hay hada ni productor benévolo, no llega su turno sino para hacer el mismo trabajo cada día, hasta morir. Es cierto que aprendieron, tarde o temprano, que la vida —me refiero al lento batallar de ahora— es algo duro y difícil, en donde se está rodeado de enemigos. Y supieron que la resignación sólo les alargó la condena y que, al revés de lo previsto, la rebeldía les dió, por lo menos, esperanza.

El idealismo cristiano de la literatura infantil ya no tiene vigencia. Fué escrita para los hijos de príncipes y duques cuyo dinero hacía, en verdad, milagros. Pero el niño cholo, el indiecito que va tras el rebaño de ovejas, como formando parte de él, no pueden encontrar en ningún sitio ese milagro, y tienen que abrirse paso a puñetazos, golpeándose el rostro contra la crueldad ajena, y nadie irá a sacarlos de su taller oscuro o de la tierra para vestirlos con encajes: si lo hacen, es para conducirlos al calabozo o al desempleo. Y esta verdad ningún cuento les enseñó: la descubrieron ellos mismos, desamparados y desnudos, cuando abandonaron el país inexacto con ilustraciones en color.

Igualmente, a la primera bofetada que recibe el niño, sabe que no hay una justicia inmediata; y, como Pulgarcito, trata de vencer al gigante: pero el gigante lo aplasta: es una máquina, es la policía, es el amo o el gobierno. Y él, pequeñín, vencido, impotente, no puede hacer sino limpiarse su última lágrima con la manga sucia y deshilachada. Después, su crecimiento estará señalado por golpes sucesivos: son las autoridades, es la crueldad y el odio, es la miseria como un vigilante: y ya no tendrá lágrimas sino odio también, y decisión, y combate. Pero, con toda la ternura de Pinocho, con todo su ingenio, aún más, con todos sus

amigos y compañeros, no siempre podrá derrotar a la ballena monstruosa de la injusticia que lo persigue, que lo busca. El sabe ya que la justicia es también una cuestión de poder: y que él no puede. La justicia, en el país real que ahora habita, está identificada con el poderoso, con el rey de los viejos cuentos. Sólo que, a diferencia de lo que sucedía en ellos, el rey es arbitrario, opresor, tiránico. Y el niño, el tejedor, el zapatero, no pueden escapar a su destino. No pueden, todavía...

Porque el desenlace evangélico de la leyenda no existe sino en ella y en el catecismo: si el humilde y el azotado soportan todos los errores de la vida, si ponen la otra mejilla para la otra bofetada, tendrán después un cielo magnífico, algo así como una mesa bien provista, algo como un traje nuevo, algo como una mujer enamorada. Y a ese cielo renuncian, generosamente, los que aquí, abajo, lo tienen todo, pues habrán de condenarse a cambio de la mesa bien provista con cuatro patas en el suelo. Desgraciadamente, el que antes fué niño ahora es adulto, y sabe que —pese a todas las dudas— sólo le fué dada una vida, y quiere vivirla, vivir sus días y no ninguna promesa. Ha descubierto ya que no hay justicia ni recompensa: y está decidido a inaugurarlas en un mundo sin rencor.

¡Cómo habrá de sonreír, burlón y envidioso al mismo tiempo, el niño que ha ido a la escuela sin desayuno, que va casi todos los días sin desayuno, porque su padre es un desempleado, al oír las fantásticas narraciones del milagro! Y, ¿qué pensará la pequeña lavandera si, esperando junto al río al doncel que la libere, sólo encuentra jinetes bruscos o humildes, que habrán de burlarse de ella o la llevarán a compartir una vida terriblemente igual a la de antes? Los cuentos, que no capacitan al niño para vivir cuando deje de serlo, tampoco le ayudan a sobrellevar su propia infancia.



No se trata de eliminar su posibilidad de sueño, ni de negarle el manantial de poesía. Porque la poesía es realidad y sueño. Real —autobiográfico— es "El patito feo", que no predica la obediencia ni la inexacta maravilla, sino que relata la crueldad ambiente, el esfuerzo. Y cuántos niños desvalidos se habrán apoyado en la parábola del desventurado que llegó a cisne, para soportar y vencer la burla de la escuela y de la vida. Y cuántos niños fueron capacitados para comprender, aun en su pureza, la falsía cortesana, la adulación hipócrita, al saber de ese vestido imaginario del rey a quien nadie se atrevió a decir que iba desnudo. Así conocieron también la existencia de estafadores, de esbirros y canallas, que estaban ausentes de los otros cuentos y que existen con verdad cerca a nosotros.

¿Puede el miedo capacitar para vivir? ¿Qué sacudimiento, por la crueldad increíble, soportarán los niños al oír que los padres de Pulgarcito, no pudiendo mantener a sus hijos, planearon llevarlos al bosque con la esperanza de que los devoraran las fieras? ¿Qué habrán de pensar cuando adviertan que la vida en su casa se hace más difícil, que el pan se torna cada día más escaso? La primera vez que mi hija temió la obscuridad, me habló de la bruja. Conozco un niño que no se atreve a cruzar un parque, aun en compañía de su padre, por temor al lobo. Y pienso en tantas niñas sin madre, cuyo padre se ha casado por segunda vez: toda la ternura y el amor y la devoción de que sea capaz la nueva mujer, se estrellarán contra la leyenda negra de la madrestra.

Un especialista de la Unesco, en un informe titulado "Las películas para niños, ¿habrá que prohibirlas para los menores de 16 años?", hacía un análisis severo de la reacción infantil frente a obras tradicionalmente conceptuadas como apropiadas para niños. En dicho estudio se publican

más de diez fotografías, tomadas con una cámara especial durante la proyección de los films. Rostros de espanto, muecas de horror, muchas lágrimas, mientras veían en la pantalla "Blanca Nieves", "Pinocho", "La Cenicienta". Gulliver, por lo menos, evitó la guerra de los liliputienses. Pero la ballena, la bruja, la manzana envenenada, pueden producir temores a veces incurables.

En cambio, ¿recordáis "El Mago de Oz", con ese león que inspira lástima y ese mago en decadencia, que para no perder su prestigio manipula complicados aparatos eléctricos? ¿Recordáis "La verdadera historia de Caperucita", de Gustavo Alfredo Jácome, en la que el lobo la acompaña para defenderla de los riesgos del bosque, le explica en qué condiciones puede ser feroz, y se despide de ella en la puerta de la casa de la abuela? Esta es la ardua tarea de los escritores y educadores de hoy: re-adaptar el cuento, corregirlo, salvar al niño. Entender que nuestra época es otra, que nuestro niño tiene aun mucho que sufrir, y que hay que darle armas para que viva, sin que se debilite por el temor, sin que se inutilice por el sueño falso.



Pese a todo, qué lejana aparece esa infancia nuestra, más sana, más humana, con fábulas y cuentos que, si no nos enseñaron a vivir, tampoco nos enseñaban a matar! Ahora, violentando la naturaleza, tierna como el pan, del niño, azuzándolo, llevándolo a admirar y a identificarse con el héroe en contra de la multitud, cada día se le entregan tiras y revistas con historietas de Superman, de Dick Tracy, llenando su mundo de pavor y de pólvora; Tarzán se ha convertido en el sueño y el ideal de casi toda la infancia de América; Búffalo

Bill es el vaquero cuya aureola de gran disparador ya va llegando hasta nosotros. Y hay algo más: Tarzán y Superman —luego de haber conquistado un público fervoroso— luchan ahora, con su apuesta figura, contra los comunistas: un grupo de fantoches esmirriados con rostros de asesinos. En los periódicos de los Estados Unidos —y ojalá se reduzca a ese país— existe ya la tira cómica sobre la guerra de Corea, en la que el héroe es el soldado norteamericano y el malo, el ridículo, el cobarde, es el chino o el coreano. Es decir, el aprendizaje del odio y del crimen. En oposición a cierto sentido de fraternidad que tenía la pedagogía en manos de maestros sanos, la lección del odio al negro o al judío, al chino o al venezolano, al alemán o al indio del Ecuador. Contra la igualdad de los niños tomados de la mano, en el juego inolvidable de la ronda, la preparación del pistolero, del candidato a carne de cañón, del soldado mecánico.

Cada día, al salir de casa, saludo con un niño de cuatro años que habita el departamento vecino. Desde hace algunos meses tiene un revólver con el que juega, y un cinturón con grabados de caballos y "cow-boys". Cada día, al encontrarlo, me dice, pudiendo apenas pronunciar las tres palabras: "Arriba las manos". Y tiene un traje de vaquero, sombrero de anchas alas, botas con espuelas. En su casa, junto a cuentos ilustrados de Alí Babá —¿y quién ha dicho que Alí Babá o Simbad son personajes para niños?— hay folletos de Hoppalong Cassidy, de narraciones misteriosas, de inventos mortíferos... Los demás niños de la casa y del barrio, seguramente, juegan con él. Levantarán las manos y, luego de un leve susto y del ruido del disparo, caerán a tierra. Y mi pequeño vecino reirá satisfecho. Yo me temo que los otros niños, al ver que el revólver es un juguete brillante, que hace ruido, que ayuda a su poseedor a vencer a los demás, me temo, digo, que los otros anhelan para Navidad, para

su cumpleaños un revólver. Ya, en casi todos los parques, en casi todas las escuelas, el juego predilecto es el de policías y ladrones, cuando no el odioso "juego" de la guerra. Así, contando con la ligereza o la despreocupación de los padres, el fabricante de juguetes —¿son juguetes los que obligan a un niño a jugar a que mata?— completa la labor del dibujante de historietas y del editor de revistas, imbécilmente llamadas "para niños". Después, la obra monstruosa de envenenamiento culmina con el aporte del productor de películas. Y se obtienen los resultados que, esperados o no, eran inevitables. He aquí algunos, fielmente extraídos de los cables y publicados en los diarios. Un grupo de viajeros, en el oeste de los Estados Unidos, logró salvar a un niño atado a un árbol, en cuyo torno se había encendido una hoguera. Explicó que había estado jugando con unos amigos a los pieles-rojas. Un niño disparó a la cabeza de su padre por haberlo reprendido. Confesó fríamente el muchacho: "La idea me la dió una historieta". Otro, asesinó a su padre por haberle prohibido que asistiera a un partido de base-ball. Otro, el 26 de enero de este año, llamado Richard Wisdorff, "dijo que mató primeramente a su madre y luego a su abuela, de sendos tiros en la cabeza, por haberlo regañado por venir tarde de la escuela. Cuando llegó su padre, lo mató también de la misma manera". Richard tiene 15 años, y vive en Minesota.

Que los padres y las autoridades de los Estados Unidos resuelvan lo que les parezca. Pero estamos en la obligación de impedir que en nuestros países, en donde el gangster y el pistolero no son exponentes de nuestra civilización y no tienen ninguna categoría de héroes, se vayan creando aprendices de asesinos. Aterroriza pensar en un futuro en el que cada niño sea un Tarzán o un Superman, en que cada niño nos dispare a la cabeza, en que cada uno se sienta superior al negro, al amarillo, al comunista, a sus mismos compañeros

más débiles; en que golpeen y zahieran, no solamente al patito feo de cada clase, sino a su madre y a su abuela; en que se consuman de temor ante las supuestas apariciones nocturnas. Si, dentro de estos prodigiosos resultados de la "cultura occidental" que hay que defender contra los "bárbaros" —¿será posible una barbarie superior?— es verdad que antes de enseñar a persignarse a un niño hay que enseñarle a defenderse, en virtud de que existe la agresión; debemos orientar la educación —orientar el mundo— a que no haya violencia, a que nadie necesite defenderse, sino a aprender a vivir en paz. Ni bombones envenenados para los niños de Corea, ni revistas envenenadas para los niños de América. Porque, a juzgar por los cables, muy pronto las reyertas infantiles no habrán de solucionarse como lo hacíamos en nuestra época, a trompadas, que, cuando más, nos dejaban un ojo negro o con un hilo de sangre joven en el labio, sino a disparos. Pleno éxito y dominio de Pluto y Dumbo, desgraciadamente comercializados; triunfo total de Superman defendiendo el mundo libre...! Sólo que a cambio habrá que llevar muchos ataúdes blancos al cementerio...

Hay una llamada censura de cine. Para ella, lo erótico es prohibido. Todos los estudios especializados, prueban que al niño le tienen sin cuidado las aventuras amorosas de los adultos: no las entiende ni se las explica. En cambio, esa censura permite los films de agresión y de violencia, desde el abordaje del pirata hasta la planificación del rapto para cobrar el rescate. (Ya se han hecho varias películas sobre Giuliano, el bandido de Sicilia; pronto, es de esperarse, se filmará la de los secuestradores y asesinos del niño Bobby Greenlease).

Tampoco hay una censura de la literatura infantil: de eso no se han preocupado los escritores ni los maestros ni los municipios ni los gobiernos. Como el papel, como las maqui-

narias, como las noticias, las historietas de nuestros periódicos vienen hechas de fuera. No les interesa, a quienes nos las envían, si van a ayudar o a enfermar a un niño: interesa la tarifa. Y nuestros diarios las publican. No hay tampoco una censura, ni siquiera una campaña, contra las revistas extranjeras; no hay un afán de selección como para que se difundan, por sanas y realmente infantiles, "Viento Nuevo" de Guatemala, o "Tricolor", de Venezuela. No hay, tampoco, una censura que prohíba el juguete de guerra.

Fué en Guayaquil en donde ví por vez primera una de las llamadas "Bibliotecas Populares". En un patio, en un zaguán, en una habitación cualquiera, muchos niños van, en las tardes de asueto y aún en las horas de clase, pagan sus veinte centavos, y se devoran una tras otra decenas de revistas, todas de aventuras: Bill Barnes, la serie de Salgari, "Pif-Paf"; historias de pesadilla en las "Narraciones terroríficas"; viajes interplanetarios; cuentos de asesinato y de muerte. Los propietarios de estos sitios parecen hacer buen negocio pues, ahora, en cualquier zapatería se acumulan revistas de este género, con igual fin. Y los niños, que han sacrificado sus veinte centavos —el pasaje en autobús, para volver a pie; el trozo de pan o de dulce, para tolerar el hambre— sólo para leer, salen de allí enfermos. Exactamente como si el autobús en que hubieran viajado sufriera un accidente; exactamente como si hubiera estado contaminada su golosina. Yo los he visto, entregados por entero a su lectura; no hablan, no se miran, casi no se mueven, abstraídos por la historia apasionante del asesino o del soldado. Y me pregunto: ¿no somos capaces de escribir verdaderos asuntos para niños? ¿No podemos superar la imbecilidad del escritorzuelo a quien sólo interesa cuánto cobra por cada edición de su narración podrida? ¿No podremos nunca llenar esas bibliotecas con los relatos de Anderson, de Mark Twain, de

Selma Lagerloff, de nuestros escritores sanos? Los niños que han podido aprender a leer en nuestros países, aman la lectura. No les castigemos por eso.

Se cuenta en "Las mil noches y una noche" la historia del médico honrado que gozaba del aprecio del Sultán. Sus consejeros, ante el temor de que llegara a tener mayor influjo que ellos, le calumniaron ante el monarca hasta el punto de que éste ordenó que lo decapitaran. Cuando le fué presentada la cabeza del médico en una bandeja, la boca, golpeándose contra los bordes de la fuente, le pidió al rey que enviara a su casa por un libro. Cuando le fué traído, le rogó que leyera en la página 21. El Sultán comenzó a buscar la página, de una en una, mas como estaban adheridas se vió obligado a mojar su índice para desprenderlas. Antes de llegar a la página indicada, el rey agonizaba: las páginas estaban envenenadas. Tal era la venganza del que había muerto. Tal es el símbolo exacto de cierta literatura. Debemos entender que todo el odio, toda la angustia, todo el desánimo, todo el temor que nos inculca, nos envenena. Y eso se debe a la venganza de quienes pertenecen ya a un mundo muerto, venganza que, como hemos visto, no perdona ni siquiera a los niños.

Hace aproximadamente dos años, en vísperas de Navidad, estuve en Panamá. Las tres escuelas fiscales más importantes de la ciudad invitaron a los niños pobres para que presentaran sus peticiones, a fin de hacer la entrega de los juguetes solicitados, costeados por las autoridades de educación y los padres de familia. Una noche, mientras comía, transmitieron la noticia, tomada de los diarios de la tarde: un niño —no recuerdo su nombre— hacía el pedido insólito de una palanqueta de pan para Navidad, "pero que fuera una palanqueta íntegra"... Yo lo he dicho antes: en ese momento me dolía el pan que cortaba y masticaba, me dolían todas mis navida-

des, me dolía mi alimento de toda la vida. Y, sin embargo, frente al mismo o a otro niño cualquiera de nuestros países que volviera a pedir un pan como regalo, mucho más me han dolido los niños que piden una carabina o un revólver, y más aún los padres que se los dan. Me han dolido los niños que dominan su sueño, su pereza o su hambre, inclinados sobre lecturas llenas de sangre, salpicadas de carne humana muerta, escritas con odio ciego. Como me duelen, desde luego, los niños que, al crecer, descubren con ojos asombrados que no habrá jamás carruaje en su miseria, que era falso que existiera el Hada Madrina, que todo lo que anhelan, o que simplemente necesiten, habrán de adquirirlo con su tenaz esfuerzo.

En definitiva, debemos iniciar la lucha contra la mentira y la falsedad: es falso que los sentimientos de agresión sean innatos al hombre; es falso, para la mayoría de la humanidad, que la resignación y la obediencia traigan un premio consigo; es falso que estemos obligados a matar, irremediablemente; es falso que el hombre se baste a sí solo, sin necesidad de los demás; es falso que la vida sea sólo una cuestión de turno para triunfar. Lo único verdadero es la fraternidad y el trabajo. Es urgente hacer de los niños —habitantes de un país futuro— habitantes de un país real, hombres en posesión de sus virtudes y de su luz, capaces de vivir, aptos para encontrar un héroe en cada trabajador sencillo y justo, repeliendo cualquier sombra de violencia, y aún la misma oscuridad. Y aptos para entender su patria, para que la ame no solamente ni fundamentalmente a base del héroe providencial, del divino vencedor del dragón, sino a base del esfuerzo del pueblo durante toda su historia. Allí está el ejemplo de "El maravilloso viaje de Nils Holgersen a través de Suecia": libro de amor, resumen de su belleza y maravilla, cualquiera que sea la patria. Porque la estamos olvidando

los adultos, y estamos haciendo que no la aprendan los niños. Estamos sustituyendo sus valores permanentes por otros, extraños e importados; más aún: impuestos. Estamos haciendo, en literatura, personajes falsamente cosmopolitas, sin nuestra manera de ser y de actuar; la tradición del retablo de Belén se va perdiendo bajo la influencia del estereotipado y mecánico árbol de material sintético; vamos olvidando las danzas de nuestro pueblo para entregarnos a una extraña mezcla de piroeta acrobática con exhibición de vaudeville. La enseñanza de nuestra historia, tocada por los "técnicos" extranjeros, la va despojando de su heroísmo y su hazaña, restándole o limándole la aspereza titánica de la lucha por la libertad. Y, descuidando la maravillosa leyenda nacional, sin buscar lo auténtico americano, lo nuestro indígena, el milagro de la tradición, se entera a nuestros niños de todas las historias de salteadores y bandoleros, a través de todas las figuras y todos los personajes que ya nos llegan "en conserva", también.

A veces, mirando y sufriendo la crueldad, la agresión, la injusticia, quisiéramos proteger a los niños, encerrarlos en una torre donde no se contaminaran del odio del hombre. Eso, lo sabemos, no es posible. Pero sí podemos echar las bases para que cuando esos niños sean adultos, no haya odio ni violencia ni martirio. No vamos a ofrecerles solamente el país de maravillas al que entró, con vacilante pié, la pequeña Alicia; es otro tipo de maravilla el que podemos entregarle: la certeza en la fraternidad del hombre, en la paz del hombre, en el esfuerzo retribuido por la abundancia. Serán los pueblos los que conquisten y construyan ese mundo. Pero son los escritores, los padres, los maestros, los que deben adecuar el alma del niño a ese mundo. Y adecuarlo a éste, al combate de éste, para lograr ese otro país distinto en el que, en vez de jugar a la vida, vivieran como si jugaran.



DEMETRIO AGUILERA MALTA

# NO BASTAN LOS ATOMOS

Pièza en tres actos divididos en 10 cuadros

**PERSONAJES:**

---

**IFIGENIA** (45 años)  
**FAUSTO** (hijo de IFIGENIA, 25 años)  
**ALBA** (novia de FAUSTO, 22 años)

*La acción transcurre en una noche de la primera mitad del siglo XX, en una isla donde se realizan investigaciones secretas. La isla está situada lejos de la costa continental de un país imaginario.*

*La decoración es la misma para toda la acción y representa la Biblioteca de IFIGENIA, ubicada en la Torre del edificio donde viven IFIGENIA y su marido, ARQUIMEDES.*

*Hay varios estantes llenos de libros y, también, aquí y allá, unos pocos muebles de elegancia severa. En un ángulo, una mesa con un teléfono. A la izquierda, un balcón, por el que se divisan las luces parpadeantes de uno que otro puesto de guardia. A la derecha, una entrada que conduce a las habitaciones de IFIGENIA. Al fondo, un amplio arco, que da acceso al corredor que separa la Biblioteca de IFIGENIA del Laboratorio de ARQUIMEDES. El corredor conduce, por la izquierda, a la escalera de caracol por la cual se desciende hasta el piso donde está el único ascensor del edificio. Por la derecha, el mismo corredor conduce a la entrada del Laboratorio de ARQUIMEDES. La pared de éste, contigua a la Biblioteca, es de cristal.*

*Cuando no hay luz en el Laboratorio, no se distingue nada. Pero cuando se enciende la luz surgen, a contra-luz, las*

siluetas de máquinas, mesas, objetos de cristal y metálicos, característicos de una mezcla de Laboratorio y de Sala de Estudio de un hombre de ciencia. Y — durante los cuadros cuarto del Primer Acto y primero del Segundo Acto, presidiéndolo todo, siempre cuando la luz se enciende — también se divisa otra silueta: la figura esfíngida de ARQUIMEDES, que está sentado frente a su escritorio, echado hacia atrás, de perfil, muy cerca de la pared de cristal, casi inhumano. El perfil de ARQUIMEDES es una reproducción exacta del perfil de FAUSTO.

NOTA. — Para lograr el efecto de contraluz indicado anteriormente, sugerimos que el Director corte en cartulina, y en tamaño mínimo, los perfiles de las siluetas de ARQUIMEDES y de todos los objetos que deben verse proyectados. Pegará esos perfiles verticalmente sobre una mesa, tomando en cuenta que el perfil de ARQUIMEDES debe ser intercambiable. Y, entonces, colocará un foco de luz detrás de dichos perfiles, de tal modo que sus siluetas llenen toda la pared de la Biblioteca contigua al Laboratorio.

## A C T O I

### CUADRO PRIMERO

*(En la extrema izquierda, primer término, una lámpara de mesa ilumina la BIBLIOTECA. Es una lámpara con una amplia pantalla, que localiza la luz totalmente hacia abajo. ALBA, vestida de blanco, acaba de llegar. Se quita la capa que coloca en una silla y se dirige al balcón, mirando el horizonte. Por la derecha, primer término, entra IFIGENIA, vestida de negro, con pasos lentos hasta llegar al centro del escenario, donde se detiene por un momento. Observa a ALBA. Mueve la cabeza, preocupada).*

IFIGENIA

¿Esperándolo?

ALBA

*(Vuelve el rostro)*

Sí.

IFIGENIA

¿Lo quieres mucho?

ALBA

Sí.

IFIGENIA

¿Y estás feliz?

ALBA

Sí.

*(Avanza unos pasos hacia IFIGENIA. La mira intensamente. Como tratando de leer sus pensamientos.)*

¿Y tú? ¿Tú no lo esperas?

IFIGENIA

*(A despecho de sí misma)*

Yo ... yo, también!

ALBA

También lo quieres mucho, ¿Verdad?

IFIGENIA

¿Es mi hijo!

ALBA

Pero...

IFIGENIA

*(Con ansiedad)*

¿Qué?

ALBA

No te alegra su regreso.

IFIGENIA

*(Estallando. Con desesperación)*

¡No! ¡Eso, no!

ALBA

¿Puedes sentir lo que dices?

IFIGENIA

*(Sin poderse contener)*

Ojalá que las autoridades le prohiban venir.

ALBA

*(Extrañada)*

¿Que le prohíban venir?

IFIGENIA

Puede ser. Después de tu llegada, reprendí al Jefe de la Guardia. Le recordé las órdenes terminantes del Dictador.

ALBA

¿Qué órdenes?

IFIGENIA

No quiere que recibamos a nadie. Absolutamente a nadie.

ALBA

No pueden detener a Fausto.

IFIGENIA

No hay excepciones.

ALBA

A él todos lo conocen. Saben que regresa de una guerra lejana.

IFIGENIA

*(Sin prestarle atención. Para sí misma)*

La noche está oscura. Esta isla, muy lejos. Y una flota de barcos armados patrulla constantemente.

ALBA

¿No temes que le ocurra algo?

IFIGENIA

Tal vez no encuentre ni una embarcación que lo conduzca hasta aquí.

ALBA

*(Esbozando una sonrisa, para dulcificar la situación)*

Tú lo conoces. En tal caso, vendría a nado.

IFIGENIA

*(Continúa sin prestarle atención. Con exaltación creciente)*

O puede que la embarcación sufra una avería.

ALBA

¿Qué dices?

IFIGENIA

O que fuertes vientos embravezcan el mar.

ALBA

*(Repitiendo. Sin comprender)*

¿Embravezcan? ... ¿El mar? ...

IFIGENIA

O que no llegue a atravesar el cinturón de arrecifes que hay en la bahía.

ALBA

*(Sorprendida. Tratando de leer en el rostro de IFIGENIA)*

Ifigenia: tus palabras son un rosario de enigmas. No las entiendo bien, pero me están haciendo sufrir. Si vas a continuar hablando así, mejor no hables.

IFIGENIA

*(Mirándola, con súbita sorpresa. Como si recién advirtiera su presencia)*

Es verdad, Alba. Las palabras son inútiles.

ALBA

No es precisamente eso. Yo ...

IFIGENIA

Con palabras no puedo levantar una muralla que le intercepte el paso a mi hijo en esta noche ...

ALBA

*(Después de breve pausa. Con amargura. A pesar suyo)*

¡Y dices que lo quieres!

IFIGENIA

Porque lo quiero, anhelo que no venga.

ALBA

Hermosa manera de querer.

IFIGENIA

*(Mirándola angustiada. En desesperada ironía. Con ademanes y gestos que la contradicen)*

Tienes razón en dudarlo. ¡No quiero a Fausto! ¿Sabes?

Lo odio. Como todas las madres odian a sus hijos.

ALBA

*(Se acerca y trata de tocarla. IFIGENIA lo impide. La aparta, bruscamente)*

Tú no estás bien Ifigenia.

IFIGENIA

Estoy perfectamente.

ALBA

Siempre fuiste una mujer extraña. Pero hoy te estás sobrepasando.

*(Mira a su derredor, medrosa)*

¿Puedo hacer algo, para calmarte? ¿Quieres que llame a un médico?

IFIGENIA

¿Un médico? ¿Para qué?

ALBA

¿Prefieres que avise al Profesor Arquímedes?

IFIGENIA

*(El nombre de ARQUIMEDES parece tener la virtud de exasperarla. Da un salto y se avalanza hacia*

*ALBA)*

¡Cállate!

*(Como enloquecida)*

¡Cállate! Y mírame bien, para que sepas lo que es un monstruo.

ALBA

¡Y dices que estás perfectamente!

IFIGENIA

Si me vieras el corazón, te daría miedo.

ALBA

¡Cálmate!

IFIGENIA

Mi corazón es un nido de escorpiones. ¡Mírame! ¡Mira este dragón disfrazado de madre!

ALBA

*(Esforzándose en aparecer serena. Se acerca. Le acaricia la frente, con ternura. IFIGENIA, esta vez, no protesta)*

¡Deliras! ¿Será que tienes fiebre? De verdad, ¿no quieres que llame un médico?

*(IFIGENIA, ya más calmada, niega con la cabeza)*

Entonces, tranquilízate. Y no digas lo que no sientes. Yo sé que eres una madre. Ni más ni menos que... ¡una madre!

*(Pausa. Tratando de explicárselo a sí misma)*

Claro que yo comprendo "por qué" hablas así.

IFIGENIA

*(Nuevamente nerviosa)*

¿Tú... comprendes?

ALBA

Sí. Conozco las causas por las cuales tus nervios están destrozados.

IFIGENIA

*(Más y más intranquila y desconfiada)*

¿Estás... segura?

ALBA

*(Asintiendo, con la cabeza)*

Esta isla, donde se realizan investigaciones secretas no debe ser un paraíso para nadie.

IFIGENIA

*(Dudosa)*

No lo sabes bien.

ALBA

Y menos aún para una mujer.

IFIGENIA

*(Tranquilizándose. Piensa que es una buena justificación ante ALBA)*

Tienes razón, Alba. ¡Imagínate!

ALBA

Me lo imagino.

IFIGENIA

La sombra del Dictador proyectándose en todo.

ALBA

Tiene que ser así, ¿no?

IFIGENIA

Hombres ensimismados, que parecen evadidos de otro planeta. Gigantescas máquinas que intimidan. Temblores intermitentes, cada vez que se realiza una experiencia. Ruidos aterradores. Relámpagos artificiales que cruzan el espacio, como gigantescas sierpes de luz...

ALBA

Debe ser horrible.

IFIGENIA

¡Es horrible! Transitar cotidianamente por un mundo fantasmagórico. Sentir que, poco a poco, nos vamos volviendo minerales, sin carne y sin alma.

ALBA

Me doy perfecta cuenta.

IFIGENIA

No puedes darte cuenta.

ALBA

*(Pensativa)*

Yo no podría permanecer aquí un día entero. Y si no fuera por Fausto... ¡no habría venido nunca!

IFIGENIA

¡Te doy toda la razón!

ALBA

*(Arrepentida. La mira con cariño)*

¡Perdóname! Olvidé que Arquímedes es uno de los mayores científicos de nuestra época. Y que, aunque no quisieras, tienes que estar a su lado.

*(Pausa)*

Lo que no entiendo es...

*(Suena el timbre del teléfono, interrumpiendo a ALBA. Tanto ésta como IFIGENIA corren a responder. ALBA empuña la bocina. Va a hablar. Se arrepiente. Pasa, entonces, la bocina a IFIGENIA. Esta, a su vez, va a hablar. También se arrepiente. Toma una decisión. Tapa el auricular con la mano)*

IFIGENIA

Si es Fausto, díle que no estamos.

ALBA

Pero yo...

IFIGENIA

*(Con autoridad)*

¡Apresúrate!

*(Le pasa la bocina a ALBA)*

ALBA

*(Se acerca la bocina. Tiene el rostro sonriente. La voz le tiembla de emoción)*

¡Aló! ¡Aló!

*(Pausa. Transición. Triste)*

¿Quién? Sí. Sí. ¡Está! ¡Un momento!

*(A IFIGENIA, pasándole la bocina)*

¡Es el ayudante del Profesor Arquímedes!

## IFIGENIA

*(Toma la bocina)*

¡Aló! Sí. ¡Soy yo! Sí doctor David. ¡Puede hablar! ¡Diga!

*(Pausa. El rostro se le endurece)*

Sí. ¡Sí! Todo arreglado. ¡Todo! Sí, doctor. ¡Conforme  
convinimos!

*(La voz se le vuelve cortante. Afilada. Como una  
daga)*

¿Qué dice?

*(Impaciente)*

Pase lo que pase... Más tarde le daré detalles... ¡Sí!...  
El Dictador me avisará su salida... ¡Sí!... ¡Sí, doc-  
tor!... ¡Ah, espere un momento, por favor!... Usted  
sabe que Fausto llega esta noche, ¿verdad?... Pues,  
bien... ¡Hay que impedirle que se acerque a la isla, a  
cualquier precio!... ¡Usted sabe por qué se lo digo!...  
¿Qué?... ¿Que si se resiste?... ¡Hay que impedir su  
venida... de todos modos... ¿Lo oye usted doctor?...  
¡De todos modos!...

**FIN DEL CUADRO**



**CUADRO SEGUNDO**

*(IFIGENIA está asomada en el balcón, mirando la  
noche. ALBA la observa en silencio, durante breves  
segundos. Al fin, no se contiene y avanza hacia ella)*

ALBA

¡Ifigenia! ¡Ifigenia!

(*IFIGENIA no le presta la menor atención. Entonces, la toma por el brazo y la sacude*)

¡Ifigenia!

IFIGENIA

(*Sin volverse. Abstraída*)

¡Dí!

ALBA

¿Qué te ha hecho Fausto?

IFIGENIA

(*Volviéndose. Tornando a la realidad*)

¿Fausto?

ALBA

Sí. ¿Qué tienes que reprocharle?

IFIGENIA

¿Yo? Nada.

ALBA

¿No es bueno?

IFIGENIA

(*Transición. Con dulzura*)

Demasiado bueno.

ALBA

¡Y tan inteligente!

IFIGENIA

¡Tanto!

ALBA

¿Y entonces?

IFIGENIA

(*Como iluminada*)

¡Quiero salvarlo!

ALBA

¡No temas! ¡El tiene su vida hecha!

*(Orgullosa)*

Es hijo de Arquímedes. Y su probable sucesor en todo.

IFIGENIA

*(Estallando, otra vez)*

¡No! ¡Eso, nunca!

ALBA

*(Asombrada. Sin comprender)*

¿Nunca?

IFIGENIA

*(Definitiva)*

¡Nunca!

ALBA

*(Desconcertada)*

Ahora, entiendo menos aún.

IFIGENIA

No es necesario que entiendas.

ALBA

Quiero entender.

IFIGENIA

Cuanto hago es lo mejor para todos.

ALBA

*(Después de breve pausa, la mira, otra vez, con temor. Le escruta los ojos. Como si tratara de adivinar lo que IFIGENIA está pensando)*

¡Ifigenia!

IFIGENIA

¿Qué?

ALBA

¿Qué secreto me estás ocultando?

IFIGENIA

*(Estremeciéndose)*

¿Secreto?

ALBA

Sí. ¿Qué secreto?

IFIGENIA

*(Recuperándose)*

Aquí sólo hay secretos científicos. ¡Y esos no me pertenecen!

ALBA

*(Sin despegarle los ojos)*

Me estás ocultando algo.

IFIGENIA

¿Por qué habría de hacerlo?

ALBA

Lo siento en tus palabras y en tus actos.

IFIGENIA

Te engañas.

ALBA

¿Por qué no has querido verme estos últimos días?

IFIGENIA

Tú sabes... Los experimentos...

ALBA

¿Por qué, aún esta noche, trataste de impedir que yo viniese?

IFIGENIA

Es pura imaginación tuya.

ALBA

*(Resentida. Como para sí misma)*

Sin la ayuda de ustedes, todo me fue más difícil. Desde conseguir un salvoconducto del Dictador, hasta encontrar una embarcación que me trajera. Y, cuando estábamos llegando, al atravesar los arrecifes, ¿no escuchaste los disparos? Fue una patrulla intimándonos a detenernos.

IFIGENIA

Es igual para todo el mundo. Tú lo sabes.

ALBA

*(Continúa. Obsesionada por la evocación)*

Me moría de miedo. Atravesé, temblando, las puertas de las alambradas. Los letreros indicando peligro y los guardias parecían crecer y multiplicarse. Esta torre surgió, entre las sombras, más misteriosa que nunca. No me atrevía a llamar. ¿Habría alguien? Recordé lo que me aseguraron los Guardias. Aquí estabas tú y, también, Arquímedes. Me decidí. Toqué. Insistí. Me abriste la puerta automática. Temí que el ascensor cayese. Después, me pareció interminable tu escalera de caracol. Ya aquí, sólo la espera de Fausto me hizo olvidar todo.

IFIGENIA

*(Otra vez, fuera de sí. Como si hubiera encontrado una solución a sus conflictos interiores)*

¡Olvidar todo! ¡Eso es! ¡Olvidar todo! ¡Es lo mejor que se puede hacer! ¡Olvidar todo!

ALBA

*(Absorta en sus preocupaciones)*

Sólo ahora es que vuelvo a inquietarme, pensando en las cosas que dices y que haces. ¿Por qué estás tan sola en esta noche?

IFIGENIA

Siempre estoy sola.

ALBA

¿Y los criados? ¿Por qué has enviado fuera hasta el último de tus criados?

IFIGENIA

Es su día libre.

ALBA

¿Dónde se encuentra el Profesor Arquímedes? ¿Por qué no está aquí, preparándose para recibir a su hijo?

IFIGENIA

El es un esclavo de su tiempo.

ALBA

¿Por qué tú misma no quieres recibir a Fausto?

IFIGENIA

*(Ha seguido con angustia el interrogatorio de ALBA. Después de breve pausa. Medio vencida)*

No puedo responderte.

ALBA

*(Mirándola fijamente)*

Entonces, ¿confiesas que me estás ocultando algo?

IFIGENIA

Hay cosas que no dependen de nuestro deseo ni de nuestra voluntad.

ALBA

*(Con ansiedad)*

Pero se trata de Fausto, ¿verdad?

IFIGENIA

No insistas, querida.

ALBA

Por favor, Ifigenia, no me tengas en esta incertidumbre.

¿Qué sucede? ¡Dímelo!

IFIGENIA

¿No ves que no puedo?

ALBA

*(Dolida. En reproche)*

Debes tener motivos muy graves para justificar lo que haces.

IFIGENIA

Se trata del bien de todos.

ALBA

Puedes confiar en mí. ¿Por qué no me lo cuentas? Tal vez podría ayudarte.

IFIGENIA

*(Pensativa. Como un eco de las palabras de ALBA)*

Sí. Puedo confiar en tí. Tal vez, podrías ayudarme.

*(Transición brusca. Reaccionando)*

¡No! ¡Nadie puede ayudarme!

*(Pausa. Transición. Se dulcifica)*

Si te lo contara, tal vez me odiarías. Y lo que es peor...

*(Tapándose la boca. Como deteniendo sus palabras)*

¡Y eso, no! ¡Eso, no!

*(Nueva pausa. Mira a ALBA llena de angustia. Parece tomar una decisión. Se le acerca. La toma por los brazos. Tiene un desbordamiento definitivo de su alma)*

Alba: ¿De verdad tú quieres a Fausto?

ALBA

Más que a mi vida.

IFIGENIA

Entonces... ¡Ayúdame a salvarlo!

ALBA

*(Angustiada)*

¿Qué? ¿Está en peligro?

IFIGENIA

¡El peor de los peligros si se queda en la isla!

ALBA

¡Explicame!...

IFIGENIA

Es cuanto puedo decirte. ¿Quieres ayudarme?

ALBA

*(Indica con gestos que, si no hay otra alternativa, se resigna)*

Dime qué debo hacer.

*(Suena la campanilla del teléfono. ALBA e IFIGENIA se dirigen hacia él)*

IFIGENIA

*(Esperanzada. A despecho de sí misma)*

¡Debe ser él!

*(ALBA asiente)*

Díle que no estamos. Que fuimos a un experimento... lejos...

ALBA

¿Cómo?

IFIGENIA

*(Pasándole la bocina. Autoritaria)*

Muy lejos de aquí.

ALBA

*(Toma la bocina. Está nerviosa. Anhelante. Con el rostro lleno de esperanza)*

¡Aló! ¡Aló!... ¡Fausto! ¡Amor!...

*(Transición. Desolada)*

¡Ah, no?... ¡Disculpe!... Sí. ¡Sí está!... ¡Un momento!

*(A IFIGENIA, pasándole la bocina)*

Va a hablar el Dictador.

IFIGENIA

*(Toma la bocina. Su rostro se endurece)*

¡Aló!... Sí... Diga, Excelencia... ¡No!... Lo siento mucho, pero Arquímedes está trabajando... Sí... En la nueva fórmula secreta... ¡Imposible!... Ahora, no puede atender al teléfono... No... Como en otras ocasiones, no puede abandonar el Laboratorio ni un segundo...

¡Ah! ¡Bien!... Me alegro que comprenda... Sí. ¡Todo está listo!... Sólo esperamos que usted llegue... ¿Ya va a salir?... Perfecto... Lo esperamos hacia la media noche, entonces... ¡magnífico, Excelencia, magnífico!... Así se lo diré a Arquímedes!... Muy bien... Buenas noches, Excelencia...

*(IFIGENIA cuelga el auricular. Casi enseguida sue-  
nan disparos lejanos)*

ALBA

*(Otra vez iluminada por la alegría)*

¡Llegó!

IFIGENIA

*(Alborozada)*

Sí. ¡No puede ser otro que Fausto!

ALBA

¡Vamos a recibirlo!

IFIGENIA

Sí. ¡Vamos!

*(Rápida. Juvenil. Con ademanes ágiles, se encami-  
na hacia el corredor, izquierda. A punto de traspo-  
ner el arco, se detiene. Se vuelve. Transición)*

¡No! ¡Yo, no! ¡Yo no puedo!... Tú, Alba!... ¡Ayúdame!  
*(ALBA parece dudar. Entonces, IFIGENIA empieza  
a empujarla hacia la izquierda)*

ALBA

Pero yo... yo...

IFIGENIA

*(Siempre empujándola)*

¡Llévatelo! Esta noche no debe estar aquí.

FIN DEL CUADRO

△

## CUADRO TERCERO

*(Durante algunos segundos la escena está vacía y oscura. Después, se oye el golpe de una puerta, al abrirse, y el rumor de los pasos y las voces de ALBA y FAUSTO, que se acercan. Al fin, aparecen ambos, entrando a escena por el segundo plano, izquierda. FAUSTO lleva uniforme kaki, de soldado. ALBA va hasta la lámpara y la enciende)*

FAUSTO

*(Toma a ALBA por los brazos. La mira con arro-  
bamiento)*

Déjame observarte bien, en la claridad.

ALBA

*(Grave)*

Cambié mucho.

FAUSTO

*(Sin hacerle caso)*

¡Tú! ¡Tú, aquí!

ALBA

¿No esperabas encontrarme?

FAUSTO

Tan pronto, no.

ALBA

¿Ah, sí?

FAUSTO

Pensé que tendría que esperar hasta mañana.

ALBA

*(Con reproche)*

Hasta mañana...

FAUSTO

*(Asintiendo, con la cabeza)*

E ir a tu Escuela Rural. Allá. En lo alto de las montañas. Sé que no abandonas nunca a tus alumnos.

ALBA

Es mi mundo. Tú lo sabes.

FAUSTO

¡Claro! Allí tú eres más tú.

ALBA

Entonces, ¿no te desagrada que haya venido?

FAUSTO

Por el contrario, me place mucho. Así, al llegar, encuentro, al mismo tiempo, todo lo que quiero: Tú; mi madre y su Biblioteca; mi padre y su Laboratorio...

*(Deteniéndose, preocupado)*

A propósito, ¿qué es de ellos?

ALBA

*(Desconcertada)*

Este...

*(Superándose. Tratando de dominarse. Misteriosa, se lleva el índice de la derecha a los labios)*

¡Shiss! ¡Secreto!

FAUSTO

*(Sorprendido)*

¿Qué? ¿No están?

*(ALBA niega con la cabeza)*

¿Alguna experiencia?

*(ALBA afirma con la cabeza)*

¡Qué raro que los Guardias no me dijeran nada!

ALBA

*(Mirando para todos lados. En su mismo tono anterior)*

Ellos ignoran muchas cosas.

FAUSTO

¿Están fuera de aquí?

(ALBA, con gestos y ademanes, indica ignorancia)

¿Muy lejos?

(ALBA repite sus gestos anteriores)

Es una pena. Deseaba tanto verlos.

ALBA

Lo comprendo.

FAUSTO

Sobre todo, a mi padre. Sólo tenía noticias de él por las cartas de mi madre. Había dejado, inexplicablemente, de escribirme.

ALBA

El no tiene tiempo para nada.

FAUSTO

(Reaccionando)

¡Bien! ¡Qué le vamos a hacer! ¡Los veré más tarde!

ALBA

¡Claro!

FAUSTO

Felizmente, estás tú aquí.

ALBA

Me moría por verte.

FAUSTO

Dejaste las sonrisas de tus chiquillos para ver el rostro cansado de un soldado que regresa.

ALBA

Eres más que un soldado.

FAUSTO

(Con cariñosa burla)

Sí. Soy un injerto de tubo de ensayo en el Edipo Rey de Sófocles.

ALBA

*(Apasionada)*

Eres más que todo eso.

FAUSTO

*(Siempre en burla cariñosa)*

¿Puede haber algo más?

ALBA

Sin duda. ¡Eres un hombre!

FAUSTO

Ahora tienes razón, ¡un hombre!

*(Serio. Emocionándose)*

Feliz de serlo, para amarte.

ALBA

¡Dílo! ¡Dílo muchas veces! ¡Hasta que te cañes!

FAUSTO

¡No me cansaré nunca de decírtelo!

ALBA

¡Si supieras cuánto necesito escuchar esas palabras!

FAUSTO

*(Cada vez más emocionado)*

Un hombre que, en la ausencia, sólo se nutrió del deseo de volver a verte.

ALBA

*(Dichosa)*

¿Sabes que estás hablando por mí?

FAUSTO

*(Evocador)*

Allá, en los campos de batalla, aun cuando la lucha era más intensa, me perseguían tus ojos. A todas horas. En todas partes. Tus ojos. Siempre tus ojos.

ALBA

¿Sólo mis ojos?

FAUSTO

*(Asintiendo con la cabeza)*

Como si tus ojos fueran mi única ventana para ver el mundo.

ALBA

¡Qué raro y hermoso! ¿No?

FAUSTO

*(Pensativo)*

Esto comenzó desde la noche en que nos despedimos. ¿La recuerdas?

ALBA

¡Cómo olvidarla! Ibas a una guerra ajena. Distante.

FAUSTO

Sólo por pagar una cuota de sangre.

ALBA

Yo era una más, entre tantas, hormigueando en el muelle. Y sin embargo...

*(Se detiene, emocionada)*

FAUSTO

¿Qué?

ALBA

... ¡Me parecía llenar el horizonte con mi angustia!

FAUSTO

Yo sentía lo mismo.

ALBA

Lo sabía.

FAUSTO

Y cuando el mar creció, con la distancia, hubiera querido tender un puente elástico entre nosotros. Un puente que se fuera extendiendo, extendiendo al infinito, sin romperse nunca.

ALBA

¿Crees que ese puente no existe?

FAUSTO

*(Apasionado, sin oírla)*

Porque tú eres la verdad y la vida.

ALBA

¡Tú eres la verdad y la vida!

FAUSTO

La fuerza germinal que en mí palpita requiere de todos tus surcos. Porque —sobre la tierra tú, yo bajo el cielo— deseo desorbitar tus ojos, junto a los míos, en el éxtasis.

ALBA

¡Amor mío!

FAUSTO

Anhelo tener hijos tuyos, para que en tu cuerpo y tu alma se propaguen y prolonguen, también, mi cuerpo y mi alma.

ALBA

*(Con arrobamiento)*

Tienes el dón de las hermosas palabras profundas.

FAUSTO

*(Como soñando)*

Eres tú que impulsas. Eres tú —atracción de lejanía y de esperanza— que me hiciste flotar en el piélago oscuro de donde vengo. Tú, que salvas...

*(Pausa. Súbitamente preocupado)*

Si te contara...

ALBA

¡Cuéntame!

FAUSTO

*(Sombrio)*

Si pudiera decirte lo que he aprendido en esas tierras desventuradas donde la muerte —¡oh tremenda paradoja!— es la única preocupación de la vida...

*(Se interrumpe, preocupado)*

ALBA

¡Continúa!

FAUSTO

¿Para qué? Pensarías que exagero.

*(Transición. Con el ceño fruncido. Atemorizador)*

¡O, tal vez, me tendrías miedo, sabiendo lo que he hecho!

ALBA

*(Serena. Dueña de sí misma)*

No te creo capaz de nada reprochable.

FAUSTO

*(Transición. Otra vez, sombrío)*

¡No debes estar tan segura!

ALBA

¡Estoy segura!

FAUSTO

Ultimamente no he sido otra cosa que una máquina: una segadora de existencias, automática.

ALBA

Te engañas.

FAUSTO

Tuve las entrañas metálicas.

ALBA

Repito que te engañas.

FAUSTO

Me alimenté de proyectiles.

ALBA

Y, aunque así fuera, no es tu culpa. ¡Es la guerra! Esta guerra que no nos pertenece. ¡Que no hicimos ni queremos!

FAUSTO

*(Sin oírlo, fuera de sí)*

¿Sabes que los obuses mitigan el hambre y la sed?

ALBA

No digas absurdos, Fausto.

FAUSTO

¿Pensaste alguna vez que los tanques dan la impresión de paquidermos enloquecidos caminando de rodillas?

ALBA

No te atormentes, querido.

FAUSTO

¿Te diste cuenta algún día de que la explosión de las bombas sugiere la imagen de un sueño colgado de un trapecio?

ALBA

¡Cuánto has sufrido!

FAUSTO

¿Quién de los que fueron a la masacre no ha sufrido?

ALBA

¿Y los que se quedaron? ¿Crees que no sufrieron?

FAUSTO

*(Reaccionando, con entusiasmo)*

Por eso, vengo hambriento de refugio. Quiero, otra vez, volverme de carne y telúrico. ¡Volver a vivir! ¡La vida es para vivirla y no para morirla!

ALBA

*(Lo toma del brazo y lo lleva hacia el fondo, izquierda)*

¡No perdamos tiempo, entonces! ¡Vamos! Vamos!

FAUSTO

¡Vamos!

*ALBA recoge sus cosas, apaga la lámpara y, después, ella y FAUSTO se dirigen hacia el fondo, izquierda, saliendo de escena)*

FIN DEL CUADRO

## CUADRO CUARTO

*(Durante breves instantes la escena está sola y obscura. Por la derecha, primer término, saliendo de sus habitaciones, aparece IFIGENIA, que se dirige hacia la izquierda, primer término, hasta llegar al balcón. Se asoma. Mira la lejanía. Después, regresa sobre sus pasos. Va hacia el teléfono. Disca. Toma la bocina. Habla.)*

### IFIGENIA

¡Aló! ¡Aló! ... Sí, doctor. Soy yo ... El Dictador me acaba de comunicar su salida ... Sí. Estará aquí hacia la media noche ... Sí ... Ustedes podrán actuar después de diez minutos de sonar los disparos que anuncian su llegada. ¡No! ... Diez minutos después ... Eso es todo ... ¡Todo! ... Buena suerte, doctor.

*(IFIGENIA cuelga el receptor y camina hacia el fondo, saliendo por derecha, segundo término. Se dirige al LABORATORIO de ARQUIMEDES, cuya luz enciende. Surgen, a contraluz, las siluetas de todos los objetos, máquinas, etc., y, también, la silueta de ARQUIMEDES sentado, de perfil, hierático, esfíngido. Todo está tranquilo, silencioso. Por la derecha, avanza la silueta de IFIGENIA. Avanza lentamente, hasta quedar, de perfil, frente a frente a la silueta de ARQUIMEDES. La voz de ella se hace templada y agresiva)*

¡Arquímedes! ¡Oíste a nuestro hijo? ¡Ha vuelto con el corazón iluminado! ¡Y tú creíste que vencerías, que todo sería como lo habías planeado! ... ¡Te equivocaste! ... ¡Los Jinetes del Apocalipsis no pudieron arrastrarlo en

su Séquito! ¡Es cada vez más él, más mío y menos tuyo!  
¡Ahora me dan risa tus predicciones tétricas!

*(Súbitamente, estalla en una carcajada histérica)*

¡Jajajá! ¡Jajajá! ¡Jajajá!... ¡Me burlo de tu ciencia, que ahora es pura autofagia! ¿Recuerdas cuando me hablabas, como un nuevo Mesías, de los aviones macrocefálicos; de los superacorazados, vivas islas de acero; de los cañones monstruosos, reminiscencias de los saurios antediluvianos; de las nuevas armas secretas que revivirían los cataclismos iniciales de la Tierra? ... Jajajá! ¡Jajajá! ¡Jajajá!... ¿Comprendes lo que ha ocurrido? ¿Te das cuenta de que vencí, contra todas tus predicciones y tus amenazas? ... ¿Escuchaste a nuestro hijo, verdad? La carnicería como espectáculo ecuménico no le ha arrancado los ojos. ¿Lo comprendes? Todavía tiene fe en la vida y en la creación. ¡No lo asfixiará el hálito emponzoñado de tu Laboratorio! ¡Esta compleja maquinaria de metal y de vidrio jamás lo destruirá entre sus engranajes y sus hilos! ¡Alba lo lleva hacia el amor, hacia la verdad, hacia la vida! ¡Allá no podrán aprisionarlo tus verdes tentáculos eléctricos! ¡Después, aunque él mismo lo intentase, sería tarde! ¡Lo he salvado, por fin!

*(Estalla, otra vez, en una carcajada histérica)*

¡Jajaja! ¡Jajaja! ¡Jajaja!

FIN DEL PRIMER ACTO

## ACTO II

### CUADRO PRIMERO

*(La BIBLIOTECA está vacía y a oscuras. En cambio, la luz del LABORATORIO está encendida y se ven, a contraluz, los perfiles de las siluetas de ARQUIMEDES y de los diversos objetos de su trabajo. El silencio es roto por el sonido del timbre de la puerta. Suena varias veces, larga, insistentemente. IFIGENIA entra por derecha, primer término. Se encamina hacia el LABORATORIO. Apaga la luz. Regresa por la derecha, segundo término, y va hacia izquierda, segundo término, a abrir la puerta. Vuelve a la BIBLIOTECA. Enciende la lámpara y se encamina hacia el balcón. Mira hacia afuera. Hacia la noche. Hay un breve silencio. Poco a poco, empiezan a escucharse pasos de alguien que sube la escalera. Más tarde, el abrirse de una puerta. Y, finalmente, pasos que se van acercando, acercando, hasta que aparece FAUSTO por la izquierda, segundo plano, avanzando hasta el centro del escenario. Allí se detiene, contemplando a IFIGENIA, lleno de*

*ansiedad. Es solo unos segundos. Después, parece como querer avalanzarse hacia ella)*

FAUSTO

¡Madre!

IFIGENIA

*(Con una voz extraña, que tiene la virtud de contener, momentáneamente la expansión de su hijo. Despechada)*

¡Viniste!

FAUSTO

¿No lo querías?

IFIGENIA

*(Volviéndose. Mirándolo fijamente. Controlando sus deseos de estrecharlo entre sus brazos)*

¡No!

FAUSTO

*(Asombrado. Sin comprender)*

¿No querías verme?

IFIGENIA

Verte... ¡Sí!

FAUSTO

¡No entiendo!

IFIGENIA

No hace falta... ¡Ya estás aquí!

FAUSTO

*(Después de breve pausa. Dominado por su afecto filial)*

Bueno, madre...

IFIGENIA

*(Anhelante)*

¿Qué?

FAUSTO

¿Esa es la manera de recibirme, después de estos años de ausencia?

IFIGENIA

*(Vencida por el amor maternal. Le extiende los brazos a FAUSTO)*

¡Ay, hijo! ¡Hijo mío!

FAUSTO

*(Estrechándola entre sus brazos)*

¡Madrecita querida! ¡Madrecita querida!

IFIGENIA

*(Sobreponiéndose)*

¡Perdóname, hijo!

FAUSTO

Perdonarte, ¿qué?

IFIGENIA

*(En mezcla absurda de sentimientos contradictorios)*

La angustia de verte en peligro . . . me hace olvidar ¡hasta de que soy tu madre!

FAUSTO

¿Por qué hablas tanto de peligro?

IFIGENIA

En estos tiempos, ¿se puede hablar de otra cosa?

FAUSTO

El peligro pasó. Me respetaron el fuego y la metralla. He vuelto sano y salvo.

IFIGENIA

Es verdad. ¡No le hagas caso a esta vieja loca!

FAUSTO

Para mí, siempre serás joven, linda, inteligente y buena.

IFIGENIA

*(Fuera de sí. En desbordamiento de sus emociones)*

¡Y estás aquí!

FAUSTO

Sí, madre. ¡Aquí, por fin!

IFIGENIA

¿Qué horrible es eso de tratar de alejar al sér que uno más quiere!

FAUSTO

¿Qué dices?

IFIGENIA

*(Sin oírlo)*

Tener miedo de que cada vez que más se acerque, ¡más se aleje!

FAUSTO

¿De qué estás hablando?

IFIGENIA

*(Siempre sin escucharlo. Con exaltación creciente)*

Desear —en completa traición a los propios sentimientos— que el barco que lo trae sea el barco que lo lleve.

FAUSTO

*(Tratando de examinarla. Con atención dolorosa)*

¿Te sientes mal?

IFIGENIA

¡Forzar a que lo repelan los brazos que quisieran no soltarlo nunca!

FAUSTO

Madre: Siempre fuiste una mujer extraña. Pero hoy estás más extraña que nunca.

*(Suena el timbre de la puerta. IFIGENIA y FAUSTO se miran)*

Debe ser Alba.

IFIGENIA

Ve a abrirle, entonces.



FAUSTO

*(Súbitamente sombrío)*

Yo ... ¡prefiero no verla!

IFIGENIA

¿No verla? ¿Por qué?

FAUSTO

Me mintió.

IFIGENIA

¿No puede ser!

FAUSTO

Quiso alejarme, sin que yo los viera.

IFIGENIA

Tal vez hubo un mal entendido.

FAUSTO

Fue un oficial de la Guardia quien me aseguró que ustedes no habían salido a ningún lado.

*(Transición. Con mezcla de alegría y ansiedad)*

A propósito. ¡Voy a saludar a mi padre!

*(Empieza a encaminarse hacia derecha, segundo término)*

IFIGENIA

*(Interceptándole el paso)*

¡Espera!

FAUSTO

¿Qué?

IFIGENIA

*(Esforzándose en serenarse)*

Alba no te mintió respecto de Arquímedes.

FAUSTO

¿Ah, sí?

IFIGENIA

Tal vez ese fué el equívoco.

FAUSTO

Alba me aseguró que los dos...

IFIGENIA

Arquímedes sí salió a unas experiencias... secretas...

FAUSTO

¿Y cuándo regresa?

IFIGENIA

Quizás, mañana. A lo sumo, después de dos o tres días.

FAUSTO

¡Qué pena! ¡Deseaba tanto verlo!

*(Vuelve a sonar el timbre de la puerta. Suena insistentemente. Largamente. IFIGENIA está anhelante)*

IFIGENIA

¡Abrele a Alba!

FAUSTO

¡Pero, mamá!

IFIGENIA

¿Por qué no vas con ella a la ciudad?

*(FAUSTO muestra indecisión)*

Allí podrían olvidarlo todo —siquiera momentáneamente— celebrando tu regreso.

FAUSTO

¡Me mintió!

IFIGENIA

*(Después de breve pausa. Decidida a jugarse el todo por el todo)*

¿Y si te dijera...

FAUSTO

¿Qué?

IFIGENIA

... que fui yo quien le pidió que te avisara que no estábamos?

FAUSTO

No te creería.

IFIGENIA

Sin embargo, es la verdad.

FAUSTO

No comprendo.

IFIGENIA

Lo hice por tu bien y por el bien de Alba.

FAUSTO

Por favor, explícamelo.

IFIGENIA

Tú llegabas hoy de los campos de batalla. Anhelarías ver a la mujer que amas. Estar con ella, libremente, sin trabas ni ojos extraños. ¡Y, permaneciendo aquí, eso iba a ser imposible!

FAUSTO

¿Imposible? ¿Por qué?

IFIGENIA

El Dictador viene esta noche.

FAUSTO

*(Más tranquilo)*

Y eso, ¿qué podría importarme?

IFIGENIA

Se ve que no conoces bien al Dictador. Seguramente, te retendría. Querría detalles de la campaña. Informes completos de tu participación en la guerra. Quizás hasta exigiría que le contaras anécdotas tuyas...

FAUSTO

Tal vez, tienes razón, madre. No había pensado en eso.

IFIGENIA

Y, claro, todo ello hubiera sido injusto.

FAUSTO

Por lo menos, inoportuno.

IFIGENIA.

Por eso, traté de evitarlo. Sacrifiqué mi deseo de volver a verte. Y le pedí a Alba que te llevara lejos de aquí. Lo más rápidamente posible.

FAUSTO

*(Esperanzado)*

Entonces, Alba...

IFIGENIA

Lo único que hizo fue cumplir mis deseos. Ella no sabe mentir.

*(Vuelve a sonar el timbre de la puerta)*

FAUSTO

Si es así... ¡vuelo donde ella!... ¡Hasta luego, madre!

IFIGENIA

*(Como aliviada de un peso enorme. Feliz)*

¡Hasta pronto, hijo mío!

*(IFIGENIA y FAUSTO se abrazan. Después, FAUSTO se dirige hacia izquierda, segundo término, saliendo de escena. Casi enseguida, regresa, encaminándose hacia el centro del escenario. IFIGENIA lo mira, angustiada)*

FAUSTO

Ya le abrí, madre. Pero no podría irme sin respirar un poco la atmósfera de trabajo de mi padre. Sin estar siquiera un momento en su Laboratorio.

IFIGENIA

*(Queriendo ganar tiempo)*

¿Por qué no lo dejas para más tarde? ¡Hay tiempo!

FAUSTO

No puedo, madre. No tendría humor para nada. En estos años sólo he sabido de él a través de tus cartas. Tengo hambre de noticias tuyas... ¿En qué está trabajando ahora?

**IFIGENIA**

*(Desconcertada. Sin saber qué hacer)*

Es que... Arquímedes... dejó cerrado el Laboratorio... Esto es... ¡cerrado!... ¡Y se llevó la llave!

**FAUSTO**

*(Haciendo ademán de volver sobre sus pasos)*

¡Qué lástima!...

**IFIGENIA**

*(Con alegría nerviosa)*

No importa, hijito. Después de todo, sólo vas a tener que esperar hasta mañana.

**FAUSTO**

Es verdad. Y mañana estaré aquí, a primera hora.

*(Como recordando algo que había olvidado. Sonríe, juguetón)*

Pero, ¡qué tonto soy! Ahora recuerdo...

*(IFIGENIA lo mira recelosa, anhelante)*

¡Yo tengo un duplicado de esa llave!

**IFIGENIA**

*(Transición. Horrorizada. Balbuceando)*

¿De esa llave?

**FAUSTO**

Sí.

**IFIGENIA**

¡No puede ser!

**FAUSTO**

*(Sonriendo. Se busca en los bolsillos. Saca una llave)*

¡Aquí está! Mi padre me la dió, cuando yo partía. No podré olvidar nunca sus palabras:

*(Imitando la voz de ARQUIMEDES)*

"Hijo mío: Cuando vuelvas, se acabaron mis secretos para tí. Este Laboratorio será tan tuyo como mío. Porque tú serás como yo mismo!"

(*IFIGENIA queda como liquidada. Hace ademanes de desesperación, que ya no puede controlar. En tanto, FAUSTO empieza a encaminarse hacia derecha, segundo término. IFIGENIA, haciendo un esfuerzo, reacciona*)

IFIGENIA

¡Fausto!

FAUSTO

¡Dí!

IFIGENIA

¡Espera!

(*Se le acerca*)

FAUSTO

(*Intranquilo. Un tanto desconcertado*)

¿Qué te ocurre, mamá?

IFIGENIA

¿Y si te suplicara que no entrases al Laboratorio?

FAUSTO

(*Deteniéndose, mirándola fijamente*)

Pero eso es... ¡absurdo!

(*FAUSTO reinicia la marcha hacia la derecha, segundo término. IFIGENIA lo toma por el saco, deteniéndolo. FAUSTO la mira con asombro y cierto temor*)

¿Qué me estás ocultando, madre?

(*En ese instante, entra ALBA por la izquierda, segundo término. IFIGENIA la advierte. ALBA se detiene, observando la escena, con angustia. FAUSTO no se da cuenta de su presencia. Por otra parte, el final de este cuadro debe ser muy rápido*)

IFIGENIA

¡Por favor, Fausto! ¡No entres!

FAUSTO

*(Con terrible sospecha)*

Es que ¿le pasó algo a mi padre?

IFIGENIA

*(Fuera de sí, tratando de detenerlo a toda costa. Le empuña la solapa con ambas manos)*

¡Hazlo por mí!

*(FAUSTO se desprende de las manos de IFIGENIA y sale, seguido por ésta, hacia la derecha, segundo término. Se enciende la luz del LABORATORIO y se ven las siluetas de FAUSTO e IFIGENIA que se detienen en la extrema derecha contemplando la silueta de ARQUIMEDES)*

FAUSTO

¡Padre! ¡Padre mío!

*(Su silueta se avalanza hacia la silueta de ARQUIMEDES)*

¿Qué tienes? ¡Dímelo!

IFIGENIA

¡No puede responderte!

FAUSTO

¿No?

IFIGENIA

¡Está muerto!

FIN DEL CUADRO



## CUADRO SEGUNDO

*(IFIGENIA y ALBA están sentadas, conversando, en primer término. La luz de la lámpara ilumina débilmente la escena. La luz del LABORATORIO está encendida y la silueta de FAUSTO ocupa el lugar que antes ocupaba la silueta de ARQUIMEDES. La posición. La ubicación. La actitud: todo. Todo da la idea de que allí sigue la silueta del cadáver de ARQUIMEDES, en vez de la silueta del propio FAUSTO)*

IFIGENIA

*(Está angustiada. Intranquila. Mirando, a cada rato, hacia el Laboratorio — lo que también hace ALBA — como si ambas temieran algo con relación a FAUSTO)*

Ocurrió lo que yo me temía.

ALBA

Era natural. La muerte de Arquímedes lo afectó profundamente.

IFIGENIA

No lo sabes bien. En estos pocos minutos se ha transformado a tal punto que parece otro hombre.

ALBA

Ojalá le pase pronto.

IFIGENIA

Está irreconocible.

ALBA

El es bueno. Siempre será bueno.

IFIGENIA

Ahora no podría asegurarlo. ¡Tengo miedo! ¡Mucho miedo!

ALBA

¡Tranquilízate!

IFIGENIA

Si pudiera...

ALBA

Todo tiene que pasarle. ¡Es que está sufriendo muchas angustias en una sola noche!

IFIGENIA

*(Cogiéndose las manos nerviosamente)*

Tú no lo has visto ni oído como yo...

ALBA

Así es. El no quiso.

IFIGENIA

Méjor para tí. Fue horrible.

ALBA

Más horrible fue la espera en tus habitaciones.

IFIGENIA

*(Sin oírle)*

Primero se puso como loco. No creía que su padre había muerto.

ALBA

Lo quería tanto.

IFIGENIA

Se acercó al cadáver. Lo tomó por los brazos. Lo sacudió, como para despertarlo.

ALBA

¡Cuánto debe sufrir!

IFIGENIA

Después, principió a hablarle incontinentemente.

ALBA

¿A hablarle?

IFIGENIA

Y, al no obtener respuesta, lo increpó. Le dijo que no debía haberse muerto tan pronto. Que debía haberlo esperado, sabiendo que volvía esta noche de la guerra.

ALBA

¡Y yo sin poder hacer nada!

IFIGENIA

Casi enseguida, como un niño, empezó a llorar. A hacer gestos y ademanes de desesperación.

ALBA

¡Y yo sin poderle quitar un poco de su dolor para hacerlo mío!

IFIGENIA

Por un momento, pensé que se arrojaría por una de las ventanas de la torre. O, por lo menos que se destrozaría el cuerpo contra los objetos y máquinas del Laboratorio.

ALBA

¿Por qué no me llamaste?

IFIGENIA

Al final, pareció calmarse. Le dijo palabras llenas de ternura. Le prometió seguir sus huellas. Continuar sus trabajos y sus investigaciones. Abandonar cualquier otra inclinación que antes tuviera...

ALBA

Hubiera deseado tanto consolarlo.

IFIGENIA

No acepta consuelos de nadie. Ni siquiera los míos. Es más. Parece que le estorba cualquiera otra presencia que no sea la del muerto.

ALBA

Lo sé. Fue únicamente por eso que, cuando entré al Laboratorio y él me pidió que lo dejara solo... ¡me retiré inmediatamente!

IFIGENIA

Hiciste muy bien.

ALBA

Ahora no estoy tan convencida de ello.

IFIGENIA

El ha perdido el control de sus actos. No quiere escuchar razones.

ALBA

Por lo menos, hubiera intentado algo.

IFIGENIA

Ni siquiera parece oír cuando se le habla. Además, dice palabras tan absurdas, tan inesperadas.

ALBA

¿Era por eso que deseabas que él no estuviera aquí esta noche?

IFIGENIA

Por eso y por otras cosas peores.

ALBA

¿Peores?

IFIGENIA

Sí. ¡Tengo miedo, Alba! ¡Tengo mucho miedo!

ALBA

Si tú no te serenás, ¿cómo vamos a ayudarlo?

IFIGENIA

*(Otra vez sin oírlo)*

¡Lo hubieras visto, ahora último!

ALBA

¿Qué ocurrió?

IFIGENIA

Como intentara quedarme, a pesar de sus deseos, me lanzó una mirada terrible. Por un momento pareció que se iba a avalanzar sobre mí.

ALBA

Creo que nunca llegaría a eso.

IFIGENIA

Después, cambió, súbitamente. También me miró con ternura. Me pidió que lo disculpáramos. Me dijo que había instantes en que no se daba cuenta de lo que hacía.

ALBA

Es la guerra. Tú lo sabes...

IFIGENIA

Que era como si alguien, una especie de monstruo, se le metiera en el cuerpo. Que, entonces, su voluntad desaparecía. Que ya no era dueño de sus palabras y de sus actos. Que lo perdonara.

ALBA

¿No te lo digo? El sufrimiento lo transforma.

IFIGENIA

*(Después de brevísimos pausas)*

Yo aproveché esos instantes para intentar decirle la verdad.

ALBA

*(Asombrada. Temerosa)*

¿La verdad? ¿Qué verdad?

IFIGENIA

*(Con voz sorda)*

La verdad acerca de la muerte de Arquímedes.

ALBA

*(Balbuceando, sin comprender)*

¿De la muerte... de Arquímedes?

IFIGENIA

Pero me faltó valor para hacerlo.

ALBA

*(Serenándose, con esfuerzo)*

Además, no era oportuno.

IFIGENIA

Sólo pude confirmarle, lo que ya le había dicho antes...

ALBA

¿Qué?

IFIGENIA

Que Arquímedes murió de muerte natural.

ALBA

¿Es que... no murió de muerte natural?

IFIGENIA

Las apariencias fueron de eso.

ALBA

¿Y entonces? Tú, ¿cómo sabes?

IFIGENIA

*(Sordamente. Después de mirar con zozobra al Laboratorio)*

Yo... ¡yo lo maté!

ALBA

*(Horrorizada)*

¿Tú?

IFIGENIA

*(Asintiendo con la cabeza)*

¡Yo!

ALBA

*(Desconcertada)*

No puedo creerlo.

IFIGENIA

Es verdad que no lo maté con mis propias manos.

ALBA

*(Con un gesto de comprensión infinita)*

También te afectó mucho la muerte del Profesor.

IFIGENIA

Aunque fue casi lo mismo. ¡No tuve valor para salvarlo!

ALBA

¡Serénate!

IFIGENIA

O, mejor dicho... ¡Ayudé a que lo mataran!

ALBA

Ifigenia, ¡por favor!

IFIGENIA

¡Tú hubieras hecho lo mismo!

ALBA

No te das cuenta de lo que estás diciendo.

IFIGENIA

*(Como tratando de explicarse)*

¿Sabías que hubo una época en que Arquímedes soñaba en transformar el mundo?

ALBA

¿Quién podría ignorarlo?

IFIGENIA

*(Iluminada)*

Estaba haciendo descubrimientos maravillosos para mejorar la existencia de los hombres.

ALBA

A todos nos había contagiado su fe y su esperanza.

## IFIGENIA

Pretendía que el confort y la técnica estuvieran al alcance de la humanidad entera. Que la domesticación de los átomos —como él afirmaba, vidente— iniciara una nueva era de progreso, de amor y de felicidad.

*(Pausa. Con ternura)*

Yo lo adoraba.

## ALBA

Todos, además de admirarlo, lo queríamos.

## IFIGENIA

Hubiera dado mil veces mi vida, para que realizara sus sueños. Lo ayudaba en lo que podía. Me ponía orgullosa sentirme parte de esa empresa de redención de los hombres.

## ALBA

Fausto me hablaba de eso siempre. En todas sus cartas.

## IFIGENIA

*(Sordamente)*

Pero un día...

*(ALBA la interrumpe, tocándola y haciéndole señas de que mire hacia el Laboratorio. Así lo hace IFIGENIA. La silueta de FAUSTO, que había estado inmóvil hasta ese momento, se levanta. Se encamina hacia la extrema derecha y FAUSTO entra a escena, por derecha segundo término. Abstraído, sin decir una sola palabra y, ante la expectación de IFIGENIA y ALBA, que lo siguen con la mirada, se dirige hacia uno de los estantes de la Biblioteca. Toma un libro, después de breve búsqueda. Sin mirar a ALBA ni a IFIGENIA, vuelve a dirigirse a derecha segundo término y en el Laboratorio vuelve a verse su silueta que avanza a ocupar el mismo asiento que antes tenía ARQUIMEDES)*

ALBA

Me contabas que un día...

IFIGENIA

Un día vino a verlo el Dictador.

ALBA

Esa sombra lo obscurece todo.

IFIGENIA

Y, desde ese día, las visitas de aquel hombre menudearon.

ALBA

Sin duda, admiraba al Profesor, como todos.

IFIGENIA

Discutían horas y horas, interminablemente.

ALBA

¡Qué extraño!

IFIGENIA

Al principio, Arquímedes se burlaba de él.

ALBA

Era justo.

IFIGENIA

Sabía lo que el Dictador ansiaba: que vendiera su ciencia, no para el disfrute y dicha de la humanidad, sino para su desgracia, en beneficio de unos pocos. ¡No para la creación, sino para la destrucción! ¡No para la virtud, sino para el delito! ¡No para la vida sino para la muerte!

ALBA

¡Canalla! ¡Menos mal que el profesor se burlaba!

IFIGENIA

Se burlaba... ¡al comienzo!

ALBA

¡Sólo... al comienzo?

## IFIGENIA

Sí. Después, Arquímedes empezó a contagiarse de las ideas del ótro. Sus argumentos en contrario fueron cada vez más débiles. Y, de improviso, cambió de parecer. En forma total y definitiva. Discutió, entonces, conmigo. Trató de convencerme, a mí, también. Afirmaba que sólo los fuertes tenían derecho a la supervivencia. Que la ciencia debía ponerse al servicio de los hombres guías, de los grupos guías, de los pueblos guías, que eran, a la postre, los que tenían la responsabilidad de la Historia. Y que eran quienes debían vencer y destruir a los débiles, para mejora y supervivencia de la especie humana.

## ALBA

¡Qué raro que Fausto no me dijera nunca nada de esto!

## IFIGENIA

Fausto no lo sabía. Todo principió después de su partida a la guerra.

*(Suena el teléfono. IFIGENIA se acerca. Toma el auricular)*

¡Aló! ¡David! ¡No debía haber llamado!... ¡No!... ¡Imposible! ¡Aunque sea urgente! ¡Ah!... ¿Es por mi hijo?... Sí. Aquí está... No pudieron detenerlo... Pero eso en nada altera nuestros planes... No... Es mejor que usted no venga... Yo iré... Iré enseguida...

*(Cuelga el auricular. A ALBA)*

Vuelvo. Por favor, ¡no lo dejes solo!

*(Sin esperar contestación, IFIGENIA sale por izquierda segundo término. ALBA la mira partir. Después, se levanta. Se dirige hacia el balcón. Mira hacia la noche. Vuelve el rostro. Contempla el Laboratorio. Mueve la cabeza con angustia y desaliento)*

FIN DEL CUADRO

### CUADRO TERCERO.

(ALBA permanece de pie, mirando angustiosamente hacia el Laboratorio, que está igual que en el CUADRO anterior. De pronto, la silueta de FAUSTO vuelve a levantarse. Avanza hacia extrema derecha y FAUSTO entra a escena por derecha, segundo término. Se dirige, como la vez anterior, hacia uno de los estantes de libros. Toma un libro. No parece advertir la presencia de ALBA. Empieza a regresar sobre sus pasos. ALBA se encamina hacia él)

ALBA

¡Fausto!

(FAUSTO continúa avanzando, sin prestarle atención. ALBA lo toma del brazo. Repite, con angustia)

¡Fausto!

FAUSTO

(Como si recién advirtiera su presencia. Friamente)

¡Ah! ¡Eres tú!

ALBA

¿Qué tienes?

FAUSTO

Nada ...

(Con voz sorda, sarcástico)

Nada ... Apenas un muerto más ... ¡Sólo que ese muerto es mi padre!

ALBA

(Con gran ternura)

¡Pobrecito mío! ¡Cuánto debes sufrir!

FAUSTO

Ya, no.

ALBA

*(Asombrada)*

¿No?

FAUSTO

*(Con creciente exaltación)*

¡No! ¡Ya veo claro!

ALBA

Siempre viste claro.

FAUSTO

Estaba engañado. Creía en muchas cosas.

ALBA

¿Ya no crees?

FAUSTO

¡Figúrate! Llegué a pensar que los hombres éramos algo más que materia.

*(Riendo nerviosamente)*

¡Hasta los supuse inmortales!

ALBA

*(Desconcertada)*

¿No somos inmortales?

FAUSTO

*(Sin escucharla)*

Ya lo ves. Esa síntesis maravillosa que era mi padre, ¿qué se ha hecho?

ALBA

Queda su espíritu. Su obra. Sus ideales.

FAUSTO

¡Bah! Ahora sólo es un proceso de reacciones químicas en marcha.

ALBA

*(Después de breve pausa. Con ternura)*

¿Por qué no descansas, Fausto?

FAUSTO

¿Crees que existe el descanso?

ALBA

Vas a tener tanto que hacer.

FAUSTO

*(Amargamente)*

¡Mucho!

ALBA

Tal vez no nos podremos ver a solas, ¡quién sabe hasta cuándo!

FAUSTO

*(Secamente)*

Es probable.

ALBA

Es seguro. A tu padre le rendirá homenajes el mundo entero. Y tú tienes que asistir a la mayoría de ellos.

FAUSTO

*(Volviéndose a ella, con rabia y desesperación)*

¿Te das cuenta? ¡Ni siquiera es un muerto nuestro!

ALBA

Un gran hombre es un muerto de todos.

FAUSTO

Y mi madre —mi santa madre— quería ocultármelo, para que así yo tuviera siquiera unos minutos de felicidad contigo.

ALBA

También pretendía tener su muerto para ella, sólo para ella, hasta que llegara el Dictador.

FAUSTO

Y ya ves. Apenas, —necio de mí—, avisé a las autoridades de la isla, ¡nos lo quitaron! De nada sirviéron súplicas, razones o amenazas.

ALBA

Tienen que prepararle honras fúnebres dignas de él.

FAUSTO

Sí. Las múltiples ceremonias plenas de pompa. Los uniformes llenos de dorados. Los trajes de etiqueta. Los discursos salpicados de adjetivos. La hipocresía y la ruindad con disfraces de bondad y elevación. Y todo, ¿para qué? La única verdad es que él no existe. Que está liquidado. Desaparecido, definitivamente.

ALBA

*(Persuasiva. Siempre con ternura)*

Debías hacer un esfuerzo por controlarte. Claro que tu dolor es justo. La pérdida que has experimentado, irreparable. Pero, ¿por qué no piensas un poco en lo que te queda?

FAUSTO

Nada llena el vacío de un padre como Arquímedes.

ALBA

Pero tu madre te necesita más que nunca. ¡Ella, ahora, tiene que sentirse tan sola!

*(Apasionada)*

Tú, por lo menos, me tienes a mí.

FAUSTO

*(Mecánicamente)*

Es verdad. Yo, por lo menos, te tengo a tí...

*(Transición. Bruscamente)*

¡No! ¡Todos estamos solos! ¡Siempre solos! Nadie tiene a nadie.

ALBA

Si hay amor, sí.

FAUSTO

*(Sordamente)*

El amor no existe.

ALBA

*(Asombrada. Adolorida. Como si no creyese en lo que ha oído)*

¿El amor... no existe?

FAUSTO

*(Con exaltación)*

¡No! ¡No existe!

ALBA

¿Y nuestro amor?

FAUSTO

Menos, aún. Lo idealizamos demasiado. Era una especie de trampolín, para saltar a la Luna. Un amor sideral, crucificado, de tangencias atrofiadas.

ALBA

*(Tratando de no contrariarlo. A pesar de todo, con cierta amargura)*

Tal vez tienes razón. El amor —sobre todo nuestro amor— no existe.

*(Transición. Con ternura)*

Bien. Otro día discutiremos esto. Por ahora, insisto en que descanses. Siquiera hasta que llegue el Dictador. Ya no debe tardar mucho. Enseguida comenzarán las honras fúnebres. Y tú tienes que estar presente en todo.

FAUSTO

*(Sin prestarle atención. Como obsedido)*

El único amor verdadero. El único que existe, ¡es el otro!

ALBA

*(Otra vez, asombrada. Intranquila, contra su voluntad)*

¿El otro?

FAUSTO

Sí. ¡El ótro! Ese que creíamos que era apenas un tubo de ensayo para la fusión de nuestras esencias.

ALBA

¡No entiendo!

FAUSTO

Ese interesante fenómeno bioquímico de la cópula humana, que se puede reducir a simples fórmulas.

ALBA

*(Mecánicamente. Adolorida)*

¿Fenómeno? ¿Bioquímico?

FAUSTO

*(Asintiendo)*

Y cuya importancia reside en su lucha con la muerte para sobrevivencia de la especie.

*(Pausa. FAUSTO mira fijamente a ALBA. Parece fuera de sí. Empieza a avanzar hacia ella. ALBA retrocede asustada)*

ALBA

*(Mirando a todos lados, como si buscara protección)*

Fausto. ¿Qué te ocurre?

FAUSTO

*(Con una voz extraña. Ronca)*

¡Alba!

ALBA

*(Anhelante)*

¿Qué?

FAUSTO

*(Trémulo de un deseo inesperado)*

¡Sé mía esta noche!

ALBA

*(Continúa retrocediendo. Cada vez más asustada)*

¿Qué dices?

FAUSTO

*(Lentamente. Como pesando sus palabras)*

¡Que seas mía esta noche!

ALBA

No comprendo lo que dices.

*(Transición. Haciendo un esfuerzo para dominarse.  
Con ternura)*

¿Por qué no me escuchas, Fausto? ¡Descansa! ¡Te haría tanto bien!

FAUSTO

*(Completamente poseído por su extraño deseo)*

¡Tienes que ser mía esta noche! Nos devoraremos a caricias. Seremos como dos llamas de un mismo incendio. Haremos vibrar nuestras arterias y nuestras vértebras. Será una fiesta maravillosa de nuestros nervios en éxtasis. El clímax inefable de nuestros sentidos, estallando por el ímpetu de los misteriosos procesos germinales.

ALBA

Estás delirando.

FAUSTO

Perderemos un poco la noción de nosotros mismos. Nos volveremos elementales, como el hidrógeno y el oxígeno en la fusión que los torna agua. Obedeceremos a las supremas leyes de la energética, de la transformación incontenible de la materia.

*(Extendiendo sus brazos para asirla)*

¡Ven! ¡Vamos! ¡Ven!

ALBA

*(Sumamente triste)*

¡Cómo te afectó la muerte de tu padre!

FAUSTO

*(La toma de la mano)*

Pueden llegar de un momento a otro.

*(Trata de atraerla hacia sí. Ella se resiste)*

¡Ven! ¡Ven!

ALBA

*(Todavía sin rendirse ante la evidencia)*

Pero, ¿es que de verdad tú quieres que yo? ... ¿Serías capaz de...?

FAUSTO

*(Atrayéndola hacia sí, a pesar de los esfuerzos de ella)*

¡No perdamos tiempo! ¡Ven!

ALBA

*(Desesperada. Defendiéndose como puede)*

¡Siquiera respeta la muerte de tu padre!

FAUSTO

Este amor y la muerte son etapas de un mismo proceso.

ALBA

*(Defendiéndose como puede)*

¡Cómo te cambió la guerra!

FAUSTO

¡Te necesito! ¿Sabes? Hace tiempo que no he visto una mujer. ¿Lo oyes? Las mil bocas de la sangre me han mordido a mí solo. ¡A mí solo! ¿Comprendes? ¡Ven!

ALBA

*(Reaccionando. Luchando con desesperación para soltarse)*

¡Así no, Fausto! ¡Así, no!

FAUSTO

*(Arrastrando a ALBA, a la fuerza, hacia derecha primer término)*

¡Ven! ¡Ven!

ALBA

*(Forcejeando por soltarse, sin lograrlo)*

¡Por favor, Fausto! ¡Déjame! ¡Por favor! ¡Nunca te pensé capaz de hacer esto!

*(ALBA empieza a llorar, impotente para librarse de FAUSTO que la lleva, casi arrastrando, hacia las habitaciones de IFIGENIA, en derecha primer término. Hasta cuando cae el TELON, se continuarán escuchando, entre sollozos, las palabras de ALBA)*

Por lo que más quieras, Fausto, ¡suéltame! Por amor, por el verdadero amor, todo, Fausto . . . Sin amor . . . ¡preferiría morir! ¡Fausto! ¡Fausto! ¡Suéltame! ¡Fausto! . . .

FIN DEL ACTO

## ACTO III

### CUADRO PRIMERO

*(La Lámpara de la BIBLIOTECA está encendida. FAUSTO se encuentra reclinado en un sofá, en completo abandono. Su apariencia ha cambiado mucho. Su piel tiene reflejos metálicos. Está fumando. Se diría que su única preocupación es hacer volutas con el humo de su cigarrillo. De improviso, empiezan a escucharse pasos apresurados que caminan de un lado a otro. Los pasos provienen de las habitaciones de IFIGENIA. Después de unos instantes, entra ésta por la derecha primer término, encaminándose hacia FAUSTO, que en nada modifica su actitud)*

IFIGENIA

¡Fausto!

*(FAUSTO no responde. Ella repite)*

¿Qué le hiciste?

FAUSTO

*(Hace un ligero movimiento. Sin mirarla)*

¿Qué le hice? ¿A quién?

IFIGENIA

(Lo mira severamente, como si quisiera leer en su semblante)

¡A Alba!

FAUSTO

(Incorporándose un poco. Con ligera impaciencia)

¿Yo? ¡Nada!

IFIGENIA

¿Y entonces?

FAUSTO

Entonces, ¿qué?

IFIGENIA

¿Por qué huía despavorida?

FAUSTO

¿Sí? ¿Cuándo?

IFIGENIA

Hace poco. Yo regresaba de la capilla ardiente que le están erigiendo a tu padre. Venía por el sendero que conduce hasta el mar. De pronto, escuché unos pasos trémulos. Me detuve, intranquila. Busqué a mi derredor. A través de las sombras, distinguí una figura de mujer... Parecía flotar en el aire. Apresuré el paso. Me acerqué. A pesar de su extraña apariencia, la reconocí enseguida.

FAUSTO

(Sin emoción)

¿Era ella?

IFIGENIA

Sí. ¡Era Alba! Parecía una sonámbula. En ese momento, iba a cruzar las alambradas, que ella sabe que están electrizadas. ¡Imagínate si lo hubiera hecho! O sí, para su infortunio, hubiera provocado el sonido de la sirena de alarma. ¡Tal vez las patrullas la hubieran acribillado

con sus proyectiles, antes de que hubiera tiempo de identificarla!

FAUSTO

*(Con impaciencia)*

¡No exageres, madre!

IFIGENIA

La llamé. No me hizo caso. Por el contrario, como pudo, empezó a correr. Grité. Fue en vano. Entonces, sacando fuerzas de mi angustia, yo también empecé a correr. La alcancé. Ella trató de evitarme. Le hablé. No me respondió. Me lanzó una mirada de loca. Evidentemente, estaba fuera de sí. Tenía los cabellos desmelenados. El rostro descompuesto. Las ropas rasgadas y en desorden. Se le advertía a punto de desfallecer. La sostuve en mis brazos para que no cayera. A partir de ese momento no ofreció la menor resistencia. Se dijera que había perdido la voluntad. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, casi arrastrándola, la conduje hasta aquí.

FAUSTO

¿Por qué no pediste ayuda?

IFIGENIA

¿Para qué? Hubiera sido buscarse más complicaciones. Sobre todo en una noche como ésta. Mejor era que ni siquiera los guardias se dieran cuenta. Fué fácil, además. La muerte de Arquímedes y la llegada del Dictador lo han alterado todo.

FAUSTO

En eso, tienes razón.

IFIGENIA

Ya aquí arriba, la acosté en mi cama. Sólo entonces pareció volver en sí. Dió una mirada de asombro a su alrededor, como si no percibiera bien dónde estaba. Después, me vió a mí. Me sonrió, con cierta amargura, pero

con cariño. Le hice varias preguntas sobre lo ocurrido. No pudo o no quiso responderme. Le mencioné tu nombre. Se estremeció. Miró con terror en dirección al Laboratorio. Allí estabas tú, todavía. Registrabas, a lo que parecía, como un poseso, los archivos de tu padre. Al verte, Alba arrancó a llorar convulsivamente. No quiso agregar una sola palabra. No quiso darme explicaciones de ninguna clase. Todos mis esfuerzos fueron vanos. En vista de su estado, le di un sedante. Sólo así he conseguido que se calme un poco.

*(Pausa breve. IFIGENIA mira a FAUSTO con severidad y reproche)*

¡Fausto!

FAUSTO

¿Qué?

IFIGENIA

¡Dime qué le hiciste!

FAUSTO

*(Con una mezcla de fastidio y de irritación. Como si no fuera comprendido por su madre)*

¡Nada! ¡O, mejor dicho, nada importante!

IFIGENIA

¿Qué quieres decir con eso de "nada importante"?

FAUSTO

*(Incorporándose. Como si se tratara de una fría exposición pedagógica, ante un grupo de científicos)*

Pues, verás. Imagínate que Alba fuera un tubo de ensayo y que yo, también, fuera otro tubo de ensayo...

IFIGENIA

*(Impaciente)*

¡Por favor, hijo! ¡Háblame claro!

FAUSTO

¿Qué más claro quieres que te hable?

*(Prosiguiendo en el mismo tono anterior)*

¡Imagínate que en cada uno de esos tubos de ensayo...!

IFIGENIA

¡Fausto! ¡Déjate de rodeos! Díme, ¿qué le hiciste?

FAUSTO

*(Irguiéndose. Mirándola fríamente)*

¡La hice mía!

IFIGENIA

¡No! ¡Eso, no! ¡No puede ser!

FAUSTO

¿Por qué no?

IFIGENIA

*(Cayendo en una silla. Anonadada. Aplastada. Desesperada)*

¿Fuiste capaz?

FAUSTO

¿Lo dudas?

IFIGENIA

¡Y en esta noche!

FAUSTO

*(Con extrañeza de científico. Como si se refiriera a una experiencia con conejillos de indias)*

¿Por qué lo tomas así, mamá? Ni que hubiera realizado un acto sobrenatural. Se trata simplemente de uno de los aspectos más comunes de la bioquímica...

IFIGENIA

Usaste la fuerza, ¿verdad?

FAUSTO

*(Sin encontrarse culpable)*

Ella, como tú ahora, tampoco quería comprender. Una cosa tan fácil y tan simple, la hizo difícil y complicada.

Rechazó, de plano, mi propuesta. Al principio, sencillamente protestó. Después, intentó resistir. Hasta soltó unos cuantos gritos. Finalmente, trató de defenderse. De soltarse. De herirme con sus uñas. Claro que esto no tenía mucha importancia. Lo importante era ganar tiempo, antes de que pudieran interrumpirnos. Y, por eso, me ví en la necesidad de convencerla como tú dices, por la fuerza.

IFIGENIA

*(Estallando)*

¿Es posible que hayas llegado a eso? ¿No se te heló la sangre en las venas? ¿No se te paralizó el corazón? ¿No se te oscureció el cerebro? ¿No te estallaron los nervios?

FAUSTO

*(Con asombro inaudito. Mirando a su madre como si la equivocada en todo fuera ella)*

No, madre. Todo lo contrario.

IFIGENIA

*(Entre sollozos)*

¡Tengo un monstruo por hijo! ¿Así que para tí no ha pasado un día desde la época de las cavernas? Tal vez un antropoide actuaría más humanamente que tú. ¿Crees que te encuentras en plena selva? ¿Crees que estás en una madriguera de hienas? ¡Qué desventura! ¿Qué será de tí? ¿Qué será de todos nosotros?

FAUSTO

¿Por qué lo tomas así, madre? ¡Yo...

IFIGENIA

¡Tenía razón en no querer que llegaras aquí esta noche! ¡Todo está ocurriendo como yo me temía! ¡Te sigues transformando en otro sér cada vez más distinto de mi hijo!

FAUSTO

Estás en lo justo. Yo mismo estoy empezando a sentirme como si mis sentidos y mis pensamientos ya no fueran míos. Como si todo cuanto soy y cuanto tengo ya no me perteneciera.

IFIGENIA

*(Con máxima angustia)*

¡Cállate!

FAUSTO

¿Y sabes quien parece adueñarse de mi vida?

IFIGENIA

Tiene que haber alguna solución, algún remedio para tí.

FAUSTO

¿Sabes quién parece el dueño de lo que soy y significo?

¡Mi padre!

FIN DEL CUADRO



CUADRO SEGUNDO

*(IFIGENIA está sentada, con la cabeza entre las manos. El LABORATORIO está encendido y la silueta de FAUSTO se pasea de un lado a otro. Las luces del LABORATORIO se apagan y FAUSTO entra a escena por derecha segundo término. Se dirige a IFIGENIA)*

FAUSTO

¡Tú y yo hemos estado ciegos, madre!

IFIGENIA

*(Llena de creciente angustia)*

¡No sabes lo que dices!

FAUSTO

¡Y tú, también, tienes que encontrar la verdadera verdad!

*(Señalando los libros de la Biblioteca)*

No la de esos libros... ¡falsos e inútiles!

IFIGENIA

*(Balbuceando)*

¿Falsos e inútiles?

FAUSTO

Sí.

IFIGENIA

*(Moviendo la cabeza, con angustia)*

¡Hoy tengo que justificártelo todo!

FAUSTO

*(Con extrañeza)*

¿Continúas sin comprender?

IFIGENIA

Eres tú quien no comprende.

FAUSTO

*(Más y más extrañado)*

¿Es que todavía no te das cuenta? Tú y yo nos habíamos fabricado una jaula de palabras. Vivíamos dentro de ellas, como encerrados en una pompa de jabón. Las rejas eran de arco-iris y por eso teníamos una visión equivocada del mundo. Pero la pompa de jabón se ha roto...

IFIGENIA

*(Interrumpiéndolo. Desesperada)*

¡Y tener que escucharte!...

FAUSTO

*(Sin oírla. Después de breve pausa)*

¡Y pensar que un día creímos que el hombre lo era todo!

IFIGENIA

¡Lo es todo!

FAUSTO

*(Sin prestarle atención. Enlazando)*

Que todo debía hacerse para su salud, su dicha, su liberación.

IFIGENIA

¿Para qué, entonces?

FAUSTO

*(Dirigiéndose a ella)*

En esos tiempos, ¡cómo amábamos estos libros!

IFIGENIA

¡Yo los amaré siempre!

FAUSTO

*(Acercándose a uno de los anaqueles y sacando un libro)*

¡Mira! Aquí está la Odisea. La aventura de las aventuras. Cuna de la novela de Occidente. ¿Recuerdas que la pensábamos un libro imprescindible?

*(Arroja el libro al suelo)*

¡Ahora no me dice nada!

IFIGENIA

*(Con voz sorda. Transformándose)*

¡Los guardias debieron detenerte a cualquier precio!

FAUSTO

*(Sacando otro libro. Con creciente exaltación)*

¿Qué libro es éste?

(Abre el libro y empieza a hojearlo. En ese momento aparece ALBA, por la derecha, primer término. Lleva un sacón sobre sus ropas. Mira la escena. Su mirada es vaga, imprecisa. Ella misma tiene, también, esa vaguedad. Esa imprecisión. Como si se tratara de un fantasma. Ni FAUSTO ni IFIGENIA advierten su presencia. ALBA se detiene en el umbral de las habitaciones de IFIGENIA)

¡Ah! ¡Es la Biblia! ¡La Biblia! El libro mágico. Aliado de todos porque coloca la justicia y la felicidad en otro mundo.

(Mira a su madre, con agresividad)

¿Puedes indicarme de qué sirve?

IFIGENIA

¡Estás ciego!

FAUSTO

(Arroja ese libro al suelo y toma otro)

¿Y este otro? Es el compendio de la pasión humana. La síntesis del alma. La voz de voces de Shakespeare el privilegiado hijo del Avón. ¿Qué más da que se haya escrito?

(Lo arroja al suelo)

IFIGENIA

¡Sacrilégio!

FAUSTO

(Sin hacerle caso. Como poseído. Toma otro libro)

¡Mira! ¡Aquí está ese disfraz de alienado que se puso Erasmo para burlarse de su tiempo!

(Arroja el libro al suelo y toma otro)

¿Ves? Esta es la didáctica de príncipes que escribió el cínico Maquiavelo.

(Arroja ese libro y toma otro)

Y aquí esta polarización de la especie humana en Sanchos y Quijotes.

*(Arroja ese libro y toma dos)*

¡Claro! ¿Cómo podían faltar las obras de esas vivas enciclopedias de su tiempo que fueron Leonardo y Aristóteles?

*(Los arroja y toma varios libros)*

¿Te recuerdas lo que gozamos con esta colección? Es el trampolín a la fantasía, al sueño y la leyenda. Esas mil noches y una noches sembradoras de evasión y deleite.

*(Arroja los libros y toma otro)*

Y aquí está tu predilecto: Proust, ese Cristóbal Colón de la memoria.

*(Arroja el libro y toma otro)*

Y Joyce, ese rumiante del tiempo.

*(Arroja el libro y toma otro)*

Y Wasserman, ese desvencijado taumaturgo del Arte.

*(Arroja el libro y toma otro)*

Y este otro.

*(Arroja el libro y toma otro, y otro, y otro, a medida que va hablando. Y los va arrojando, también, sucesivamente al suelo)*

¿Y este otro? ¿Y este otro? ¿Y este otro?

*(Mirándola fijamente)*

¿Para qué sirven? Te lo repito: ¡Todos son falsos e inútiles!

IFIGENIA

*(Desesperada)*

Estás delirando.

FAUSTO

*(Como un poseso)*

¡La verdadera verdad está allá! ¡La fuerza! La fuerza que otorga a los hombres el derecho sobre la vida y la hacienda de los otros.

IFIGENIA

¿Para qué viniste?

FAUSTO

*(Irguiéndose. Con aire triunfal)*

¿Sabes?

IFIGENIA

*(Con tremenda zozobra)*

¿Qué?

FAUSTO

¡Tienes que felicitarme!

IFIGENIA

*(Tratando de adivinar. Con sospecha)*

¿Qué felicitarte?...

FAUSTO

*(Lento. Solemne)*

¡He descubierto las fórmulas en que trabajaba mi padre!

IFIGENIA

*(Espantada, repitiendo maquinalmente)*

¿En que trabajaba tu padre?

FAUSTO

Y no sólo eso. Tengo aquí el primer resultado de sus experiencias.

*(Olímpico. Sacando de un bolsillo una cápsula y la muestra)*

¡Ahora todos tendrán que hacer mi voluntad!

IFIGENIA

*(Angustiada. Avanzando hacia él)*

¡No! ¡Eso no!

FAUSTO

*(Obsesionado. Retrocediendo, pero amenazador)*

Y al que se oponga...

IFIGENIA

¡Vuelve en tí, hijo!

FAUSTO

*(Siempre obsesionado por su idea)*

¡Lo destruiré!...

*(Con risa diabólica)*

¡O, mejor dicho, lo descompondré en los átomos que lo integran!

IFIGENIA

¡Estás perdido! ¡Definitivamente perdido!

FAUSTO

¡Nadie podrá detenerme!

*(Por Ifigenia)*

¡Ni tú!

*(En ese momento repara en ALBA, que tiene una mirada lejana, ausente)*

¡Ni tú!

*(Casi gritando. Victorioso)*

Ahora voy a probar esto. Y si resulta como yo lo espero...

¡La humanidad entera será mi esclava! ¡Yo seré el dueño, el amo del mundo!

*(Ante el espanto de las dos mujeres sale corriendo, por izquierda segundo término)*

FIN DEL CUADRO

### CUADRO TERCERO

*(ALBA e IFIGENIA miran, a cada instante, por el balcón, hacia la noche, como si esperasen que fuera a ocurrir algo. ALBA está recuperándose. Cada vez, tiene mayor sentido de la realidad que la circunda)*

ALBA

¿Y tú piensas que Fausto sería capaz?

IFIGENIA

¡De todo!

ALBA

Exageras, Ifigenia. ¡El es bueno!

IFIGENIA

Era bueno.

ALBA

¡Es bueno! Simplemente, adoraba a su padre. Y su muerte lo ha trastornado. ¡Ya le pasará!

IFIGENIA

¡Ojalá tuvieras razón! ¡Pero, no! ¡Se contagió del mal que destruyó a Arquímedes!... ¡Y, por eso!...

*(El rostro de IFIGENIA se endurece)*

ALBA

*(Anhelante)*

¿Qué?

IFIGENIA

*(Con fiereza)*

¡También tenemos que liquidarlo!

ALBA

*(Espantada)*

¿A tu propio hijo?

IFIGENIA

¿Preferirías que soltase esa fiera por el mundo? ¿Te gustaría que permitiese que se convirtiera en un antropófago que les quite todo a sus semejantes y que después los devore? ¿Estás segura de que eso sería hacerle un bien? ¿Estás segura?

ALBA

*(Dudosa. Balbuceando)*

Yo... Yo... A la verdad...

IFIGENIA

¿Lo ves? Ni tú misma, osas defenderlo... ¡Sólo la muerte puede salvarlo!

ALBA

*(Sin querer darse definitivamente por vencida)*

¿Y si hubiera una esperanza?... ¿Una remota esperanza?

IFIGENIA

Si la hubiera... ¿Crees que no me asiría a ella, desesperadamente? ¡Pero no nos engañemos, Alba! Me duele mucho, pero... ¡No hay esperanza! Su suerte está echada. Se han tomado las precauciones necesarias. ¡Fausto nó saldrá vivo de aquí!

ALBA

¡No puedo resignarme! ¡Lucharé hasta el final!

IFIGENIA

Sería inútil. Los mismos que eliminaron a Arquímedes lo tienen todo preparado. Cuando suenen los disparos

anunciando la llegada del Dictador, irán al aeropuerto. Allí espera un avión. Subirán a él los que no son un peligro para la humanidad. El avión se elevará. Y descargará una de las armas secretas sobre esta isla. La destrucción será completa. No quedará ni un sér vivo, ni una piedra sobre otra. Será como si esta isla no hubiera existido nunca. Los científicos que están al servicio del Dictador, éste, y su séquito volverán a ser energía, anónimas formas elementales de la materia...

ALBA

¿Y Fausto?

IFIGENIA

*(Sombriamente)*

Fausto estará acompañando a su padre para siempre.

ALBA

Entonces...

IFIGENIA

¿Qué?

ALBA

Yo también me quedaré aquí, acompañándolo para siempre.

IFIGENIA

¡No! ¡Eso no! Necesitamos salir de aquí las dos. Tú reharás tu vida. Quizás hasta tengas un hijo. Un hijo que exhibirás como una viva bandera de carne, conseguida en esta dolorosa victoria. Una victoria que nos cuesta tantos muertos queridos. Yo, por mi parte, necesito seguir predicando el amor, la fe, la esperanza; la paz, la justicia y la solidaridad entre los hombres. Sólo por eso tengo que seguir viviendo.

*(Suena el timbre de la puerta. ALBA corre a abrir, saliendo por izquierda, segundo término. Regresa enseguida, anhelante)*

ALBA

Es Fausto. ¿Verdad?

IFIGENIA

¿Quién más podría ser?

ALBA

¿Y entonces?

IFIGENIA

¡Domínate!

ALBA

¡Tengo que hacer algo!

IFIGENIA

¡Convéncete! ¡Todo es inútil!

*(Se oyen pasos que se acercan, apresurados. Las mujeres miran, angustiadas, hacia izquierda, segundo término. Aparece FAUSTO. Ha vuelto a cambiar. Se parece más al FAUSTO del PRIMER ACTO. Ha desaparecido su color metálico y tiene un aspecto más humano. Su rostro expresa angustia y dolor. Mira brevemente a ALBA y, después, mira a IFIGENIA. En un impulso súbito se lanza hacia ésta, que retrocede. FAUSTO cae de rodillas ante su madre)*

FAUSTO

*(Estallando. Entre sollozos)*

¡Perdóname, madre!

IFIGENIA

*(Retrocediendo. Desconcertada)*

¿Qué?... ¿Qué dices?

FAUSTO

¡Perdónenme las dos! ¡Y tú, madre, dame más luz!... Parece que he despertado de un sueño terrible. Cuando ya iba a lanzar el arma secreta, fue como si resucitara. Recordé una escena de esta última guerra. Entrábamos

a una ciudad después de un bombardeo. Había un absurdo olor a sangre y a explosivos. El coro de los lamentos se mezclaba a un silencio de tumba. Yo tenía tinieblas en el corazón y en la mente. De pronto, me iluminé por dentro. Y, como un loco, empecé a preguntarme: ¿Por qué hacemos todo eso? ¿Por qué?...

IFIGENIA

¡Hijo! ¡Hijo mío!

FAUSTO

Lo mismo me ocurrió hace unos instantes... ¡Perdóname, madre! ¡Y ayúdame! ¡Tú que tienes, que siempre tuviste, la verdadera verdad!

IFIGENIA

¡Levántate, hijo mío! ¡Ven a mis brazos!

*(Se abrazan)*

FAUSTO

*(A ALBA)*

¿Y tú? ¿Tú puedes perdonarme?

ALBA

Yo...

*(Llorando)*

¡Yo te quiero!

*(Se abrazan)*

*(Suenan disparos. ALBA y FAUSTO se separan)*

ALBA e IFIGENIA

*(Al mismo tiempo)*

¡El Dictador!

IFIGENIA

¡Vayan al aeropuerto!

ALBA

¿Y tú?

IFIGENIA

¿Yo?... Yo voy enseguida.

FAUSTO

Mejor te esperamos.

IFIGENIA

No. Tengo que arreglar algunos asuntos... Ustedes, ¡apúrense! Los minutos son preciosos. ¡Apúrense!

*(Casi empujándolos, IFIGENIA lleva a FAUSTO y ALBA hasta la izquierda, segundo término, por donde salen. IFIGENIA, por ahí mismo, regresa sola. Con serenidad, se dirige hacia el teléfono y toma el auricular)*

IFIGENIA

Si. ¡Si, doctor David! ¡Llegó la hora!... ¡Por fin!... ¡Ah! ¡Al aeropuerto va Alba con mi hijo!... ¡El ocupará mi puesto en el avión!... He recuperado mi fe en él... ¡No!... ¡Imposible, doctor!... ¡Imposible! ¡Yo me quedo! ¡Me quedo aquí, con Arquímedes!

*(Cuelga el auricular. Y va hacia el balcón. De la noche, surge una luz, que le ilumina el rostro, con una aureola irreal)*

T E L O N

FIN DE LA OBRA

ANTONIO C. TOLEDO

POESIAS



## PROLOGO

Para hablar de Antonio C. Toledo considerado como poeta es preciso que nos remontemos a una época literaria que, si bien no muy remota, difiere esencialmente de la actual; y como entre nosotros la vida literaria y la política van estrechamente unidas, por fuerza tenemos que recordar, muy a la ligera, lo que fue ésta, en la época a que nos referimos, para hablar de aquélla.

La Dictadura del General Veintemilla acababa de caer entre el fragor de los combates y los gritos de triunfo y alegría de los que se imaginaban ¡ilusos! que la era de las tiranías y las revoluciones había desaparecido para siempre, y la República parecía entrar en un período de adelantos morales y materiales. Ya no se pensaba en echar abajo un régimen ominoso, sino en consolidar otro, de progreso y de paz, al amparo de la libertad y del trabajo, y las energías antes empleadas en la lucha comenzaban a encontrar mejor empleo en el noble y patriótico fin de reconstituir el Estado: la acción material se convirtió en actividad moral. No duró mucho, en verdad, este entusiasmo regenerador, pues inteligencias y voluntades volvieron a caer, poco después, en el marasmo y el estancamiento, y ese corto lapso de tiempo no fue sino un paréntesis halagador abierto en nuestra historia de mezquindades políticas, un oasis en el desierto de nuestras convulsiones y revueltas aniquiladoras.

La vida intelectual participó, especialmente en Quito, de ese como renacimiento efímero que dejamos apuntado: los estudios literarios tomaron algún incremento; se reorganizó la Universidad; la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Real Española reanudó sus trabajos largo tiempo interrumpidos; nacieron algunos periódicos; se fundaron asociaciones literarias, se estudiaba, se leía, y no pocos

jóvenes, antes desconocidos en el campo de las letras, rompieron el hielo de la timidez, natural en esos días en que no había premios para el trabajo ni estímulos para la inteligencia, y comenzaron a hacerse conocer como escritores. Resultado de ese movimiento intelectual fue la fundación en Quito, de la Escuela de Literatura, centro de estudios y de práctica literaria de varios jóvenes ganosos de ilustración y soñadores en triunfos literarios. Órgano de la "Escuela" fue una modesta revista, que, un año después y gracias a los esfuerzos del inolvidable Vicente Pallares Peñafiel, y del que estas líneas va trazando, se transformó en "La Revista Ecuatoriana", acaso la mejor publicación periódica literaria que ha visto la luz en el Ecuador.

Esta fue la época a la cual nos referíamos al comenzar este escrito, y en la que surgió a la vida literaria nuestro malogrado amigo Toledo, época dentro de la cual y con relación a la cual debe ser juzgado, ya que fuera de ella resultaría algo así como un anacronismo. Toledo nació, vivió y murió para las letras dentro de ese corto período de tiempo, y la publicación que hoy hacemos de sus poesías tiene mucho de exhumación; pero eran perlas las que estaban enteradas y hoy sacamos nuevamente a luz como tierno homenaje a la memoria del pobre amigo que acaba de dejarnos.

Casi adolescente, desmedrado y pálido hasta parecer enfermo, tímido como una niña, pero lleno de vida intelectual, poeta a ratos perdidos y... enamorado: tal fue Toledo. Su timidez y acaso un poquito de orgullo—de ese orgullo fundado en el propio valer que forma con frecuencia el fondo oculto de los caracteres pusilánimes,—no le permitieron figurar en primera línea entre los *intelectuales*, como diríamos hoy, de ese tiempo, ni frecuentar los círculos literarios, de los que antes bien huía, ni siquiera formar parte de la "Escuela de Literatura" no obstante las reiteradas insinuaciones de sus amigos para que entrase a ella, y andaba siempre solo y taciturno, o rodeado cuando más de un limitado círculo de amigos. Estos eran los únicos que sabían que fuese poeta, hasta el día en que, casi a la fuerza, Pallares Peñafiel le arrancó una de sus *brumas* para publicarla en la "Revista Ecuatoriana", y claro está, sólo sus amigos sabían que fuese enamorado. ¿De quién? Este era su secreto. Algún nombre de mujer sonó pronunciado a media voz por algún camarada indiscreto; se habló, siempre en voz baja, de amores no correspondidos, de una pasión ignorada por quien la había inspirado, de un idilio esbozado apenas y cortado bruscamente por la mano de la muerte, pero a ciencia cierta nadie supo la verdad y el alma de Toledo continuó siendo

un misterio para todos. ¿Fueron reales sus amores o una mera ficción y un argumento para sus versos?

Quizás habría sido preferible dejar estos recuerdos en el fondo del olvido en que yacían, pero hemos tenido que traerlos a la memoria para poder fijar con más exactitud la personalidad literaria de nuestro poeta. En efecto, verdaderos o simulados, los amores de Toledo, tristes y misteriosos, forman parte tan integrante de su obra que, eliminados, ésta desaparece. Mal podríamos, pues hablar de ella sin tenerlos presentes.

Nuestra pobre vida literaria de entonces se alimentaba casi exclusivamente de la poesía clásico-romántica, del erotismo lírico de Espronceda, del filosofismo burlón y *bon enfant* de Campoamor, de la sonora majestad de Núñez de Arce, del escepticismo contagioso de Heine y de la inimitable y vaga melancolía de Becquer, y fue tal la influencia que estos poetas ejercieron en la joven literatura ecuatoriana de ese tiempo, que casi no hubo quien no tratara de imitarles y que no comenzara por escribir cantos a Teresa, doloras, idilios, o rimas, a cual peores, la verdad sea dicha. Toledo tuvo la sensatez de no tirar por ese camino. Leyó, sin duda, las obras de esos maestros de la poesía; dejaron éstos, tampoco cabe duda, profundas huellas en su alma juvenil, y quizás aun contribuyeron a encender en su corazón ese amor que tanto le hizo sufrir, mas no los imitó. Si Heine y Becquer han dejado reminiscencias marcadísimas en sus poesías, débese a que estos fueron sus autores favoritos y a que encontró en ellos afinidades y similitudes con su propia manera de sentir y de pensar, mas no a que deliberadamente quisiese imitarlos. Desde luego ¿en dónde está la imitación? Toledo no escribió sino versos de amores, y si alguna composición suya se conserva que no sea de este género, es tan insignificante que no vale la pena de tomarla en cuenta; también escribió dos o tres traducciones de Apeles Mestres, muy apreciables, por cierto, y que gustaron mucho al autor, pero fuera insensatez querer encontrar en ellas imitación de nadie. Sólo quedan, pues las *brumas*, y entre éstas y las *rimas* de Becquer, si hay analogías de sentimiento y de expresión, y eso no siempre, no hay traza ninguna de imitación.

Becquer es variado en sus temas: hace versos a todo lo que le entusiasma, a todo lo que le sugiere una idea o le produce una impresión; su fantasía es fecunda, su verbo desbordante, y como él mismo lo dice:

Actividad nerviosa  
Que no halla en que emplearse,  
Sin rienda que le guíe  
Caballo volador

su imaginación toca a todos los asuntos, recorre todos los temas y no halla reposo en ninguno. La naturaleza no tiene para él misterios y la penetra y expresa encontrando poesía en sus detalles más pequeños. El ideal le fascina y corre tras él sin alcanzarlo nunca, por lo cual se entristece y desalienta; y cuando el amor le inspira, canta al amor, a la belleza y a la mujer, y no a un amor, a una bella y a una mujer determinados. Huye de las formas convencionales, no le gusta el consonante y busca en la métrica combinaciones difíciles y nuevas. Nada de esto hay en Toledo.

No, no lo hay: la lira de nuestro poeta no tuvo sino una cuerda, la amorosa, y la amorosa triste, por añadidura; algunas veces filosofa, pero su filosofía no recuerda la melancólica profundidad de Bécquer sino la profundidad irónica de Heine.

“Hablemos del amor de los extraños  
Que nos hará reír”

dice en una de sus primeras brumas, y en otra

“Ah! no puedes ser mía: tu poséas  
Pingües rentas, y yo...  
Yo no consentiré que nadie diga  
Que has comprado mi amor”.

Bécquer nunca se expresó de esta manera, pues aún en sus ironías fue más delicado.

También hay en las brumas de Toledo, no en todas, pues nuestro poeta es más positivo, esa cierta vaguedad en medio de la cual más se adivina que se comprende la idea, que tanto se echa de ver en las rimas del vate sevillano, pero menos idealizada que en éste; mas ni esta semejanza, ni la melancolía, ni la preferencia por el asonante, ni el corte de algunas estrofas, ni otras reminiscencias becquerianas que quizás se encuentren en sus versos, dan razón a los que pretenden que le imitó.

Después de todo ¿qué importa? ¿para qué empeñarnos en saber

si fue o no un poeta becqueriano? ¿pierde por no haberlo sido? ¿habría ganado algo con serlo? Cuestiones ociosas, pues de una manera u otra Toledo es una de las figuras más simpáticas de nuestra moderna literatura, y habría sido una de las más salientes si en lugar de encastillarse en sus amores hubiera dado más vuelo a su imaginación, mayor amplitud a sus sentimientos y más libertad a su musa, pues había en él tela para un gran poeta. Así y todo sus versos amorosos y tristes, apasionados y tiernos, se leen con agrado y no empalagan. El amor es, ha sido y seguirá siendo en todos los tiempos y en todos los países el filón más explotado por los poetas jóvenes, pero son pocos los que han sabido sacar de él, limpio de escorias, el granito de oro puro, y Toledo fue de éstos, porque tuvo sentimiento, porque fue sincero y porque, al escribir, no buscó el aplauso ni trató únicamente de gustar a los demás, sino de dar ingenua salida a lo que pensaba y sentía. La prueba de ello es que, pasados los años juveniles en que amó y sufrió, ya no volvió a escribir. Por esto decíamos al comenzar que había nacido, vivido y muerto para las letras en ese corto período de tiempo que duró su vida sentimental. De entonces para acá vivió en buscado retiro y voluntaria esquivéz, consagrado a su deber y a sus recuerdos, hasta que le sorprendió la muerte, una muerte digna de su vida: tranquila y dulce. Me han contado que poco antes de exhalar su último suspiro pronunció estas hermosas palabras: Muero sin haber hecho daño a nadie.

En morir así hay también poesía.

**J. Trajano Mera.**

Quito, Abril 27 de 1913



# BRUMAS

1885-1911

Traspuse el bosque, la llanura, el río,  
El agrio monte, en pos de una ilusión;  
Y desencanto, indiferencia, hastío,  
Encontró mi cansado corazón.

Probé a llorar, que el corazón humano  
Siempre en el lloro su dolor ahogó,  
Y lancé un grito... ¡si el pesar temprano  
La fuente de mis lágrimas heló!

## VEINTE AÑOS

Nunca pensé que al discurrir tempranas  
Las horas de veinte años, derrepente  
Estaría mi sien con tantas canas  
Como quimeras que forjó la mente.

Soñadora niñez, habéis pasado  
Como bruma impelida por el viento  
Sí, soy joven aún; pero cansado  
Ya de la farsa terrenal me siento.

Y aunque no dobló aún el agria cumbre  
Del ingrato vivir, medroso y grave  
Miro perderse allá mi hogar sin lumbre  
Como en desierto mar deshecha nave.

Noches de zambra y estruendosa orgía,  
Llenas de luz y aromas y mujeres,  
En que, al sonar de báquica armonía,  
La ancha copa bebí de los placeres.

¿Dó se han ido, decid, las ilusiones,  
Dónde la ardiente fe, dó la esperanza?  
¿Por qué huyeron las mágicas visiones  
Que arrullaban mi sueño en lontananza?

Y luego que volcaron mi conciencia  
La sed de honores y ambición de gloria,  
¿Qué me han legado?—inútil experiencia  
Y de pesares una larga historia.

No extraño, pues, que ya no me interesen  
La fuente con sus lánguidos rumores;  
Ni, si las auras los follajes mecen,  
El suspiro de amor de aves y flores.

Ya no me causan ni placer ni enojos  
El despertar rosado de la aurora,  
O del día expirante los despojos  
Que, desde ocaso, el sol triste colora.

La lira que otro tiempo fingir pudo  
En acordado son, cabe una reja,  
El himno de las selvas, si a ella acudo,  
Vibra tan sólo lastimera queja.

Hasta el cielo, esa patria prometida  
A mi alegre niñez, perdió su encanto;  
Enfermo traigo el cuerpo, el alma herida,  
Helada está la fuente de mi llanto!

Y, a impulsos del afán que me tortura,  
Porque entre el bien y yo media un abismo,  
Voy sin saber a dónde, en mi locura,  
Amedrentado, huyendo de mi mismo.

## PASION

*A la señorita M. F.*

Vaporosa, detrás de esa cortina  
Te alcanzaron mis ojos  
Por vez primera, aparición divina  
Causa de mis enojos.

Desde entonces no puede el alma mía  
Olvidar tu hermosura,  
Desde entonces mi pecho sólo ansía  
Gustar de tu ternura.

Si solloza la brisa en la alborada,  
En ella va un suspiro  
Que te envía mi alma enamorada  
Cuando en sueños te miro.

Como sube a los cielos en el viento  
De la flor la fragancia,  
Así en la tarde va mi pensamiento  
A tu tranquila estancia.

Si lanza el huracán hondos rugidos  
En tempestad bravía,  
El lleva de mi pecho los latidos  
En la noche sombría.

Bien sabes que te amo, que te adoro,  
Mas siempre indiferente  
Dejas que muera entre su amargo lloro  
Mi corazón doliente.

¿Hasta cuándo será que desdeñosa  
Al mirarme te escondas?  
¿Cuándo será que tierna y cariñosa  
A mi amor correspondas?

RESPUESTA A...

En tanto que a otros convida  
Descansar la fortuna,

Y mientras la casta luna  
Navega en la inmensidad;  
Aspirando estoy de nuevo  
De tus versos la fragancia  
Aquí, de mi oscura estancia  
En la triste soledad.

Y a contestar decidido  
Tus rimas dulces y suaves  
Cual en cantar de las aves,  
La pluma presto tomé;  
Mas, recuerdo tus encantos  
Y el pecho late intranquilo  
Pienso, dudo y aún vacilo  
Sin saber qué te diré.

Ya que a la par los senderos  
Del vivir vamos cruzando  
Sólo espinas encontrando  
Siempre dispuestas a herir;  
Ya que no hay más diferencia  
Entre una y otra partida  
Que el que tú empiezas la vida  
Y yo la voy a concluir;

Detengámonos un punto,  
Apartemos la mirada  
De tanta pena pasada,  
De tanto acerbo dolor,  
Y si olvidar no es posible  
Aquellos sueños perdidos,  
Talvez podamos unidos  
Llorarlos mucho mejor.

Pero no, querida amiga,  
Jamás pueden ser iguales  
Tus pesares y los males  
Que causan mi horrible afán:  
¿Cómo podrán compararse  
Nubecillas de verano  
Con brumas del oceano  
Que conmueve el huracán?

Sorprendida tu inocencia  
De saber que me tortura  
Tanto dolor y amargura,  
Has tenido compasión;  
Y fingiendo mil quebrantos  
En tu cariñoso anhelo,  
Prestar quieres un consuelo  
A mi herido corazón.

Hoy eres niña y aún vives  
De ensueños y de esperanzas  
Y todavía no alcanzas  
La existencia a conocer;  
Mas, cual las ondas del río,  
Las horas ruedan veloces  
Llevándose con los goces  
Pedazos de nuestro ser.

Y mañana de improviso,  
Cual botón que se hace rosa,  
De niña en mujer hermosa  
Convertida te verás  
Entonces... que siempre puros  
Brillen para tí los cielos,

Que ni llantos ni desvelos  
Lleguen a nublar tu faz.

Me dices que abrigas dudas,  
Que a veces también deliras,  
Y que en tu ansiedad suspiras  
Como he suspirado yo...  
¿Será verdad, dueño mío,  
Que el amor despertó tu alma  
Y que la serena calma  
De tu corazón turbó?

¿Será verdad que me es dado  
Llenar aqueste vacío  
Que llevo en el pecho mío  
Desde cuando te miré?  
Entonces sí, que lozana,  
Cual torna la primavera,  
A el alma volver pudiera  
Aquella perdida fe.

Pero alimentar no quiero  
Ninguna hermosa esperanza;  
Pues cuando apenas alcanza  
Nuestra senda a iluminar,  
Las brumas del desengaño  
Oscurecen sus fulgores,  
Y entre llantos y dolores  
Volvemos a agonizar.

A...

Como serpea en tormentosa nube  
    Relámpago fugaz,  
En sus pupilas negras, de continuo  
Llamaradas de amor sangriento están.

Ah! si esos ojos penetrar pudieran  
    Mi secreto dolor...  
Talvez se disiparan estas brumas  
Donde ignorado muere el corazón.

### BRUMA

¿Por qué si junto al mío latir siento  
    Tu amante corazón,  
Resistir no me es dado tu mirada  
    Y se embarga mi voz?

¿Por qué, cuando tu mano entre las mías  
    Estrecho, de emoción  
Tiemblas como la flor de la montaña  
    Que el viento acarició?

¿La nieve de tu tez por qué se torna  
    De vívido color,  
Si me hablas al oído con palabras  
    De lenta vibración?

¿Por qué dos seres que juntó el destino,  
Cual lo somos tú y yo,  
Apenas si se miran luego tienen  
Que darse eterno adiós?

Las olas de la mar tienen sus cantos,  
Su rugido el león;  
La flor aroma, sombras el crepúsculo,  
Sus misterios Amor!

### BRUMA

Tiene *Ella* la esbeltez de la palmera  
Que se mece al halago de la brisa,  
Es su frente un albor de primavera  
Y el cielo del Edén es su sonrisa.

La noche con sus sombras se guarece  
En el ardiente abismo de sus ojos,  
Y un enjambre de amores se estremece  
Al borde mismo de sus labios rojos.

Buscaba ese Ideal, y, a mi despecho,  
Tardíos vi pasar años tras años;  
Todos dejando en el amante pecho,  
Uno tras otro, amargos desengaños.

Hallélo, al fin; y el alma que dormía  
Largo sueño de dudas y pesares,

Despertó al clarear del nuevo día  
Y desbordóse en fervidos cantares.

Y el corazón que la presiente inquieto  
Al acercarse una ilusión dorada,  
Gritó, en su idioma rítmico y secreto :  
“¡Cielos, aquella es la mujer soñada!”

### *BRUMA*

Nunca le interrogué si me quería,  
Jamás le confesé que la adoraba;  
Y suspirando ausentes, en secreto  
Guardábamos intacta la esperanza.

Sólo una vez, a la hora del ocaso,  
Cambiamos una rápida mirada  
Que saturó de luz nuestro silencio...  
¡Y es la luz el lenguaje de las almas!

### *BRUMA*

Tengo hambre de contarte mis afanes,  
Mis dudas, mi pesar;  
Mas, cercada de inúmeros galanes  
Siempre te encuentro y tengo que callar.

Al fin la turba que mi angustia labra  
Se ausenta, y ¿no lo ves?  
Ya no acierto a decirte una palabra  
Y me postro de hinojos a tus pies.

### BRUMA

Si has de ser el tormento de mi vida  
Negándome tu amor,  
No me mires así, nunca me mires,  
Que creeré me has dado el corazón.

### ROMANCE

Morena, la de los ojos  
De noche de tempestad,  
Bien conoces que te quiero  
Como nadie te querrá,  
¡Y sin embargo impasible,  
Desdenes siempre me das!  
¿No sabes, ay, que del alma  
Al fin la ilusión se va,  
Cual se van las hojas secas  
A embates del huracán,  
Cual de tu tez los colores

Con el rigor de la edad?  
¿No sabes que siendo Amor  
Tierna planta tropical,  
Se muere si le acaricia  
Helado ambiente polar?...  
Toma consejo, morena,  
Que el tiempo vuela fugaz,  
E impasible no te encuentre  
De hoy más mi amoroso afán.  
Toma consejo, morena,  
Morenica angelical:  
La juventud es ardiente,  
Helada la ancianidad;  
Y ¿quién mañana caricias  
De una anciana buscará?

### CANCION

En una casita alzada  
En la cima de una lomá,  
Se oculta como paloma  
Mi dueña del corazón,  
Mientras yo, cabe su reja  
Sus esquiveces lamento  
Y confío al vago viento  
Mi cantar y mi pasión.

Ay! talvez *ella* a esta hora  
De mis penas descuidada,

Cruza alegre la enramada  
Y los campos de maíz;  
O a la margen de la fuente,  
Escuchando sus murmullos,  
Suspira por los arrullos  
De otro amante más feliz.

Quizá duerme, y bullidores  
Su lecho pueblan ensueños  
Amorosos y risueños  
Embriagando su razón;  
Mientras yo, cabe su reja,  
Sus esquiveces lamento  
Y confío al vago viento  
Mi cantar y mi pasión.

Veranera golondrina  
Que has fabricado tu nido  
En el alero querido  
De la casa de mi bien,  
Tú que estás siempre con ella,  
Cuéntale que yo la adoro,  
Que por su amor peno y lloro,  
Que me mata su desdén.

Tenues brisas de la tarde,  
Que jugáis con sus cabellos,  
Robad a sus labios bellos  
Algún beso para mí;

Pues también sus negros ojos  
Mi corazón han robado,  
Y el pecho despedazado

Sólo me han dejado aquí.  
Y tú, engañosa sirena,  
Haz que cese ya mi llanto;  
Viendo que te quiero tanto,  
Corresponde a mi pasión:  
Díme que, cuando en tu reja  
Tus esquiveces lamento,  
No me escucha sólo el viento  
Mas también tu corazón.

**PODER DE LA POESIA**  
(DE APELES MESTRES)

*Yo escriuire ton non...*  
(ODA XVI)

Escribiré tu nombre sobre la blanca nieve  
Los vientos azotándolo, la nieve, fundirán;  
No busques, no, tu nombre sobre la blanca nieve,  
Que allí no lo hallarás.

Escribiré tu nombre sobre la arena húmeda,  
Do a revolcarse vienen las olas de la mar;  
No busques, no; tu nombre, sobre la arena húmeda  
Que en ella no estará.

Escribiré tu nombre sobre la dura roca  
Crujiendo, la montaña, la roca expulsará;  
No busques, no, tu nombre sobre la dura roca;  
Ahí no puede estar.

Escribiré tu nombre en las canciones mías  
El tiempo (cuyas alas todo borrando va),  
Respete una tan sola de las canciones mías,  
Tu nombre a lo futuro en ella pasará.

### BRUMA

La noche llega,  
Callan las aves,  
Todo al descanso se entrega;  
Y en sus rumores  
Me hablan los vientos  
Del ángel de mis amores.

Su frente es pura,  
Su boca, nido  
De desdenes y ternura,  
Y dan enojos  
Con sus destellos  
Sus grandes y negros ojos.

Cabe las frondas  
De antigua palma  
Escuchó la voz de mi alma;  
Y con voz tierna,  
Llorando a mares  
Me juró constancia eterna.

Ay! nunca, nunca  
Ya nos veremos:

Mis dichas el cielo trunca;  
Mas los rumores  
Que trae el viento  
Son su mensaje de amores.

*ELLA*

Risueña al balcón sale, si a distancia  
Oye de mis pisadas el rumor;  
Si alguna vez penetro hasta su estancia,  
A mis brazos se arroja sin temor.

*RIMA*

Es inútil, mi bien, que delirantes  
de tu amor ni del mío hablemos más;  
que, al cabo de la plática tan sólo  
tendremos que llorar.

Cuanto es de breve el plazo de la vida,  
inmensa es la distancia de tí a mí  
¡Hablemos del amor de los extraños  
que nos hará reír!

## BRUMA

Tu honor y mi altivez así lo exigen  
Con imperiosa voz.

Ah! No puedes ser mía. Desistamos  
De la pactada unión;  
Ah! no puedes ser mía! Tú posees  
Pingües rentas y yo. . .  
Yo no consentiré que el mundo diga  
Que has comprado mi amor.

## BRUMA

Adiós, mujer! que un sueño solamente  
Nuestra pasión ha sido pensaré;  
Hay un abismo entre los dos. . . no llores  
Y, si puedes, olvídamme también.

## REMEMBRANCE

Después que la traición y la artería  
Arrancarme lograron de tu lado,  
Los soles de cinco años, vida mía,  
En vano sobre mí se han apagado.

No ha podido borrar la ausencia dura  
De mi pecho tu imagen hechicera,  
Y te amo como ayer, con la locura  
Con que se adora por la vez primera.

Te he vuelto a ver, oh amiga de la infancia!  
Y es tal mi afán, que en el delirio toca:  
Anhelo penetrar hasta tu estancia,  
Verme en tus ojos y besar tu boca.

Mas la duda, verdugo de la mente,  
Implacable me dice: "cuando niño  
El corazón olvida facilmente,  
Y busca sin pesar nuevo cariño".

¿Será verdad que, frívola e inconstante  
Olvidando de ayer el juramento,  
Sueñes acaso con ún nuevo amante,  
Mientras yo a solas mi dolor lamento?

## BRUMA

Inconsolable, como yo, luctuosa,  
Hoy la volví a encontrar:  
Pasó cerca de mí bañada el rostro  
En palidez mortal.

Sus ojos se clavaron en los míos  
Con empeño tenaz,

Y, en aquella postrer mirada, cuánto  
Nos dijimos al par!

La vi alejarse y exhalar no pude  
Ni un suspiro; mas, ay,  
Sentí mi corazón atravesado  
Por agudo puñal.

Ah! si del llanto, que vertido habemos  
En triste soledad  
No está el destino sacio ya; las almas  
De amar aún no lo están.

¡Y eternos han de ser nuestros amores!  
Años, pasad, pasad...  
Que el consorcio, en la vida prometido,  
La muerte sellará.

### BRUMA

No temas si mis ojos  
Con los tuyos se encuentran como ayer:  
Como si extraña fueras, sin enojos  
Callando, sin mirarte, te veré.

Filósofo no soy, mas se me alcanza  
De ciertos raros hechos la razón.  
No temas, pues, que penas ni venganza  
Abrigue, por tu culpa, el corazón.

No temas si de nuevo  
Nuestros ojos se encuentran como ayer;  
Cual si un extraño fueras, yo impasible  
Callando, sin mirarte te veré.

Teme, sí, cuando a solas  
Intentes por la noche descansar,  
Las mágicas visiones de alas negras  
Que implacables tu sueño turbarán.

No temas si mi mano  
Tiene un día las tuyas que estrechar:  
No cual antes por ellas las magnéticas  
Corrientes del deseo pasarán.

No temas que el desvío  
Logre mis esperanzas marchitar;  
Planta que el cierzo arrebató a la orilla  
En playa más fecunda arraigará.

No temas que la risa  
O el lloro descubran nuestro afán;  
Mis lágrimas, tiempo ha que se estancaron,  
Sarcasmos son mis risas del pesar.

No temas que sucumba  
A los tiros del odio el corazón;  
En las luchas del mundo envejecido  
Soldado soy que aleccionó el dolor.

*BRUMA*

Muy agrio es el sendero que escogimos  
Por ganar del amor meta soñada;  
Y, pues, juntos seguirlo es imposible,  
La carretera toma tú... que es ancha.

Mujer, quizá de nuevo nos veamos!  
Y, entonces, como buenos camaradas,  
Tranquilos, sin pasión, nos contaremos  
A quien le fue peor en la jornada.

*BRUMA*

Pues era en la estación de los amores,  
Bajo las palmas del país del sol,  
Cuando la niña de los negros ojos  
Me regaló, inocente, el corazón.

Quise yo retornar ternura tanta,  
En cambio darla el mío imaginé;  
Y en vano, en vano desgarré mi pecho:  
Sólo cenizas yertas hubo en él.

## MOURNFUL

Ya el padre de la luz dentro las olas  
Del mar, su disco diamantino hundió.  
Ven, alma mía, que en mi estancia a solas  
Libres podemos platicar de amor.

Allí bajo el bosque confundidos,  
En tus ojos leeré tu pensamiento;  
Y el eco escucharás de mis gemidos  
En el lejano susurrar del viento.

Oh, cuán dulce vagar sobre la arena  
Que la onda fugitiva apenas lame,  
Y dejar que el placer y así la pena  
De nuestros corazones se derrame.

O cual dos cisnes, el dormido lago  
Surcaremos en góndola encantada,  
Tú, del terral sintiendo el dulce halago,  
Yo, bebiendo el placer en tu mirada.

Ni la luna, viajera silenciosa,  
De los amantes dulce confidente,  
Vendrá a turbar velada tan sabrosa,  
Besando con su luz tu nivea frente...

Ya el padre de la luz sobre las olas  
Del mar, su disco, diamantino alzó,  
Huye, alma mía, y que conmigo a solas  
Nadie te escuche platicar de amor.

## BRUMA

Buscaba mayor goce el alma ansiosa  
Y de mi amada un día me aparté;  
—“No me dejes”, decíame llorosa,  
Y su ruego y su llanto desprecié. . .

Hoy peno lejos, lejos de mi amada,  
Por obtener perdones de su amor;  
Y no obstante se aleja despiadada  
Mi ruego despreciando y mi dolor.

## BRUMA

De tedio henchido, a la adorada mía  
Yo le dije una vez:—“Deja, por Dios  
Que me aleje de tí, porque me queman  
Tus besos demasiado; adiós, adiós.”—

Años después, decíale:—“De frío  
Muriendo estoy, ven a besarme, ven”,—  
Y el beso sin pasión de aquella boca  
Aún más heló mi marchitada sien.

Ah! si en las luchas del amor tempranas  
El corazón pudiera razonar! . . .  
Ni ella llorara entonces mi desvío,  
Ni yo tuviera hoy tánto que llorar!

## BRUMA

Solos los dos, mi frente descansando  
En su mullido seno de azahar,  
Vimos rodar las soñolientas horas  
Que nunca, por mi mal, podré olvidar.

Cómo se desbordó de nuestras vidas  
Esa noche, la copa, no lo sé.  
No era la aurora aún, mas de aquel seno,  
Encanecida ya, la sien alcé.

¿Y ella, la dueña de los negros ojos,  
La que en las sombras me gritó su amor?...  
También va por el mundo con sonrisas  
Escarneciendo, como yo, al dolor.

## BRUMA

Sonámbulo de amor, sigo la senda,  
Que me señala una ilusión querida,  
Y en vano es ¡ay! que detener pretenda  
Mis pasos la fortuna maldecida!

¡Cuán largo viaje! ¿Y estará aún distante  
El ansiado final de la jornada?  
—Adelante, me dicen, adelante!—  
Los mensajes de luz de una mirada.

## BRUMA

Tras el velo impalpable del ensueño  
Anoche me veía muerto ya,  
E imaginaba que mi frente pálida  
Hacías en tu seno reclinar.

Mañana, cuando cesen mis dolores,  
Y aquel sueño se torne en realidad,  
¿Irás, bien mío, con calladas lágrimas  
La arcilla dé mi tumba a refrescar?

## BRUMA

Cual neblina sutil, que de la noche  
El viento disipó,  
En las moradas del eterno sueño  
Su vuelo se perdió.

Pero yo guardo su adorada imagen  
Aquí, en el corazón,  
Como un ángel mármoreo sus despojos  
Guarda en el panteón.

## BRUMA

Mirê la luna, y se angustiô mi pecho,  
Y era que tus encantos recordé;  
Mas, solo al verme, me arrojé en el lecho  
Desesperado, y con afán lloré.

## FROM MR. LEONIDAS DROUET

Cuando a solas estoy conmigo mismo.  
Mi alma quiero mirar, y no la veo:  
Miro tan solo un insondable abismo  
Y entonces, en nada creo.

Mas si tu faz contemplo y tu hermosura  
Y entonces mirar quiero el alma mía,  
Allá en el fondo miro que fulgura  
Mi fe que muerta vía.

Ilusiones que a millares  
Visitáis el alma nuestra,  
Que deseos y ansias locas  
Tan sólo dejan en ella,  
Idos, idos, no volváis  
A encrudecer la tormenta.

## BRUMA

Azuela el leñador con ruda mano  
El bosque do la vi cogiendo flores,  
Y azuela el huracán del desengaño  
Mi alma que fue jardín de los amores.

El bosque vestirá de nueva gala  
Mañana la gallarda primavera;  
Más, ay! en mi alma triste y desolada,  
¿Volverá a retoñar la fe primera?

## BRUMA

Como emblema cabal de mis amores  
Guardo la flor que yo, de amor sediento,  
Aquella tarde arrebaté a tu sien:  
Pobre flor, desmayada, sin colores;  
Su aroma todo se ha llevado el viento,  
Cual tus desvíos, mi soñado bien.

## MARINA

(DE APELES MESTRES)

*Al ferse mit com al llevarse'l dia...*

Llegue la noche, o bien despunte el día  
Mañana como hoy, y siempre igual:  
El mar sin fin juntándose a los cielos  
Y los cielos al mar.

¡Mares y cielo! ...Ni un altivo monte  
Se atreve a limitar la inmensidad;  
Siempre una ola en seguimiento de otra  
Sin poderla alcanzar.

Bien sé que sondear puedo yo abismos;  
Empero el oceano al contemplar,  
De corales y perlas olvidándome  
Pienso en la eternidad.

## EL PASO DE LA VIDA

(DE APELES MESTRES)

*De llarch a llarch de la via...*

De trecho en trecho, al borde del camino,  
Unos árboles se alzan,

Inmóviles, sin raíz; de ramas y hojas  
La cima despojada,

En escalón brotaron de esas cimas  
Tan sólo flores albas,  
Que cerrarlas no es dado a invierno crudo  
Ni a otoño destrozarlas.

Y de un árbol a otro tantos hilos,  
Como flores hallaba,  
Fue tendiendo, hilandera misteriosa,  
Una invisible araña.

Fatigadas allí posan las aves;  
Y, el pico bajo el ala,  
Al vaivén de los vientos que modulan  
Un camino sin palabra,

Se aduermen... pero caen derrepente  
Cual si el rayo azotáralas;  
Y el rítmico zumbido de aquellos hilos  
Dice: ¡apartad, que el pensamiento pasa!

#### *EN LA MUERTE DE JULIO ARBOLEDA ARMERO*

Bullen los negros pensamientos míos,  
Pueblan mi soledad.  
Y me trae recuerdos la memoria  
Que invitan a llorar.

Oh, sí, quiero llorar! aunque las lágrimas  
Nunca restañarán  
La herida que en mi pecha abrió la ausencia  
Del amigo leal.

Temprano, de la vida en los eriales,  
Nos juntó la orfandad,  
Y desde entonces, entre él y yo partimos  
Del pan de extraño hogar;  
Pero él adelantóse en la jornada...  
Y le saludan ya  
Del imperio de Véspero las sombras  
Con cariñoso afán;  
Y ya es feliz! pues sabe que en su tumba  
Vigila la piedad,  
Y que sus huesos la viciosa hortiga  
No puede profanar.

Bullan mis negros pensamientos: corra  
De mi lloro el raudal,  
Hasta que al lado del amigo ausente  
Yo llegue a descansar.

### *BRUMA*

Avieso es mi destino y algún día  
Tendré, bien mío, que decirte adiós:  
Ay! si más tarde, miras esta página  
Piensa que aún late aquí mi corazón.

## IMITACION

*Te amé desde niño,  
no sé si me amabas.*

E. BLASCO-SOLEDADES

¡Me amabas! y el destino  
Airado se interpuso entre los dos;  
La aldea abandoné, pero tu imagen  
Me acompañó grabada al corazón.

Y pasaron los años!...  
Moría de una tarde el arrebol,  
Cuando alegre a la aldea yo tornaba  
En busca tuya y de mi dicha en pos.

¿Te acuerdas? Tras la reja,  
Donde tu labio me mintió de amor,  
A otro hombre acariciar te vi, y al verte,  
De mi lloro el raudal se desbordó.

Mas, sábelo, mis lágrimas  
Evaporó el calor del nuevo sol,  
Y, al par que mi dolor, la imagen tuya  
De mi pecho también desapareció.

## BRUMA

Quando en brazos de amante afortunado  
La conocí yo niño,

En llanto me deshice; es que la envidia  
El corazón habíame mordido.

Muchos años después, sin yo quererlo  
Halléla en mi camino,  
Y eterno amor, fidelidad sin tasa,  
Guardármelo juraba, y lo ha cumplido.

Mansas hoy nuestras vidas se deslizan  
Como arroyuelo límpido;  
Pero a veces teniéndola en mis brazos,  
Como en ajenos vila cuando niño...

A mi pesar el corazón estalla  
En ayes doloridos:  
Es que despiértanse en el alma celos,  
Infelice de mí, retrospectivos!!!

### UN NIDO A...

¿Me preguntáis con ansia que os agobia  
—Qué es un nido—, bello ángel indiscreto?  
Pues un nido es el *íntimo secreto*  
Que una joven inquiera, cuando novia  
Y cuando esposa, guarda con respeto.

R. I. P.

Joven, inteligente y soñadora,  
Mimada del amor y la fortuna,  
Oh! cuán hermoso el porvenir veías  
Tras del cristal que la ilusión procura.

Mas, ay! aun antes que romper pudiera  
El prisma aquel la realidad desnuda,  
Cuidadosa la muerte, tus pupilas  
Vino a cubrir con sus heladas brumas

Duerme tu sueño en paz! y no te inquieten  
La sombra y soledades de la tumba,  
Que, en tu lecho de piedra, mis gemidos  
Cantares son con que el amor te arrulla.

Y si hay un cielo plácido y sereno ,  
Que aquesta azul inmensidad oculta,  
Espera: allá a buscarte irá mi alma  
Rompiendo, al fin, la terrenal clausura.

### **BRUMA**

Llora, sí, pobre niña, que en la vida,  
Cuando ya se ha perdido la esperanza,  
Sólo un raudal de lágrimas alcanza  
A restañar la sangre de la herida.

## BRUMA DE ESTIO

Cuando la hora del bochorno avanza  
Me instalo en la cercana nevería  
Y, sorbetes y hielo machacado  
    Ingiero, sin medida.

Mas, vano afán! mis males recrudecen  
En seguida, porque hay unas pupilas  
Negras, en cuya lumbre soberana  
    Se incendia el alma mía.

¡Pupilas de la hermosa que me sirve  
Los vasos, en silencio y distraída,  
Que sufrir ya no puedo, a vuestra dueña  
    Decidla compasivas!

## BRUMA

Es el hombre un aprendiz  
Y su maestro el dolor;  
Y no sabe lo que es vida  
Quien penas no padeció.

## PRIMEROS VERSOS

Y

### VERSOS DE CIRCUNSTANCIAS

1885-1911

*Y cuando se embarca el alma para el cielo; cuando el bajel tiende sus velas, siguiendo el rumbo del misterio; cuando se hunde el cuerpo en la tierra y el espíritu en el azul; si no hay azul ni hay espíritu, ¿cuál será la palabra que el ángel de la muerte lanza a los vientos del mundo?—Eironeia!!!*

RUBEN DARIO

#### PLACERES DE LA VIDA

El Muerto mar en la desierta playa,  
Do en curva desigual besa la ola  
La arena movediza en que desmaya,  
Elévase una planta, altiva y sola.

Y convida con fruto sazonado  
A mitigar la sed devoradora;  
Mas si lo rompe el viajador cansado,  
Halla ceniza amarga, abrasadora.

¿No es fiel imagen esa fruta extraña  
De encarnada y suavísima corteza,  
De la vana ilusión que nos engaña  
Y del mundo falaz y su grandeza?...

También de Jericó el ardiente suelo  
Cría otra planta, cuyas bellas flores  
Las corolas levantan hacia el cielo  
Agostadas del viento a los rigores;

Y marchitas estando y desprendidas  
De su tallo, recobran la frescura  
Y gallardía, siendo sumergidas  
Largos años después, en agua pura.

¿No es la imagen de un alma que del mundo  
Desengañada, encuentra nueva vida  
Al sumergirse en el raudal fecundo  
De la fe sacrosanta y bendecida?

De mí apartad, oh Madre, oh Virgen Santa,  
El fruto engañoso eternamente;  
Para que libre, con ligera planta  
Pueda llegar a la sagrada fuente.

#### *A UN EUCALIPTUS*

Cuatro estrofas ¡Cosa dura  
Es, por la Virgen María!  
En una noche y un día  
No las alcanzo a fraguar.

Sobre qué asunto me piden?  
—A un eucaliptus que se halla

En un prado.—Ni a metralla  
Le podré versificar!

Adelante! Papel tengo  
Y lápiz ya preparado:  
Cumplamos, pues, lo mandado  
Por nuestro buen profesor.

¿Qué diré del eucaliptus?  
Que se eleva cual la encina,  
Que destila una resina  
De fragantísimo olor;

Que en Quito se lo cultiva,  
Que a la vista es muy hermoso,  
Que es, en fin, palo precioso,  
Incorruptible y... adiós.

Basta por hoy, descansemos:  
Cuatro estrofas he fraguado,  
Cumpliendo así lo mandado  
Por nuestro buen profesor.

### *MI PENA*

Nadie negar podrá que hemos nacido  
Para sufrir sin término en el mundo:  
Pues a uno la pobreza el pecho ha herido,  
A otro el amor, en lágrimas fecundo,

A ése la orfandad en que ha vivido;  
Mas lo que a mí me tiene moribundo  
Es tener que estudiar Filosofía  
Del atroz Fray Gerundio en compañía.

### EPIGRAMA — ALGEBRA

Cerca ya de salir a vacaciones,  
A un ocioso el maestro le decía,  
Mostrándole un problema de *ecuaciones*:  
—¿Cuál cantidad por X nombraría  
Usted, mientras buscar las soluciones?  
Y el muchacho muy serio respondía:  
—Cualquiera, señor, porque a mi modo  
De ver, es en el álgebra X todo.—

### A VUELA PLUMA

A la señorita...

Si con poetas aprendiste hermosa  
A *analizar* las drogas y aún el beso,  
Y sabes bien que esto último contiene  
De *ternura* y *cantárida* un exceso;

Nadie mejor que tú curar sabría  
A este tu amigo que, teniendo en calma

Y sano el cuerpo, desespera y gime  
Porque lleva una herida allá en el alma.

Mortal herida que me abrió implacable  
El desamor de la mujer que adoro,  
Tú eres esa mujer! por eso humilde  
Tu compasión y mi remedio imploro.

Si eres tan buena, cual te juzgan todos  
Los que una vez han visto tu semblante,  
Permíteme decirte que el remedio  
Mejor para mi herida palpitante,

Son aquellas sustancias cuya mezcla  
Contigo Campoamor me ha recetado,  
Y cuya dulce y codiciada fórmula  
Hoy nuestro amigo Espiridión me ha dado.

Pero en lugar de dar algún alivio  
A mi acerbo dolor, veneno fuera,  
Si, en vez de recibirla de tí misma,  
A otra mujer, incauto, la pidiera.

Adjunta va la lista de los males  
Que me acosan ahora, a los veinte años:  
Te creo bondadosa y muy amiga  
Para esperar de tí más desengaños.

Y mientras te decides a curarme  
Con tan grato remedio, inquieto quedo:  
Resuélvete, por Dios, antes que muera  
Tu amigo y servidor A. C. Toledo.

A . . . .

En mi jardín de amores, fresco capullo,  
Luces de primavera con el albor;  
Inocente paloma con tierno arrullo  
Semejas de las fuentes grato murmullo:  
Antorcha eres de mi alma, fúlgido sol;  
Mariposa brillante de inquietas alas,  
Acarician tus sueños mi fantasía;  
Raudo se trueca en gozo la pena mía,  
Tu nombre cuando invoco con efusión;  
Incienso quemó siempre yo en tus altares. . .  
No acierto ya a decirte cuánto te quiero! . .  
En pago de mis ansias, en pago espero,  
Zagala, que me entregues tu corazón.

#### *EN UN ALBUM*

Si tus ojos acaso en lo futuro  
Al leer estas páginas, Victoria,  
Se detienen aquí; ¿Mi nombre oscuro,  
Despertará un recuerdo en tu memoria?

## MARY-LUCHA

*(Dedicatoria de un libro)*

Porque son de tus gracias juveniles  
Emblema fiel de vívidos colores,  
Recogió mi cariño en sus pensiles  
Estas, que te dedico, gayas flores.

Guarda, pues, oh mi niña idolatrada,  
El malabar jacinto, más la viola  
Olorosa y camelia sonrosada  
Con cerezas que enredo en su corola

## POSTAL

Tú eres la luna que gentil pasea  
De la ventura en el azul inmenso;  
El, espléndido sol do centellea  
Una hoguera de amor, de amor inmenso;  
Un cielo el nuevo hogar ¡bendito sea!

## PARA UN ALBUM DE POSTALES

Reminiscencias de un amor marchito  
¿A qué mujer hermosa faltarán?

Si, mas, calla postal, porque tus dichos  
Pudieran extinguir un nuevo hogar.

*A E. EN SU CUMPLEAÑOS*

Algo para ofrecerte en este día  
Con loco afán busqué;  
Y este ramo cuajado de ambrosía  
Fue lo mejor que hallé.

Hoy las galanas flores que te envió  
Tu estancia adornarán,  
Pero, faltas de luz, savia y rocío  
Mañana morirán.

Mi corazón, oh niña idolatrada,  
También es una flor:  
Necesita la luz de tu mirada,  
De tu seno el calor.

¿Será tu alma tan dura cual granito  
Y tal su frialdad,  
Que al contemplar mi corazón marchito  
No tengas aún piedad?

## ANTE EL CADAVER DE UNA MONJA

La joven que a este mundo y a su fausto  
Despreciando orgullosa, tan tranquila  
Sepultó sus encantos en el claustro,  
Está yerta, sin luz en la pupila.

El suave lino de la blanca toca  
Se pierde con su pura y mustia frente;  
El color del granado ya su boca  
Perdió; en su mano un cirio lentamente

Consúmese. Muy pronto de la hermosa,  
De aquel ángel que yace adormecido,  
Los restos bajarán a oscura fosa,  
Y encima se echará tierra y... olvido!

Así el lirio que goza de frescura  
Y en el repuesto valle está escondido  
Perdida de su cáliz la blancura,  
Muere, y lo cubre el polvo en que ha vivido.

## RECUERDO DE AMISTAD

*Al señor doctor Florentino Uribe:*

Canto de una ave que pasó llenando  
Con su eco peregrino el horizonte;  
Perfume del incienso que ondulando  
Sube del ara rústica del monte;

De lejana armonía que fenece  
En los espacios, último sonido;  
Imagen de áurea nube en que se mece  
Un ideal arcángel escondido.

Tales son los recuerdos de la infancia  
que la amistad despierta en las doncellas  
que se aman, aunque el tiempo y la distancia  
un anchuroso abismo abriera entre ellas.

Recordar no se puede si un torrente  
de lágrimas no brilla en nuestros ojos;  
no podemos amar sin que doliente  
también suspire el corazón de enojos.

#### *ESTROFA*

Ilusión que nace en mí,  
Que de mi llanto brotó,  
¿Podré renunciar a tí?  
¿Qué dice el amor? — que no;  
¿Y la reflexión? — que sí

#### *ESTROFA*

Desde cuando te perdí,  
Miro al cielo, más y más;

Pues, pienso, madre, que estás  
Mirándome desde allí.

## A SUCRE

¡Borrar pueden tu huella en el Pichincha  
Los siglos, oh, Gigante de la gloria;  
Pero nunca en un pecho ecuatoriano  
Amortiguar la luz de tu memoria!

## EN LA EXPOSICION DE QUITO, EN EL AÑO 1892

Centinela avanzado del progreso,  
Bendita Libertad, yo te saludo!  
Yacer inerte un día bajo el peso  
De injusta esclavitud mi patria pudo;

Mas, recobrada tú, cual si una alianza  
El Ecuador pactara con la Gloria,  
Por el sendero de la industria avanza  
Y asombra con sus triunfos a la Historia.

## CANTARES

Son tus ojitos noche  
De tempestades,  
Y tus labios tan rojos  
Como corales.  
Nuestras miradas, oh, niña,  
Divide un muro tan sólo;  
Y sin embargo qué lejos  
Vivimos uno del otro.

### FOR A PORTRAIT TO MY LITTLE CROW

*(Oh Blackness; my Blackness! How many ecerbity.)*

Esta es la imagen de la sima oscura  
Dó el alma que te adora está encarnada.  
¡Quién pudiera tenerla en la negrura  
De tus ojos, por siempre, reflejada!

*Jour Black.*

### EN UNA TARJETA

Id, pobre, flor, y dile al dueño mío  
Que eres emblema fiel de mis dolores;

Que, como a tí, la nada y el cielo,  
Me hace falta el calor de mis amores;

Dilo que envuelto en tus ojos  
Tú sueñas mi destino, mi pensamiento;  
Tú puedes reflejarte en esos ojos  
Que son mi gloria al par que mi tormento.

### POSTAL

Niña Lola:

Antaño, los tequileros  
Estaban sólo a los vientos  
Los secretos pensamientos  
Dediendo a las flores.

Mañana hoy cuesta un dineral  
A nuestros modernos bardos  
El certificar sus fardos  
En la oficina postal.

Por eso entra aquí, con miedo  
(Aunque muestra sin valor)  
El alma del viajador  
Que suscribe, A. C. Toledo.

## POSTAL PARA UNA RIOBAMBEÑA

En busca de tesoros y belleza,  
Al Ande-Rey pisaron la cabeza  
Los Bolívar, los Wemper, los Martínez,  
(¡Qué gracia, con polainas y patines!);  
Y como nada en el Gigante hallaron,  
Rabo entre piernas, todos se bajaron.

Yo, soñador también, hasta la falda  
Llegué del monte y con dolor de espalda;  
¡Pero mi ensueño realicé al instante  
En tí encontrando, espléndido diamante,  
Que no lo diera ni por mil millones  
De estrellas, y de mundos y doblones!

## POSTAL

Ay, mi amor, mi risueñora,  
¿Por qué sufres, por qué lloras?  
Riseñora, no estés triste,  
no me mates, riseñora.  
Para tí son mis cantares,  
Mis suspiros son por tí;  
Cuando tornes a tus lares,  
Riseñora, piensa en mí.

*EN SU CUMPLEAÑOS, A MI COMPADRE*

Así como al seráfico Francisco  
El tierno corazón se le hizo un cisco  
Y no pudo ni amar aún a Dios;  
Porque a pesar de que se echó en el hielo,  
Para ver de ganar con eso el cielo,  
Sólo sacó remordimiento atroz;

Así también aunque me abrasa fiera  
La llama del amor, y aunque yo quiera  
De mi compadre el santo festejar,  
Me lo impiden el tiempo y la distancia:  
Por eso no me voy hasta su estancia,  
Y él sabrá el desacato perdonar.

*DEL POETA BRUMARIO  
EL TRIGESIMO CUARTO ANIVERSARIO*

Vencí en edad al Christo, y, a fe mía,  
Que en gloria y además en perrería,  
Con tres tercios y un quinto le he ganado:  
El, a los treinta y tres murió colgado,  
Y yo colgado, chillo todavía.

## EL ESPEJO A...

Pues me manda a tí un amigo  
Que te ama de corazón,  
Consérvame siempre ileso,  
No hagas lo de Campoamor,  
Que al verse en mí feo y viejo,  
De furia el cristal rompió;  
Y cuando el caso llegare,  
Deja a un lado tu escozor,  
Di simplemente... "¡Carape,  
Lo que va de ayer a hoy!"

## VERSOS

*Querida Rosarito:*

Te digo que te quiero y que te quiero;  
Y a fin de que me creas, amorcito,  
Mil veces y otras mil te lo repito  
Ufano, ante la faz del mundo entero.

Celoso y nada voltario  
Es mi geniecito, sí,  
Y esto es tan verdad, Rosario,  
Que prefiriera el sudario  
A que te olvides de mí.

Y, pues, va a separarnos traicionero  
Del Macará el abismo,

Confía en que el afán con que hoy te quiero  
Mañana será el mismo.

### ESTROFA

El año aciago novecientos once  
Se extingue al estampido del cañón  
¡Mueran con él las dudas y congojas  
Y viva sólo la esperanza en flor!

### DE ACTUALIDAD

“La Patria está en peligro” Parricidas  
De muerte la han herido sin piedad;  
¡Ah, quien lograra la inocente sangre  
Con sangre del verdugo restañar!

¿No me has visto salir de cacería,  
Cuando niño, tan guapo, tan marcial?  
¡Pues hoy lo mismo!; pero en vez de liebres  
Tiranuelos tan sólo he de cazar!

No llores, te lo ruego; suelta, déjame!  
Muy pronto volveré de capitán.  
—¿Que si muero? Pardiez, en las reservas  
Un reemplazo mejor no faltará!

*Este libro es propiedad de la Biblioteca*

*Nacional de la Casa de la Cultura*

**SU VENTA ES PENADA POR LA LEY**

# CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

QUITO - ECUADOR

1954

Casilla 67

Dr. BENJAMIN CARRION,  
Presidente.

Dr. JULIO ENDARA,  
Vicepresidente.

Dr. ENRIQUE GARCES,  
Secretario General.

## MIEMBROS TITULARES:

## SECCIONES:

### SECCION DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES:

Dr. Pío Jaramillo Alvarado.  
Dr. Humberto Garcia Ortiz.  
Dr. Luis Bossano.  
Dr. Eduardo Riofrio Villagómez.  
Dr. Alberto Larrea Chiriboga.  
Dr. Alfredo Pérez Guerrero.

### SECCION DE CIENCIAS FILOSOFICAS Y DE LA EDUCACION:

Sr. Jaime Chaves Granja.  
Sr. Fernando Chaves.  
Dr. Carlos Cueva Tamariz.  
Dr. Emilio Uzcátegui.

### SECCION DE LITERATURA Y BELLAS ARTES:

Dr. Benjamín Carrión.  
Sr. Alfredo Pareja Díez-Canseco.  
Dr. Angel F. Rojas.  
Dr. César Andrade y Cordero.  
Sr. Jorge Icaza.  
Dr. José Antonio Falconí Villagómez.  
Sr. José Enrique Guerrero.  
Sr. Francisco Alexander.

### CIENCIAS HISTORICO-GEOGRAFICAS:

Sr. Carlos Zevallos Menéndez.  
Sr. Jorge Pérez Concha.  
Sr. Isaac J. Barrera.  
Sr. Carlos Manuel Larrea.

### SECCION DE CIENCIAS BIOLOGICAS:

Dr. Julio Endara.  
Prof. Jorge Escudero.

### SECCION DE CIENCIAS EXACTAS:

Padre Alberto Semanate.  
Dr. Julio Aráuz.  
Ing. Jorge Casares. L.

### SECCION DE INSTITUCIONES CULTURALES ASOCIADAS:

Dr. Rafael Alvarado.  
Sr. Roberto Crespo Ordóñez.  
Dr. Rigoberto Ortiz.

Sr. HUGO ALEMAN,  
Prosecretario -- Secretario de las Secciones